



STAR WARS

AHSOKA

E. K. JOHNSTON

Muchos se han preguntado durante mucho tiempo qué pasó con Ahsoka después de que ella abandonó la Orden Jedi casi al final de las Guerras Clon, y antes de que re-apareciera como el misterioso agente rebelde Fulcrum en Rebels. Finalmente, su historia comienza a contarse. Tras sus experiencias con los Jedi y la devastación de la Orden 66, Ahsoka no está segura de que alguna vez pueda volver a ser parte de un todo más grande. Pero su deseo de luchar contra los males del Imperio y proteger a aquellos que lo necesitan la conducirá directo hacia Bail Organa, y la Alianza Rebelde.

Ahsoka se extendió hacia él una vez más, esta vez hacia las manos y dedos, y el equilibrio del peso soportado por sus caderas y rodillas. Sintió que algo despertaba en ella, cada lección de combate que Anakin le había enseñado alguna vez. Recordó cómo pararse y cómo sujetar las espadas. Separó demasiado los dedos de su oponente y lo hizo perder el equilibrio. Ella recordaba, y podía hacer que él olvidara. Se tambaleó hacia atrás, sorprendido por el poder que ella tenía sobre él incluso a distancia, pero aún no estaba superado.

—Puedo percibir el poder —le dijo—. Y no tienes lo suficiente como para resistirme por mucho más tiempo, así desarmada como estás.

Allí era donde se equivocaba. Ella no estaba desarmada.

NINGÚN JEDI JAMÁS LO ESTABA.

STAR WARS

Ahsoka

E. K. Johnston

NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Ahsoka*

Autora: Emily Kate Johnston

Arte de portada: Wojtek Fus

Publicación del original: octubre 2016



18 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Bodo-Baas

Revisión: Klorei

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

14.07.17

Star Wars: Ahsoka

A la Royal Handmaiden Society.

Somos valientes, Su Alteza.

MANDALORE ARDÍA.

No todo, por supuesto, pero lo suficiente para que el humo llenara el aire a su alrededor. Ahsoka Tano lo inhaló. Sabía lo que tenía que hacer, pero no estaba segura de que funcionara. Peor aún, no estaba segura de cuánto tiempo iba a funcionar, incluso si lo hacía. Pero se había quedado sin opciones, y esta era la única oportunidad que le quedaba. Estaba allí con un ejército y una misión, como podría haberlo hecho cuando aún era padawan de Anakin. Probablemente habría ido mejor si Anakin estuviera con ella.

«Ten cuidado, Ahsoka», le había dicho, antes de entregarle sus sables de luz y salir corriendo a salvar al Canciller. «Maul es complicado. Y no tiene nada de piedad en absoluto».

«Lo recuerdo», había respondido ella, tratando de evitar mostrar la impetuosidad que le había ganado el apodo de Sabionda la primera vez que se habían conocido. Ella no pensaba que el esfuerzo había sido tremendamente exitoso, pero sonrió de todas formas.

«Lo sé». Él giró los hombros, ya pensando en su propia lucha. «Pero ya sabes cómo me preocupo».

«¿Qué podría pasar?». Actuar más como su viejo yo fue más fácil la segunda vez, y entonces también se encontró a sí misma sonriendo.

Ahora, el peso de los sables de luz en sus manos era reconfortante, pero los habría cambiado a ambos por la presencia de Anakin sin tener que pensárselo.

Podía ver a Maul, no muy lejos de ella ahora. El humo coronaba su rostro negro y rojo, aunque a él no parecía molestarle. Ya había apartado su capa; su postura exudaba preparación para la batalla. Estaba en una de las plazas que todavía no se incendiaba, caminando de un lado a otro mientras la esperaba. Si no hubiera sabido que sus piernas eran artificiales, nunca se habría imaginado que no eran los miembros con los que había nacido. Las prótesis no lo ralentizaban en absoluto. Caminó hacia él, determinada. Después de todo, ella sabía algo que estaba bastante segura que él no.

—¿Dónde está tu ejército, dama Tano? —le gritó en cuanto estuvo tan cerca como para oírlo.

—Ocupado derrotando al tuyo —respondió ella, con la esperanza de que fuese cierto. No iba a concederle el placer de ver cuánto le dolía que la llamara dama Tano. Ya no era una comandante, a pesar de que el batallón todavía la trataba con la misma cortesía de siempre, debido a su reputación.

—Fue muy amable que tus antiguos maestros te enviaran sola y me ahorraran el esfuerzo de una lucha adecuada —dijo Maul—. Ni siquiera eres una verdadera jedi.

La malicia goteaba de cada una de sus palabras, y le mostró los dientes. La suya era la clase de ira sobre la que el maestro Yoda advertía a los jóvenes iniciados, del tipo que devoraba a una persona completa y retorció cada parte de ella hasta que la volvía irreconocible. Ahsoka se estremeció al pensar lo que Maul debió haber sufrido para

volverse de esta manera. Aún así, era lo suficientemente inteligente como para utilizarlo a su favor: lo necesitaba lo bastante enojado para que pensara que tenía la ventaja.

—Entonces será una pelea justa —replicó ella mirándolo de arriba a abajo—. Solo eres medio sith.

Eso fue grosero sin razón, el tipo de cosa que habría hecho que el maestro Kenobi pusiera los ojos en blanco, pero Ahsoka no llegaba a arrepentirse. Burlarse del enemigo era la costumbre, y Ahsoka iba a utilizar todas las cartas que le tocaran, aunque no fuera amable. Después de todo, él tenía razón: ella ya no era una jedi.

Maul se movía hacia el costado con una oscura gracia felina que era extrañamente hipnótica y girando la empuñadura del sable de luz en la mano. Ahsoka apretó las manos en sus propios sables de luz y luego se obligó a relajarse. Necesitaba que él se acercase. Esta espera era un poco como la meditación. Sabía que había funcionado antes contra Maul, en Naboo cuando Obi-Wan lo derrotó la primera vez. Se extendió a la Fuerza y la encontró esperándola, reconfortante y una fuente de poder. Abrió la mente a ella y escuchó con cada parte de su ser que podía. Luego se movió, como la imagen en el espejo de Maul al otro lado de la plaza y dando un paso atrás por cada paso que él daba hacia ella.

—Ninguna jedi, pero todavía cobarde —dijo él—. ¿O Skywalker olvidó enseñarte a no ceder terreno antes de arrojarte a un lado?

—Me fui por mis propios medios —le dijo ella. En el momento, las palabras se sentían ciertas a pesar del dolor que había debajo de ellas. Ignoró el dolor y se volvió a enfocar en su sentido del equilibrio, en Maul.

—Por supuesto. Y yo me ofrecí como voluntario para ese montón de basura y las primeras piernas monstruosas —dijo burlonamente Maul. Sintió que su ira se hinchaba dentro de él, casi hasta el punto de ruptura, pero todavía sin llegar a él.

Él activó el sable de luz y aceleró sus pasos. Fue fácil para ella fingir que la había cogido desprevenida, tropezando hacia atrás, para apartarse de su avance vengativo.

—Apuesto a que también te ofreciste voluntaria para esto, dama Tano —alardeó. En eso tenía razón, pero él solamente podía percibir su debilidad. Su furia lo cegaba a todo lo demás—. Un último intento de gloria para impresionar a un maestro que ya no te encuentra útil.

—¡Eso no es cierto! —gritó. Ahora solo faltaba un poco más. Casi estaba atrapado.

Se abalanzó hacia ella, una risa cruel salía rasposa de su garganta, y ella siguió esperando. Entonces, justo antes de que estuviera a su alcance, ella activó la trampa.

La familiar energía verde cantó cuando ella activó su sable de luz y se movió para enfrenarlo, una última finta. Maul se lanzó hacia adelante y Ahsoka dio un rápido paso atrás, lo atrajo más allá del punto de no retorno. Él hizo caer su espada, directamente hacia su cabeza, y ella respondió con todas sus fuerzas. Sus armas se cruzaron con la suya, sosteniéndolo exactamente donde lo quería.

—¡Ahora! —ordenó a sus aliados ocultos.

La respuesta fue rápida, demasiado rápida para la defensa distraída de Darth Maul. Ahsoka se apartó justo a tiempo.

El escudo de rayos cobró vida, atrapando a su presa con el sable de luz todavía levantado contra ella.

CAPÍTULO

01

ESTABA SOLA, algo que nunca debía pasar. Su gente era tribal, unidos por lazos de sangre, y su habilidad para usar la Fuerza le había dado toda una galaxia de hermanos de todas las especies. Incluso después de que dejó el Templo Jedi, podía sentir a los demás cuando quería, el flujo y reflujo de ellos en la Fuerza a su alrededor.

Hasta que, por supuesto, no pudo.

Ahora casi prefería la soledad. Si estaba sola, no tenía que tomar decisiones que afectaran a personas ajenas a ella misma. Arreglar un motivador defectuoso o no, comer o no, dormir o no... soñar o no.

Intentaba soñar lo menos posible, pero ese día en particular no era bueno para eso. El Día del Imperio. Por toda la galaxia, desde el Núcleo al Borde Exterior, aunque con un poco menos de entusiasmo en este último, habría festividades conmemorando el establecimiento del orden y el gobierno del Emperador Palpatine. Era la primera de tales celebraciones. El nuevo Imperio solo tenía un año, pero la idea de celebrar el día en absoluto le daba náuseas. Ella lo recordaba por razones totalmente diferentes de la paz.

Mandalore había ardido, y a pesar de que ella, Rex y los demás habían conseguido salvar la mayor parte, su victoria había sido deshecha inmediatamente con tal violencia que Ahsoka apenas podía soportar pensar en ello. Así que no lo hacía.

—¡Ashla! —La voz era fuerte y alegre, arrancándola de sus recuerdos—. ¡Ashla, te vas a perder el desfile!

Vivir en el Borde Exterior tenía sus beneficios. Las poblaciones planetarias eran pequeñas y no muy organizadas, haciendo que fuera más fácil vivir bajo un nombre falso. También podía permanecer fácilmente lejos de cualquiera de las rutas hiperespaciales importantes. La mayoría de los planetas en el Borde Exterior no tenía nada interesante para atraer la atención imperial de cualquier modo, y lo último que Ahsoka quería hacer era llamar la atención.

Lo que no había tenido en cuenta era la atención de sus vecinos, los Fardi, una familia que parecía tener los dedos metidos en cada pequeño negocio que ocurría en Thabeska. La tomaron bajo su ala... tanto como podían con Ahsoka manteniendo la distancia. Ella todavía estaba haciendo el duelo, a su propio modo, y ayudaba si se decía a sí misma que no quería nuevos lazos, nuevos amigos.

Thabeska le parecía bien. Era polvoriento y tranquilo, pero había suficientes recién llegados para que ella no sobresaliese. El planeta hacía un enérgico comercio de agua y tecnología, pero nada a gran escala. Incluso las operaciones de contrabando —mercancías de lujo y comida de fuera del mundo en su mayor parte—, estaban dirigidas a un número relativamente pequeño de personas. Ningún pirata que se precie de los conocidos de

Ahsoka caería tan bajo. Era tan bueno como cualquier lugar nuevo para que «Ashla»¹ llamara hogar.

—Ashla, ¿estás ahí? —la niña de afuera gritó otra vez. Demasiado alegre, pensó Ahsoka sacudiendo la cabeza. El Día del Imperio no era tan emocionante, aunque te creyeras la propaganda. Las niñas planeaban algo, y querían que ella lo supiera.

Ahsoka consideró sus opciones. Sabían que a veces se iba a vagar sola por la llanura. No había nada peligroso allí, y claro que nada que fuera peligroso para ella. Así que podría esperar en silencio, fingiendo no estar en casa, y si alguien le preguntaba más tarde, diría que sólo había ido a caminar.

Se puso de pie y cruzó el piso de su pequeña casa. No era lo bastante sofisticada para tener habitaciones, ni siquiera separadores, pero una de las cosas para las que el Templo Jedi preparaba a una persona era para la austeridad. Si Ahsoka no poseía cosas, tenía menos que llevar con ella cuando fuera hora de irse. Intentaba muy duro no pensar en el cinturón de armas vacío que había guardado, aunque no lo usaba.

Había oído la advertencia en la muestra de alegría de las niñas al llamarla, pero necesitaba más detalles. La única forma de conseguirlos era abrir la puerta.

—¡Ya voy, ya voy! —dijo ella, con la esperanza de que sonara entusiasta.

Ahsoka había conocido al clan Fardi en los astilleros cuando llegó al planeta. Ellos administraban la mayor parte de los envíos desde allí, legales y de otro tipo. Ahsoka los habría evitado completamente, excepto que los más pequeños la seguían como patitos y ella todavía no había reunido el coraje para disuadirlos. Abrió la puerta y se encontró a cuatro de ellos mirándola, con un par de las niñas mayores detrás de ellos. Las mayores no parecían tan despreocupadas como los más pequeños. Ahsoka se tensó y luego se obligó a relajarse. Se extendió con sus sentidos, con mucho cuidado, pero si había algo que sentir estaba demasiado lejos.

—Ashla, tienes que venir ahora —dijo la mayor. Había tantos niños Fardi que a Ahsoka le costaba recordar qué nombre pertenecía a quién². Ella los miró y tuvo una molesta sensación de que se estaba olvidando de algo.

¹ El nombre Ashla era el nombre para la Fuerza, o su lado luminoso, en uno de los viejos borradores del guión escritos por George Lucas mientras daba forma a lo que sería la primera película. A lo largo de los años, el nombre ha sido homenajeado [en distintas partes](#) por varios autores.

Entre otras cosas, Ashla era la niña togruta que vemos en la clase del maestro Yoda en el *Episodio II*, y por lo que sé ese sigue siendo su nombre a pesar del reboot del universo expandido.

Ahora bien, esto es lo que me parece un error por parte de la autora: parece bastante probable que Ahsoka haya conocido al menos de la existencia de Ashla, después de todo más adelante se menciona los togruta no son una especie tan común. Así que, resulta al menos llamativo que Ahsoka escoja el nombre de otra muchacha jedi cuando intenta pasar desapercibida. Por supuesto que puede haber explicaciones, como por ejemplo que Ashla sea un nombre muy común entre las muchachas de su especie. (*N. del T.*)

² A veces la autora deja algunas cosas poco claras. Aquí me queda en la duda de si todos los pequeños Fardi son niñas. La mayoría el tiempo usa palabras neutras como «children» o «sibling», aunque nunca se llega a mencionar específicamente que alguno sea niño. Es igual en la escena del capítulo 16 con el inquisidor. Pero cuando toman el té en el capítulo 17, parecen ser todas niñas, aunque tal vez en esa ocasión los varones estaban en otra parte. (*N. del T.*)

—¡Sí! —dijo uno de la manada de niños—. ¡Papá tiene unos huéspedes importantes que quieren conocer a cualquiera que sea nuevo, y tú eres nueva, así que tienes que venir! Puedes sentarte con nosotros para el desfile y la exhibición aérea.

Un año de residencia todavía calificaba a Ahsoka de nueva, aunque era el tiempo más largo que había permanecido en un solo planeta desde que se convirtió en padawan de Anakin.

—Ahora hay un montón de naves en el astillero —dijo la mayor cuidadosamente, como si alguien pudiera estar escuchando cada una de sus palabras—. Para la exhibición aérea. De todas partes. La seguridad es un desastre mientras intentan registrar todo.

Aquí, los huéspedes importantes significaba que tenían ropa limpia. Incluso los acomodados Fardi siempre estaban cubiertos por el polvo que volaba de las llanuras. Ahsoka imaginó las líneas definidas y colores mates de los uniformes imperiales. Causarían impresión en Thabeska.

Ahsoka sabía lo que harían los Fardi. Tenían que cuidar de sus negocios legítimos, para no mencionar a todos los miembros de su familia. Le dirían a los imperiales todo lo que quisieran saber, y Ahsoka no podía reprochárselo. Al parecer les había causado una impresión lo suficientemente buena para justificar la visita y la indirecta sobre el astillero. Era tanto como Ahsoka podría esperar.

—¿Por qué no se adelantan? —dijo y asintió solemnemente hacia las niñas mayores. No sabía si sus padres sabían que estaban aquí, pero quería hacerles saber que apreciaba el riesgo que estaban corriendo—. Pueden guardarme un asiento mientras limpio. Me quedé dormida esta mañana y no puedo ir al desfile del Día del Imperio así.

Hizo un gesto hacia su ropa. Era la única que tenía, y todos lo sabían, pero era suficiente como excusa.

Los pequeños corearon súplicas que se diera prisa pero prometieron guardarle un lugar. Las dos mayores se quedaron calladas y condujeron a sus hermanos hacia el centro de la ciudad. Ahsoka no se quedó mirándolos. Tan pronto como se dieron la vuelta, cerró la puerta y se tomó un momento para prepararse.

No tenía mucho que empacar. Su habitación estaba vacía excepto por la cama y la gruesa alfombra donde ella podría haber recibido invitados, si alguna vez hubiera tenido alguno. Enrolló la alfombra para apartarla y descubrió el compartimiento donde guardaba un poco de dinero y su bláster. Metió todo en un bolso y se puso una corta túnica con capucha que le cubría la cara. Pronto iba a tener que conseguir una nueva: su cabeza había crecido otra vez, y sus montras casi eran demasiado altos para la capucha.

Cuando cerró la puerta de su casa por última vez, el aire se partió por un gemido demasiado familiar. La exhibición aérea había comenzado, y parecía que el Imperio estaba presumiendo de la maniobrabilidad de sus últimos cazas.

Las calles estaban desiertas. Ahsoka podía oír la música, estridente y marcial al mismo tiempo, mientras el desfile pasaba por la avenida principal a varias calles de allí. No podía entender por qué de repente había tantos imperiales. Seguramente el Día del Imperio no era la única razón. Pero el planeta no tenía mucho aparte de polvo y los Fardi. Y una sobreviviente de la Orden 66.

Dos imperiales en armadura giraron la esquina. Ahsoka contuvo la respiración y se extendió. No había nada familiar en ellos. No eran clones. Eran los reclutas más nuevos, los soldados de asalto. En ese caso, nada de qué preocuparse.

—¿Qué está haciendo aquí? —Dijeron levantando las armas—. ¿Por qué no está en las festividades?

—Voy en camino —dijo Ahsoka, con cuidado de mantener su rostro apuntando al suelo—. Fui a la llanura esta mañana, a cazar, y perdí la noción del tiempo.

—Siga adelante —dijo el soldado de asalto, aunque no bajó su arma. El otro dijo algo en su comunicador que Ahsoka no pudo oír.

—Feliz Día del Imperio —dijo ella, y giró por un callejón en dirección a la música.

No esperó a ver si la seguían. Saltó a una ventana del primer piso y escaló el edificio hasta alcanzar el techo. Tan cerca del complejo principal Fardi, las casas eran más agradables que su pequeña choza. Eran más altas y tenían techos planos. Más importante, estaban construidas muy cerca unas de otras, para ahorrar en costos de construcción. No era una ruta de viaje perfecta, pero para alguien con las habilidades de Ahsoka, era bastante pasable.

Esperando que nadie pudiera verla, corrió a lo largo de los techos de las casas. Incluso con el peligro, se sentía mejor que cualquier cosa que Ahsoka había hecho en mucho tiempo. No usó la Fuerza para correr, no tenía sentido correr riesgos innecesarios, pero la utilizó para asegurarse de que cada salto cruzando las calles era seguro. Cada vez que miraba hacia abajo, veía más patrullas de soldados de asalto. Aunque no parecían estar buscando un objetivo específico. El par con el que ella había hablado no debió haber hecho sonar ninguna alarma.

Ahsoka alcanzó el borde de la hilera de casas altas y se agachó, mirando hacia abajo al astillero. Había dos bajo control de los Fardi, y este era el más pequeño. El más grande habría tenido una selección más amplia y posiblemente más agujeros en su sistema de seguridad, pero al más pequeño podía acercarse por las azoteas, por lo que Ahsoka decidió arriesgarse aquí.

Las naves eran en su mayoría imperiales, y por lo tanto no tan buenos objetivos. Estarían registradas y etiquetadas, y probablemente tenían algún tipo de dispositivo de rastreo. Ahsoka miró al transporte de tropas con cierto pesar. De todas las naves atracadas allí, esa era con la que estaba más familiarizada, pero no podía correr el riesgo. En cambio, se fijó en un pequeño carguero escondido en la parte posterior del astillero.

Era una nave de los Fardi, una de las legales, pero Ahsoka sabía que se podría hacer menos legal muy rápidamente. Los Fardi le pagaban por hacer reparaciones. Ella era una buena mecánica, y se había ganado su confianza con trabajo diligente. Además, la nave no estaba vigilada. Ahsoka no sabía si era una invitación o no, pero no iba a dejar pasar la oportunidad.

Había tal vez veinte soldados de asalto en el astillero. Antes, cuando podía usar la Fuerza abiertamente, eso no hubiera sido ningún problema en absoluto. Ahora, con solo su bláster, Ahsoka se tomó un momento para considerar sus opciones.

Anakin se hubiera abierto paso directamente, sin considerar el riesgo personal. Incluso sin su sable de luz, habría sido lo suficientemente rápido y lo suficientemente fuerte para lograrlo. Aunque hubiera sido muy notable. Las explosiones habían tendido a seguir de cerca a su antiguo maestro. Extrañaba la emoción, pero no era el momento para eso. El maestro Obi-Wan habría intentado pasar usando su encanto y seguramente habría terminado por hacer tanto ruido como Anakin de todos modos.

—¿Cuándo vas a admitir que estás por tu cuenta? —murmuró Ahsoka—. Se han ido. Están muertos, y ahora solo estás tú.

Como discurso motivacional, no fue el que le salió mejor, pero fue suficiente para impulsarla a la acción. Se arriesgó a saltar desde la azotea al callejón de abajo, dando prioridad a la velocidad sobre cualquier otra cosa. Sacó el bláster del bolso. Rápidamente, extrajo las espigas de sobrecarga del paquete de munición y dejó el bláster en el suelo. Ahora tenía que moverse. Corrió por el callejón y saltó sobre una pared baja a un jardín de familia. Unos pocos pasos y otro salto la llevó a un callejón diferente, y corrió hacia el astillero.

Llegó a la zona abierta justo cuando el bláster estalló. Los soldados de asalto reaccionaron de inmediato, formándose en líneas ordenadas y corriendo hacia el ruido con admirable dedicación. No abandonaron totalmente el astillero, pero era suficiente para los propósitos de Ahsoka.

Ahsoka fue por las esquinas donde podía ocultarse y detrás de las cajas para bloquear las líneas de visión de los imperiales restantes. Llegó a la rampa de la nave Fardi y estaba a bordo antes de que nadie se diera cuenta.

—Espero no estar robando algo que necesiten —les dijo a sus ausentes benefactores—. Pero gracias por la nave.

El motor zumbó al cobrar vida justo cuando los demás soldados de asalto volvían al astillero, pero para entonces ya era demasiado tarde. Ahsoka estaba en el aire antes de que pudieran preparar el armamento pesado y fuera de rango antes de que pudieran disparar. Se había ido, huyendo otra vez, y no tenía idea de a que lugar de la galaxia iba a ir a continuación.

CAPÍTULO

02

DESDE LA ÓRBITA, Raada no parecía gran cosa. La lectura de la computadora de navegación tampoco era particularmente apasionante, pero eso era parte de la razón por la que Ahsoka había elegido la luna. Era pequeña, y apartada incluso según los estándares del Borde Exterior, con un único recurso. Ahsoka no llamaría la atención aquí. No le gustaba cometer el mismo error dos veces, y ella había hecho uno grande en Thabeska, involucrarse con una de las familias más prominentes del planeta.

Ahsoka aterrizó la nave en lo que apenas podría ser llamado un espaciopuerto y la aseguró contra el robo lo mejor que pudo. Durante el viaje, Ahsoka había hecho algunas modificaciones en el buque, con la esperanza de ocultar dónde la había conseguido y descubrió que tenía instalado un sistema de cerradura en tierra bastante sofisticado. Reconfigurarlo había sido relativamente sencillo, incluso sin un droide astromecánico como R2-D2 para ayudarla. Hizo una revisión final, sus ojos se desviaron hacia un par de anillos que demarcaban una válvula en la consola de energía. Los anillos no tenían ningún otro propósito que darle al panel una apariencia limpia y ordenada. Ahsoka los sacó y se los guardó en el bolsillo sin darles importancia. Hecho esto, se colgó el bolso al hombro y bajó por la rampa.

En el suelo, Raada tenía un olor distintivo, aunque no totalmente desagradable. Había vida en la superficie lunar que la computadora no había mencionado: verde y creciendo. Ahsoka podía sentirla sin esfuerzo y respiró hondo. Después de un año del espacio o el polvo de Thabeska, era un cambio positivo. Tal vez cuando Ahsoka meditara aquí, encontraría algo entre ella y el abismo que la había atormentado desde la Orden 66.

Había algunas personas en el puerto espacial, cargando cajas en un carguero grande, pero hicieron caso omiso de Ahsoka cuando ella pasó a su lado. Si había alguien al que debía pagar por el lugar, Ahsoka no lo encontró, así que decidió preocuparse por eso más adelante. Un lugar como Raada tenía incluso menos gobierno legítimo que Thabeska o un mundo controlado por los hutts, pero Ahsoka podría manejar a cualquier local que pensara que ella podría ser una presa fácil. Lo que necesitaba ahora era un lugar donde alojarse, y sabía donde quería empezar a buscar.

Raada tenía un solo asentamiento importante, y Ahsoka no iría tan lejos como para llamarlo una ciudad. Para los estándares de Coruscant, el asentamiento apenas existía en absoluto, e incluso los Fardí lo habrían despreciado. No había ninguna casa alta, ni rutas por las azoteas y un único mercado cerca de los ruinosos edificios de la administración en el centro de la ciudad. Ahsoka se dirigió hacia las afueras, donde esperaba que hubiera una casa abandonada, que ella pudiera tomar prestada. Si no, tendría que empezar a buscar fuera de la ciudad.

Mientras caminaba, Ahsoka tomó nota de su nuevo entorno. A pesar de que la arquitectura era monótona y en su mayoría prefabricada, había suficientes mejoras decorativas para que ella supiera que la gente que vivía en las casas se preocupaba por ellas. No eran trabajadores transitorios: estaban en Raada para quedarse. Por otra parte, a juzgar por las variaciones de estilo, Ahsoka notaba que la gente que vivía en Raada había venido de todo el Borde Exterior. Eso hacía que la luna fuera un lugar aún mejor para que ella se escondiese, porque sus rasgos togruta serían normales.

Después de unas pocas calles, Ahsoka se encontró en un barrio con casas más pequeñas que se habían improvisado sin ningún sentido de la estética. Esto era ideal para ella, y se dedicó a buscar una que estuviera deshabitada. La primera que encontró no tenía techo. La segunda estaba justo al lado de una cantina... bastante tranquila en medio del día pero probablemente ruidosa y molesta por la noche. La tercera, a un par de calles de la cantina y justo al borde de la ciudad, parecía prometedora. Ahsoka estaba frente a ella, sopesando sus opciones.

—No hay nadie ahí —dijo alguien detrás de ella. Las manos de Ahsoka se apretaron en las empuñaduras de los sables de luz que ya no estaban ahí mientras se daba la vuelta.

Era una muchacha de la edad de Ahsoka, pero con más líneas alrededor de los ojos. Ahsoka se había pasado la vida en naves o en el Templo Jedi, en su mayor parte. Esta muchacha parecía como si hubiera trabajado afuera todo el tiempo y eso le había curtido la piel. Sus ojos eran agudos pero no maliciosos. Era más morena que Rex pero más pálida que el maestro Windu, y tenía más pelo que ambos combinados —lo que no era tan difícil—, trenzado en líneas castañas que lo apartaban prolijamente de su camino y lo aseguraban detrás de su cabeza.

—¿Por qué está abandonada? —preguntó Ahsoka.

—Cietra se casó, y se mudó —fue la respuesta—. No tiene nada malo, si estás buscando un lugar.

—¿Tengo que comprarla? —preguntó Ahsoka. Tenía algunos créditos pero prefería ahorrarlos tanto como pudiera.

—Cietra no lo hizo —dijo la muchacha—. No veo por qué deberías hacerlo tú.

—Bien, entonces supongo que me sirve —dijo Ahsoka. Hizo una pausa, no del todo segura de lo que venía a continuación. No quería ofrecer demasiada información personal, pero tenía preparada una historia decente por si alguien preguntaba.

—Me llamo Kaeden —dijo la muchacha—. Kaeden Larte. ¿Estás aquí por la cosecha? Eso es por lo que la mayoría de la gente viene aquí, pero ya casi hemos terminado. Yo estaría ahí ahora, excepto que ayer perdí una discusión con una de las trilladoras.

—No —dijo Ahsoka—. No tengo mucho de granjera. Solo busco un lugar tranquilo para poner un taller.

Kaeden le lanzó una mirada penetrante, y Ahsoka se dio cuenta de que iba a tener que ser más clara o iba a llamar la atención a pesar de sí misma. Suspiró.

—Reparo droides y otros aparatos mecánicos —dijo. No era tan buena como lo había sido Anakin, pero era lo suficientemente buena. Al alejarse del templo y la guerra,

Ahsoka descubrió que la galaxia estaba llena de gente que era simplemente buena para hacer las cosas, no prodigiosa. Le estaba tomando un tiempo reajustar su modo de pensar.

—Eso siempre es útil —dijo Kaeden—. ¿Esas son todas tus cosas?

—Sí —dijo secamente Ahsoka, con la esperanza de desalentar más preguntas. Funcionó, porque Kaeden dio medio paso atrás y pareció avergonzada.

—Le haré saber a algunas personas que te estás instalando, esta noche cuando vuelvan de los campos —dijo, antes de que la pausa se volviera incómoda—. Mañana vendrán con algo de trabajo para ti. En pocos días, será como si nunca hubieras vivido en otra parte.

—Lo dudo —dijo Ahsoka, demasiado bajo para que Kaeden la escuchara. Se aclaró la garganta y habló más fuerte—. Eso estaría bien.

—Bienvenida a Raada. —El tono de Kaeden era sardónico, con una sonrisa forzada en la cara, pero Ahsoka le devolvió la sonrisa de todos modos.

—Gracias —dijo.

Kaeden se alejó por la calle, renqueando con la pierna izquierda mientras caminaba. La cojera no era pronunciada, pero Ahsoka podía notar que la lesión era dolorosa. Eso significaba que el tratamiento médico en Raada era caro o no estaba disponible. Sacudió la cabeza y se agachó para pasar a través de la puerta de su nueva casa.

Cietra, quienquiera que fuera, evidentemente no era una ama de casa. Ahsoka había esperado algo de olor a humedad, dado el estado de abandono de la casa, pero lo que encontró fue verdadera suciedad. Los pisos y la única mesa estaban recubiertos de ella, y estaba un poco preocupada de lo que podría encontrar en la cama. Ahsoka pasó un dedo por la mesa y descubrió que la tierra estaba mezclada con algún tipo de grasa de motor, lo que la volvía pegajosa.

—Las cosas para las que el entrenamiento jedi no te prepara —reflexionó, y luego se mordió la lengua. No debería decir esa palabra ni siquiera cuando estaba sola. Se sentía como una traición, negar de donde había venido, pero no era seguro y no podía permitirse equivocarse en público.

Ahsoka encontró un armario que tenía suministros de limpieza y se puso a trabajar. Era un trabajo fácil, aunque tedioso y fue extrañamente satisfactorio ver la suciedad desaparecer. La aspiradora no era un droide, pero era eficiente. Mientras zumbaba por la habitación, Ahsoka fue capaz de encontrar el mejor lugar de la casa para ocultar sus cosas.

El panel debajo de la primitiva ducha se desprendió y reveló un compartimiento apenas lo suficientemente grande como para esconder sus créditos. Todo lo demás fue debajo de la cama, una vez que Ahsoka la desinfectó. Luego se sentó con las piernas cruzadas sobre el colchón y escuchó a la aspiradora circunnavegar la habitación. Su zumbido le recordaba al de las esferas de entrenamiento que había utilizado como una iniciada jedi. Cerró los ojos y sintió que su cuerpo se preparaba para la saeta de energía, aunque estaba bastante segura de que la aspiradora no iba a dispararle.

A partir de ahí, fue fácil caer en su meditación. Por un momento dudó, con miedo de lo que había visto —o *no* visto—, desde la purga jedi, pero luego se dejó ir. La

meditación era una de las cosas que más extrañaba, y una de las pocas cosas que no era probable que la delatara, incluso si alguien la veía hacerlo.

La Fuerza se sentía diferente ahora, y Ahsoka no estaba segura de cuánto de la diferencia estaba en ella. Al dejar el templo, a los jedi, ella había abandonado su derecho a la Fuerza... o al menos eso es lo que a veces se decía a sí misma. Sabía que era una mentira. La Fuerza siempre iba a ser parte de ella, no importaba si ella entrenaba o no, como era parte de todo. No podía quitarse las partes de ella que eran sensibles a la misma más de lo que podía respirar del lado equivocado de una esclusa de aire. Su autoridad se había ido; su poder permanecía.

Pero ahora había una oscuridad en sus meditaciones que no le gustaba. Era como si una mortaja se hubiera envuelto alrededor de sus percepciones, opacando su visión. Sabía que había algo allí, pero era difícil de distinguir, y no estaba totalmente segura de que quisiera hacerlo. La familiar presencia de Anakin se había ido, como un conductor cortado que no canalizaba energía en la forma en que debía. Ahsoka ya no podía sentirlo, ni a ninguno de los demás. Incluso la sensación de los jedi en su conjunto se había ido, y ella había podido sentirla desde que era demasiado pequeña para articular lo que sentía. La sensación le había salvado la vida una vez, cuando era muy pequeña y un falso jedi llegó a Shili a esclavizarla. La extrañaba como habría extrañado una extremidad amputada.

La aspiradora chocó contra la plataforma de la cama dos veces, negándose obstinadamente a alterar su curso. Ahsoka se inclinó y la giró en la otra dirección. La miró durante unos instantes antes de retirarse a su meditación, esta vez no del todo. Quería captar una sensación de Raada, algo más de lo que su respuesta inicial pudo decirle, y este era un momento tan bueno como cualquier otro para hacerlo.

La luna se extendía a su alrededor. Frente a ella se encontraba el centro de la ciudad, por lo que se extendió hacia atrás de donde estaba. Estaban los campos, en su mayoría ya cosechados como había dicho Kaeden y listos para sembrar para la próxima temporada. Había piedras, colinas rocosas y cuevas donde no podía crecer nada útil. Había animales grandes, aunque si eran de trabajo o para comer, Ahsoka no pudo distinguir. Y había botas, docenas de ellas, caminando hacia ella.

Ahsoka se despertó de su trance y encontró que la aspiradora estaba chocándose alegremente contra la puerta de la ducha. Se levantó a apagarla, y el nuevo sonido llegó a sus oídos: voces, risas y pasos. Sus nuevos vecinos estaban en casa después de su jornada de trabajo en los campos.

CAPÍTULO

03

KAEDEN SE PRESENTÓ radiante ante la puerta de Ahsoka temprano a la mañana siguiente con dos paquetes de raciones y un...

—¿Qué es eso? —preguntó Ahsoka, mirando a los deformados pedazos de chatarra que Kaeden traía bajo el brazo.

—Tu primer paciente, si estás interesada —respondió Kaeden alegremente.

—No puedo arreglarlo si no sé lo que debía hacer en primer lugar —protestó Ahsoka, pero extendió las manos de todas formas.

Kaeden interpretó esto como una invitación a pasar. Depositó las piezas rotas en las manos de Ahsoka y luego se sentó en la cama, dejando las raciones junto a ella.

—Es la trilladora con la que perdí una pelea —dijo Kaeden. Si le parecía raro sentarse en el lugar donde Ahsoka dormía, no mostró ninguna señal. Por otra parte, la cama era el único mueble de Ahsoka, aparte de la mesa baja.

Ahsoka extendió las piezas sobre la mesa y se sentó en el suelo para mirarlas con más cuidado. Supuso que el artefacto podría haber sido una trilladora. Pero también podría haber sido un droide de protocolo, por el estado en que estaba.

—No me gustaría ver lo que sucede cuando *ganas* una pelea —dijo Ahsoka.

—No fue culpa mía —dijo Kaeden con el aire de una persona que ya ha explicado esto, sin éxito, varias veces—. Un momento estábamos yendo a buen ritmo, listas para alcanzar la cuota y todo, y al siguiente, el desastre.

—¿Cómo está la pierna? —preguntó Ahsoka. Sus dedos se movieron por la mesa, reorganizando partes y tratando de averiguar si algo era rescatable.

—Estará bien como para volver al trabajo mañana —dijo Kaeden—. Mantendré mi bono de cosecha, particularmente si no tengo que pagar para sustituir la trilladora.

Ahsoka le dio una larga mirada.

—Es decir, en su lugar te pagaré a ti —dijo rápidamente Kaeden—. Empezando con el desayuno. Buen provecho.

Le lanzó un paquete de raciones a Ahsoka. Ahsoka no reconoció la etiqueta, excepto que no era imperial ni de la República.

—No hay lugar como el hogar —dijo Kaeden, abriendo su propio paquete—. No tiene mucho sentido vivir en un planeta granjero si tienes que importar alimentos. Estas solo son para que sea más fácil hacer el seguimiento de quién obtiene qué.

—Supongo que eso tiene sentido —dijo Ahsoka. Abrió su propio envase y olió. Definitivamente había comido cosas peores.

—De cualquier modo, ¿puedes arreglar mi trilladora? —preguntó Kaeden.

—Por qué no me cuentas lo que pasó con ella, y veré lo que puedo hacer —dijo Ahsoka.

Se volvió hacia la mesa y continuó moviendo las piezas mientras Kaeden le hablaba sobre el accidente. Ahsoka estaba acostumbrada a la forma en que los clones contaban historias de la guerra, pero Kaeden podría haberlos hecho correr por sus créditos. Según decía en su cuento, la trilladora repentinamente había desarrollado inteligencia, no le gustó su papel como implemento de agricultura, y sólo la rapidez de pensamiento de Kaeden, y sus pesadas botas, habían impedido que conquistara la galaxia.

—Y cuando finalmente dejó de moverse —dijo Kaeden, concluyendo—, mi hermana me mostró que estaba sangrando. Le dije que era justo, porque la trilladora estaba sangrando aceite, pero luego me desmayé un poco, así que supongo que era peor de lo que pensé. Me desperté en el médico con este vendaje complicado y la estúpida máquina en una bandeja al lado de mi camilla.

Ahsoka rió, sorprendiéndose a sí misma, y sostuvo una pieza doblada de lo que había sido el sistema de refrigeración de la trilladora.

—Aquí está el problema —dijo—. Bueno, es decir, parte del problema. Si puedes reemplazar esto, yo puedo reconstruir la trilladora.

—¿Reemplazar? —La sonrisa de Kaeden desapareció—. ¿No crees que se pueda solo, no sé, enderezar de alguna manera?

Ahsoka bajó la mirada. Esto no era como el Templo, ni siquiera como su experiencia al mando de las tropas. No había líneas de suministro ni respaldo, no sin un costo. El reemplazo era un último recurso.

—Puedo hacer el intento —dijo—. Ahora cuéntame más acerca de cómo funcionan las cosas por aquí.

La noche anterior, Kaeden no había sido demasiado curiosa sobre las razones de Ahsoka para venir a Raada. Mientras la muchacha parloteaba sobre rotaciones de trabajo y ciclos de cultivo, se le ocurrió a Ahsoka que tener razones podría no ser importante. Según lo describía Kaeden, Raada era un buen lugar para llevar una vida poco memorable: trabajo duro, comida abundante y suficiente legislación oficial para desalentar el trabajo independiente. Nadie hacía demasiadas preguntas, y con tal de que alcanzaras tus cuotas de trabajo, tu presencia no llamaba la atención. A Ahsoka Tano no le iría muy bien aquí, pero sí a Ashla.

Ahsoka buscó algo que pudiera utilizar para golpear el metal pesado. Si iba a arreglar cosas profesionalmente, iba a tener que invertir en algunas herramientas. Contó mentalmente sus créditos y trató de averiguar cuántos de ellos tendría que ahorrar para un futuro desconocido. Tendría que hacer una inversión en algún punto, y las herramientas la ayudarían a vender su historia de cobertura.

Terminó usando el tacón de su bota y golpeando la pieza contra el suelo para evitar romper la mesa. Cuando estuvo terminada no era de máxima calidad, pero la parte ya no perdería refrigerante. Se puso a montar la trilladora alrededor de ella.

—Dejé mi nave en el espaciopuerto —dijo Ahsoka—. ¿Tengo que registrarla con alguna persona?

—No —dijo Kaeden—. Sólo asegúrate de cerrarla bien. Hay más que unos pocos oportunistas por aquí.

Quería decir ladrones, comprendió Ahsoka. Ningún lugar era perfecto.

—Por eso dejé la mayoría de mis cosas a bordo —mintió—. Es más segura que esta casa.

—Podemos ayudarte con eso —dijo Kaeden—. Mi hermana y yo, quiero decir. Ella es buena fabricando cerraduras y yo soy buena convenciendo a la gente de que te deje tranquila.

—Cuando no estás perdiendo peleas con la maquinaria, ¿supongo? —dijo Ahsoka.

—La mayoría de la gente pierde brazos y piernas cuando las cosas van mal —dijo Kaeden en su defensa—. Yo soy demasiado buena para eso.

Kaeden salió de la cama y fue a echar un vistazo a lo que estaba haciendo Ahsoka. Hizo un sonido de aprobación y luego señaló las piezas al azar que todavía estaban sobre la mesa.

—¿Para qué son esas? —preguntó.

—No tengo ni idea —respondió Ahsoka—. Pero no parecen tener un lugar en la máquina, así que las dejé a un lado. Creo que debería funcionar, una vez que vuelvas a llenarla de refrigerante y recargues las líneas.

—Puedo hacer eso cuando vuelva a colocarle la cuchilla —dijo Kaeden.

Accionó un interruptor y los repulsores se encendieron, levantando a la trilladora de la mesa aproximadamente un metro. La apagó igual de rápido.

—Excelente —dijo—. Voy a probar la dirección y las otras partes cuando esté afuera, pero los repulsores eran la parte que más me preocupaba. No sirve de mucho si no puede volar.

Ahsoka no estaba segura de cuánto serviría si no se podía dirigir, pero ella no era la experta, así que lo dejó pasar.

—De nada —dijo. Sacó el resto de la ración de comida del paquete y se la comió rápidamente. Kaeden la miró comer.

—Entonces, ¿te voy a pagar en comida? —le preguntó la muchacha—. Es decir, es una buena manera de empezar, y más tarde podemos hacer otros arreglos.

—¿Puedo cambiar las raciones por herramientas? —preguntó Ahsoka.

—No —dijo Kaeden—. Quiero decir, las raciones de comida, no valen mucho para aquellos de nosotros que hemos estado aquí algún tiempo.

Ahsoka consideró sus opciones. No había tenido tiempo de hacer un inventario completo de la nave, y era posible que las herramientas que necesitaba estuvieran allí. Y ella tenía que comer.

—Solo por esta vez —dijo, esperando sonar como alguien que tenía experiencia regateando—. La próxima vez vamos a negociar antes de que haga cualquier reparación.

Kaeden recogió la trilladora y sonrió. Todavía parecía un poco desconfiada, lo que para Ahsoka estaba bien. No estaba, se recordó a sí misma, tratando de hacer amigas, especialmente amigas que se sentían perfectamente cómodas sentándose en su cama. Ese tipo de cosas hablaba de un nivel de intimidad en la mayoría de las culturas. El Templo

Jedi no era un lugar donde se animaran esas cosas, y Ahsoka nunca se sintió motivada lo suficiente para evadir las reglas como habían hecho otros.

—Dejé la caja afuera —dijo Kaeden—. Puedes venir a buscarla.

Ahsoka la siguió fuera de la puerta y vio el pago prometido: comida suficiente para un mes, probablemente, y tal vez más si era cuidadosa. Kaeden tenía razón: la comida sólo valía para comerciar si eras nueva. Claramente, la escasez no era un problema. Arrastró la caja al interior mientras Kaeden se iba por la calle, su cojera era mucho menos notable que el día anterior. De nuevo sola, Ahsoka levantó la caja a la mesa y luchó contra el impulso infantil de hacer el trabajo con la mente en lugar de los brazos. La Fuerza no debía ser utilizada tan a la ligera, y no era como si mover cajas fuese un verdadero entrenamiento. Su enfoque debía estar en otro lugar.

Usar la Fuerza era una extensión natural de sí misma. No usarla todo el tiempo era extraño. Tendría que practicar, una verdadera práctica con la meditación apropiada, o algún día necesitaría sus habilidades y no sería capaz de responder a tiempo. Ella había tenido suerte de escapar a la Orden 66, y su escape no había sido sin un precio terrible. Los demás jedi, los que habían muerto, no habían podido salvarse a sí mismos, fueran poderosos o no.

Sintió la familiar tensión en la garganta, el mismo dolor estrangulador que venía cada vez que se imaginaba lo que había ocurrido cuando los soldados clon se volvieron contra ellos. ¿Cuántos de sus amigos habían sido asesinados por los hombres con los que habían servido durante años? ¿Cuántos jóvenes iniciados habían sido asesinados por un hombre que tenía una cara en la que confiaban sin dudar? ¿Y cómo se habían sentido los clones después de que estuvo hecho? Sabía que el Templo se había incendiado; había recibido la advertencia de no regresar. Pero no sabía donde había estado ninguno de sus amigos durante el desastre. Solo sabía que después ya no podía encontrarlos, que su percepción de ellos había desaparecido, como si hubieran dejado de existir.

Ahsoka se sintió caer en espiral por su dolor y trató de aferrarse a algo, cualquier cosa, para recordar a la luz. Encontró el verde de los campos de Raada, los campos que todavía ni siquiera había visto con sus propios ojos. Por unos momentos, se permitió perderse en el ritmo de las cosas en crecimiento que solo necesitaban sol y agua para vivir. Esa sencillez era alentadora, aunque en ese momento no podía recordar exactamente lo que había dicho el maestro Yoda acerca de las plantas y la Fuerza.

Las piezas sobrantes de la trilladora de Kaeden todavía estaban sobre la mesa. Ahsoka se inclinó y las recogió, sopesándolas distraídamente en las manos antes de guardárselas en el bolsillo. Allí, repiquetearon contra los anillos que había sacado de la consola de la nave el día anterior. Si seguía acumulando tecnología a este ritmo, iba a necesitar bolsillos más grandes.

Pensar en lo que iba a necesitar le recordó a Ahsoka que realmente debería comprobar la nave en busca de herramientas y otros artículos útiles. Miró rápidamente alrededor de la casa: la caja estaba sobre la mesa, pero no era llamativa, y el panel sobre sus créditos en la ducha estaba en su lugar. No se veía como algo que un ladrón buscaría, pero Ahsoka estaba intranquila cuando cerró la puerta detrás de ella.

—Espero que Kaeden necesite arreglar algo más pronto —dijo en voz baja a un inexistente R2-D2—. Me sentiría mejor si tuviera una cerradura.

Uno de los problemas de pasar mucho tiempo con un droide astromecánico era que uno tendía a seguir hablándole incluso cuando ya no estaba allí para hablarle.

Ahsoka caminó por la calle, hacia el centro de la ciudad y el espaciopuerto. Prestó más atención a su entorno, esta vez notando las pequeñas tiendas en las esquinas, a la espera de clientes. La mayoría de ellas vendía los mismos productos y artículos diversos, y Ahsoka no necesitaba ninguno. Las casas más grandes en el centro de la ciudad ya no parecían intimidantes ahora que Ahsoka tenía un lugar propio al que retirarse. Dos lugares si contaba la nave, que todavía estaba aparcada en el espaciopuerto, exactamente como Ahsoka la había dejado. Abrió la escotilla y entró.

Atraería demasiada atención si hacía un reconocimiento aéreo de las colinas cerca de su casa. Si quería explorar las cuevas, iba a tener que hacerlo a pie. La casa y la nave eran un buen comienzo, pero sería bueno tener un lugar al que pudiera ir en caso de emergencia.

—Alimentos, herramientas, lugar seguro en caso de que necesite huir —dijo en voz alta. Realmente debería dejar de hacer eso. Extrañaba a R2-D2.

No era un gran plan, pero era mejor que nada.

CAPÍTULO

04

KAEDEN NO REGRESÓ al día siguiente, lo que Ahsoka tomó como una señal de que la muchacha había sanado lo suficiente para volver al trabajo. A la luz del día, el asentamiento de Raada estaba prácticamente desierto. Casi todos los que vivían en la luna trabajaban en los campos. Los que no, vendedores de comida y similares, generalmente seguían a los trabajadores del campo fuera de la ciudad por la mañana. Tenía sentido ir a donde estaba el dinero.

Esto significaba que Ahsoka tenía los días para sí misma, o al menos lo haría hasta que Kaeden cumpliera su promesa de contarle a los demás que Ahsoka podía arreglarles las cosas. Cuando la tranquilidad se volvió demasiada para que Ahsoka la soportara, metió un paquete de raciones en el bolso, llenó una cantimplora de agua, y se dirigió hacia las colinas.

Estaba lo suficientemente cálido como para que no necesitara la capa, aunque sabía que cuando bajara el sol, el calor se perdería rápidamente. Ahsoka estaba acostumbrada a las fluctuaciones de temperatura. Cuando había sido padawan, solo de vez en cuando había sabido en qué tipo de planeta podría terminar, y fue buen entrenamiento para aprender a adaptarse. Al menos en la luna no llegaba a hacer tanto frío como para necesitar una parka.

No parecía haber muchas formas de vida silvestre en Raada. Ahsoka había visto algunas aves agrupadas en torno a las fuentes de agua cuando llegaba volando. Debía haber habido polinizadores de algún tipo, pero cuando buscabas cosas grandes, depredadores o criaturas que valiese la pena cazar por su carne, Raada no ofrecía mucha variación.

El lugar habría conducido a Anakin a la distracción, a menos que de alguna manera se las ingeniara para organizar carreras de vainas. Nada de verdadera tecnología que amañar, nada peligroso de lo que proteger a los desventurados habitantes... solo trabajo y casa, trabajo y casa. Nunca lo decía, pero Ahsoka sabía que su maestro ya había tenido suficiente de eso cuando creció en Tatooine. El maestro Obi-Wan habría dicho que Raada era un buen lugar para relajarse y luego de alguna manera habría tropezado con un nido de piratas o una banda de contrabandistas o una conspiración de los sith. Ahsoka — Ashla—, estaba esperando algo en el medio: hogar y trabajo, y solo la suficiente emoción para no hacerla caminar por las paredes.

Mientras tanto, escalar las colinas bastaría. Ahsoka dejó las llanuras y caminaba por unas colinas, cada una estaba cubierta de rocas y hierbas susurrantes que ocultaban todo tipo de hondonadas, huecos y cuevas. Aunque el establecimiento en sí mismo era indefendible, la zona circundante sería un lugar más que adecuado para organizar una

insurgencia si era necesario. Había buenos miradores al puerto espacial y las cuevas proporcionarían refugio de un ataque aéreo. El único problema era el agua, pero si los granjeros tenían tecnología como trilladoras portátiles, también debían tener fuentes de agua portátiles.

Ahsoka se detuvo en la cima de una colina y sacudió la cabeza tristemente. No podía dejar de pensar tácticamente. Los clones —antes de que hubieran intentado matarla—, habrían dicho que era algo bueno. Anakin habría estado de acuerdo con ellos. Pero Ahsoka aún recordaba, vagamente, el entrenamiento jedi antes de la guerra. Entonces no se habían enfocado tanto en las tácticas, y Ahsoka igual había estado interesada en lo que aprendía. Seguramente, ahora que no le quedaba nada por lo que luchar, ella podría volver a eso.

—No hasta que estés segura —susurró—. No hasta que sepas con certeza que estás a salvo.

Incluso mientras pronunciaba esas palabras, sabía que eso nunca llegaría a suceder. Nunca volvería a estar a salvo. Tendría que permanecer lista para luchar. Suponía que el Imperio no iba a visitar Raada muy pronto, ya que no había nada en la luna que necesitara, pero sabía cómo trabajaba Palpatine. Incluso cuando era Canciller, le gustaba el control. Como el Emperador, como un lord sith, sería incluso más autócrata. Con gente como el gobernador Tarkin para ayudarlo, cada parte de la galaxia sentiría el toque imperial.

Pero Raada estaba apartada por el momento, por lo menos. Ahsoka bajó la colina y se adentró en una de las cuevas. Le complació descubrir que era lo suficientemente seca como para que pudiera almacenar comida si lo necesitaba y lo suficientemente alta para que pudiera erguirse sin que las puntas de sus montras rozaran el techo. No querría vivir aquí permanentemente, pero en un apuro no estaría tan mal.

Hacia la parte posterior de la cueva había un bajo estante natural donde un pedazo de roca se había roto y dejado una superficie plana. Parte del estante se había roto y caído al piso de la cueva. Ahsoka lo recogió, observando que los bordes del pedazo roto coincidían con la plataforma sólida. Puso el pedazo en donde se había roto, y encajó perfectamente en su lugar, con sólo una fina grieta para revelar la rotura. Ahsoka volvió a recoger el fragmento de roca y pescó de su bolsillo las piezas de metal que guardaba ahí. Las apoyó, en donde iba la roca quebrada y volvió a colocar la losa encima. Seguía encajando.

No era un gran escondite, pero Ahsoka tampoco tenía mucho que esconder. Era más bien una promesa, una posibilidad, igual que cómo había juzgado el valor táctico del asentamiento y las montañas circundantes. Si era necesario, podría cortar la roca por debajo para hacer un compartimiento más grande.

Ahsoka se puso de pie, dejando las piezas de metal debajo de la piedra. Podría volver por ellas si lo necesitaba. Sospechaba que esta no sería la única cueva que iba a preparar, pero sería una a la que le prestaría la mayor atención. Era la más cercana al asentamiento, la primera que podría alcanzar si estaba huyendo.

Sí, serviría para empezar.



La trilladora reparada de Kaeden estaba haciendo un trabajo fabuloso. Una vez que la había llenado y agregado más refrigerante, la máquina funcionaba mejor que nunca. Esto no pasó desapercibido.

—Eh, Larte —le dijo Tibbola en el almuerzo—. ¿De dónde sacaste eso? Se parece a tu vieja bestia, pero se mueve como una nueva.

Tibbola era uno de los granjeros más viejos, soltero y desagradable cuando estaba borracho. Kaeden lo evitaba tanto como le era posible, pero el hombre tenía un ojo agudo para los cambios, y una trilladora más rápida sería más que suficiente para captar su atención.

—La hice arreglar después de que me lastimó —dijo Kaeden.

—¿Quién lo hizo?

—Sabes, creo que no me dijo su nombre —se dio cuenta Kaeden. Eso era extraño. Ella y la togruta recién llegada habían conversado durante un rato las dos veces, y Kaeden se había presentado a sí misma. Incluso había estado dentro de su casa—. Acaba de mudarse a la vieja casa de Cietra.

—Se nota que es buena en lo que hace —dijo Miara, la hermana de Kaeden. La muchacha más joven estaba sentada en el suelo a su lado y estiró las manos hacia la cantimplora de Kaeden.

—Busca la tuya —dijo Kaeden.

—Las volveré a llenar a las dos en el camino de salida —prometió Miara. Kaeden puso los ojos en blanco y le pasó el recipiente.

A los catorce, tres años más joven que Kaeden, Miara no debería haber estado trabajando un turno completo, a pesar de que era tan capaz como Kaeden lo había sido a esa edad. La necesidad era un maestro duro, aunque efectivo, y Kaeden lamentaba que las mismas presiones que la habían llevado a ella a los campos a una edad tan joven habían empujado a Miara tras ella, a pesar de que la muchacha menor nunca se quejaba. Como resultado, a Kaeden le costaba mucho negarle cualquier cosa. Por suerte, Miara era lo suficientemente prudente como para no abusar de esa ventaja.

—Si puede reparar así tu vieja chatarra, tal vez debería pedirle que le eche un vistazo a la mía. —Tibbola era tacaño, y su trilladora había sido parcheada tantas veces que Kaeden no estaba segura de que le quedara alguna parte original.

—No vas a poder aprovecharte de ella —le advirtió Kaeden—. Es inteligente.

—Tal vez yo sea más encantador que tú —dijo Tibbola con una mirada de soslayo. Se levantó y se fue.

—No con ese aliento —dijo Miara, riendo. Kaeden no pudo evitar reírse también—. Vamos a avisarle. ¿De dónde viene?

—Tampoco me dijo eso —admitió Kaeden—. Hablamos sobre todo acerca de Raada.

—No puedes culparla por ser cautelosa, si es nueva en la luna, y está sola —señaló Miara—. Tienes razón acerca de que es inteligente. Probablemente quiere saber cómo es la ciudad antes de abrirse.

—¿Quién va a abrirse? —Cuatro cuerpos golpearon la tierra a su alrededor, el resto de su equipo se unió a ellas para el almuerzo.

—¡Kaeden tiene una nueva amiga! —dijo burlescamente Miara.

—¿En serio? —Vartan, el jefe de su equipo, agitó unas cejas oscuras en dirección a ella. Habría tenido más impacto si las cejas no hubieran sido el único pelo en su cabeza.

—Es una especie de mecánica —dijo Kaeden, haciendo caso omiso de su tono. Hacía falta más que una aptitud mecánica para hacerla girar la cabeza, aunque tal vez ella iba a tener que reevaluarlo. La inteligencia también era algo muy importante—. No recuerdo su nombre, pero ella arregló la trilladora tan bien que está mejor ahora que cuando la compré.

—Me pareció que estaba menos asesina hoy —dijo Malat, metiendo sus largos y delicados dedos en su comida.

—Vamos a ir a buscarla después de la salida y llevarla a la cantina de Selda —declaró Miara, refiriéndose a la cantina donde iban casi todas las noches. Se levantó y fue a rellenar las cantimploras.

—¿Y si no quiere venir? —preguntó Kaeden.

—¿Qué otra cosa iba a hacer? —preguntó Hoban. Había terminado de comer y estaba acostado en el suelo con el sombrero sobre la cara para proteger su piel pálida del sol—. ¿Quedarse sola en casa en la oscuridad?

—Tal vez a ella le gusta ese tipo de cosas —sugirió Neera, la sufrida hermana melliza de Hoban.

—Si Tibbola se le va presentar, debemos asegurarnos que conozca a otras personas —dijo Vartan—. O podría quedar tan desalentada por él que saltará en la primera nave que salga de aquí.

Mencionar que su nueva amiga tenía una nave estuvo en la punta de la lengua de Kaeden, pero algo la detuvo. Sin nombre, sin historia... ella probablemente no querría que Kaeden anduviera revelando sus secretos. Kaeden podía entenderlo. Había un montón de cosas que no le gustaba compartir con su hermana, por no hablar de su equipo, y había conocido a ese equipo por años.

—Muy bien —dijo finalmente—. Después de que hayamos terminado por el día y limpiemos un poco, iré a preguntarle si quiere salir con nosotros. Pero no la presionen, y no la fastidien si ella no quiere ser fastidiada.

—Sí, señora —dijo Vartan, saludando.

Los demás rieron, y Kaeden tuvo la cortesía de unirse. Sonó la sirena, así que echó la cabeza hacia atrás y se volcó en la boca las últimas migajas de su almuerzo. Miara le entregó una cantimplora llena de agua con una sonrisa, y luego volvieron al trabajo.

CAPÍTULO

05

LA CANTINA DE SELDA ERA PEQUEÑA, pero de todos modos producía un sorprendente nivel de ruido. Ahsoka se alegró mucho de no haber tomado la casa junto a ella, o nunca habría podido volver a dormir una buena noche. Había música en vivo, por supuesto, pero el lugar también estaba repleto de gente, ninguno de los cuales parecía capaz de hablar por debajo de un sordo rugido.

—¡Vamos! —gritó Kaeden—. Nos sentaremos en una esquina y será más fácil hablar.

Ahsoka tenía sus dudas acerca de eso. Francamente, tenía sus dudas acerca de salir con Kaeden en absoluto. La muchacha había aparecido justo cuando Ahsoka estaba acordando hacer una pequeña reparación para un hombre verdaderamente odioso llamado Tibbola, y había invitado a Ahsoka a salir por una verdadera comida. Ahsoka intentó protestar, pero no con mucho empeño, y no fue hasta que ella y Kaeden pasaron por la puerta de la cantina que Ahsoka deseó haberse resistido un poco más.

—¿Estás segura de esto? —preguntó—. ¿No hay algún lugar más tranquilo?

—¿Qué? —dijo Kaeden.

Ahsoka lo repitió directamente en el oído de Kaeden. ¿Cómo podía alguien en este lugar oír cualquier cosa? ¿Cómo podían pedir las bebidas?

—No —respondió Kaeden—. Selda tiene la mejor comida. Va a estar un poco más tranquilo en la parte de atrás.

Ahsoka se dio por vencida y siguió a Kaeden a través de la multitud. La muchacha tenía hombros anchos y no le asustaba utilizarlos para despejar un camino. Cuando pasaron la parte más atestada, Kaeden giró a la izquierda y condujo a Ahsoka a una mesa que ya estaba ocupada.

—Mi hermana, Miara —dijo Kaeden, indicando a la muchacha de piel oscura que ya estaba sentada a la mesa. A diferencia de Kaeden, cuyo cabello castaño oscuro estaba apretadamente trenzado, el cabello de Miara estaba suelto. Era muy, muy rizado y le rodeaba la cabeza como una nube. A Ahsoka le gustó, aunque no tenía idea de cómo hacía Miara para mantenerlo fuera de su camino cuando estaba trabajando.

—¡Hola! —dijo Ahsoka—. Soy Ashla. —Se deslizó a la silla al lado de Kaeden e invocó a la personalidad de Ashla al frente de su mente.

Se hicieron otras presentaciones, y antes de que pasara mucho tiempo Ahsoka había estrechado las manos de todo el equipo de Kaeden. Eran todos humanos menos una. Vartan era el más viejo, un hombre curtido en sus cuarentas. Al principio Ahsoka pensó que su calvicie era una afectación, igual que como habían hecho algunos de los clones para mantener sus cabezas más frescas en los cascos, pero cuando miró más de cerca, se dio cuenta de que no tenía ningún rebrote en absoluto. No entendía del todo cómo

funcionaba el cabello, ya que ella misma no tenía ninguno, pero sabía que los hombres a menudo eran sensibles sobre ese tipo de cosas, así que aunque tenía curiosidad, no hizo preguntas.

Malat, una mujer sullustana de treinta y pocos, tuvo que irse poco después de que se hicieron las presentaciones. Su marido trabajaba en un turno diferente que ella, y tenía que ir a casa a alimentar a sus hijos. Le recordaba a Ahsoka un poco del maestro Plo, quien siempre había pensado en los demás incluso cuando estaba ocupado o cansado.

Los mellizos, Hoban y Neera, tenían solo unos años más que Ahsoka. Eran muy blancos en comparación con los demás, y tenían idénticos ojos azules que se perdían de muy pocos detalles. También fueron mucho más directos de lo que había sido Kaeden cuando se trataba de hacerle preguntas sobre su pasado a Ashla. Ahsoka sabía que un poco de información sería de mucha ayuda, así que ofreció lo que pudo.

—Soy mecánica, o por lo menos puedo arreglar cosas —dijo.

—Entonces es bueno conocerte —dijo Hoban—. Especialmente si reparas nuestras trilladoras como hiciste con la de Kaeden.

—¿Las tuyas también se han roto? —preguntó Ahsoka.

—No —dijo Miara—, pero todas son chatarras viejas. La de Kaeden ahora funciona mejor que nunca, incluso que cuando la compró por primera vez.

—Me encantaría echar un vistazo —dijo Ahsoka—. No pueden ser peores que mi último cliente.

Todos miraron a Kaeden sorprendidos. Ella hizo una mueca.

—Tibbola fue a verla antes que yo —dijo.

—Bueno, al menos él no la espantó del todo —dijo Hoban—. Y no bebe aquí muy a menudo.

—¿Por qué no? —preguntó Ahsoka—. Kaeden dijo que este lugar es el mejor.

Hoban y Neera intercambiaron miradas y Neera se inclinó hacia adelante.

—Tibbola es desagradable cuando bebe —dijo—. Y estúpido. Cuando está sobrio, puede controlar su lengua, pero cuando ha tomado un poco, comienza a decir cosas malas sobre la gente.

Ahsoka digirió esto. No estaba acostumbrada a las emociones desenfrenadas. Había pasado la mayor parte de su vida alrededor de personas que tenían sentimientos profundos, pero que lograban, en su mayor parte, mantenerlos bajo control. Esa era una de las razones por las que la traición de Barriss Offee la había lastimado tan profundamente. Barriss había estado enojada con la Orden Jedi y había intentado ganarse las simpatías de Ahsoka, si no su completa alianza, pero lo hizo de la manera más cruel imaginable: manipulando las opciones de Ahsoka. Que una persona que consideraba una amiga desatara una ira tan profunda y la canalizara hacia la Orden había cambiado completamente la perspectiva de Ahsoka. Aunque no era exactamente lo mismo, Ahsoka se alegraba de que no tendría que lidiar con las quejas abusivas del borracho local. Desde que Barriss había hecho todos esos agujeros en su certeza sobre la senda jedi, Ahsoka se había esforzado para recuperar el control que había poseído alguna vez. No tenía ninguna prisa en darle a un nuevo matón la oportunidad de meterse bajo su piel.

—No nos cae bien —dijo Miara—. Y tampoco a Selda, obviamente, aunque él no siempre puede echar a un cliente que paga.

Ahsoka siguió el gesto de Miara y vio un hombre togruta alto parado detrás de la barra. Su piel era del mismo color que la de ella. Aunque le faltaba casi todo el lekku izquierdo, cortado a la altura del hombro, y había tejido cicatricial donde había sufrido la lesión.

—Accidente agrícola —dijo Vartan—. Hace mucho tiempo. Pueden darte prótesis para manos y pies, pero no pueden hacer mucho sobre tus lekku.

Selda atrapó la mirada de Ahsoka, ella realmente esperaba que no pensara que lo estaba mirando demasiado, y él asintió formalmente con la cabeza. Ella saludó y sonrió. Luego continuó secando copas, y ella pudo ver su prótesis mientras trabajaba. Le llegaba hasta el codo izquierdo y lo hacía sostener las copas en un ángulo extraño, pero eso no parecía ralentizarlo.

—Ahora que te ha visto, apuesto a que nos va a dar el mejor servicio —dijo Hoban.

—Idiota —dijo su hermana, abofeteándolo en la nuca. Su bebida se derramó cuando ella lo sacudió—. ¿Crees que todos los togruta se conocen?

—Por supuesto que no —protestó Hoban. Ni siquiera trató de limpiar el desorden—. Sólo quería decir que va a tener curiosidad porque ella es nueva.

—Vas a tener que perdonar a mi hermano —dijo Neera—. Nunca piensa antes de hablar.

—Estás perdonado —dijo Ahsoka.

—Yo no... —comenzó Hoban, pero luego se dio por vencido—. ¿Dónde está la comida? Me muero de hambre.

Todas las cantinas a las que Ahsoka había ido antes habían estado llenas de clientes transitorios. Incluso en Coruscant, los bares estaban poblados por personas que estaban en camino a alguna otra parte, aunque solo fuera a un concierto o a otra fiesta. Era extraño estar en un sitio donde todo el mundo era local. En Raada, ella era la extraña, y tenía la clara impresión de que si hubiera pasado a través de la puerta sola, la música y la conversación se habrían detenido y ella habría sido el centro de atención. Incluso protegida por Kaeden y sus amigos, Ahsoka era el foco de atención de un buen número de miradas encubiertas, mientras la gente trataba de averiguar de ella.

—Se acostumbrarán a ti muy pronto —dijo Vartan. Se levantó y se preparó para abrirse camino hasta la barra para recargar las bebidas—. ¿Quieres algo en especial? Esta noche nosotros invitamos las bebidas.

—Está siendo ridículo —dijo Miara—. Selda solo tiene un tipo de alcohol. Solo ve a buscar otra ronda, Vartan.

La saludó, un gesto burlón que Ahsoka encontró incómodamente familiar, y siguió su camino. Miara y Kaeden comenzaron a discutir con los mellizos acerca de algo, y Ahsoka se permitió escuchar a medias mientras miraba alrededor de la cantina. Era un hábito, evaluar su entorno, pero ahora sería un buen momento para averiguar si alguien estaba demasiado interesado en ella. Sobre todo vio gente cansada que parecía querer una

comida caliente al final del día. Si no fuera por la música, habría pensado que se trataba de una cafetería o comedor militar.

—Por eso es que Selda la pone tan fuerte —dijo Kaeden cuando Ahsoka le dijo lo que estaba pensando—. ¿Comías en muchos comedores militares en el lugar de donde vienes?

—A veces —dijo Ahsoka—. Más a menudo comíamos lo que podíamos donde podíamos.

—¿Viajabas mucho? —dijo Kaeden con cierta simpatía—. ¿Incluso cuando eras pequeña?

—No desde que era pequeña —dijo Ahsoka—. Pero durante los últimos años, sí.

—Mis padres nos instalaron aquí cuando yo tenía cuatro años y Miara uno —dijo Kaeden—. Murieron en el accidente que cortó tanto a Selda, pero yo tenía catorce para entonces, y apenas edad suficiente para conseguir un salario. Vartan me aceptó a causa de mis circunstancias, aunque todos los demás pensaban que era demasiado joven. Luego aceptó a Miara. ¿Tú viajabas con tus padres?

Esa pregunta no debería haber cogido a Ahsoka con la guardia baja, pero lo hizo. Dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—No, no recuerdo muy bien a mis padres.

—¿Entonces, con quién viajabas? —preguntó Kaeden.

—Soy, ah... doptada —balbuceó Ahsoka, y esperó que el ruido de la cantina fuera suficiente para cubrir su vacilación—. Más o menos. —Pasaba sus días tratando de no pensar acerca de su pérdida, o el dolor la incapacitaría, pero eso solo significaba que cada vez que surgía el tema, le dolía como algo nuevo.

Cualquiera que fuera la siguiente pregunta de Kaeden fue interrumpida por el regreso de Vartan trayendo una bandeja de bebidas, Selda venía detrás de él con una bandeja de comida. Una vez que todo estuvo repartido, Selda tomó el asiento junto a Ahsoka y se inclinó para que solo ella lo escuchara.

—¿Te has instalado bien aquí? —preguntó.

—Sí —respondió ella, sorprendida por su amabilidad.

—Ha habido un montón de gente nueva, que viene de los Mundos del núcleo —dijo Selda—. No humanos.

Ahsoka había oído los rumores. El Imperio era muy selectivo en los que admitía en posiciones de poder. Palpatine no tenía miedo a pisotear a sus viejos aliados, incluso en su planeta de origen.

—No estoy huyendo de algo específico —dijo Ahsoka. Las mentiras de Ashla le salían cada vez más fácil—. Solo quería estar en un lugar tranquilo.

La banda de la cantina comenzó lo que debía haber sido una canción muy popular, porque la mayoría de la gente en la habitación empezó a aplaudir y a cantar junto con ella. Ahsoka hizo una mueca, y Selda se rió.

—Entiendo lo que quieres decir —gritó sobre el creciente ruido—. Pero si cambia algo, hazmelo saber. O cuéntale a Vartan. Es de pocas palabras, pero entiende cómo funcionan las cosas.

Selda le dio una palmada en el hombro, la familiaridad del gesto la volvió a sorprender, y se levantó para volver a la barra. Ahsoka lo miró alejarse. Podía ver las líneas en su túnica y pantalones, donde terminaba su cuerpo y comenzaba su prótesis. Debió haber sido un accidente terrible.

—¿Qué quería? —preguntó Kaeden, mientras Ahsoka volvía hacia el plato delante de ella y comenzaba a comer.

—Solo saludar —dijo Ahsoka—. Es bueno para el negocio que él conozca a la gente, ¿verdad?

Kaeden asintió con la cabeza y la dejó comer.



El mapa estelar era la única fuente de luz en la habitación. Afuera, el negro del espacio estaba salpicado por estrellas lejanas, y adentro, todas las consolas estaban atenuadas tanto como era posible. Jenneth Pilar creía en usar solo lo necesario y se destacaba en encontrar cosas necesarias que utilizar. Antes del Imperio había sido un intermediario, enlazando bienes a compradores, utilizando cualquier comerciante o contrabandista que pudiera encontrar. Ahora encontraba otros canales, más imperiales, para sus talentos. El Imperio tenía gran demanda para materiales de todas las variedades, y Jenneth conocía las vías de suministro. Antes, tenía que equilibrar las negociaciones entre múltiples partes. Ahora sólo señalaba el poder de las fuerzas militares imperiales hacia un planeta y tomaba lo que deseaba. Todavía le pagaban, y le pagaban muy bien, así que no le importaba la destrucción, y sus manos estaban limpias, por lo que no le importaba la sangre.

Esta nueva asignación era un desafío, y Jenneth lo apreciaba. El Imperio quería un planeta que pudiera utilizar para la producción de alimentos, de preferencia uno con una población pequeña que nadie echara de menos. Era la segunda parte la que al principio había frustrado a Jenneth, pero después de unos días de cuidadoso análisis, había encontrado la solución. Ahora todo lo que tenía que hacer era transmitir la información a su contacto imperial y esperar a que los créditos aparecieran en su cuenta.

Era, quizás, un poco más oficial de lo que a Jenneth le habría gustado, pero trabajar para el Imperio tenía innegables beneficios. Su posición era mucho más estable de lo que había sido como profesional independiente, y mientras que siguiera las directivas que se le daban, lo dejaban en paz. Hubiera preferido más poder absoluto dentro de la jerarquía imperial, pero todavía era temprano en la relación de negocios. Podía permitirse ser paciente.

Nacido para ser un engranaje en una máquina, Jenneth había encontrado la máquina perfecta. Era directa, discreta, brutalmente eficiente y rentable. Al Imperio no le importaba lo que pasaba después de que tenía lo que quería, y a Jenneth tampoco.

—Raada —dijo, antes de apagar el mapa estelar y quedarse sentado solo en la oscuridad. Tal vez era demasiado dramático, pero le gustaba mucho el efecto—. Espero que nadie tenga nada importante allí.



Más tarde esa noche, sola en su casa, Ahsoka no podía dejar de pensar en lo que le había dicho Selda. En el ruido de la cantina, había sido posible ignorar la advertencia, pero en la tranquilidad de su habitación, no era tan fácil. El Imperio era implacable, lo sabía, y cruel cuando se trataba de muerte y sufrimiento, pero sin duda la manera más rápida para incitar a la resistencia sería enfocarse en algunas especies en particular. El Senado todavía estaba en funcionamiento, y alguien allí tenía que tener el poder para protestar.

Pero no lo haría, comprendió Ahsoka. Estarían demasiado ocupados protegiendo a sus propios planetas. Esa era la razón por la que Kashyyk estaba sitiado y por qué nadie intercedió cuando algunos de los wookiees habitantes del planeta fueron dispersados a diferentes minas y campos de trabajo por toda la galaxia. Nadie podía ayudarlos. La mayoría apenas podían ayudarse a sí mismos. Ese era el trabajo de los jedi, y los jedi habían desaparecido.

Desaparecido.

Los jedi habían desaparecido. Ahsoka pensaba sin piedad, una y otra vez —todavía demasiado asustada de decir las palabras en voz alta—, hasta que pudo dar el paso final: los jedi estaban muertos. Todos ellos. Los guerreros, los eruditos, los diplomáticos, los generales. Los viejos y los jóvenes. Los estudiantes y los profesores. Estaban muertos, y no había nada que Ahsoka pudiera hacer.

¿Por qué había sido ella? Había tenido ese pensamiento un centenar de veces desde la Orden 66. ¿Por qué había sobrevivido *ella*? No era la más poderosa; ni siquiera era una caballero jedi, y sin embargo, aún estaba viva cuando muchos otros habían muerto. Se hacía la pregunta tan a menudo porque ya conocía la respuesta. Simplemente no le gustaba enfrentarla, era muy dolorosa. Había sobrevivido porque se había ido. Los había abandonado.

Había abandonado a los jedi y había abandonado a Thabeska, y debido a eso estaba viva, lo mereciera o no.

Se secó los ojos, recogió la trilladora de Tibbola, y volvió a trabajar.

AHSOKA MIRÓ ABAJO a la tumba, su corazón era una piedra en su pecho.

Pensó acerca de todos los soldados clon con los que había servido. La habían aceptado tan rápido, incluso la primera vez cuando se convirtió en padawan de Anakin. Claro, parte de eso era su código genético, pero eso solo llegaba hasta un punto. La respetaban. La escuchaban. Le enseñaron todo lo que sabían. Y cuando ella cometió errores, cuando hizo que mataran a algunos de ellos, la perdonaron, y volvieron a apoyarla cuando fue hora de volver a la batalla. Los jedi habían desaparecido, pero lo que pasó con los clones era casi peor. Sus identidades, su voluntad, eliminados con una simple orden de voz y la activación de un chip. Si no lo hubiera visto por sí misma, no habría creído que era posible.

Se sentía completamente sola en la Fuerza, excepto por la nada oscura que le devolvía la mirada cada vez que intentaba conectarse con Anakin o cualquiera de los demás. Más que nada, quería que apareciera una nave, que Anakin le siguiera la pista o uno de los demás jedi la encontrara. Quería saber donde estaban, si estaban a salvo, pero no había manera para hacerlo sin comprometer su propia posición. Lo único que podía hacer era lo que había decidido hacer: esconderse.

Ella debería haber estado en el Templo. Debería haber estado con Anakin. Debería haber ayudado. En cambio, había estado en Mandalore, casi completamente sola, rodeada de clones, confusión y fuego bláster. Maul había escapado, por supuesto. Ella había tenido la oportunidad de matarlo, pero en su lugar había escogido salvar a Rex. No se arrepentía, no podía arrepentirse, pero la destrucción que Maul podría causar en una galaxia sin ningún jedi para protegerla le traía remordimientos.

Ahora, estaba la tumba. Todo en ella era falso, desde el nombre que estaba listado en ella hasta el nombre de la persona que lo había matado. Aunque parecía muy real. Y no se podía distinguir a los clones cuando estaban muertos, especialmente no si eran enterrados con la armadura de otro.

Ahsoka sostenía sus sables de luz, su última conexión física a los jedi y a su servicio en las Guerras Clon. Era tan difícil renunciar a ellos, a pesar de que sabía que tenía que hacerlo. Era la única manera de vender la estafa del falso entierro, y le compraría un mínimo de seguridad, porque quienquiera que los encontrara asumiría que ella también estaba muerta.

Pero Anakin se los había dado. Se había ido del Templo Jedi con nada más que lo puesto y se había esforzado durante mucho tiempo para encontrar un nuevo lugar en la galaxia. Cuando había encontrado una misión, cuando había pedido ayuda a su antiguo maestro, él había respondido y le había dado las armas jedi para hacer el trabajo. Él aceptó su regreso, y se sentía como un fracaso dejar atrás los sables de luz por segunda vez.

Los encendió y se dijo a sí misma que era su resplandor incandescente verde en la noche oscura lo que le hacía llorar los ojos. ¿Cuántos jedi habían sido enterrados con sus sables de luz hoy? ¿Cuántos ni siquiera fueron enterrados, sino dejados detrás como

otra basura, sus armas tomadas como trofeos? ¿Los jóvenes iniciados, habrían sabido qué hacer? ¿A quién podían pedir ayuda una vez que habían matado a sus maestros? Sin duda, les habrían ofrecido algo de misericordia...

Se arrodilló, apagó la energía y plantó las empuñaduras de ambas armas en la tierra recién removida.

Se volvió a parar rápidamente y resistió el impulso de volver a llamar los sables de luz a sus manos. Debían dejarse allí, conmemorando al hombre que estaba registrado que habían matado, un trofeo para los imperiales que vinieran a buscar.

E iban a venir. Ahsoka podía sentirlo en los huesos. Tenía una nave, poco llamativa y bien construida. Rex ya se había ido, su falsa muerte inscrita en la lápida frente a ella y el informe falso de la muerte de ella a manos de él acreditado allí también. Cuando estaban cavando la tumba, habían acordado separarse y dirigirse al Borde Exterior. Allí era caótico, pero el tipo de caos en el que una persona podría perderse. El caos en los Mundos del Núcleo estaba motivado por la nueva paz de Palpatine, y si Ahsoka intentaba ocultarse allí, solo sería cuestión de tiempo hasta que la encontraran.

Ella puso una mano sobre la lápida y se permitió un momento más para pensar en el hombre que estaba enterrado allí y en el hombre que no lo estaba. Pensó en su maestro, al cual ya no podía sentir, y los demás jedi, cuya ausencia era como una esclusa de aire abierta en sus pulmones. Con determinación, la cerró. Dejó de buscar a Anakin a través de la conexión que compartían. Dejó de recordar a los clones, vivos y muertos.

Se volvió y caminó hacia su nave. Se preguntó qué diría cuando llegara a un nuevo planeta y alguien le preguntara quién era. Sabía que su nombre figuraba en una lista de supuestos criminales. Ya no podía usarlo con seguridad. No podía decir que era una jedi, aunque nunca podría haberlo dicho honradamente de todos modos. Había renunciado a ese derecho. Ahora pagaba, doblemente, el precio de su abandono. Al menos el asiento del piloto tenía sentido. Sabía qué hacer cuando se sentaba en él.

La nave cobró vida a su alrededor, y se enfocó en las cosas que ella sabía con certeza: era Ahsoka Tano, al menos por algún tiempo más, y era hora de irse.

CAPÍTULO

06

DESPUÉS DE ESA PRIMERA NOCHE en la cantina de Selda, Ahsoka se estableció en los ritmos de la vida de Raada sin incidentes. Su aceptación por parte de Kaeden y, más importante, de Selda hacía que todos los demás la trataran como si ella siempre hubiera vivido allí. Los granjeros le traían sus trilladoras y otras piezas de equipo rotas, y los vendedores y comerciantes actuaban como si ella fuera uno de los suyos. En el núcleo, Ahsoka había visto a los gremios y sindicatos del crimen proteger a sus miembros, pero esto era diferente. No había miedo ni manipulación, salvo en el caso de Tibbola, que no le caía muy bien a nadie. Pero incluso él pagaba a tiempo y hacía su trabajo.

Era bonito... cuando no era terriblemente aburrido.

—Es una familia —dijo Miara. Ella había pasado a instalar la cerradura en la puerta de Ahsoka.

—Pero no somos familia —protestó Ahsoka.

Miara la miró, con una expresión casi de dolor en el rostro. Ahsoka había visto familias antes. Había salvado familias antes. Pero había pasado mucho tiempo desde que ella había tenido una. No era la senda jedi. La habían amado profundamente en su planeta natal, pero eso fue hace tanto tiempo que lo único que podía recordar era la sensación, no los resultados prácticos.

—Hay dos tipos de familias —dijo Miara después de un momento—. Hay un tipo como Kaeden y yo, donde naces en el lugar correcto de las personas adecuadas y eso es lo que te toca. Si tienes suerte, resulta bien. El otro tipo de familia es el tipo que encuentras.

Ahsoka pensó en cómo los clones, incluso los que nunca había conocido, se llamaban el uno al otro «hermano». Había pensado que era debido a su genética y a la conexión militar, pero tal vez había algo más.

—Kaeden y yo, estábamos solas —continuó Miara—. Pero entonces Vartan contrató a Kaeden. No tenía que hacerlo. Tampoco tenía que pagarle un salario completo. Pero lo hizo. Podrían habernos pasado todo tipo de cosas malas cuando nuestros padres murieron, pero en su lugar conseguimos una nueva familia.

Ahsoka lo consideró.

—Ahora, no espero que me cuentes quién murió —siguió Miara—. Pero está claro que alguien lo hizo. Kaeden dijo que eras adoptada, lo que significa que perdiste a tu familia dos veces. Así que ahora nos tienes a nosotros.

La muchacha más joven estaba tan determinada que Ahsoka no se atrevió a corregirla. No estaba buscando una familia, pero el maestro Yoda le había enseñado que a

veces encontrabas cosas que no estabas esperando, y cuando lo hacías solo tenía sentido aprovecharlas. La gente de Raada protegía a los suyos, sin nada de la violencia, crueldad o cálculos a sangre fría que Ahsoka había visto trabajando en el Núcleo. Tal vez era una buena idea aprovecharlo, a pesar de que pensar en términos de aprovecharse de sus nuevos amigos la ponía un poco incómoda. Miró a Miara, que estaba instalando la última parte de la cerradura.

—¿No es eso, no sé, injusto? —preguntó Ahsoka, con cuidado exagerado. Después de todo, ni siquiera sabían su verdadero nombre—. Quiero decir, ¿yo acabo de aparecer y ustedes me aceptan?

—Bueno —dijo Miara—, no es como si no fuera útil tenerte aquí. Los aparatos de todo el mundo funcionan mejor después de que tú terminas con ellos, y eso evita que la cabeza de Hoban se haga demasiado grande.

Ahsoka se echó a reír. Suponía que era cierto.

A lo lejos, sonó una sirena. Miara comenzó a empacar sus cosas.

—Tengo que correr —dijo—. Esta semana tenemos el turno de noche, por lo que estarás sola para la cena por un tiempo. La cerradura ya está lista. Solo tienes que configurar la clave. Presiona tu dedo aquí.

Ahsoka hizo lo que le pedía, y la cerradura se volvió verde.

—Excelente —dijo Miara—. Quiero decir, no detendrá a nadie que esté realmente determinado, pero sabrás que alguien entró por la fuerza, y se llevará una buena sorpresa cuando lo haga. —Resultaba que las cerraduras de Miara podían ser un poco vengativas.

—Gracias —dijo Ahsoka.

Miara terminó de empacar y se fue por su camino, dejando a Ahsoka sola con una cerradura nueva y una serie de nuevos pensamientos que daban tumbos por su cabeza. Miró al evaporador que debía arreglar esa tarde y decidió que había pasado demasiado tiempo en interiores durante la semana pasada. El tedio de una comunidad agrícola estaba empezando a cansarla. Oh, los jedi también tenían sus rituales y tradiciones extrañas, pero Ahsoka estaba acostumbrada a aquellas. Raada era un nuevo tipo de aburrimiento, y a Ahsoka nunca le había sentado bien el aburrimiento. Era hora de verificar su cueva y ver qué podía encontrar en la zona.

Empacó todo lo que necesitaría para el día en el nuevo bolso que le había dado Neera cuando Ahsoka arregló la máquina de caf en la casa que Neera compartía con su hermano. Puso un paquete de raciones, aunque también tenía alimentos frescos, y se colgó la cantimplora de agua de la cadera, justo al lado de donde solía poner uno de sus sables de luz. Envolvió todas las piezas de metal que había recogido desde la última vez que fue a la cueva y también las puso en el bolso, entonces se la colgó de los hombros. Era mucho más cómodo que su último bolso. Neera lo había alterado para que no le rozara los lekku.

Mientras Ahsoka iba saliendo de la ciudad, se cruzó con varios agricultores en camino a los campos. Varios de ellos la saludaron con el nombre de Ashla, y ella les devolvió el saludo con una sonrisa que no era para nada forzada. Pasó junto a todas las casas y los pocos pequeños jardines que bordeaban el límite de la ciudad. Ahsoka no

entendía por qué unos granjeros querrían dedicarse a la jardinería en su tiempo libre, pero ella también tenía aficiones extrañas... excepto que las suyas eran secretas.

A pesar de lo que dijera Miara, Ahsoka no creía que las familias y secretos iban bien juntos, y ella tenía mucha más práctica en lo último que en lo primero. Kaeden ya había comenzado a hacer preguntas preliminares, dando a entender que le gustaría saber más acerca de dónde había venido Ashla y lo que hacía cuando desaparecía de la ciudad. Ahsoka se esforzaba por cambiar de tema. La parte más difícil era que Ahsoka encontraba que realmente quería hablar con Kaeden y contarle todo tipo de cosas. No tenían ninguna experiencia de vida en común, pero Kaeden era buena escuchando, aunque ninguna de ellas podría resolver los problemas de la otra. Además, hablar con alguien a quien la magnitud de la galaxia no le preocupaba mucho ayudaba a Ahsoka a enfocarse, y ella estaba teniendo problemas con ese tipo de cosas en estos días, incluso cuando intentaba meditar.

Estaba desequilibrada, decidió Ahsoka, tirada en muchas direcciones distintas por sus nuevos sentimientos y su viejo dolor. Lo que necesitaba era volver a centrarse a sí misma, y la meditación era la mejor manera de hacerlo. Ya había evitado ese tipo de ejercicios por un tiempo, porque no le gustaba lo que veía cuando los hacía, pero si iba a recuperar el control de su vida, también iba a tener que recuperar el control de sus meditaciones. Podría utilizar ese enfoque para asegurarse de que no divagaba hacia una visión o recuerdo, y en su vida regular, ayudarla a mantener sus pensamientos en orden, para no hablar de mantenerla sintonizada a la Fuerza.

Se sintió más calmada casi en el momento que pasó la última casa, cuando el ruido de pies y maquinaria fue sustituido por el susurro de la hierba y la promesa de soledad. Algunas nubes salpicaban el cielo, y estaba ventoso pero todavía lo suficientemente suave para que Ahsoka no sintiera que el clima la molestaba. Era, decidió, un buen día para correr.

Ajustó las correas de la mochila que Neera le había hecho y luego echó la cabeza hacia atrás y largó. El viento silbaba junto a ella mientras tomaba velocidad y sintió que, si pudiera ir lo suficientemente rápido, podría salir volando de la superficie de la luna. Se rió, a medias de alegría y a medias de su propia estupidez: si quería volar, solo tenía que buscar su nave y volar. Y de todos modos, no podía correr tan rápido como era capaz, porque no podía usar la Fuerza en el exterior. Incluso sin la Fuerza, le tomó mucho menos tiempo que antes llegar a las colinas, y redujo la velocidad a una caminata para no pasar por alto las señales que la llevarían a su cueva.

Ahsoka volvió sobre sus pasos, notando más lugares donde las cuevas se recortaban en la piedra. Se preguntó si algunas de ellas estarían conectadas. La suya no, esa era una de las razones por las que le gustaba; pero podría ser útil tener algo más parecido a una red, y era más probable que esas cuevas tuviesen fuentes de agua naturales que no dependieran de la tecnología.

—¿Quién crees exactamente que va a necesitar estas cuevas? —se preguntó.

Ignoró su propia pregunta y se metió por la entrada a su escondite.

Todo estaba exactamente como lo había dejado, desde la losa que ocultaba sus pequeñas piezas de tecnología hasta las huellas en el piso. Añadió las nuevas piezas a la colección, su mano pasó sobre ellas como si pudiera construir algo, y volvió a colocar la tapa. Luego se fue a la mitad de la cueva y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas.

Inhaló y exhaló lentamente, de la forma que el maestro Plo le había mostrado todos esos años antes cuando se habían conocido. Había estado tan confundida en ese entonces y más que un poco asustada. El esclavista que había interceptado la señal de su pueblo a los Jedi y había venido a buscarla había sido aterrador, pero en el instante en Ahsoka había puesto los ojos en el maestro jedi Plo Koon, había sabido que podía confiar en él. El entrenamiento con los jedi como un iniciada había restablecido plenamente su confianza en sí misma, pero, al mismo tiempo la volvió imprudente y temeraria. No fue hasta que se convirtió en padawan de Anakin Skywalker, y tuvo que volver a abandonar el Templo, que finalmente entendió que la galaxia podría ser calmada y tempestuosa, segura y peligrosa al mismo tiempo. La clave, como siempre, era encontrar un equilibrio.

Hizo su mejor esfuerzo para pensar en ese equilibrio ahora. Se concentró en su respiración y en la luna en la que estaba sentada. Se extendió por sus pastos y sintió el sol, animándola a crecer. Encontró los pequeños jardines, cada una de las plantas recibía especial atención para asegurar su buena salud, y entendió un poco mejor a los granjeros que las cuidaban. Y se extendió a través de los campos, sintiendo el orden de los surcos arados en línea recta y la organización de la cosecha. Los campos desnudos se estaban volviendo a preparar para las nuevas semillas con el cambio de temporada. Pronto la trilla estaría completa y los equipos pasarían a otro trabajo.

La poca riqueza de Raada estaba en el suelo, así que Ahsoka no pensó en mirar para arriba hasta que las piedras a su alrededor comenzaron a temblar. Si no hubiera estado meditando, no lo hubiera notado, pero tan profundamente conectada con el planeta, lo percibió más nítidamente que con su propio cuerpo. Había algo en el aire.

La conciencia de Ahsoka volvió corriendo por las praderas a donde ella estaba sentada y encontró que las paredes y el piso de la cueva estaban temblando. No era del tipo de temblor peligroso, solamente del tipo de advertencia, y Ahsoka se alegró de tener el conocimiento previo. Se puso de pie lentamente estirando el cuello y rodillas y levantó las manos sobre su cabeza. Sus dedos tocaron el techo de la cueva, y se sintió inmediatamente centrada en su cuerpo y la conciencia física de su entorno. Algo estaba terriblemente mal.

Abandonó la cueva, y por más que quería correr a la cima de la colina, se forzó a ser prudente. Destacar encima de su propio escondite sería impetuoso y necesitaba ser cuidadosa. Caminó por varios minutos, el temblor en sus huesos se hacía más y más pronunciado y luego subió a la cima de otra colina.

Cuando Ahsoka miró hacia el asentamiento, su corazón dio un vuelco. Flotando encima de las casas, empequeñeciéndolas en todos los sentidos, había un Destructor Estelar Imperial. Podía ver naves más pequeñas saliendo de sus hangares y dirigiéndose a la superficie de la luna. Sabía que llevaban tropas, armas y todo tipo de peligros.

Pensaba que se había alejado lo suficiente. Pensaba que ella tenía más tiempo. Pero estaba atrapada otra vez, y tendría que pensar qué hacer.

El Imperio había llegado.

CAPÍTULO

07

SU PRIMER INSTINTO FUE CORRER. Ella era una buena luchadora, pero también sabía cuando estaba superada. Raada era remoto; no había necesidad de una presencia imperial, especialmente no una tan pesada, a menos que el Imperio tuviera alguna buena razón. Una jedi con vida, aunque la designación fuera inexacta, ciertamente le daría una causa al Imperio. Incluso mientras calculaba mentalmente el tiempo que le tomaría llegar a su nave, Ahsoka se obligó a frenar, pensar —enfocarse— antes de reaccionar.

El Imperio no tenía ninguna razón para sospechar que ella estaba en Raada. Oficialmente, Ahsoka Tano estaba muerta, o al menos presuntamente. Incluso si alguien le había seguido la pista hasta Thabeska, nadie allí había conocido su verdadero nombre ni su destino cuando se marchó. Las modificaciones que había hecho a la nave que le había robado a los Fardi la habrían hecho casi imposible de seguir. No había necesidad de actuar precipitadamente. Había aprovechado enseguida la oportunidad para irse de Thabeska y, al hacerlo, había dejado algo importante sin hacer. No quería cometer el mismo error de nuevo.

La caminata de regreso a la ciudad fue larga, y Ahsoka se sintió expuesta todo el camino. Miró mientras que más y más naves imperiales desembarcaban, cortando su escape, pero ella se negó a entrar en pánico. Esta vez tomaría decisiones calculadas, y para ello, necesitaba información. Como ya era tarde, no se molestó en ir a casa primero. En lugar de eso, fue a la cantina de Selda, donde sabía que era más probable que oyera algo útil.

La cantina estaba casi vacía cuando llegó, ya que los equipos todavía estaban en camino de regreso a la ciudad después de su turno. Ahsoka iba a dirigirse a la mesa habitual de sus amigos en la parte posterior, pero se detuvo cuando Selda le indicó un asiento en la barra. Confiaba en el togruta mayor, lo sabía de la misma manera que había sabido que podía confiar en el maestro Plo, así que se sentó.

Ahsoka pasó la mayor parte de la tarde ubicada en uno de los taburetes. Aunque esto significaba que le daba la espalda a la puerta, tenía sus ventajas: cuando no mirabas a la gente, suponía que no podías oírlos. Escuchó varias conversaciones acerca de teorías imperiales que no estaban dirigidas a sus oídos. Selda, desde su lugar detrás de la barra, vigilaba con el pretexto de sus labores habituales. El sistema funcionó bastante bien.

Ni siquiera habían hablado sobre ello, y eso era la parte más extraña. Ahsoka solo se había estacionado en el taburete, Selda había asentido con la cabeza, y habían comenzado. Era del tipo de cosas que podría haber hecho con Anakin, aunque el espionaje con Anakin Skywalker siempre terminaba en explosiones, y Ahsoka no tenía

intenciones de llegar tan lejos. Cuando dos soldados en armadura y dos oficiales en uniforme entraron, ella decidió que era hora de retirarse a algún lugar menos llamativo. Solo necesitaba averiguar tanto como fuera posible sobre lo que estaba sucediendo, no involucrarse en ningún problema.

La puerta de la cantina se abrió otra vez, y Kaeden entró con el resto de su equipo detrás de ella. Eso le dio a Ahsoka la excusa que necesitaba para moverse. Selda había guardado algo de comida caliente para los trabajadores y la llevó a su lugar habitual en la parte de atrás tan pronto como los vio entrar.

—Hola, Ashla —dijo Kaeden en voz baja cuando pasó, y Ahsoka se puso detrás de ella.

—¿Cómo estuvo su día? —preguntó Ahsoka cuando todos se sentaron alrededor de la mesa.

—Tenso —dijo Vartan, indicando con la cabeza en dirección a los imperiales—. Mucha gente nueva vino a ver.

—Hoban, ve a buscar el tablero de crokin —ordenó Neera.

Que Hoban hiciera lo que le pedían sin protestar denotaba la gravedad de la situación. Cuando regresó con el enorme tablero hexagonal, Ahsoka vio lo buena que era la idea de Neera: el tablero tenía una forma tal que los jugadores debían moverse alrededor de él. Tendrían razones para juntar las cabezas y hablar, y parecería que solo estaban alineando el siguiente tiro. Hoban derramó los pequeños discos redondos sobre el tablero y los ordenó por color. Empezaron a jugar.

—¿Cuántos amigos nuevos hiciste hoy, Kaeden? —preguntó Ahsoka.

—Ninguno —se quejó Kaeden—. Los soldados no hablan mucho, y los oficiales parecen pensar que estamos por debajo de ellos.

Lanzó un disco, y este se alojó detrás de una de las clavijas que sobresalían del tablero. Neera resopló. Sería difícil golpear la pieza. Hoban alineó un tiro.

—Tampoco hablaron con ninguno de los jefes de equipo —dijo Vartan—. Cuando fuimos a recoger el pago, estaban allí, pero sea lo que sea que quieran, no nos involucra en absoluto.

—Oh —dijo Hoban—, sí que nos va a involucrar.

Lanzó su disco. Rebotó en una de las clavijas y se paró sin golpear primero la pieza de Kaeden, por lo que la sacó del tablero. Malat alineó su tiro y hundió el disco en el centro del tablero con poco esfuerzo visible. Sus puntos se registraron en el marcador y sonó la canción de celebración. Ella manipuló un cable hasta que el sonido se cortó.

—Los escuché en la estación de combustible —dijo Miara. Su tiro también erró a la pieza de Kaeden, así que sacó su disco—. Estaban preguntando sobre qué tan rápido crecían las cosas y cuánto podemos plantar a la vez.

—Incluso los imperiales tienen que comer —dijo Neera—. ¿Crees que los soldados crecen en los árboles?

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Ahsoka.

—¿Los soldados son clones? —preguntó, esperando sonar casual. Sabía que estaban siendo retirados del ejército imperial, pero sólo había pasado poco más de un año, por lo que era posible que algunos de los más nuevos todavía estuvieran activos.

—No lo creo —dijo Vartan—. No se sacaron los cascos, así que no puedo estar seguro, pero los escuché hablar entre ellos y todos sonaban diferentes.

Ahsoka siempre pensó que los clones sonaban diferentes, pero Yoda le dijo que eso era porque ella se tomaba el tiempo para realmente escucharlos. Aún así, si Vartan podía distinguirlos, esa probablemente era una buena señal para su propia seguridad. Era su turno, alineó un tiro, apuntando de la misma manera que lo había hecho Malat. Se le ocurrió que sería muy fácil hacer trampa en el crokin si usaba la Fuerza, pero ahora no era el momento para hacer experimentos.

Su tiro fue largo, sobrepasando el centro del tablero y aterrizando en el lado de los oponentes. Hoban festejó. Ahora su equipo tenía algo mucho más fácil a lo que apuntar. Neera tomó la pieza de Ahsoka sin problemas y la suya rebotó hasta detrás de una clavija. Ahora le tocaba a Kaeden hacer el tiro difícil.

Ahsoka nunca había jugado al crokin antes de llegar a Raada, aunque todo el mundo afirmaba que era un juego muy popular. Le resultaba extrañamente reconfortante. Se podía jugar en equipos o solo de a dos, y había dos objetivos: poner tus propias piezas en el tablero, pero cuidándote de tu oponente y sacar de él a cualquiera de las piezas de tu oponente. Era un buen juego, y pensó que a Obi-Wan le hubiera gustado. Él era el más paciente de sus maestros.

—¿Cuánto tiempo han estado aquí esos imperiales? —preguntó Vartan. No estaba jugando y en su lugar solo estaba sentado a su mesa, con todo el aspecto de un jefe de equipo indulgente que dejaba que su gente se relajase después de un buen día de trabajo.

—Llegaron aquí solo un momento antes que ustedes —dijo Ahsoka—. Todavía están con su primera ronda, y no han hablado con nadie desde que le pidieron su orden a Selda. Los soldados de asalto no se han sentado, y los oficiales solo observan.

—No es exactamente sutil —dijo Miara. Kaeden había errado su tiro, y ahora Hoban lo intentaba otra vez.

—No creo que el Imperio pueda ser sutil —dijo Neera.

—¿Pero por qué aquí? —dijo Kaeden—. Es decir, hay planetas mejores para obtener comida que Raada. Somos diminutos. No exportamos tanto.

Hubo un silencio muy pesado. Los largos dedos de Malat vacilaron en su tiro, y Ahsoka sabía que ella estaba pensando en sus hijos. A pesar de que la preocupación de Ahsoka por su propia seguridad no era inmediata, tenía un mal presentimiento acerca de esto.

—Creo que sería inteligente comenzar acumular paquetes de raciones —dijo Ahsoka. Intentaba sonar bien informada pero no experta. Quería que la escucharan, no que siguieran sus órdenes—. Si los imperiales empiezan a recurrir a los alimentos que cultivan para comer aquí, no va a haber mucho que ustedes puedan hacer para detenerlos.

—Esa es una buena idea —dijo Vartan—. Se lo haré saber a Selda. —Su mirada pasó rápidamente por el lugar donde estaban sentados los oficiales imperiales—. Más tarde.

Ahsoka asintió y tomó su turno en el tablero de crokin. También erró el tiro. La pieza de Neera estaba demasiado bien protegida detrás de la clavija. Jugaron otra vuelta completa, el lado de Ahsoka trataba de desalojar la pieza de Neera y el equipo de Hoban trataba de desalojar la de Kaeden. Nadie tuvo ningún éxito, salvo que era agradable centrarse en las frustraciones del juego en lugar de en la presencia de los imperiales.

Neera estaba a punto de hacer el tiro final del juego cuando hubo un disturbio en el frente de la cantina. A los dos oficiales se le sumó un tercero, un superior a juzgar por su insignia. Los oficiales se pusieron de pie y saludaron. Los soldados de asalto permanecieron inmóviles. El nuevo oficial se inclinó adelante para hablar con sus compañeros, pero habló demasiado bajito para que Ahsoka oyera lo que decía. A continuación, se dirigió a la puerta y fijó una notificación a la pared. Miró alrededor de la cantina con cierto grado de desprecio por los ocupantes antes de salir. Los demás imperiales lo siguieron sin mirar atrás.

Selda cruzó lentamente la cantina hacia la notificación. Ahsoka se preguntó si iba a arrancarla, pero sólo la leyó en voz baja, sus hombros se encorvaban más a cada línea.

—Lo bueno del crokin —dijo Vartan, tomando el último disco de Neera— es que no tienes que golpear de lleno a la pieza del rival... Puedes rozarla, si quieres, y esperar un buen rebote.

Alineó el tiro y lanzó el disco hacia el de Kaeden. Lo tocó en el borde, y ambas piezas salieron volando fuera del tablero.

—A veces no lo consigues —dijo—. Pero igual consigues puntos.

La pieza de Neera era la única que quedaba en el tablero. Sus puntos aparecieron en el marcador después de un momento, una vez que el tablero se dio cuenta de que todas las piezas se habían jugado y el juego había terminado.

—Todavía ganamos —dijo Kaeden—. Tenemos los puntos de Malat del principio.

—Eso es lo otro del crokin —añadió Vartan—. Tienes que recordar cada pieza que ha sido jugada, incluso las que ya no están en el tablero, porque algunas de ellas podrían contar contra ti al final.

Sus palabras pusieron incómoda a Ahsoka. No le gustaba la forma en que la hacían comenzar automáticamente a pensar en tácticas. Se levantó de la mesa y fue a leer el tablón de anuncios. Era, como sospechaba, una lista de reglas. Ahora había un toque de queda efectivo, que, entre otras cosas, haría casi imposible que cualquier persona que trabajara en el último turno comiera afuera cuando terminaba. Tendrían que comer en casa. Había reglas prohibiendo reuniones de grupos de más de un cierto número. Los imperiales no iban a cerrar las cantinas, pero acortaban las horas y restringían la comida y el alcohol disponible. Con la pérdida del negocio, sería sólo cuestión de tiempo antes de que las cantinas cerraran por su propia cuenta.

Era todo lo que podías hacer para evitar que los locales se comunicasen entre sí y se organizaran. Era todo lo que podías hacer para ablandarlos antes de que cayera el martillo. Era todo lo que Ahsoka no creía que los granjeros de Raada fueran capaces de contrarrestar. Varios escenarios corrieron por su mente, ideas de insurgencia y defensa. A regañadientes, esta vez no las reprimió.

Se apartó de la notificación e hizo espacio para los otros que querían leerla. Se abrió camino a través del silencio extraño y lleno de gente hasta donde estaban sentados sus amigos, y cuando se sentó, les repitió lo que había leído. No les contó ninguna de sus conclusiones sobre lo que significaba la nueva normativa. Lo entenderían por su cuenta, o no, pero ahora ella tendría que ser cuidadosa para ocultar su experiencia militar. Si los imperiales se enteraban seguramente iban a utilizarlo en su contra. Tenía que guardar sus secretos tanto como pudiera.

Ahsoka miró el tablero de crokin, a la única pieza que seguía ahí a pesar de los esfuerzos de ambos lados. Habían intercambiado tiros, y ni siquiera el error de Ahsoka, que proporcionó un objetivo más fácil, había sido suficiente para cambiar el resultado del juego. Al final, la pieza de Neera no había sido suficiente para hacer una diferencia. El juego se había resuelto en el tercer movimiento, mucho antes de que ninguno de ellos se diera cuenta.

Ahsoka no tenía idea de cuántos puntos ya podría haber acumulado el Imperio, pero sabía que era una de las tácticas que utilizaban los imperiales. La Orden 66 había sido parte de un juego muy largo, y no había ninguna razón para pensar que Palpatine se hubiera vuelto menos previsor desde que obtuvo el poder total. También era consciente de que Raada no tenía mucho con que luchar, si se llegaba a una lucha. Ninguna verdadera nave para dar apoyo aéreo, ni nada de artillería pesada. Tal vez no llegaría tan lejos. Tal vez serían afortunados. Tal vez el Imperio tomaría lo que quería y se iría.

Tal vez lo haría, pensó. Pero ¿qué dejaría atrás?

CAPÍTULO

08

DOS SOLDADOS DE ASALTO se detuvieron en casa de Ahsoka a la mañana siguiente. Ella había cerrado la puerta, activando el dispositivo de seguridad de Miara antes de irse a dormir. Era una pequeña defensa, pero al menos sería una advertencia si la necesitaba. Ahora impidió que los soldados de asalto simplemente irrumpieran.

Los soldados golpearon con fuerza la puerta, y Ahsoka consideró sus opciones. Resistirse sería estúpido en este punto. Por lo que ella sabía, solo necesitaban instrucciones o querían hacer un recuento del número de personas que vivían en la ciudad. Ahsoka podría manejar a dos soldados, incluso si resultaban ser clones, pero no sería silencioso. Mejor seguir siendo Ashla tanto tiempo como pudiera. Respiró profundo, se acordó de mirar al suelo, y abrió la puerta.

—¿Puedo ayudarlos, señores? —preguntó.

—¿Por qué no está en el trabajo? —exclamó uno de ellos. Vartan tenía razón. No eran clones. Ahsoka se relajó, solo un poco.

—Estoy en el trabajo —dijo ella—. Quiero decir, no trabajo de granjera. Yo arreglo el equipo cuando se ha roto, ¿ven?

Hizo un gesto detrás de ella, donde las piezas de un evaporador roto todavía estaban esparcidas sobre la mesa. Era un arreglo fácil, pero el día anterior había tenido algunas distracciones.

—Vamos a necesitar su información —dijo el otro soldado—. Puede ser reasignada para el trabajo de campo si es necesario.

Ahsoka hizo una pausa. No quería quedar expuesta en los campos. No tenía mucha libertad, pero en la ciudad casi siempre podía encontrar una excusa para salir e ir a las colinas. Era importante que mantuviera eso. Levantó la vista y miró directamente a los cascos de los soldados de asalto, donde sus ojos se ocultaban detrás de las lentes.

—No necesitan reasignarme —dijo, y enfocó la Fuerza hacia ellos—. El trabajo que hago es importante para la producción de alimentos.

Hubo una pausa por un momento, y Ahsoka se preguntó si se había excedido. Pero luego se miraron entre sí.

—No necesitamos reasignarla —dijo el primero de ellos.

—El trabajo que hace es importante para la producción de alimentos —convino el segundo.

Ahsoka sonrió.

—Me alegro de que pudiéramos tener esta pequeña charla. ¿Hay algo más con lo que pueda ayudarlos?

Los soldados de asalto la miraron, confundidos por un momento. Podría imaginarse sus ojos parpadeantes y expresiones perplejas, excepto que no conocía sus rostros. Se negó a imaginarlos con la cara de Rex. Sacudieron la cabeza, bajando sus blásteres y dando medio paso atrás.

—Asegúrese de seguir las nuevas reglas —dijo el segundo soldado—. Se han publicado en varios lugares por toda la ciudad. Familiarícese con ellas.

—Lo haré —dijo ella—. ¡Que tengan un buen día!

Cerró la puerta antes de que pudieran decir nada más. Le gustaba cómo parecían desconcertarse ante los modales básicos, aunque la intrusión en sus mentes probablemente era parte de su ofuscación. Activó la cerradura con una rápida pulsación del dedo y esta brilló verde al sellar la puerta.

—Recuérdame que le pregunte a Miara qué pasa si eres disparada —le dijo a la cerradura, pasando la mano distraídamente por el teclado de control. Miara le había dicho que si alguien intentaba entrar por la fuerza se llevaría una sorpresa, y Ahsoka no le había pedido que fuera más específica en ese momento. Ahora, sin embargo, probablemente era una buena idea estar al tanto de lo que todo el mundo a su alrededor era capaz de hacer.

Los imperiales todavía estaban estableciendo su base. El Destructor Estelar se había ido, o al menos había salido fuera de la vista, pero había dejado atrás los bloques de construcción para un edificio administrativo de buen tamaño y cuarteles que podrían albergar a varias docenas de soldados de asalto. Todavía no habían tenido tiempo de tomar el control del espaciopuerto, y Ahsoka quería sacar de allí su nave antes de que lo hicieran. El único problema era que no tenía ningún otro lugar donde ponerla.

Miró las piezas del evaporador. Podría esperar otro día.

Vació la caja de paquetes de raciones, el pago de Kaeden por su primer trabajo de reparación, en su bolso. Cabían casi todos, pero después de pensarlo un momento, Ahsoka sacó diez de ellos y los devolvió a la caja. Necesitaría tener algo de comida a mano, después de todo. Agregó al bolso el último paquete de piezas de metal y su cantimplora llena de agua. Después de pensar un momento, también añadió una herramienta de corte a la bolsa, luego recogió los trapos hechos jirones en los que había estado envuelto el evaporador cuando su dueño lo trajo. Los retorció hasta que parecían una honda de caza y se la colgó del cinturón, con la esperanza de que cualquier imperial con el que se encontrara no supiera que cazar en esta luna era prácticamente inútil. Entonces fue a la puerta y miró a un lado y otro de la calle.

No había rastro de los soldados de asalto. No podían hostigar a sus vecinos, porque la mayoría estaban en el trabajo, por lo que debían haberse ido. Ahsoka salió a la calle y se dirigió al borde de la ciudad tan rápido como pudo. Cuando llegó a la última casa, miró a su alrededor, y hacia arriba, en busca de cualquier método de vigilancia imperial recién instalado, pero no encontró nada. Luego cuadró los hombros y se dirigió hacia las colinas como si fuera cualquier otro día. Había un momento para el sigilo, pero cuando el sigilo era imposible, la única opción era moverse como si uno debiera estar allí.

Era estresante. No tenía ningún indicio de que nadie la estaba observando, pero todavía se sentía incómodamente expuesta. Por lo menos era menos opresivo que como

había sido el día anterior, ahora que las naves imperiales estaban en tierra. No miró hacia atrás, pero quería hacerlo, y era la única forma que pudo mantener un ritmo parejo mientras caminaba. Por fin llegó a la primera línea de colinas y desapareció de la vista de la ciudad.

Ahsoka fue primero a su cueva, donde quitó la losa de piedra. Utilizó el cortador para rebanar el estante hasta que había ahuecado el compartimento oculto que había imaginado por primera vez el día que encontró la cueva. La herramienta no estaba hecha para la piedra, pero con el tiempo, hizo el trabajo. Escondió los paquetes de raciones adicionales, junto con las piezas de metal. Al dejarlas, pensó que veía un patrón familiar en ellas que no había notado antes. Había conexiones, cables, entre las piezas que aún podrían conducir energía. Casualmente, pasó la mano sobre ellas y se movieron para alinearse como las veía en el ojo de su mente.

—No —dijo, dejando caer la mano. Las piezas rodaron por la piedra, y las recogió. Tenía otras cosas que hacer.

Con todo asegurado una vez más, Ahsoka salió de la cueva. Hizo una pausa en la entrada, preguntándose si había algo más que pudiera hacer para ocultarla de la vista, pero no pudo pensar en nada. Lo mejor que podía hacer era asegurarse de que el interior de la cueva parecía completamente natural. Se volvió a meter al interior y limpió todas sus huellas.

Con la mochila mucho más ligera, continuó adentrándose en las colinas. Ahora estaba buscando algo en particular: una colina lo bastante grande para que alguna cueva en su interior pudiera ser capaz de albergar su nave. El carguero no era enorme, pero era demasiado grande para guardar en una hondonada y esperar que los imperiales nunca volaran sobre él. Necesitaba una cueva, o tal vez un cañón en el que pudiera añadir su propia cubierta.

Mantuvo una estrecha vigilancia del cielo mientras deambulaba por las colinas, tanto en caso que tuviera compañía y para no perder la noción del tiempo. No podía permitirse que notaran su desaparición, y aunque Kaeden y los demás no la delatarían intencionalmente, todo lo que hacía falta para levantar la suspicacia era una observación oída por casualidad en algún lugar como la cantina de Selda. Justo cuando pensaba que tendría que regresar a la ciudad y probar otra vez a la mañana siguiente, vio una caída en el suelo delante de ella. Parecía casi como una ilusión óptica, pero cuando llegó cerca de la orilla, vio que era realmente un pequeño barranco. La nave sólo cabría de costado, lo que sabía no le gustaría, pero ella podría hacer que funcionase.

—Bueno —dijo—, esa fue la parte fácil. Ahora todo lo que tengo que hacer es traer la nave hasta aquí.

Extrañaba mucho, mucho a R2-D2. El pequeño droide siempre era bueno en este tipo de cosas. Decidió que robar su propia nave sería bastante parecido a como había sido ir a las colinas. El sigilo era imposible, por lo que simplemente tendría que hacerlo.

Ahsoka volvió a la ciudad. Una vez más, no encontró a nadie y no vio señales de que sus movimientos hubieran sido observados. Cuando llegó cerca de la base imperial, vio inmediatamente por que. Parecía que cada soldado de asalto traído a ocupar Raada estaba

ocupado patrullando a los lugareños que habían sido reclutados para la construcción. Ahsoka hizo un gesto de desprecio. Rex nunca habría sido tan laxo con la seguridad. Aunque eso dificultara el proceso de construcción, habría insistido que algunos de sus hombres patrullaran las calles.

Se le ocurrió a Ahsoka que los soldados de asalto aún no eran necesariamente los soldados más fuertes y ninguno de los oficiales asignados a Raada tenía mucha experiencia. Esa era información útil.

Recorrió todo el camino hasta el espaciopuerto antes de encontrarse con nadie. Un oficial imperial que parecía de muy bajo rango estaba haciendo una lista de todas las naves atracadas allí. Consideró usar la Fuerza para convencerlo de que la dejara llevarse su nave. Podría fingir que tenía órdenes de uno de los supervisores, que parecían ser las únicas personas con las que hablaban los imperiales. Sería fácil fingir ser una empleada abrumada y entonces empujar al oficial un poco cuando estuviera distraído.

Al mismo tiempo, podría haber sido entrenado para reconocer los poderes jedi cuando se utilizaban contra él. Con los soldados de asalto había sido suficientemente arriesgado. Ahsoka no podía arriesgarse a hacer lo mismo con un oficial.

Podría ir a casa y falsificar unas credenciales, pero entonces no podría mover la nave hasta el día siguiente. Cada momento que esperaba era otro momento en que uno de los imperiales podría recordar que estaban ocupando un planeta y actuar en consecuencia. Ahsoka no podía permitirse el lujo de esperar. Entró a la explanada. Ella tendría que abrirse camino a través de esto siendo más creativa. O, más bien, Ashla lo haría.

—Alto allí —dijo el oficial. Ahsoka estaba bastante segura de que estaba tratando de hacer que su voz sonara más profunda de lo que era—. ¿Qué está haciendo?

—He venido por mi nave —dijo Ahsoka—. Estas nuevas medidas de seguridad me están poniendo nerviosa. Quiero mantener mi propiedad donde solo yo tenga acceso a ella.

—Le aseguro que la guarnición imperial estacionada aquí mantendrá un alto nivel de seguridad en este espaciopuerto —se jactó el joven oficial—. Su nave estará segura.

Lentamente y con gran desprecio, lo miró de arriba a abajo.

—¿Tú eres la seguridad de alto nivel? —preguntó—. Porque no me inspiras mucha confianza.

Su pecho se desinfló y su cara se puso roja. Como ella había esperado, no lo había hecho enojar. Lo había avergonzado.

—Yo estoy a cargo de todas las naves de aquí —le dijo—. Es mi trabajo y entrenamiento específico garantizar que el espaciopuerto funcione con eficiencia y seguridad.

—Y yo pude entrar caminando sin que nadie me detuviera —dijo Ahsoka—. ¡Yo no llamaría a eso seguro!

—Todavía estamos estableciéndonos —dijo él defensivamente.

—Bueno, eso lo decide —dijo Ahsoka—. Me llevaré mi nave hasta que terminen de *establecerse*, y luego la traeré de vuelta cuando sepa que todo es seguro.

—Realmente no creo —comenzó a decir el oficial, pero Ahsoka ya lo había pasado.

Estaba en el asiento del piloto y preparándose para despegar antes que él se decidiera a hacer algún tipo de protesta y para entonces los motores sonaban demasiado fuerte para que ella lo escuchara. Despegó y voló en la dirección opuesta de las colinas. No le tomaría mucho tiempo dar la vuelta a la luna por el camino largo, y ayudaría a cubrir su rastro antes de ocultar la nave en el barranco.

Mientras volaba, se le ocurrió que simplemente podría seguir volando. Podría irse de Raada, huir otra vez del Imperio y tratar de establecerse en un lugar al que no hubiera llegado todavía. Podría encontrar una cueva en alguna cordillera aislada, o un oasis en medio de un desierto. Podría ir muy lejos y abandonarlos a todos de nuevo. No de nuevo. No de nuevo.

Miró a los campos de Raada que se extendían debajo de ella y sabía que de todos modos era un sueño. No había ninguna parte a la que pudiera ir donde el Imperio no la encontrara tarde o temprano. No importa cuán lejos fuera, seguiría detrás de ella, pisándole los talones. Bien podría también hacerles frente aquí, donde era relativamente anónima y estaba moderadamente preparada.

Aterrizó la nave en el barranco, encajándola de culata de modo que el morro de la nave apuntaba directamente al cielo. Como había sospechado, el tren de aterrizaje no estaba muy contento con ella, pero los costados rocosos de la quebrada soportaban la mayor parte del peso de la nave. Se quedó en el puente, recostada en la silla y mirando hacia arriba, su mente llena de demasiados pensamientos. No salió del asiento del piloto durante mucho tiempo.

CAPÍTULO

09

AHSOKA VOLVIÓ MUY TARDE a la ciudad, incluso corriendo todo el camino, pero su nave estaba escondida y estaba relativamente segura de que nadie la había detectado cuando la escondía. Permaneció en su casa solo lo suficiente para lanzar el bolso casi vacío a la cama y empujar la caja con los paquetes de raciones debajo de la mesa antes de ir a la cantina de Selda. Esperaba que Kaeden y los demás no hubieran hablado mucho preguntándose dónde estaba.

Esa noche había menos gente en la cantina, ya que la mayoría había vuelto a casa mucho antes del toque de queda. Ahsoka había visto este tipo de cosas antes, cuando estuvo en mundos ocupados por los separatistas durante las Guerras Clon. Durante los primeros días, los lugareños cumplirían las reglas muy estrictamente y observarían cuál era la reacción al romperlas. Entonces comenzarían a rechazarlas. Si los imperiales reaccionaban violentamente, el rechazo podría ser extremo.

Con menos gente, vio a Kaeden y los demás inmediatamente. Malat ya se había ido, presumiblemente a casa con sus hijos, pero los demás estaban reunidos alrededor del tablero de crokin. Jugaban a una variante que Ahsoka no había visto antes. En lugar de lanzar las piezas de a una al tablero, cerca de la mitad de ellas estaban ubicadas cuidadosamente. De hecho, se parecía mucho la base impe...

Ahsoka se sentó y pasó la mano cruzando el tablero, esparciendo las piezas.

—¡Ey! —dijo Hoban—. Estábamos trabajando en eso.

—¿Podrías gritar más fuerte? —dijo Ahsoka entre dientes apretados—. Creo que no te escucharon en Alderaan.

Hoban tuvo el buen sentido de verse avergonzado.

—Ashla tiene razón³ —dijo Vartan—. Debemos ser más cuidadosos al discutir estas cosas abiertamente.

—¿Dónde está Malat? —preguntó Ahsoka.

—Empacando —dijo Neera—. La familia de su marido les encontró trabajo en Sullust. El Imperio también está allí, por supuesto, pero está más establecido. No tenemos idea de lo que va a suceder aquí, y decidieron que no era seguro, con los niños y todo eso.

—Es una buena idea, si puedes hacerlo —dijo Ahsoka—. Pero habrá muchos que no.

—Tú tienes una nave —dijo Kaeden—. Puedes irte cuando quieras.

—Mi nave ha sido robada —dijo Ahsoka guiñando un ojo—. Quién sabe donde podría encontrarla.

³ Ahsoka en el original. Parece ser un desliz de la autora, ni Vartan ni los demás deberían conocer su verdadero nombre a esta altura (*N. del T.*)

—Me alegra que te quedes —dijo Kaeden—. No sé por qué, pero tengo la sensación que puedes ser útil en situaciones como ésta.

Ahsoka le sonrió y se volvió para mirar a la hermana de Kaeden.

—Miara, tengo una pregunta acerca de tus cerraduras —dijo—. Me dijiste que si alguien forzaba la entrada, se llevaría una sorpresa. ¿Qué querías decir con eso?

—Puse una pequeña carga eléctrica en el interior del mecanismo de la cerradura —dijo Miara—. Si no se desarma correctamente, da una descarga, que es lo suficientemente fuerte como para hacer que una persona se lo piense dos veces antes de robar tu equipo. Además, hay un paquete de tinta aparejado para estallar cuando se activa la carga, para que aquel que lo intente destaque en una multitud. ¿Por qué lo preguntas?

Neera miró a Miara especulativamente. Kaeden parecía ligeramente enferma.

—¿Podrías hacerlo con algo que no sea tinta? —preguntó Vartan—. ¿Y podría ser una carga más grande?

—Por supuesto —dijo Miara—. Pero entonces alguien podría realmente lastimarse en lugar de... oh.

—Vamos a dejar eso para más adelante —dijo Ahsoka—. Tenemos otras cosas de las que preocuparnos.

—¿Por qué esperar? —dijo Hoban—. Si podemos poner explosivos, ¿por qué no nos deshacemos de los imperiales ya?

—Hoban, mantén la voz baja. —Esta vez fue Neera la que lo amonestó.

—Todo lo que eso lograría es que vengan más imperiales, y tomarían medidas más duras —le dijo Ahsoka—. No podemos desalojarlos del todo. Lo que tenemos que hacer es descubrir cómo sobrevivir mientras están aquí.

—Será mejor trabajar rápidamente —dijo Kaeden.

Hubo una conmoción en la puerta, y varios imperiales uniformados entraron. Disparando algunas miradas, se abrieron paso hasta la barra, donde esperaron enfáticamente a que se vaciaran los taburetes. Luego tomaron el control, cortando en efecto a Selda de su clientela. El togruta con cicatrices continuó limpiando vasos y acomodándolos en estantes, como si no pasara nada fuera de lo común. Ahsoka se maravilló de sus aparentes nervios de acero.

—¿Por qué dices eso? —Ahsoka le preguntó a Kaeden.

—Hoy oí a los supervisores hablando —dijo ella—. Van a añadir dos horas a cada turno, para hacernos trabajar tanto como les sea posible.

—No habrá nada que cosechar —dijo Hoban, finalmente manteniendo su voz abaja—. Casi hemos terminado, y luego tendremos que esperar hasta que los nuevos cultivos crezcan.

—Los imperiales tienen algo que acelera las cosas —dijo Kaeden—. Lo utilizarán, y cosecharemos otra vez antes de que nos demos cuenta.

—He visto que trajeron su propia semilla —dijo Miara—. Lo que sea que sembremos, no será algo que podamos quedarnos ni vender.

—Van a sobornar a los supervisores —dijo Ahsoka—. Les darán suficiente dinero para que se vayan del mundo y luego nos harán trabajar al resto hasta el hueso. He visto cosas como esta antes.

—¿De dónde venías tú? —preguntó Neera.

—Eso no es importante —dijo Ahsoka—. Tienen que confiar en mí.

—Tenemos que volar cosas —dijo Hoban—. Antes de que estén demasiado organizados.

—No —dijo Ahsoka—. Ya sé que va a ser difícil, pero tenemos que esperar.

—¿Por qué? —exigió Hoban, pero antes de que Ahsoka pudiera contestarle, hubo otro disturbio en la parte delantera del bar.

Tibbola estaba borracho, a pesar de que su turno había terminado al mismo tiempo que el de Kaeden. Ahsoka no lo había visto en semanas, mientras el trabajador hacía su ronda por las varias cantinas y abrevaderos que Raada tenía para ofrecer. Ahora, cuando había oficiales imperiales en el bar, él estaba presente, y estaba en su peor momento. Tibbola era bastante astuto cuando estaba sobrio, pero así de ebrio era un desastre. Había estado mirando furioso a los imperiales desde que se interpusieron entre él y la barra. Cuando bloquearon su intento de pedir otra ronda, perdió el poco control que le quedaba y trató de abrirse paso más allá de ellos por la fuerza. Sus golpes eran torpes, pero era fuerte, y acertaron suficientes de ellos como para que los imperiales respondieran en grupo. Uno de ellos le devolvió el empujón a Tibbola, muy fuerte, y Ahsoka sabía que era solo la primera salva. El Imperio no hacía solo disparos de advertencia.

—Imperiales. —Las palabras de Tibbola se cortaron cuando lo hicieron retroceder. De alguna manera logró mantenerse de pie—. Vienen a mi luna y se meten conmigo. No tienen ni idea de lo que les espera.

Un oficial golpeó casualmente a Tibbola en el estómago. Fue un golpe duro, lo suficientemente fuerte como para que Tibbola se arrodillara y vomitara todo lo que había bebido, pero no lo suficiente como para mantenerlo abajo.

Tibbola rugió insensiblemente y cargó hacia el oficial. Ahsoka se lanzó rápidamente y bloqueó a Hoban, que habría ido a ayudar, hasta que Neera pudo jalarlo de nuevo a su silla. Kaeden y Miara observaron, horrorizadas, mientras el oficial volvía a desviar el ataque de Tibbola. Entonces, con calma, el oficial llamó a los soldados de asalto que habían estado esperando en la calle mientras sus superiores bebían. Entraron y pusieron sus manos sobre los hombros de Tibbola, manteniéndolo abajo.

—El Imperio no tolerará la desobediencia —dijo el oficial, más a los demás en la cantina que al mismo Tibbola.

Tibbola, en un momento de sobriedad, pareció darse cuenta de lo que había hecho. Sus ojos se llenaron de pánico mientras los lanzaba alrededor de la habitación, buscando a alguien que lo ayudara. Nadie se movió.

—No —dijo—. ¡Discúlpenme por favor!

Pero fue inútil. El oficial hizo un gesto al soldado de asalto que estaba más cerca de la puerta, y el soldado levantó su bláster.

—No miren —susurró Ahsoka en el oído de Kaeden, y Kaeden tiró de la cara de su hermana hacia la mesa, bloqueando la visión de ambas.

Pero eso no bloqueó el sonido de un bláster en un lugar cerrado, ni el olor a carne carbonizada. Al menos fue rápido; Tibbola no gritó.

Los imperiales pisotearon el cuerpo humeante y salieron de la cantina. No hubo ningún ruido durante varios momentos después de que se fueron, excepto los sonidos que hizo Miara mientras vomitaba junto a la mesa.

—Es por eso que tenemos que tener cuidado —dijo Ahsoka, mirando directamente a Hoban cuando habló. Él tenía los ojos muy abiertos, y ella sabía que ahora la escucharía.

—Vamos, Hoban —dijo Vartan. Su voz era gris, pero decidida—. Tendremos que enterrarlo esta noche.

Recogieron el cuerpo y lo llevaron afuera. Neera los siguió. Parecía que iba a estar enferma. Ahsoka sospechaba que ella preferiría estar en cualquier otro lugar, pero era renuente a dejar que su hermano saliera de su vista. Ahsoka no la culpaba. Una vez que se fueron, miró de nuevo a Kaeden y Miara.

—¿Están bien? —preguntó.

Hubo una breve pausa, y luego Miara se inclinó bruscamente hacia adelante, vomitando de nuevo en su tazón vacío. Kaeden frotó los hombros de su hermana, a pesar de que su rostro estaba más pálido de lo que Ahsoka nunca había visto. Selda se acercó con agua y un poco de pan para que Miara pudiera sacarse el sabor de la boca.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —exigió Miara, con la voz aguda. Ahsoka sospechaba que el pan estaba un poco viejo y que centrarse en masticarlo impedía que la niña estallara de histeria—. ¿De dónde eres?

—No la molestes —dijo Kaeden. Su voz era temblorosa—. Termina eso, y nos iremos a casa.

Kaeden volvió a poner con esfuerzo el tablero de crokin en la mesa. Mientras que Miara masticaba obedientemente, Kaeden comenzó a disparar las piezas lentamente, golpeando el objetivo del centro una y otra vez, a pesar de que así no era cómo iba el juego. Ahsoka supuso que eso le daba algo en lo que enfocarse.

—Hay que tirarle a una pieza que esté allí —reflexionó Ahsoka, mirando el tablero.

—¿Qué? —dijo Kaeden.

—En el crokin —aclaró Ahsoka—. No puedes simplemente hacer los tiros que quieres. Tienes que dispararle a las piezas de tu oponente. Así que hagamos eso.

—¿Disparar con qué? —preguntó Miara con la boca llena—. No tenemos muchos blásteres.

—No —dijo Ahsoka—. Así no. Los imperiales quieren un cultivo rápido. Así que hay que ralentizarlo.

—¿Cómo? —dijo Kaeden. Ambas hermanas se veían mejor ahora. Ahsoka las había distraído con éxito.

—No tengo ni idea —dijo Ahsoka—. No soy granjera. Pero Vartan lo sabrá, o alguno de los otros líderes equipo. Todavía pueden hablar entre ustedes en los campos, ¿cierto?

Y es más difícil que los imperiales los escuchen allí. Pueden organizarse así. Los líderes de equipos se reunirán para discutir la información y luego pasársela a sus equipos.

—Eso es muy inteligente —dijo Kaeden—. Y ni siquiera quiebra las reglas. Estamos autorizados a reunirnos con nuestros equipos.

—Lo sé. Es lo que hace que sea un buen plan —dijo Ahsoka con un guiño.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Miara. Tragó el último bocado de pan—. Hay un espacio en nuestro equipo si lo quieres, porque Malat se ha ido.

Ahsoka lo consideró, ella sería una granjera terrible, y eso seguramente los ralentizaría mucho, pero entonces tuvo una idea mejor.

—No —dijo—. Voy a seguir siendo mecánica por ahora, pero voy a dejar de ser tan buena. Si el equipo no se puede reparar, eso los retrasará más.

—Tenemos que ponernos en movimiento —dijo Kaeden—. Ya casi es el toque de queda y tenemos que caminar un poco.

Aún no era tan tarde, pero Ahsoka no necesitaba señalarlo.

—Cuídense —les dijo Ahsoka—. Nos veremos mañana. Tengan cuidado cuando le cuenten a Vartan mi sugerencia, pero déjenlo seguir adelante si él está de acuerdo.

Las hermanas asintieron con la cabeza y se dirigieron a la puerta. Miara tomó el camino largo alrededor del piso de la cantina para evitar pisar el lugar donde había caído Tibbola, y Ahsoka vio como Kaeden la dejaba. Luego Ahsoka fue hasta la barra. Ella también debería irse, pero quería conversar con Selda antes. Se sentó en uno de los taburetes antes de darse cuenta de que ni siquiera sabía sobre lo que quería hablar con él.

—Eso fue pensar rápido, asegurarte de que las chicas no vieran —dijo Selda—. Tengo la sensación que tu misma has visto demasiado.

—No puedo discutir eso —le dijo Ahsoka fatigosamente.

—Ten cuidado, pequeña —dijo. Ahsoka comenzó a protestar, pero él levantó su mano real y la detuvo—. Aunque no seas tan pequeña, eres más pequeña que yo.

Ella le dio una sonrisa. Se sentía absurdamente agradable que la cuidaran. Tal vez eso era lo que necesitaba, aunque no lo necesitaba muy a menudo. Antes, cuando había enfrentado a la muerte, había tenido a Anakin para conversar después. Lo había manejado ella sola desde entonces, por supuesto, pero eso no significaba que le gustase.

Selda puso todas las sobras en un recipiente y se lo pasó. El sello no era tan bueno como uno de los paquetes de raciones, pero la comida se mantendría buena por varios días. Ahsoka volvió a casa rápidamente, calculando en cuánto alimento podría poner sus manos y cuánto tiempo duraría, dependiendo de con quien lo compartiera. Todavía estaba haciendo variaciones de la ecuación cuando se quedó dormida.

CAPÍTULO

10

UNA SEMANA SE CONVIRTIÓ EN DOS, y los cultivos crecieron lentamente. Los nuevos supervisores imperiales volvieron a extender los turnos de modo que los agricultores estaban en los campos durante casi la totalidad de la luz de día en Raada. No aumentaron las raciones de alimentos o el número de descansos, aunque permitieron la ingesta de más agua. La eficiencia imperial en su mejor momento.

Ahsoka se pasaba los días contrabandeando alimentos, suministros médicos y recicladores de agua hacia las cuevas. Había encontrado un sistema en red en las colinas entre su base original y donde había escondido la nave. Selda era su principal proveedor en la ciudad, aunque sabía que más comerciantes también debían haber estado contribuyendo. Ella no necesitaba conocer todos los detalles. Solo tenía que hacer su parte.

Les había tomado a Vartan y los demás granjeros experimentados un tiempo identificar lo que cultivaban. Habían demorado la plantación tanto como pudieron. Todos los arados se rompieron, y la mecánica no se podía encontrar por ninguna parte, pero los imperiales habían restringido completamente los alimentos y los agricultores habían vuelto a trabajar. Las semillas se plantaron y regaron, y ahora se podía ver los brotes asomando en la tierra. Fue entonces cuando Vartan se dio cuenta de lo que estaban cultivando⁴.

—Ni siquiera es comida de verdad —dijo, su voz era un susurro disgustado mientras se amontonaban alrededor del tablero de crokin en la cantina de Selda—. Es para sus horribles suplementos nutricionales, ya sabes, esas cosas que hacen comer a los soldados porque son insípidos y desabridos pero tienen todo lo que necesitas para vivir de ellos.

—No veo por qué lo encuentras tan ofensivo —dijo Neera—. ¿Por qué te importa lo que coman los imperiales?

—Porque esta planta en particular lo chupa todo del suelo en el que crece —dijo Vartan—. Para cuando cosechemos, los campos serán polvo inútil. Nada crecerá por temporadas, y no es como si fueran a pagarnos con algo que podamos utilizar para comprar fertilizantes. Toda la luna estará arruinada.

Kaeden y Miara intercambiaron miradas preocupadas. Raada era el único hogar que habían conocido, y no tenían a nadie en la galaxia para cuidarlas. No tenían ninguna parte adonde ir.

—¿Hay otros campos? —preguntó Ahsoka, con voz tan baja y tranquila como pudo.

⁴ En otro ejemplo de falta de claridad de la autora, parece que nunca se le da un nombre a esta planta a pesar de que se describen varias cosas interesantes sobre ella. (*N. del T.*)

—No —dijo Vartan—. Toda Raada es casi inútil para empezar. Por eso es que nunca hubo una presencia hutt ni nada parecido. Solo teníamos a los supervisores y en su mayoría eran razonables, pero creo que el Imperio los asustó y se fueron.

—Puedo entenderlo —dijo Neera. Hoban la miró intensamente—. No estoy diciendo que me guste, pero lo entiendo. La mayoría de ellos tienen familias, como Malat. ¿La odias por irse?

Hoban no dijo nada por un momento, y Ahsoka sabía que estaba tratando de permanecer enojado, porque la otra opción que veía era la desesperanza.

—¿Ya podemos hacer explotar cosas? —preguntó por fin.

—¿Tenías en mente algo en especial? —preguntó Ahsoka.

—¿Lo tienes tú? —exigió Hoban.

Ahsoka suspiró y decidió que era hora de poner todas sus cartas sobre la mesa. O al menos la mayoría de sus cartas. Si seguía manteniéndolas en secreto, era solo cuestión de tiempo antes de que Hoban hiciera algo estúpido, y eso podría poner a Kaeden y Miara en peligro.

—Hay cuevas en las colinas —dijo. Cogió un disco de crokin de la parte superior de la pila y lo lanzó hacia el centro del tablero. Aterrizó perfectamente detrás de una de las clavijas, bloqueándola del tiro de un oponente.

—Todo el mundo sabe eso —dijo Hoban—. Hay demasiadas para hacer un mapa eficaz y nada crece por allí, así que nadie va por allí.

—Yo voy allí —dijo Ahsoka—. Y llevo todo tipo de cosas interesantes conmigo.

—¿Has estado preparando campamentos? —dijo Kaeden—. ¿Sin decirle nada a nadie?

—Selda lo sabe —afirmó Neera. Ahsoka levantó una ceja y Neera se encogió de hombros—. Selda lo sabe todo, y él es quien te ha suministrado la comida, me imagino.

—Sí —dijo Ahsoka—. Pero no es solo comida. Hay varios recicladores de agua y los insumos médicos que pude conseguir. También mucha chatarra de equipo. Ya saben, cuchillas y circuitos con los que tienes que tener cuidado para no sobrecargar, porque podrían explotar.

—Pero todavía quieres que esperemos —dijo Hoban—. Mientras nuestro hogar muere debajo de nosotros.

—Quiero que *piensen* —dijo Ahsoka.

—No fastidies, Hoban. Tiene razón —afirmó Neera. Se volvió hacia el tablero y trató de disparar un disco de crokin. Erró, rebotando en la clavija que escondía a la pieza de Ahsoka.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Vartan—. No podemos ralentizar las cosas en los campos mucho más de lo que ya lo hacemos. Los imperiales se darán cuenta y empezarán a restringir los alimentos otra vez.

—¿Puedes prescindir de Miara y Kaeden durante unos días? —preguntó Ahsoka—. Me gustaría llevarlas conmigo. Miara puede empezar a construir esas *cerraduras* grandes de las que hablaste y Kaeden y yo podemos organizar el resto de nuestro equipo potencial. Yo puedo arreglar una máquina lo suficientemente bien, sin embargo, Kaeden

está más familiarizada con la geografía local. Ella me puede ayudar a decidir dónde colocarla.

Vartan miró a las muchachas y asintió con la cabeza.

—Le diremos a los imperiales que están enfermas, si lo preguntan —dijo él—. Y olvidaremos misteriosamente dónde viven para que no puedan hacerles una visita. No es una gran historia de tapadera, pero es lo mejor que podemos hacer.

—Estará bien —dijo Ahsoka—. Sólo necesitamos unos días para organizarnos, y luego podremos hablar con ustedes de nuevo. Mientras tanto, mantengan las cabezas bajas. Ya estamos todos en bastante peligro así como están las cosas.

La mirada de Miara se desvió hacia el lugar en el suelo donde le habían disparado a Tibbola, pero Hoban sólo miró a Ahsoka. Si tenía alguna protesta que hacer, no la dijo en voz alta. En cambio, Selda llegó a la mesa con lo que pasaba por una cena caliente bajo las nuevas restricciones imperiales, y pronto todo el mundo estaba demasiado ocupado comiendo para hablar.



Jenneth Pilar se sentó en su nueva oficina temporal y repasó los números. Era terapéutico, ver que sus cálculos daban el total que él quería, una y otra y otra vez. Se animaba por la escasez de errores y la pequeñez de los márgenes. Lo tenía todo planeado perfectamente. Aquí, en esta pequeña habitación desnuda en este mundo pronto a quedar yermo, había calculado la vida y la muerte y conseguido dinero por ello. No era un mal trabajo, considerándolo todo, aunque la comida era terrible.

Raada era un lugar pequeño y tedioso, pero serviría a su propósito. El Imperio conseguiría lo que quería y luego seguiría su camino. Los granjeros tendrían libertad otra vez, para lo que les sirviera. Realmente deberían haber pensado en los riesgos antes de convertirse en granjeros. Jenneth hacía la vista gorda a su propia parte en su incipiente sufrimiento, un privilegio que venía de nunca haber realmente sufrido.

Miró por la ventana a las filas ordenadas de los campos y las praderas más allá de ellos, donde nada útil podía crecer. Más allá de eso las colinas bajas componían el resto de la superficie lunar... rocosas, inútiles y probablemente frías una vez que se ponía el sol. Pero algo acerca de ellas molestaba el sentido del orden de Jenneth. No había incluido las colinas en sus cálculos, porque las exploraciones planetarias que había estudiado le habían asegurado que eran estériles. Al mismo tiempo, su mera existencia debería merecer su inclusión en la fórmula. Odiaba las ecuaciones desequilibradas.

Por la mañana requisaría una nave y echaría un vistazo. No podía ir ahora mismo, por más que de repente lo deseaba, porque era demasiado tarde en el día. Era casi el toque de queda, con la puesta de sol y las últimas de las pobres almas andrajosas volviendo a casa después de un duro día de casi esclavitud al servicio del Imperio. Si solo supieran lo que les esperaba.

Jenneth miró con gran disgusto a su cena, un tubo de nutrición pura que dejaba sus entrañas con la sensación de que de alguna manera habían sido estafadas y contaba los días hasta irse de esta luna. No podía llegar lo bastante pronto. Abrió otra vez sus cálculos y permitió que la cuenta corriente de mano de obra, producción, rendimiento y destrucción lo cubriera. No era un mal trabajo, las tareas que hacía, e iba a asegurarse de mantenerse haciéndolo lo suficientemente bien para que el Imperio siguiera pagándole por hacerlo. No tenía ninguna intención de acabar como las almas ignorantes que llamaban a Raada su hogar: indigentes y varados en una roca sin vida.



Hablaron en los campos. Los imperiales no podían oír lo que tramaban allí, y tampoco la muchacha que se llamaba a sí misma Ashla.

—No creo que esto sea una buena idea —dijo Kaeden—. Ashla quiere que esperemos.

—Ashla no es de aquí —dijo Hoban—. Ella vino a Raada solo justo antes de que los imperiales, y al principio ella ni siquiera te dijo su *nombre*. No sabemos nada sobre ella. Por lo que sabemos, está con ellos.

—Eso es ridículo —dijo Kaeden, pero incluso Miara parecía vacilante.

Kaeden se enfureció. No le gustaba cuando otras personas especulaban acerca de sus sentimientos, especialmente cuando tenían razón. Neera levantó una mano.

—Mira, Kaeden, ya sé que te cae bien, pero piensa en ello —dijo Neera—. La misma Ashla lo dijo. Ella no entiende la agricultura. Ella realmente no entiende lo que perdemos cada día que esta maldita planta sigue en la tierra. Ella tiene una nave. Puede irse cuando quiera.

—¡Pero no lo ha hecho! —dijo Kaeden.

—Cualquier persona con sentido común se ha ido —dijo Neera—. Cualquiera que puede. Y sin embargo ella se queda. ¿Por qué crees que lo hace?

—Tal vez le caemos bien —dijo Kaeden.

—Oh, Kaeden —dijo Neera. Era casi amable pero rozaba demasiado la compasión para sonar agradable.

—No me trates como a una niña, Neera —dijo Kaeden y odió lo petulante que sonaba—. Y no te atrevas a incluir a mi hermana en nada peligroso.

—Yo voy hacer lo que quiera —dijo Miara. Kaeden la miró intensamente. Ya tenían casi la misma altura. ¿Cuándo había sucedido *eso*?

—Todo lo que estamos diciendo es que cuando Miara construya cosas para los depósitos de Ashla, también construya cosas para nosotros —dijo Hoban—. Tiene sentido dividir nuestras existencias. De ese modo, si algo le sucede a Ashla, no nos quedaremos sin nada.

Kaeden vaciló. Quería confiar en Ashla, pero lo que Hoban estaba diciendo tenía sentido. La misma Ashla había dicho mucho de eso, o al menos lo había implicado. Había

trabajado con Selda sin antes hablar con ninguno de ellos, y había robado su propia nave. No podía hacer mucho daño que Kaeden ayudara a su equipo a hacer sus propios planes.

—De acuerdo —dijo—. Cuenten conmigo. Mañana Miara y yo iremos con Ashla y averiguaremos tanto como podamos. Y lo compartiremos con ustedes.

—Bien —dijo Hoban. Se levantó y vio que Vartan se dirigía hacia ellos, así que se apartó de las muchachas y se concentró en su trabajo.



Hoban estaba regando hoy. El trabajo no necesitaba de mucha concentración pero requería de músculos fuertes en los hombros, que él tenía en abundancia. Miara era demasiado pequeña para ser más que una corredora por lo que ella había estado llevando mensajes. Los hombros de Hoban le dolían bajo el peso. No le molestaba el trabajo duro, pero esto era extremo, y solo era cuestión de tiempo antes de que llegara a estar demasiado débil para trabajar con las raciones que le daban. Y si él lo estaba sintiendo, los demás también.

Las muchachas serían las primeras en derrumbarse, lo sabía. Eran fuertes, pero no indestructibles. Miara ya atraía demasiada atención de los imperiales que cuestionaban sus habilidades en el campo. Si la echaban, perdería las pocas raciones que todavía estaba recibiendo. Hoban las estaba ayudando, aunque Ashla no pudiera verlo. Ella simplemente no entendía la agricultura como él, pero lo haría, y entonces se daría cuenta de que todos estaban en esto juntos.

AHSOKA CONSIGUIÓ UN PRECIO terrible por la nave, pero no le importó. Era dinero que no tenía antes del trato, y la nave era demasiado visible, demasiado fácil de rastrear. Estaba mejor sin ella, a pesar de que ahora le resultaría mucho más difícil moverse. Borró todo rastro de sí misma de la cabina y la bodega y entregó los códigos de lanzamiento con sólo la vacilación de un momento.

El hombre que compró la nave tenía piel morena y cabello negro y dijo que su nombre era Fardi, aunque Ahsoka no había preguntado. Sus hijas, o tal vez sobrinas — Ahsoka no estaba totalmente segura de su parentesco— habían sido las que se encontró en la plataforma de aterrizaje. Tenían la misma coloración que Fardi, solo que su pelo negro y brillante era lo suficientemente largo para colgar completamente recto. Conversaron sobre la ciudad, sobre donde Ahsoka podría encontrar comida y un lugar para quedarse, Ahsoka preguntó si conocían a alguien que pudiera comprar su nave a un precio decente.

O por lo menos a un precio casi decente. Pero el trato la había hecho una amiga y no era como si ella hubiera comprado la nave con sus propios créditos en primer lugar.

Las muchachas Fardi —Fardi resultó ser su apellido— tomaron a Ahsoka bajo su ala, a pesar de que tenía al menos tres años más que la mayor de ellas. Fueron ellas las que le mostraron la casa vacía que iba a comprar y quienes le dijeron cuales tiendas tenían los mejores precios. Una vez que descubrieron que Ahsoka podía arreglar droides, su lugar estuvo asegurado en lo que llegó a darse cuenta era una pequeña y prolija operación de contrabando. Claro, varios de los negocios de los Fardi eran legítimos, pero servían sobre todo de tapadera de los menos legítimos. Ashla no hacía preguntas, por lo que les gustaba tenerla allí. A cambio, Ahsoka hacía un poco de dinero y no tenía que responder ninguna pregunta sobre de dónde venía, lo que pensaba que era un trato justo.

Durante varios meses, Ahsoka se había deslizado a una especie de estado comatoso funcional. Se negaba a sentir nada y no hablaba mucho con nadie, pero era capaz de hacer las cosas de la vida cotidiana como si nada estuviera mal. Eso no hubiera engañado a nadie que la conociera ni por un instante, pero ya nadie la conocía, así que la mascarada continuaba. Incluso casi podía engañarse a sí misma y creer que Ashla era una persona real después de todo. Le gustaba ser útil y ser parte de algo, y los Fardi trataban con dinero, no con sangre, así que ella era capaz de dormir por la noche.

Dos meses antes del primer aniversario de la ascensión de Palpatine a Emperador, Ahsoka vio algo que lo cambió casi todo. Estaba en el astillero, trabajando en uno de los droides más grandes que no era fácil de sacar de las instalaciones. Varios de los niños Fardi más jóvenes jugaban en el astillero, lo que no deberían hacer, porque era peligroso. Ahsoka estaba a punto de echarlos cuando una pila de cajas con la que un par de los niños estaba jugando se tambaleó y empezó a caer.

Más tarde, cuando fue capaz de pensar en ello, Ahsoka se alegró de saber que había respondido al instante, extendiéndose con la Fuerza. El entumecimiento que se había

esforzado tanto por mantener desde la Orden 66 permanecía intacto, pero ella no miró muda como caían las cajas, con los niños también gritando mientras caían. Ella había actuado.

Entonces los gritos se detuvieron. Las cajas se posaron suavemente en el suelo, y los niños se posaron igual de suavemente encima de ellas. Los demás niños miraban fijamente, incapaces de entender lo que había sucedido, pero Ahsoka lo sabía. Se preparó para correr. Miró a su alrededor y vio a la pequeña Hedala Fardi, demasiado pequeña para ser incluida en el juego, parada justo pasando las cajas con una mirada fascinada en la cara.

—Ya saben que no deberían jugar aquí —dijo Ahsoka, con la esperanza de evitar las preguntas incómodas que podrían haber tenido los niños—. Casi fueron aplastados por la caída de esas cajas. ¡Esa no es forma de morir para un Fardi!

Hizo bien en apelar a su orgullo y miedo a meterse en problemas. Le pidieron a Ahsoka que jurara que no iba a delatarlos, por su silencio, obtuvo una buena cantidad de dulces, la única moneda que ellos tenían, y luego todos salieron corriendo. Nunca lo volvieron a mencionar, y Ahsoka estaba bastante segura de que ni siquiera habían notado su roce con la imposibilidad física.

Miró atentamente a Hedala después de eso. Estaba segura de que la niña era la única que había visto y entendido todo lo que había hecho Ahsoka. Tres días más tarde, vio con algo de horror como Hedala, abandonada por los niños mayores, casualmente movía una pequeña piedra de un lado a otro de una puerta sin ponerle ni un dedo encima.

Debería haber hecho algo. Debería haberle contado a la familia de la niña y ayudado a sacarla del planeta. Pero no tenía idea de cómo ocultar del Imperio a un niño sensible a la Fuerza. Apenas podía ocultarse a sí misma. Así que en su lugar no hizo nada. Se dijo que pensaría en un plan, pero no lo hizo, o al menos no lo intentó muy duro.

Y luego llegó el Día del Imperio y los imperiales llegaron en mayor número. Ahsoka podría haberse mantenido firme, podría haber luchado contra ellos, pero no podía acabar con todo el Imperio por sí misma. Cuando las muchachas Fardi le advirtieron y le ofrecieron una salida, la tomó sin pensarlo dos veces. No se acordó de Hedala Fardi hasta que estaba en órbita, y entonces ya era demasiado tarde.

CAPÍTULO

11

KAEDEN ESTABA SENTADA CON LAS PIERNAS CRUZADAS encima de un cajón, con un mapa de Raada en su regazo y miró a su hermana. Miara estaba trabajando en una serie de explosivos, con cargas más potentes que cualquiera de los agujones que ponía en sus cerraduras y a Kaeden la enfermaba un poco ver lo fácil que era para Miara construirlos. Ashla había salido hacía más o menos una hora, para ir a buscar algo, había dicho, y Miara había aprovechado el momento para construir bombas que seguían más las especificaciones de Hoban que las que Ashla había sugerido.

—Es una buena combinación, creo —dijo Miara mientras trabajaba. O no notaba el disgusto de su hermana, o bien lo ignoraba deliberadamente—. Las bombas de Ashla son buenas para las articulaciones de los caminantes imperiales o forzar la apertura de una puerta. Las de Hoban nos despejarán el camino adonde tengamos que ir.

—¿Qué pasa si hay gente donde estás despejando? —preguntó Kaeden—. Es como desatar tu trilladora, solo que para que corte gente en lugar de cultivos.

Por primera vez Miara titubeó. Luego su expresión se endureció.

—Entonces es nosotros o ellos —dijo. Ya no sonaba de catorce años—. Kaeden, no tenemos elección.

Kaeden no dijo nada. Había pasado un par de horas el día anterior, después de que terminó su turno, tratando de convencer a Miara de no seguir el plan de Hoban, pero no había servido de nada. Cada vez que lo intentaba, Miara respondía con un ejemplo de una vez que alguien de Raada las había ayudado antes de que fueran lo suficientemente grandes como para ayudarse a sí mismas. Kaeden sentía cada una de esas deudas como un peso alrededor de su cuello. Antes de que tuviera la edad suficiente para trabajar turnos completos, había sido la bondad y generosidad lo que las mantuvo a ella y su hermana alimentadas y les permitieron mantener la casa de su familia, que sus padres habían construido cuando habían decidido establecerse en Raada. No era mucho, pero a Kaeden le gustaba hacer el desayuno en la estufa que había utilizado su padre, y le gustaba arreglar las paredes que había construido su madre, aunque ella no era rival de su madre cuando se trataba de construcción. Miara sabía cómo se sentía Kaeden y por primera vez fue absolutamente despiadada al presionar en su contra. Para el momento que había desistido y se fue a la cama, Kaeden había sido casi la que cambiaba de opinión. Luego había soñado sobre cuando mataron a Tibbola; solo que era Vartan el que recibía el disparo en su lugar y Miara y luego Ashla, todo mientras Kaeden tenía que verlo.

En la mañana, se había sentido en conflicto, sacudida, y sobre todo inútil. No le dijo a Ashla lo que los demás estaban tramando, y tampoco ayudó mucho a Miara, a pesar de

las evidentes miradas de su hermana. En cambio se quedó sobre todo mirando el mapa y esperando que nadie le hiciera ninguna pregunta que no quería responder.

Había funcionado bastante bien, durante las primeras horas. Ella y Ashla no podían hacer ninguna marca en el mapa, en caso de que cayera en las manos equivocadas, dijo Ashla, pero discutieron dónde estaban las cuevas que había encontrado Ashla y donde podría establecer un campamento bastante grande para todas las personas que Vartan estaba reclutando bajo el pretexto de las reuniones de campo. Entonces todo lo que Kaeden tenía que hacer era aprenderlos de memoria, que era lo que aparentemente estaba haciendo mientras Ashla estaba en su misteriosa misión.

—¿A dónde crees que ha ido? —preguntó Miara. Kaeden esperaba que su hermana estuviera intentando cambiar de tema y estaba más que feliz de ayudar con eso.

—No tengo idea —dijo Kaeden. Señaló el mapa—. Este es el sistema de cuevas principal. Hay túneles a otros, pero la mayoría son demasiado pequeños para arrastrar equipo por ellos. Son solo lo suficientemente grandes para una persona con un pequeño bolso. Podría haber ido a traer algo de una de esas cuevas a ésta. Hablamos de una puerta, o más probablemente una cubierta para la entrada para ocultarla un poco.

—Una puerta sería buena idea —dijo Miara—. Yo puedo asegurarla, si podemos instalarla.

—También están sus depósitos —dijo Kaeden—. Sé que ella tiene algunos privados, porque su nave todavía está por ahí en alguna parte, pero también tiene uno para nosotros, el que preparó con Selda.

—Ojalá nos dijera dónde está su nave —dijo Miara.

—Ojalá le dijeras acerca de las bombas —devolvió el fuego Kaeden—. Pero no lo harás, así que deja de quejarte.

—Es solo que no sé por qué está tan ansiosa por ayudar —dijo Miara, repitiendo las palabras de Neera la noche anterior—. Podría irse cuando quiera.

—¿Quieres que se vaya? —preguntó Kaeden, casi desafiando a su hermana a pronunciar la burla sobre los sentimientos de Kaeden por Ashla que hasta ahora había quedado tácita. Miara no mordió el anzuelo.

—Por supuesto que no —dijo Miara—. Conoce más sobre este tipo de cosas que nadie en Raada. Solo quiero que nos cuente cómo lo aprendió.

—Bueno —dijo Kaeden—. Tal vez haya que darle algo más de tiempo. Creo que lo que sea que le pasó fue muy malo y ella todavía no quiere hablar de ello.

Miara hizo un sonido neutral y volvió a las complejidades de su trabajo de ingeniería. Kaeden pasó un dedo a lo largo de una línea en el mapa, que delineaba un barranco escarpado. Ahí era donde ella escondería una nave, si tuviera una nave que esconder. Aunque no iba a compartir esa información con Miara.

Ashla apareció en la entrada de la cueva, sorprendiendo a ambas muchachas. Llevaba una mochila tan grande que Kaeden no estaba segura de cómo había podido llevarla en absoluto. Ashla no era ancha de hombros como Neera ni alta como Vartan y no tenía los años de experiencia trabajando en los campos para darle fuerza, pero de alguna manera,

aunque se veía delicada, era claramente muy fuerte. Tal vez era algo de los togruta. Kaeden no sabía mucho acerca de su fisiología, pero le gustaba.

—Aquí están todos los suministros que había escondido en la primera cueva que encontré. —La mochila hizo un fuerte clunk cuando la dejó caer—. Comencé a prepararla antes de que supiera que iba a compartir. Pero probablemente sea mejor tener todo en un solo lugar.

Miara estaba a punto de hacer un comentario mordaz sobre la nave, pero Kaeden la interrumpió antes de que pudiera.

—¿Por qué preparaste un depósito tan pronto como llegaste aquí? —preguntó—. Todavía no había ningún imperial.

—Viejos hábitos —dijo Ashla. Trató de hacer que suene como una broma, pero había algo mortalmente serio en sus ojos—. No estaba segura de cuán segura era la casa, pero ahora ya lo sé.

Kaeden se puso de pie para ayudarla a descargar y pasaron el siguiente par de horas organizando donde debían ir los suministros médicos y tratando de activar un convertidor de energía que parecía tener más años que las tres de ellas sumadas.

—¿Qué es eso? —preguntó Miara cuando se instalaron con un paquete de ración cada una y una cantimplora de agua para pasarse entre ellas.

Ashla sostenía una pequeña bolsa de tela. Kaeden la había visto recogerla de la mochila por la tarde pero no había dicho nada.

—Oh, sólo algunas cositas que he recogido —dijo Ashla. Abrió la bolsa para que Miara pudiera mirar dentro.

—Aquí hay un montón de basura —dijo Miara despectivamente—. Es decir, no puedo usar nada de eso. Ni siquiera coinciden.

—Es solo una cosa que hago —dijo Ashla. Había una nota extraña en su voz, una mezcla de actitud defensiva y anhelo que Kaeden creyó reconocer.

—Nuestra mamá era así —dijo Kaeden—. Siempre tenía los bolsillos llenos de piezas que encontraba. Volvía loco a nuestro padre, las cosas que encontraba cuando lavaba la ropa.

—Solían pelear sobre eso —dijo Miara—. Pero de buena manera, ¿sabes?

Kaeden se dio cuenta de que era muy probable que Ashla no lo supiera, pero era una pregunta que no pudo resistirse a hacer.

—¿Tus padres discutían? —preguntó—. Quiero decir los adoptivos.

Una sonrisa lenta se esbozó a través del rostro de Ashla, rizando primero un lado de su boca y luego el otro. Lo que fuera que estaba recordando, Kaeden podría decir que era bueno.

—Todo el tiempo —dijo Ashla, casi como si estuviera hablando consigo misma.

Miara se lanzó a contar una historia de sus padres, un pequeño acoplamiento de energía y la sirena que sonaba para marcar el cambio de turno. Era una historia que Kaeden recordaba bien, así que solo escuchó a medias mientras su hermana hablaba. El resto de su atención estaba concentrado en lo que iba a hacer a continuación: si iba a escuchar los consejos de Ashla o quedarse con su hermana y su equipo. Sabía que no

podía abandonar a Miara, pero mucho de lo que Ashla sugería parecía ser una buena idea. Al final, alcanzó un punto medio que satisfacía a ambos lados de su conciencia beligerante. Se quedaría con Miara y escucharía atentamente lo que planeaba Hoban. Si Vartan pensaba que era una buena idea, la seguiría, pero al segundo que las cosas se les salieran de las manos, encontraría a Ashla y se lo contaría todo. La solución no era perfecta, pero podría trabajar con ella y Kaeden era buena trabajando.

—¿Por qué te ves tan seria? —preguntó Miara cuando Kaeden no se rió de la parte divertida de la historia. Ashla lo hizo, lo que por lo menos hizo sonreír a Kaeden.

—Lo lamento —dijo—. Estoy cansada y un poco preocupada por todo esto.

Hizo un gesto para abarcar la cueva en general pero sabía que su hermana lo interpretaría de forma diferente que Ashla.

—Deberíamos descansar un poco —dijo Ashla—. Tenemos unos días más aquí, y todos los trabajos requieren atención al detalle.

El piso de la cueva era duro, pero fueron capaces de preparar un lugar para dormir en una parte plana, donde no había rocas sobresaliendo del suelo.

—Camillas —reflexionó Ashla mientras desenrollaba una manta—. Aunque no tengo ni idea de cómo las traeremos hasta aquí.

—Selda tendrá alguna idea —dijo Kaeden y se dispusieron a dormir.



Durante los siguientes dos días, Miara construyó explosivos según las especificaciones de Ahsoka. Tomó más partes de lo que Ahsoka estaba esperando, pero la fabricación de armas nunca había sido su fuerte. Mientras Miara trabajaba, Ahsoka y Kaeden instalaron la puerta, usando una vieja escotilla de metal que Selda había procurado de alguna manera y una soldadora que tenía un cortocircuito los momentos más inoportunos. Luego cuidadosamente derrumbaron la mayoría de las demás entradas de la cueva. Dejaron unas pocas intactas, las que estaban más ocultas de la vista y la que tenía una línea de visión directa al asentamiento. Era arriesgado, pero Ahsoka decidió que la entrada era estratégicamente necesaria. No tenía sentido preparar un campamento si no podías vigilar desde él.

Al cuarto día, volvieron a la ciudad a la caída del sol. Kaeden y Miara fueron directo a casa, ya que tendrían que presentarse a los campos al día siguiente, pero Ahsoka fue a la cantina de Selda para reunirse con Vartan. Durante un juego de crokin, que Ahsoka perdió con asombrosa incompetencia ante el juego superior de Vartan, el líder de equipo describió cómo había ido su trabajo.

—Elegí los otros líderes de equipo con cuidado —dijo él—. No solo los que han estado en Raada por más tiempo sino los que han trabajado con los mismos equipos durante más tiempo.

Ahsoka hizo un tiro y erró. Era un juego difícil cuando ella no podía usar todas sus habilidades al máximo.

—Observé a los soldados de asalto, y tienen unidades y grupos de patrulla. Pensé que tendría sentido que también nos mantuviéramos organizados, y ya tenemos equipos con los que estamos acostumbrados a trabajar, por lo que así es cómo recluté a la gente —continuó Vartan—. Funcionó bien.

—¿Cuántas personas? —preguntó Ahsoka. Vartan hizo aterrizar otro disco en el centro del tablero, y sus puntos se mostraron con luces destellantes en el marcador.

—Ocho equipos, incluyendo al nuestro —dijo Vartan—. Así que unos cuarenta, teniendo en cuenta las adiciones como tú y las sustracciones como Malat y su marido.

No había ninguna amargura cuando habló de Malat, aunque ella había estado en su equipo durante más tiempo que cualquiera de los demás. Ahsoka sabía que Malat había intentado organizar que Kaeden y Miara fueran con su familia, pero no creía que nadie le hubiera dicho a las muchachas. Al final no había resultado, pero Ahsoka sabía que Vartan valoraba el esfuerzo.

—Tengo que llegar a casa —dijo Ahsoka—. Es más tarde de lo que pensé, y me he ausentado de la ciudad el tiempo suficiente para que alguien pueda haberlo notado. Haremos un informe completo mañana.

—Cuídate —dijo Vartan.

Ella respondió de igual modo y se fue, con una breve pausa para despedirse de Selda al pasar por la barra.

No notó a Hoban, que estaba sentado en la esquina opuesta. La vio irse y luego se inclinó hacia delante para atrapar la mirada de Vartan. El hombre mayor asintió con la cabeza, y Hoban se levantó para poner sus propios planes en el movimiento.

CAPÍTULO

12

AHSOKA SE BALANCEÓ SOBRE la pared posterior del espaciopuerto y se ajustó la capucha para poder bajarla sobre su cara. Selda le había dado una nueva capa, y se le ajustaba mejor. También era de un color más oscuro, lo que la ayudaba a confundirse con la noche. Con ella estaban Miara, Neera y un joven muchacho rodiano de nombre Kolvin, de otro equipo. Ahsoka estaba ostensiblemente al mando, Miara era necesaria para dar los toques finales a las cargas, Neera había sido seleccionada porque pensaba rápido y se incluyó a Kolvin porque era un ágil trepador. Cada uno de ellos llevaba capuchas igual que Ahsoka para ocultarlos de cualquier vigilancia y caminaba con pasos ligeros, tan silenciosos como podían.

Esa parte del espaciopuerto había sido requisada por los imperiales como un lugar para organizar los caminantes. Ahsoka los había visto descargar cuando comenzó la ocupación, pero le había tomado un par de días a Vartan averiguar sus modelos exactos y donde habían decidido mantenerlos los imperiales. Después de eso, fue relativamente fácil para Ahsoka planificar su primer ataque.

Esperaron a la sombra de la pared hasta que la patrulla imperial llegó a la vista. Sabían que el espaciopuerto estaba cubierto por sólo un puñado de soldados de asalto y que la pared posterior sobre la que habían subido era considerada inexpugnable por los ocupantes.

—Nada de imaginación en absoluto —había murmurado por lo bajo Vartan cuando Ahsoka le contó los datos de inteligencia. Entonces se habían puesto a alterar los repulsores en las bases de las trilladoras para hacer subir a Miara y Neera.

Miara acomodó su mochila con mucho cuidado. No sólo necesitaba impedir que las partes hicieran ruido, también tenía que asegurarse de que ninguno de los circuitos se activara prematuramente. Era un trabajo meticuloso, pero Miara era infinitamente paciente con él, aunque era inquieta acerca de otras cosas.

—¿Estamos listos? —le preguntó a Ahsoka, asegurándose de hablar de cerca para que no oyeran su voz.

—Quiero ver a la patrulla un par de veces —dijo Ahsoka—. Esta podría ser nuestra única oportunidad de entrar aquí tan fácilmente, y deberíamos aprovecharla.

—Tiene razón —dijo Neera—. Pónganse cómodos, niños.

Miara se quejó pero hizo lo que le dijeron. Kolvin, a quien Ahsoka todavía no conocía muy bien, se sentó sin protestar, aparentemente acostumbrado tanto esperar como a seguir órdenes.

Pasaron diez minutos hasta que la patrulla regresó, los mismos dos soldados de asalto. Ni siquiera entraron en el espaciopuerto. Solo iluminaron alrededor con sus linternas

durante unos instantes y siguieron su camino. Detrás de las cajas, Ahsoka y los demás nunca estuvieron en peligro de ser descubiertos. Era casi demasiado fácil, lo que ponía nerviosa a Ahsoka. Apartó la sensación. Necesitaba concentrarse en lo que tenía frente a ella y nada más.

Esperaron otros diez minutos, y la patrulla volvió otra vez. Después de que pasaron, Neera se inclinó cerca de Ahsoka.

—Tenemos que ir ahora. Los demás se pondrán inquietos esperando a que volvamos si no lo hacemos.

Ahsoka asintió con la cabeza. Estos eran granjeros, tenía que recordarse a sí misma constantemente. Ella había ayudado antes a entrenar granjeros para combatir, en Felucia, contra piratas. Eran inteligentes y aprendían rápidamente, pero seguían sin ser soldados. No tenían la capacidad de adaptación o la paciencia de los clones, y había tenido que recordar tratarlos de forma diferente debido a eso. En esa misión había aprendido mucho que podría utilizar ahora en Raada.

—De acuerdo —dijo—. Miara, dame tu bolsa y sígueme. Neera, tú y Kolvin esperen unos momentos y luego sigan para instalar su parte de la carga.

Sus metas eran simples, como correspondía a su primera misión real. Miara había construido varios dispositivos que activaría en el último minuto, y luego Ahsoka instalaría a cada uno en las articulaciones de la rodilla de los caminantes. Entonces Kolvin, que tenía las manos más estables que Ahsoka —puesto que ella no podía usar abiertamente la Fuerza— treparía con la segunda pieza. Una vez que el líquido en la mitad de Kolvin comenzara mezclarse con el líquido en la de Ahsoka, se volvería lo bastante corrosivo para fundir no sólo la carga sino la articulación misma.

—Si tenemos mucha suerte —le había dicho Ahsoka a Vartan y Selda mientras los demás escuchaban— los dispositivos se corroerán totalmente y los imperiales pensarán que algo sobre el clima de Raada es responsable del daño.

—¿De verdad lo crees? —había preguntado Kaeden.

—No —dijo Ahsoka—. Nadie tiene tanta suerte. Pero podemos esperar lo mejor.

El único problema con el plan era que el líquido en la mitad del dispositivo de Ahsoka era muy corrosivo por sí mismo. Tendría que hacer que Miara abriera el sello del dispositivo en la base de cada caminante y luego subirlo con mucho cuidado. No era un buen lugar para cometer errores.

Ahsoka hizo señas para llamar la atención de Miara y luego señaló a su primer objetivo. Las dos se deslizaron a la oscuridad, dejando a Neera y Kolvin atrás a esperar hasta que terminaran. Las posibilidades de ser atrapados eran escasas, pero dividirse en pares significaba que si dos de ellos eran atrapados, los otros dos podrían escapar.

En la base del primer caminante, Miara colocó el dispositivo cuidadosamente en la mano de Ahsoka. Limitaba su capacidad de trepar, lo que la ralentizaba, pero las rodillas del caminante no estaban muy altas de todos modos. Recordaba el entrenamiento de los rebeldes de Onderon para expulsar a las armas separatistas, explotando sus debilidades y trató de no pensar demasiado sobre el hecho de que ella estaba explotando las debilidades del equipo con el que una vez había servido.

Puso las cuatro primeras cargas sin incidentes. Si escuchaba con mucha atención, podía oír a Neera y Kolvin trabajando detrás de ellas, pero lo estaban haciendo bien en hacerlo en silencio. La patrulla iba a volver en cualquier momento, así que Ahsoka y Miara se agacharon detrás de los pies de uno de los caminantes, que las ocultaría del reflector de búsqueda que los soldados empleaban lánguidamente. Ahsoka ya sostenía la próxima carga, lista para subir tan pronto estuviera despejado, pero notó algo diferente en ella, incluso en la oscuridad. No era una carga corrosiva en absoluto. Era una bomba real.

—Miara, ¿qué es esto? —murmuró, después de comprobar para asegurarse de que los imperiales todavía no volvían.

—Oh, perdón —respondió la muchacha—. Te pasé la carga equivocada. Debo haberla empacado por accidente.

Miara habló como si no fuera gran cosa, pero Ahsoka no podía dejar caer el tema tan fácilmente. No recordaba que Miara hubiera fabricado ese tipo de carga, y era seguro que no estaba incluida en ninguno de los planes que Ahsoka había revisado con Vartan.

—¿Están planeando sus propias operaciones sin mí? —siseó en el oído de Miara, pero antes de obtener una respuesta, se encendió el reflector.

Ambas se congelaron, y Ahsoka esperaba que Neera y Kolvin estuvieran igualmente ocultos. Esta vez los soldados entraron al patio, dos o tres pasos, pero lo suficiente para que Ahsoka se preparara para lo peor. Apretada al lado de Ahsoka, Miara ni siquiera respiraba, pero Ahsoka podía sentirla temblar. Por primera vez, Miara estaba realmente asustada. Después de unos momentos de nervios más, el reflector se apagó y los soldados siguieron su camino. Ahsoka se puso la carga más peligrosa en el bolsillo y tendió las manos por la adecuada. Miara se la dio sin pedir que le devolviera la otra.

No hablaron durante el resto de la misión, no hasta que todas las cargas estuvieron colocadas y Neera y Kolvin los habían alcanzado en el otro extremo del espaciopuerto. Ahsoka ya podía oír el sonido de los puntales de metal, esforzándose para mantenerse erguidos y sabía que habían hecho un buen trabajo.

—Volvamos a la cantina de Selda —ordenó.

Neera le disparó una mirada sorprendida. Ese no había sido el plan. Ahsoka no les dio tiempo a protestar. Los llevo a la pared y luego por las calles sin iluminación hasta la cantina.

Había más personas dentro de las que debería haber, pudo ver Ahsoka, pero por lo menos permanecían lejos de las ventanas. Irrumpió directamente a través de la puerta.

—¡Ey! —Vartan se había puesto de pie de un salto, con un bláster en la mano. Se oyó el sonido de varias sillas arrastradas hacia atrás cuando otros se pusieron de pie—. Esperen, esperen —dijo—. Son amigos nuestros. Bajen las armas.

Algo andaba muy mal. Kaeden no estaba allí. Ahsoka no podía imaginarse que estaba en casa si Vartan estaba en la cantina. Y sin embargo si hubiera estado presente, habría corrido inmediatamente hacia Miara. Peor aún, Kaeden no era la única persona que faltaba.

—¿Dónde está Hoban? —exigió Ahsoka.

No hubo ninguna respuesta inmediata. Neera se desplomó en una silla e hizo un gesto a Vartan como para decir: «Ahora es tu problema, jefe», así que Ahsoka volvió su atención hacia él. Hizo un recuento de quienes no estaban allí. Eran en total la mitad de los reclutas de Vartan. Había mezclado los equipos. Los más viejos, los más *lentos*, estaban todos allí. Los que podían correr habían desaparecido.

Con su expresión más temible, Ahsoka tiró de la silla frente a donde Vartan estaba parado y ambos tomaron asiento. Él se inclinó hacia atrás tan lejos como pudo, asustado de ella aunque él tenía un bláster y ella estaba según todas las apariencias, desarmada. Cuando sacó de su bolsillo la carga de Miara y la puso sobre la mesa, él se encogió como si ella lo hubiera golpeado. A Ahsoka no le importaba. Kaeden estaba por ahí, haciendo algo estúpido, y Ahsoka no sabía si ella sería capaz de arreglar las cosas.

—Déjame ver si adivino lo que está pasando —dijo ella—. Pensaban que yo estaría distraída por la operación de los caminantes y sería un buen momento para ejecutar su propia misión.

Nadie dijo nada. Ni siquiera estaba segura de que aún respirasen.

—Escogieron un objetivo. ¿El edificio de administración, tal vez? Espero que no hayan sido las barracas. —Vartan volvió a encogerse, y ella supo que había acertado—. Los enviaron, a sus propios equipos, a poner explosivos.

—Teníamos que hacer algo. —Esa era la jefa del equipo de Kolvin. Ahsoka no conocía el nombre de la mujer—. No podemos solo quedarnos aquí esperando.

—En cualquier momento a partir de ahora, un par de soldados de asalto van a descubrir que sus caminantes están dañados —dijo Ahsoka—. Todos los caminantes. Y van a sonar una alarma, y eso despertará a todos los demás soldados. ¿Y adónde creen que esos soldados van a ir a recibir sus órdenes?

Miara jadeó y salió corriendo hacia la puerta. Selda la cogió y la sostuvo hasta que dejó de luchar contra él.

—No lo sabíamos —dijo Vartan.

—Ni siquiera lo intentaron —dijo Ahsoka—. ¿En qué estaban pensando?

—Podemos ir ayudarlos —dijo la jefa del equipo de Kolvin.

—No —dijo Ahsoka—. Ahora me van a escuchar. Aquellos de ustedes que están aquí tienen que volver a casa. Ya mismo. Si alguien lo pregunta, nieguen cualquier conocimiento de lo que sucedió esta noche. Mientan.

—No podemos abandonarlos —protestó Vartan.

—Tienen que hacerlo —dijo Ahsoka—. O todos los miembros de nuestro grupo van a terminar arrestados, muertos o a la fuga esta noche. Necesitamos agentes en la ciudad.

—Tiene razón —dijo Selda. Su tono no admitía ninguna discusión, y no recibió ninguna. Señaló la puerta—. Y creo que el bar está cerrado.

—Yo no me voy a casa —dijo Miara, empujando en contra de la multitud para ponerse junto a Ahsoka—. Lo siento, Ashla, lo siento tanto. Ella es todo lo que tengo.

Ahsoka miró a Vartan, que estaba dirigiendo a los que salían por la puerta con ayuda de Selda y luego miró a los ojos a Neera. Ahsoka podía ver que estaba tan determinada como Miara.

—Está bien —dijo Ahsoka—. Pero harán todo lo que yo les diga.
Ambas asintieron.
—Y trae las cargas.

CAPÍTULO

13

EL SIGILO ERA IMPOSIBLE, por lo que simplemente tenían que correr. Las calles estaban en su mayoría desiertas, gracias al toque de queda. Ahsoka y los demás estaban casi a medio camino del complejo imperial cuando las alarmas sonaron. El daño a los caminantes había demorado un tiempo en ser detectado por los soldados. Era una buena noticia, por lo que concernía a Ahsoka. Cualquier cosa que les comprara más tiempo era buena.

Mientras corría, Ahsoka dejó a un lado su ira. No le haría ningún bien en la confrontación que se avecinaba. También dejó a un lado su desesperación por asegurarse de que Kaeden estaba bien y todo pensamiento acerca de sus fracasos en los últimos años. Se centró en sus puntos fuertes: su velocidad, adaptabilidad y familiaridad con el procedimiento militar. Eso era lo que iba a permitirles sobrevivir esto.

Estaban a una calle del complejo cuando la primera explosión los sacudió y los hizo retroceder. Ahsoka miró a Miara con algo de sorpresa. No tenía idea de que la muchacha fuera capaz de construir algo tan grande.

—¡Esa no fue una mía! —dijo Miara—. Deben haber encontrado algo más. Eso, o...
Se interrumpió, no dispuesta a decir la otra opción.

Ahsoka les hizo señas a ambas de que se acercaran. Estaban a cubierto del último edificio no imperial antes de quedar expuestas a la artillería. Necesitaba saber más antes de meterse en la batalla. Una vez que dieran vuelta a la esquina, estarían a la vista y no tendrían tiempo para conferir.

—Cuéntenme todo sobre el plan —dijo—. Números, objetivos, todos los detalles. Rápido.

—Hoban dividió el grupo en tres, uno para cada puerta —dijo Neera—. Todos tienen explosivos, y la mayoría también tienen blásteres.

—¿De dónde sacaron blásteres? —preguntó Ahsoka.

—De aquí y de allá —dijo Neera—. Vartan dijo que la mayoría está en muy mal estado, pero harán el trabajo por lo menos durante un tiempo.

—Espero que sea suficiente —dijo Ahsoka.

Caminaron la última calle con cautela, aunque no se encontraron con ninguna resistencia. Los imperiales debían estar ocupados con los demás. No era exactamente un pensamiento alegre.

—Miara, ¿puedes volver a encontrar las cuevas en la oscuridad? —le preguntó Ahsoka cuando se volvieron a detener. Echó un vistazo alrededor de la esquina, para ver cómo seguía la lucha y luego regresó para finalizar el plan.

—Sí —dijo Miara. Sonaba segura.

—Entonces espera aquí —dijo Ahsoka. Miara comenzó a protestar, pero Ahsoka levantó la mano—. Esta es una de esas cosas que dije que me ibas a escuchar, ¿entendido? Tú espera aquí, y Neera comenzará a enviarte a nuestra gente. Diles donde reunirse al borde de la ciudad. No en la cantina de Selda. Elige un lugar al azar. Luego llévalos a todos a las cuevas tan rápido y silenciosamente como puedas.

»Neera, tú vienes conmigo. Hay una línea de tanques imperiales apuntando hacia afuera del recinto. Deben haberlos ubicado para la defensa, y todavía no han tenido tiempo de darles la vuelta. Voy a desactivar tantos como pueda. Ve a las puertas del lado izquierdo del complejo y saca a nuestra gente. No los están presionando tan fuerte, por lo que deberían ser capaces de liberarse. —Neera asintió con la cabeza—. Si puedes llegar a las puertas del lado derecho, prueba allí también, pero si no puedes, déjalos, ¿entiendes?

—¿Dónde está Hoban? —preguntó Neera, astutamente notando la información que Ahsoka había omitido.

—No lo he visto —dijo Ahsoka—. Lo siento, pero tú también necesitas concentrarte.

—Puedo entenderlo —dijo Neera.

—¿Qué vas a hacer tú, Ashla? —preguntó Miara. Por primera vez, sonaba muy pequeña.

—Yo voy al frente —dijo Ahsoka—. La lucha es más intensa allí, pero yo podría ser capaz de ayudar lo suficiente para que nuestra gente se retire.

—¿De dónde saliste? —preguntó Neera. No sonaba como si esperara una respuesta, pero Ahsoka decidió dársela. Con toda probabilidad, lo descubrirían muy pronto de todos modos.

—Las Guerras Clon —dijo—. Luché en las Guerras Clon.

No les dio más detalles específicos. Que creyeran que había sido parte de una milicia planetaria. Estaba bastante segura de que eso era lo que ya pensaban Selda y Vartan. No estaban del todo equivocados. Ella *había* sido parte de una milicia planetaria. Pero también había sido parte de algo más.

Hubo otra explosión. No podían permitirse esperar más.

—¿Estás lista? —le preguntó a Neera.

Neera sostenía el bláster que había obtenido de Vartan en una mano y un par de explosivos en la otra. Ahsoka llevaba la mayor parte de los explosivos, porque no tenía ningún bláster propio. Estaba segura de que sería capaz de recoger uno después de unos minutos de pelea.

—Buena suerte —le dijo a Miara—. La muchacha joven tragó saliva y se agachó para esperar.

Neera y Ahsoka giraron y corrieron hacia el complejo.

La evaluación táctica inicial de Ahsoka había sido inmediata, instintiva y nada prometedora. Ahora que podía ver todo el complejo a la vez, no era más optimista. Les había advertido que este tipo de ataque era una idea terrible, exactamente por esta razón: los granjeros estaban superados, y ella todavía no estaba totalmente segura de a qué se enfrentaban. No la escucharon. Ahora tenía que o dejarlos a su suerte o ir a su rescate. En realidad, no tenía elección. Su única ventaja era que enfrentaban a los nuevos soldados de

asalto del Imperio, no los formidables clones. No podía usar la Fuerza para algo tan llamativo como desviar saetas de bláster, pero podía saltar y podía correr, y eso tendría que ser suficiente.

La mayoría de sus amigos ya se había retirado, y Neera los iba reuniendo. El lado izquierdo se estaba despejando, e incluso los combatientes del lado derecho estaban empezando a retirarse ahora que conocían sus opciones. Era el desastroso intento de tomar la puerta delantera del complejo imperial lo que estaba causando el mayor problema. Había terminado casi antes de empezar. Como Ahsoka había sospechado, la artillería pesada era demasiado para los campesinos mal equipados, incluso con el elemento sorpresa y los explosivos de Miara para respaldarlos. Los cinco que permanecían con vida estaban inmovilizados, con los refuerzos imperiales de tierra acercándose. A través del humo, Ahsoka pudo ver a Hoban y Kaeden agachados entre los sobrevivientes. No tenían mucho tiempo, y Ahsoka era su única esperanza.

Avanzó con cautela, permaneciendo tan cerca del suelo como le era posible para presentar un objetivo mínimo a las armas de las paredes del complejo. Estaba tan lejos que los soldados no podían apuntarle más fácilmente que a sus amigos, y no quería llamar la atención hasta que tuviera que hacerlo. Escuchó por si venían cazas pero no pudo oír nada sobre el ruido de la batalla y el martilleo de su propio corazón.

—Realmente estoy fuera de práctica —dijo, hablándole a compañeros que ya no estaban con ella. Hablaba por hábito, cayendo en las bromas tan fácilmente como hizo una evaluación de su entorno, aunque no quedaba nadie para bromear con ella. Sacudió la cabeza y volvió a enfocarse: no era el momento para perderse en el pasado. Había un montón de personas, personas vivas, que la necesitaban en ese momento.

Permaneciendo detrás de la línea de tanques imperiales, Ahsoka puso una carga en cada uno que pudo alcanzar. Al parecer, un lugar atrasado como Raada no merecía armamento totalmente nuevo, y Ahsoka conocía estos vehículos de la era de las Guerras Clon como la palma de su mano. Las cargas no destruirían completamente los tanques, pero los dejarían inmóviles, y Ahsoka necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener. Las explosiones comenzaron justo cuando saltó para apartarse del último tanque, dándole a sus amigos un respiro momentáneo del bombardeo.

—¡Por aquí! —gritó, haciendo señas de que fueran hacia ella para que pudiera guiarlos a la cuestionable seguridad de las colinas. Al menos maniobrar allí sería más difícil para cualquier caza.

Los cinco sobrevivientes se movieron, pero tres de ellos estaban heridos y eso los ralentizaba. No llegaron muy lejos antes de que los soldados de asalto del complejo los alcanzaron. Ahsoka enfrentó a un soldado en combate cuerpo a cuerpo, derribándolo de una feroz patada a la cintura y manteniéndolo abajo con un golpe en la cabeza. Kaeden la miró boquiabierto, pero Ahsoka no tenía tiempo para eso. Recogió el bláster del soldado caído e hizo lo que pudo para cubrir la retirada con el arma recién adquirida. A pesar de su mejor esfuerzo, la distancia entre los imperiales y sus amigos seguía reduciéndose.

—¡Déjanos! —gritó Kaeden. Estaba cargando a medias a Hoban aunque él era de dos veces su tamaño, y ella estaba sangrando de un corte en la frente—. Nos advertiste que no nos metiéramos en este lío. No deberías pagar por ello.

—¡Esa no es una opción! —gritó en respuesta Ahsoka.

Cualquier otra cosa que Kaeden pudiera haber dicho fue ahogada por una enorme explosión delante de ellos. Se abrió un cráter, por el disparo de uno de los tanques que todavía tenía el arma funcionando. Tomaría demasiado tiempo darle la vuelta al agujero humeante en el suelo, y si entraban en él, estaban prácticamente muertos.

—Quietos —dijo el soldado más cercano.

—Es nuestro día de suerte —dijo sarcásticamente Hoban mientras Ahsoka bajaba su arma—. Quieren prisioneros.

Ahsoka no se atrevió a decirle que era más probable que los soldados de asalto solo quisieran disparos limpios. Efectivamente, cuando se dio la vuelta se encontró con una línea de blásteres y ninguna señal de misericordia.

En esta situación, Obi-Wan habría tenido un comentario inteligente, algo que habría desmentido el peligro del momento y confundido a sus adversarios haciéndolos dudar de sí mismos. Anakin nunca se habría rendido en primer lugar. Ahsoka generalmente caía en algún lugar entre los dos, pero justo ahora no podía darse el lujo de la deliberación.

Hoban se lanzó hacia la línea de soldados de asalto. Era inútil, pero Ahsoka no pudo detenerlo. Oyó a Neera gritando detrás de ella, pero luego el sonido fue ahogado por el gemido de los blásteres imperiales cuando a quemarropa hicieron trizas a Hoban. Cuando estuvo muerto, hubo un horrible momento de silencio. Alguien debió haber hecho callar a Neera, o la arrastró lo suficientemente lejos para que Ahsoka ya no pudiera oírla.

Luego la teniente imperial levantó la mano, dando la orden de fuego, y Ahsoka levantó la suya al mismo tiempo. Desde que empezó a ayudar a los raadianos a organizarse, ella había utilizado la Fuerza solo para sentir a sus amigos y evitar a sus enemigos. Había sido cuidadosa, contenida, asegurándose de que no sería detectada. Ahora dejaba de lado esa precaución. Por primera vez en mucho tiempo, sentía todo el poder de la Fuerza fluyendo a través de ella, y le dio la bienvenida.

Los blásteres volaron hacia atrás por el aire, algunos incluso arrastrando a los soldados de asalto que los sostenían. El metal gimió cuando se dobló para apartarse de ella y sus amigos, y hasta el suelo pareció moverse cuando Ahsoka empujó la línea de fuego imperial hacia atrás. La teniente la miró boquiabierta, tambaleándose como si alguien la hubiera golpeado en la cara.

—¡Ashla! —Kaeden también la estaba mirando, y fue cuando Ahsoka se dio cuenta de lo que había hecho exactamente.

—Corran ahora —dijo—. Hablaremos más tarde.

Los raadianos hicieron lo que les dijo, dirigiéndose a las colinas. Ahsoka se quedó atrás. Con su tapadera bien y completamente destruida, ella no tuvo reparos en continuar desviando la artillería pesada apuntada hacia ellos. Demoró más de lo que a ella le hubiera gustado y solo podía imaginarse el espectáculo que estaba dando, pero finalmente

ella y los granjeros alcanzaron la temporal seguridad de las colinas y la cueva donde podían ocultarse hasta que pensarán un plan mejor.

Tan pronto como Ahsoka entró en la cueva, todos los ojos se volvieron hacia ella. Kaeden, que estaba sentada junto a su hermana en una camilla, se volvió y la perforó con la mirada.

—Entonces —dijo, con los ojos ardiendo de ira—, ¿había algo que querías contarnos?

CAPÍTULO

14

ESTO TODAVÍA PODÍA MANEJARSE. Arreglarse. Jenneth podía rehacer sus cálculos, tener en cuenta las nuevas variables y llegar a una solución viable. Solo tenía que saber qué recursos estaban disponibles en la actualidad. Buscó los informes del incidente que los oficiales imperiales ya habían ingresado al sistema y los leyó rápidamente, así podría comenzar sus extrapolaciones.

La pérdida de los caminantes era dura. Eran más nuevos que los tanques, construidos después del surgimiento del Imperio y mucho más adecuados para patrullar, porque necesitaban menos tripulantes y cubrían más terreno. Sin ellos, los soldados de asalto tendrían que buscar a pie mientras los tanques se reparaban. Al menos las torretas todavía estaban operacionales. El complejo imperial no estaba indefenso.

Lo que realmente necesitaba eran más unidades de soldados de asalto. Aunque no eran adecuados para hacer ningún trabajo de agricultura, serían más que capaces de supervisar el trabajo local. El plan inicial se había implementado bien, pero era hora de tomar medidas más severas. El toque de queda, que se había cumplido de forma laxa, sería estrictamente monitoreado, y aquellos que lo desobedecieran serían castigados. A plena luz del día. Preferiblemente en el centro de la ciudad. También tendría que asegurarse de que los cabecillas fueran detenidos. No serían ejecutados —eso solo haría enojar más a los granjeros— pero la tortura publicitada y el sufrimiento visible hacían maravillas para romper la moral.

Podría trabajar con eso.

Con lo que él no podía trabajar, era también su mayor problema. Él no había visto el ataque, de hecho había estado durmiendo durante su totalidad, pero simplemente había demasiados informes que lo corroboraban para que pudiera descontarlo. Había habido una usuaria de la Fuerza en el levantamiento. Había salido de la nada, y de acuerdo a todos los informes era muy buena. Tenía edad suficiente para haber recibido entrenamiento jedi. Parecía ridículo, Jenneth quería desestimar la idea. Todos los jedi estaban muertos. Y aunque alguno hubiera escapado, ¿por qué aparecería una en un lugar apartado como Raada?

Dio vuelta el cálculo en su cabeza y encontró la respuesta. La jedi estaba aquí *porque* era apartado. Pensaba que el Imperio no vendría a Raada, y él, Jenneth Pilar, la había sorprendido. Eso lo hizo sentirse mucho mejor sobre toda la situación.

No tenía idea cómo reportar a una presunta jedi. Dejaría que el comandante imperial se ocupara. Solo tenía que presentar su nuevo informe y análisis, y hacer sus sugerencias tan pronto como fuera posible para mantener su buena reputación.

Jenneth hizo aparecer una pantalla en blanco en su datapad y comenzó a entrar sus nuevas tabulaciones.



Al final, habían tenido que sedar a Neera para evitar que se hiciera daño a sí misma. Ahsoka la cubrió con una manta, metió las manos de Neera por debajo y controló su respiración. Neera inhalaba y exhalaba tranquilamente, a la velocidad adecuada. No sería una solución a largo plazo, pero por ahora, necesitaban tranquilidad y tiempo para pensar. Y Ahsoka tenía que dar algunas explicaciones.

Se sentó en la mesa donde Kaeden y Miara estaban construyendo más explosivos. Ninguna de las hermanas la miró, ni siquiera con desaprobación. Ahsoka suspiró. Esto no iba a ser fácil.

—Mi verdadero nombre es Ahsoka Tano —dijo—. Lamento no haber podido contarles.

Ahsoka encontraba que siempre era mejor comenzar con la disculpa y luego volver hacia atrás a la explicación. Era algo que Anakin nunca había dominado.

—No es muy seguro ser como yo —continuó—. El Imperio paga generosamente por los jedi, y no muestra misericordia.

—Lo notamos —dijo secamente Miara. Todavía no la miraba, pero sus manos temblaban de ira y probablemente miedo.

—Nunca quise poner a ninguno de ustedes en peligro —continuó Ahsoka—. No creí que nadie lo descubriría, y esperaba que eso los mantuviera a salvo.

—¿A salvo? —dijo Kaeden. Renunció a toda pretensión de seguir trabajando y miró a Ahsoka a los ojos—. No estamos enojadas porque tu existencia nos pone en peligro, Ash... Ahsoka. Estamos enojadas porque no hiciste todo lo que podías para ayudarnos antes.

Se sintió como si Kaeden la hubiera golpeado en la cara. Ahsoka había hecho todo en lo que pudo pensar. Había preparado un lugar para esconderse. Había almacenado alimentos, agua y suministros médicos. Los había ayudado a organizarse.

Pero no había usado la Fuerza para salvar a Hoban.

—Kaeden —dijo tan suavemente como pudo—, hay límites a lo que incluso un jedi puede hacer. Y te aseguro que hice mi mejor esfuerzo para ayudar a tus amigos y tu familia.

—¿Y qué sabes tú sobre familia? —dijo Kaeden—. Nunca tuviste una. Y probablemente tampoco tuviste amigos. Solo a los clones que tenían que hacer todo lo que decías, porque eras su oficial superior.

Se levantó y se fue antes de que Ahsoka pudiera pensar en una respuesta. Miara juntó intencionadamente todas las piezas en las que estaba trabajando y se movió a otra mesa, dejando sola a Ahsoka. Nadie la miraba ni le hablaba, aunque aparte de las muchachas, los granjeros parecían más agotados y asustados que enfadados. Ahsoka se levantó y salió

de la cueva principal. Se arrastró a través del túnel que conducía a uno de los otros compartimientos, el que tenía la entrada que miraba hacia la ciudad, y se quedó allí sola, mirando las luces.

—Nosotros tomamos una pieza, ustedes toman una pieza —dijo silenciosamente. No estaba segura por qué un tablero de crokin la ayudaba a pensar. Siempre había sido capaz de visualizar las tácticas en términos directos. Decidió que la diferencia estaba en sus camaradas. Los clones conocían el combate. Estaba en su sangre. Los granjeros conocían el crokin. Era la forma más sencilla que podía pensar para explicárselas a ellos, y ahora se había vuelto un hábito.

Ella iba a tener que irse pronto y confirmar todas las peores sospechas que Kaeden tenía sobre ella. Si el Imperio estaba interesado en la luna antes, saber que había una jedi en ella aumentaría la presencia imperial diez veces. Serían lentos sin sus caminantes, pero estarían afuera buscando. Y ni siquiera las personas que se quedaron en la ciudad estarían seguras, especialmente una vez que los oficiales se dieran cuenta de que los agricultores habían utilizado sus equipos de campo para organizar la sublevación.

Ahsoka cerró los ojos y respiró profundamente. Quiso meditar, pero en vez de la serenidad que solía encontrar, lo primero que vio fue el rostro solemne y de cuatro años de edad de Hedala Fardi. Eso era casi peor que el espacio en blanco donde Anakin solía estar. Por lo menos su maestro podía cuidar de sí mismo. La pequeña niña Fardi merecía algo mucho mejor que el olvido.

Parpadeando para recuperar su enfoque, Ahsoka tomó una decisión. No podía volver por Hedala, no ahora, pero podía quedarse por Kaeden, Miara y los demás tanto tiempo como fuera posible. Su nave todavía estaba escondida y a salvo, y ahora que su secreto se había revelado, no tenía que ser sutil en un intento de escape repentino. Permanecería en Raada y continuaría ayudando a resistir a los granjeros, suponiendo que la dejaran, por supuesto. Después de esa noche, había una probabilidad bastante decente de que la echaran de la ciudad ellos mismos. Se quedaría al menos el tiempo suficiente para pedir disculpas y ver si había algo que podía hacer por Neera.

—¡Ahsoka! —El grito vino por detrás de ella. Era Miara, su voz debilitada por la preocupación, las lágrimas y más que un poco de resentimiento por tener que hablar con Ahsoka en primer lugar.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Es Kaeden —jadeó Miara, agitada mientras salía arrastrándose del túnel. Debió haberlo recorrido a toda prisa—. Se fue después de gritarte, y pensé que había vuelto al área médica con Neera, pero no. El guardia de la puerta dijo que la dejó salir, y no ha regresado.

Ahsoka se dio la vuelta, miró hacia fuera a las colinas entre las cuevas y la ciudad. Estaba demasiado oscuro para ver nada, y también había demasiada gente concentrada para que Ahsoka pudiera obtener una lectura a través de la Fuerza.

—¿Si va a la ciudad, la capturarán? —preguntó Miara.

—No estaba usando una máscara, y tiene una lesión visible en el rostro —dijo Ahsoka—. Saben que aspecto tiene. Seguro que la atrapan.

No agregó que los imperiales también torturarían a Kaeden. Supondrían que sabía dónde estaban escondidos el resto de los insurgentes; supondrían que sabía donde estaba Ahsoka, y realmente, realmente querían atrapar a Ahsoka.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Miara.

—Lo que vas a hacer tú es quedarte aquí con Neera —dijo Ahsoka—. Ella va a necesitar mucho a una amiga cuando despierte, y eres la única que tiene ahora mismo.

Miara tragó saliva, pero asintió con la cabeza.

—¿Vas a ir a buscarla? —preguntó—. ¿Aunque Kaeden estaba tan enojada contigo?

—Sí —dijo Ahsoka—. Voy a ir.

No miró pero supuso que Miara la siguió a través del túnel a la cueva principal. Se detuvo sólo el tiempo suficiente para recoger el conjunto de piezas de tecnología de donde las ocultaba, en caso de que no fuera capaz de volver por ellas, y para recuperar el bláster imperial que había robado durante la batalla. Nadie intentó detenerla y desapareció en la oscuridad.



Kaeden se dio cuenta de su error casi tan pronto como llegó a la ciudad. Por supuesto que habría más patrullas, debidas al ataque de dos frentes de esa noche. Por supuesto que ahora realmente estarían buscando, no solo mostrando su presencia para dejar que el miedo hiciera el resto. Por supuesto que conocían su aspecto. Al menos ella había robado la capucha de Miara para cubrirse la herida en la frente. Le latía, pero había dejado de sangrar, y el insurgente con formación médica que la había cosido dijo que no era probable que tuviera una conmoción cerebral. De todos modos, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás ahora.

No fue a casa. Fue a la de Vartan, pero él no estaba allí. Debió haberse quedado con Selda, esperando novedades. No quería intentar llegar a ellos hasta la luz del día. Por lo menos una vez que terminara el toque de queda sería más fácil moverse. Acababa de desarmar la cerradura de la puerta de Vartan cuando ocho soldados de asalto giraron la esquina al trote. Claramente iban en camino a la casa de Vartan, y estaban igual de claramente sorprendidos de encontrarla a ella en lugar de a él, pero no iban a dejar pasar la oportunidad.

—Atrápenla —dijo el que tenía una hombrera.

Kaeden pensó en luchar, pero ocho contra una no eran buenas probabilidades. Puso un poco de resistencia, pero no lo suficiente como para que hicieran más que dejarla sin aliento de un golpe.

—Cuidado con esta —dijo el líder de los soldados—. Tendrán algunas preguntas para ella en la base.

Por como lo dijo hizo que a Kaeden se le helara la sangre en las venas. *Ahsoka*, pensó, preguntándose si los jedi realmente podían leer las mentes, *Ahsoka*, *lo siento*. Entonces el comandante la golpeó otra vez y todo se puso negro.

CAPÍTULO

15

AHSOKA OBSERVÓ. Ahsoka esperó. Ahsoka no tuvo miedo.



Kaeden había oído historias durante toda su vida de las cosas crueles que los hombres hacían por el poder. Huérfana en un mundo remoto, y sin casi nada a su nombre, había visto más que algunas de esas historias tener lugar en la vida real. Sabía de esposos golpeadores. Había visto moretones en los ojos de sus compañeros de juego. Una vez, uno de los supervisores había tratado de establecer un racionamiento de alimentos, controlando todo a lo que sus trabajadores tenían acceso. Se había derrumbado rápidamente, Vartan había sido el que le rompió los dedos al supervisor, pero Kaeden recordaba los pocos días de vigilar cada movimiento y también los de Miara, para mantenerse fuera de la línea de fuego.

Después de que fue capturada y arrojada a una celda, la dejaron sola por lo que se sintieron como horas. Sabía que no podían haber sido más de cuatro, porque había una ventana en su celda y todavía estaba oscuro afuera. Pero fue más que tiempo suficiente para que ella reviviera cada terrible historia de la que había oído hablar y que su imaginación pusiera a su mente en un frenesí. No se molestó en ocultar sus lágrimas. Sabía que los imperiales las verían, y más, tarde o temprano.

La primera interrogadora no le hizo ninguna pregunta. Apretó una máquina contra el pecho de Kaeden y cuando la activó, todo lo que Kaeden pudo hacer fue gritar de dolor. Habría dicho cualquier cosa, denunciado a cualquiera, para parar el dolor, pero la mujer no le preguntó nada y nunca la dejó el tiempo suficiente para que Kaeden pudiera hablar. Cuando finalmente le quitó el aparato, Kaeden cayó de costado al suelo, con la garganta adolorida de tanto gritar para no decir nada en absoluto.

El segundo grupo de interrogadores le hizo preguntas, de entre todas las cosas, sobre su salud. Querían saber si tenía problemas de corazón y si era totalmente humana, o si tenía algún defecto genético. La voz de Kaeden demoraba en volver, así que en su mayoría asintió o sacudió la cabeza en respuesta, y cuando estuvieron satisfechos con sus respuestas, la amarraron a la silla, con las palmas hacia arriba. Kaeden se dio cuenta de que esto exponía todas las venas de sus brazos. Uno de los interrogadores fue al pasillo a buscar la bandeja médica y no desperdició ninguna oportunidad para el drama al mostrarle a Kaeden las agujas y frascos que iban a utilizar en ella. Después de todas las inyecciones, Kaeden sentía demasiado frío y demasiado calor al mismo tiempo, y le costaba sostener la cabeza erguida.

—Dele unos minutos —escuchó que decía uno de ellos a alguien que estaba parado en el pasillo—. Podríamos haber subestimado su peso. Todos son un poco escuálidos en el Borde Exterior. Hace difícil medicarlos.

Kaeden parpadeó estúpidamente y deseó mucho un vaso de agua. Luego se rió en voz alta. ¡Agua! Por qué no desear liberarse los brazos y aclararse la cabeza y una nave que la llevara a la seguridad. Lo que realmente deseaba, más que nada, era que la primera interrogadora y su terrible máquina nunca volvieran a su celda.

La puerta se abrió otra vez. Kaeden intentó levantar la mirada, pero su cabeza seguía pesando demasiado para su cuello. Llegó una luz muy brillante y algo zumbó muy fuerte, incómodamente cerca de su oído. Se volvió ligeramente y vio el droide interrogador negro y redondo flotando, con agujas brillantes sobresaliendo de él. La amenaza era clara: hablar o dolor. Kaeden sinceramente no estaba segura de cuál iba a elegir.

Otra silla se arrastró por el suelo, y una figura se sentó frente a ella. Vestía de gris imperial, y su sombrero le cubría los ojos. Kaeden no podía descifrar su rango, pero se movía como alguien acostumbrado a ser obedecido.

—Kaeden Larte —dijo él. Estaba un poco sorprendida de que supiera su nombre pero trató de no demostrarlo. Falló—. Humana, legalmente adulta cuidadora de Miara Larte, una hermana. Usted no nació aquí, pero quedó huérfana aquí, nunca ha quedado en deuda, y su registro de trabajo es impecable. En realidad, su líder de equipo piensa que usted podría reemplazarlo, cuando se jubile.

Eso era una sorpresa. Vartan nunca lo había mencionado y Kaeden nunca lo había considerado. De alguna manera era tranquilizador saber que tenía una buena opinión de ella, aunque no le hiciera ningún bien en este momento.

—Más recientemente, sin embargo, sus perspectivas han empeorado un poco —continuó el hombre—. Hurto, vandalismo, conspiración, asesinato y traición. Eso probablemente pondrá fin a la movilidad ascendente de su carrera.

Deseaba tener algo inteligente que decir, como el personaje de una holonovela, pero su lengua era demasiado pesada y su cerebro demasiado lento. Además, estaba demasiado asustada.

—La única decisión que queda es cómo desea que se lleve a cabo su sentencia. —Se levantó el sombrero y a Kaeden la impresionó la implacable mirada de sus ojos—. Va a morir por sus crímenes, por supuesto, pero si coopera con nosotros, haremos que deje este mundo, digamos, sin preocupaciones en el pecho.

Kaeden se encogió tan violentamente que sus brazos se sacudieron contra sus correas. La articulación del hombro se raspó angustiosamente, pero antes de que ella pudiera registrar totalmente el dolor, la silla se volcó. Su brazo se había movido lo suficiente como para resultar aplastado bajo la silla de metal, y fue ese dolor, real y concreto, lo que finalmente atravesó la niebla de su cerebro. Dos soldados de asalto entraron a la celda para recogerla y enderezarla.

—Veo que nos entendemos —dijo él, como si no hubiera pasado nada—. Necesito que me diga dos cosas, Kaeden, dos cositas y va a morir de un solo tiro de bláster al

corazón. ¿Dónde se esconden sus amigos? Sabemos que huyeron y la dejaron para que sea capturada, pero usted debe saber donde fueron. Cuénteme.

Ella trató de responder pero solo graznó.

»¿Y cuál es el nombre de la jedi? —Esta vez, la mirada en sus ojos era demoníaca. No quería capturar ni torturar a Ahsoka. Quería matarla... por una promoción o por poder o por la oportunidad para decir que él, personalmente, había matado a un jedi. Quería a Ahsoka muerta.

Esta vez Kaeden graznó más fuerte. Si él pensaba que ella legítimamente no podía hablar, podría comprarle un poco de tiempo.

»Su falta de cooperación es lamentable. —Chasqueó la lengua—. Pero no completamente sorprendente. Piénselo cuidadosamente, Kaeden Larte, y voy a volver cuando salga el sol. O tal vez uno de mis colegas venga en mi lugar.

Kaeden logró controlar la reacción un poco mejor esta vez. El dolor de su brazo ayudaba, dándole algo más en lo que concentrarse. Estaba definitivamente roto.

La dejaron atada a la silla.



Ahsoka vigilaba desde la azotea del edificio de administración imperial. Subir había sido fácil. Ahora que ya no era cuidadosa para ocultar su verdadero yo, lo había logrado en dos saltos. La parte más difícil fue esperar por un hueco entre las patrullas y encontrar el mejor lugar para hacer su ascenso. La parte trasera del complejo todavía estaba mal protegida.

Su examen de la construcción prefabricada dio algunos resultados interesantes. Ahsoka había visto los tanques, por supuesto, pero el edificio en sí era del estilo utilizado durante las Guerras Clon, lo que significaba que podía adivinar el diseño del interior sin realmente verlo. Se permitió una pequeña sonrisa por la idea de que la monotonía imperial estaba trabajando en su beneficio.

Cruzó el techo al lado izquierdo, su derecha ya que se acercaba por detrás, debido a que había sufrido el mayor daño durante el ataque del día. Sin embargo, lo descartó tan pronto como lo vio, porque la guardia había sido cuadruplicada para compensar el daño. No habría ninguna entrada fácil por ese camino. Ahsoka se deslizó por la pared a la línea de techos más baja, todavía en la parte trasera del edificio. De todos modos, si el diseño era consistente, las celdas de detención estarían allí.

Miró por el costado, a las paredes escarpadas y vio las ventanas estrechas que recordaba que había en la parte superior de las celdas. Estaban incluidas en el diseño para la circulación del aire y consideradas un riesgo de seguridad aceptable porque se pensaba que eran demasiado pequeñas para escapar. También estaban, notó Ahsoka, diseñadas pensando en humanoides adultos. Ese sería su camino de entrada.

Una de las ventanas emitía una luz muy brillante, de la clase que utilizaría un interrogador para mantener a un prisionero tan incómodo como fuera posible. La luz se

apagó de repente, y Ahsoka se obligó a contar hasta cien antes de bajar de cabeza, aferrándose con los pies a la cornisa, para comprobar la habitación. No tenía sentido ser atrapada debido a la impaciencia.

Espió a través de la oscuridad y sintió que algo daba un vuelco en su estómago. Allí estaba Kaeden, y todavía estaba lo bastante viva para sentarse erguida en una silla. Ahsoka buscó en su bolsillo y sacó la última de las cargas corrosivas de Miara. No podía arriesgarse al ruido de hacer explotar la ventana, a pesar de que así tardaría más. Las cargas eran difíciles de instalar boca abajo, y Ahsoka casi se quemó completamente los pulgares, pero al final lo logró y se apartó a esperar.

La cabeza le latía para cuando el vidrio estuvo lo suficientemente frágil para que pudiera abrir la entrada a la celda. Hizo más ruido de lo que le hubiera gustado, pero los gruesos muros lo habían amortiguado un poco. Pasó por la ventana, mordiéndose la lengua al rozar los químicos remanentes, y luego saltó al suelo.

—Kaeden —susurró—. Kaeden, despierta.

Kaeden se revolvió y la miró, y su cabeza se inclinó al costado. Drogas, entonces, además de todo lo que le habían hecho. Su brazo estaba roto, y la herida en su cabeza se había reabierto, goteando sangre en su ojo. Ahsoka se puso a trabajar en las ataduras. No se molestó con romper las cerraduras; solo rompió las correas usando la Fuerza.

—Kaeden, necesito que despiertes —dijo Ahsoka—. Necesito tu ayuda para la siguiente parte de esto.

—Ashla... Ahsoka, no debiste haber venido —dijo Kaeden. Sonaba como si estuviera hablándole a un sueño, pero al menos su voz era baja—. Te quieren a ti, Ahsoka. Te quieren muerta.

—Shhh, ya lo sé —dijo Ahsoka—. Está bien. Puedo cuidar de mí misma. Pero primero tengo que cuidar de ti. ¿Me puedes ayudar?

Kaeden intentó responder, pero sus ojos se pusieron en blanco, y Ahsoka perdió unos preciosos segundos tratando de decidir si era seguro sacudirla. Puso a Kaeden de pie y evaluó la postura tambaleante y la extremidad rota de la muchacha. Esto iba a ser difícil pero no imposible. Puso las manos sobre los hombros de Kaeden, suavemente, con cuidado del brazo lesionado, y exhaló un suspiro de alivio cuando los ojos de la muchacha se volvieron a enfocar.

—Muy bien —dijo Ahsoka—. Voy a salir por la ventana y luego tirar de ti detrás de mí. Va a doler, pero necesito que seas tan silenciosa como sea posible.

Kaeden logró asentir con la cabeza, pero nada más. Iban a tener que hacer esto de a un paso a la vez, porque cada paso adelante era una mejora sobre su situación actual.

Ahsoka se subió a la ventana y luego se inclinó atrás por Kaeden. Era una posición incómoda. Su cabeza era demasiado grande, y sus hombros estaban en el ángulo equivocado. Usó la Fuerza para levantar a Kaeden, maniobrarla a través de la abertura estrecha y bajarla hasta el suelo antes de saltar abajo tras ella.

—¿Puedes correr? —preguntó.

Kaeden se acunó el brazo contra el pecho, ahora que estaba al aire libre tenía la cabeza más clara. Ahsoka no podía cargarla todo el camino de regreso a la seguridad,

pero algo, el pánico o la determinación, había revitalizado a Kaeden. Estaba firme sobre sus pies, y sus ojos habían perdido un poco del brillo vidrioso inducido por la droga. Tenían unos tres minutos antes de que una patrulla viniera alrededor de la esquina y bastante terreno por cubrir.

—Realmente no tengo otra opción —dijo Kaeden y partieron, moviéndose tan rápidamente como pudieron.

Ahsoka encabezó la marcha. No había tiempo para desviaciones y ninguna necesidad real, así que fueron directamente a su pequeña casa a las afueras de la ciudad. No había guardias, y la cerradura estaba intacta. Ella y Kaeden entraron justo mientras el sol salía. Era todo lo que Kaeden podía lograr por ahora.

—Esperaremos hasta el anochecer —dijo Ahsoka—, y luego regresaremos a las cuevas.

—No, Ahsoka —dijo Kaeden. Se acostó en la cama, completamente agotada—. Tienes que irte ahora.

—No voy a abandonarlos —dijo Ahsoka. Llenó una cantimplora de agua y ayudó a Kaeden mientras ella luchaba para sentarse y beber.

—Sí, lo harás —dijo Kaeden mientras Ahsoka la ayudaba a recostarse—. Le vi la cara cuando hablaba de ti, el comandante imperial. Ahsoka, simplemente quiere verte muerta y no va a ser amable al respecto. Tienes que tomar tu nave e irte. Ahora.

La peor parte era que Kaeden tenía razón, y Ahsoka lo había sabido desde antes de que la hubiera sacado de esa celda. Quedarse no solo ponía en peligro a Ahsoka, sino también a todos los demás.

—Volveré por ustedes. Lo prometo —le dijo Ahsoka, con la voz tan firme como pudo.

No estaba simplemente *volviendo* a abandonar a sus amigos. Esta vez, al menos, había sido capaz de lograr un acto de heroísmo antes de ser forzada a irse. Kaeden estaba salvada.

—Ya has hecho más que suficiente por nosotros —dijo Kaeden—. Fuimos demasiado estúpidos para verlo.

—Volveré —repitió Ahsoka. Hizo una pausa—. Gracias. Por aceptarme cuando llegué aquí. A pesar de que yo les ocultaba cosas.

—La galaxia es mucho más grande que Raada —dijo Kaeden—. Me tomó un tiempo darme cuenta.

Ahsoka buscó en su bolsillo, donde estaban las piezas de tecnología desechadas todavía envueltas en su paquete. Estaba cerca de algo, pero no estaba lo suficientemente cerca.

Ahsoka no necesitaba de la oscuridad para cubrirse como Kaeden. Ella era más rápida y podría ocuparse de cualquier perseguidor. Podía llegar a su nave y escapar. Tenía que soltar sus sentimientos. Comprobó el estado de Kaeden una última vez, y luego se marchó.

EL MEDIO DE un campo de batalla era un lugar menos que ideal para la auto-reflexión profunda, pero Anakin Skywalker era un jedi bien entrenado y más que a la altura del reto. En el tiempo desde que había dejado de ser el aprendiz padawan de Obi-Wan, había llegado a apreciar la independencia de ser su propio maestro. Por supuesto que tenía que seguir las reglas del Templo e ir donde el Consejo Jedi lo enviaba, pero ahora él era un general. Y los clones eran de él para comandar.

Todo era muy diferente de lo que había imaginado, cuando todavía era ese niño en Tatooine que había mirado las estrellas y sabido que había algo mejor para él. La galaxia era mucho más complicada que lo que el maestro Qui-Gon había dejado ver, y aunque estaba agradecido por la enseñanza de Obi-Wan, a veces Anakin no podía dejar de preguntarse cómo serían las cosas si Qui-Gon hubiera vivido. A pesar de todo lo que los jedi desaprobaban los apegos, no había nada en la galaxia que nunca estuviera de verdad libre de ataduras. El regreso no-oficial de Anakin a su planeta de nacimiento había servido para demostrarlo bastante bien.

Y ahora Anakin tenía apegos: por sus juramentos al Templo y a Padmé, sus implícitas pero no menos sinceras promesas a Obi-Wan, y sus responsabilidades como comandante de las tropas en el ejército de la República. Los clones habían sido concebidos como una masa sin rostro, pero ya estaban exhibiendo signos innegables de individualidad, y Anakin no dudaba de que lo seguirían haciendo.

Tal vez este nuevo padawan que Obi-Wan había pedido ayudaría a darle perspectiva. Anakin era reacio a traer a alguien sin entrenamiento práctico de combate tan lejos al interior de la guerra. Christophsis era un lugar peligroso, incluso para dos jedi de las habilidades de Anakin y Obi-Wan, y ya habían demostrado que podían tomar el planeta solo para estar en riesgo de perder el control inmediatamente después. Al mismo tiempo, Anakin sabía que ya no había ninguna garantía de seguridad para un padawan en ninguna parte, y sabía por experiencia personal que Obi-Wan Kenobi era el mejor de los maestros. Además, esta vez, tendría a Anakin para ayudarlo.

O por lo menos, lo haría si Obi-Wan quería.

Anakin no estaba completamente seguro de cómo sería su lugar junto a Obi-Wan una vez su amigo tuviera un nuevo estudiante. Los jedi no se aferraban al concepto de dos como los sith, pero la mayoría de ellos actuaba individualmente o en parejas. Era una de las razones por las que Anakin nunca había solicitado un padawan para él. No quería que pareciera que empujaba a Obi-Wan a un lado. Ahora, Obi-Wan había ido y lo había hecho primero, y Anakin todavía no estaba seguro de cómo se sentía al respecto.

Estudió el campo de batalla debajo de él por enésima vez desde que había terminado el tiroteo. Solo sería cuestión de tiempo antes de que los separatistas hicieran otro intento contra el armamento pesado de la República, y Anakin quería asegurarse de que estaba listo para cualquier cosa cuando eso sucediera, incluso si eso involucraba incorporar al padawan de Obi-Wan en su estrategia.

Tal vez sería lo mejor. La adición de un jedi más joven le recordaría constantemente a Obi-Wan que Anakin era suficientemente mayor como para más responsabilidades, que estaba mucho más cerca de ser un maestro por derecho propio. Y tener diferentes asignaciones que Obi-Wan tampoco sería tan malo. Podría incluso darle la oportunidad de pasar más tiempo con Padmé. En asuntos estrictamente oficiales, por supuesto.

Anakin miró hacia arriba cuando un nuevo sonido partió el aire donde estaba parado. Una nave mensajera de la República había atravesado el bloqueo separatista. Esperaba que trajera el principio de sus refuerzos, lo suficiente como para empezar a revertir la marea de la batalla en la superficie del planeta. Anakin le dijo a sus comandos clon que mantuvieran sus posiciones y luego fue a reunirse con Obi-Wan. No podía terminar de sacudirse la sensación de que su vida estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO

16

BAIL ORGANA sentía que estaba siendo enterrado en la burocracia. Su oficina en el Palacio Real de Alderaan era amplia, y nunca se sintió abrumado en ella antes. Había más que suficiente espacio para sillas, un escritorio y el acuario lleno de criaturas coloridas que había instalado para evitar que su hija se metiera bajo sus pies, pero sentía que en todo el espacio de la galaxia no entraría el doble peso de la responsabilidad que ahora llevaba. Hacía lo que podía para representar al pueblo del sector Alderaan en el Senado Imperial, y hacía lo que podía para ayudar a la gente de la galaxia cuando estaba seguro de que nadie estaba mirando.

Estaba casi positivamente seguro de que nadie lo estaba mirando ahora.

Se arriesgó a mirar al costado para asegurarse de que su hija estaba distraída por los peces y luego abrió el último de sus archivos secretos. Estaba codificado, por supuesto, pero lo decodificó muy pronto. Miró al costado otra vez. El problema de adoptar a la hija de dos prodigios era que había una oportunidad decente de que ella también resultara ser inusualmente inteligente. Estaba razonablemente seguro de que Leia no había aprendido a leer mientras él estaba en Coruscant para la última sesión senatorial, pero con ella, nunca podía estar seguro. No sería capaz de mantenerla fuera de este lío para siempre, pero él y Breha habían acordado que debían mantenerla al margen por lo menos hasta que ella pudiera hablar en oraciones coherentes.

Comenzó a leer y casi se olvidó completamente que Leia estaba en la habitación.

La luna se llamaba Raada, un pequeño satélite de un planeta inhabitable que tuvo que buscar en un mapa estelar. No tenía ninguna idea de por qué el Imperio había ido allí, pero lo había hecho y la población local, sobre todo de granjeros, según el informe, no había reaccionado bien a la ocupación. Durante su resistencia, varios de ellos habían muerto o sido capturados. Toda esta información tiraba de las cuerdas del corazón de Bail, pero fue la nota al final lo que hizo que su corazón casi se parara: *Actividad jedi confirmada*.

Todavía soñaba con esa última noche, cuando el Templo había ardido. A veces conseguía que el padawan subiera a su deslizador a tiempo. A veces los clones le disparaban también a él, cuando mataban al muchacho. De vez en cuando, fracasaba al rescatar a Yoda y despertaba cubierto de sudor frío, con el sonido de blásteres y sables de luz haciendo eco en sus oídos y visiones de un pequeño cuerpo verde destrozado atormentándolo. Cuando tenía el sueño en Coruscant, no había nada que pudiera hacer sino aceptar su derrota y otra noche de sueño perdido. Cuando tenía el sueño en Alderaan, sacaba a Leia de la cama, la abrazaba cerca de su pecho y esperaba contra la esperanza de que ella exhibiera solamente los dones de su madre, no los de su padre. Se

quedaría parado allí, acunándola hasta que Breha los encontraba y los guiaba a los dos de vuelta a la cama.

La idea de que había un sobreviviente le llenaba el pecho a partes iguales de anticipación y miedo. Miedo porque el Imperio nunca dejaría de dar caza a los jedi y anticipación porque un jedi era un aliado natural de su causa. No había ninguna descripción del jedi en cuestión, por lo que no sabía a quién estaba buscando. Sabía, por lo menos, que no podía ser Obi-Wan. Había habido miles de jedi antes de la purga. Era probable que este sería un extraño para él, y no tuviera ninguna razón para confiar en él, si hacía un gesto de amistad. Dicho esto, tendría que ser alguien relativamente poderoso para haber sobrevivido por tanto tiempo, lo que hacía que valiese la pena el esfuerzo de encontrarlos.

Debió si enviarle un mensaje a Obi-Wan pero casi inmediatamente descartó la idea. Habían acordado no tener ningún contacto, excepto en la mayor de las emergencias, y a pesar de que un jedi sobreviviente podría hacer que su viejo amigo se sintiera mejor, Bail sabía que no valía la pena el riesgo. Algún día, si tenía una razón para buscarlo, lo haría. Pero la niña en su oficina era toda la razón que necesitaba para mantenerse en silencio, y había otro niño, uno que había conocido solo por unos momentos, que igualmente necesitaba de su discreción.

Bail eliminó el informe y limpió el disco. En algún punto, sería útil tener una forma de almacenar estos archivos, pero ahora él simplemente no tenía ninguna manera de mantenerlos seguros una vez que eran descifrados. Actualmente dependía de la transmisión verbal y la memoria viviente, lo que era incómodo, pero generalmente más seguro para todos los involucrados. Miró por la ventana, las montañas de verde y azul de su mundo natal, como siempre, eran un alivio para él.

Recuperaría la unidad R2 del capitán Antilles. El droide era confiable y capaz de defenderse. Bail solamente tendría que asegurarse de no dejar al droide solo con su hija, en caso de que alguno de los dos tuviera alguna idea.

Pensar en ella hizo que Bail volviera a mirar el acuario. Leia se había levantado, con las manos y la nariz presionadas contra el cristal, mientras observaba una criatura anaranjada y púrpura con tentáculos moverse por el agua como una bailarina. Ella se echaba a reír cada vez que cambiaba de dirección, lo que hacía lanzando un chorro de burbujas. No podía imaginar su vida sin su hija. No podía imaginar no trabajar por una galaxia mejor en la que ella pudiera crecer. Todavía no estaba totalmente seguro de cómo iba a hacer todo eso *e* ingeniárselas para mantenerla a salvo.

Cerró todos los archivos de su escritorio una vez que se envió el mensaje al capitán Antilles. Recibiría una respuesta pronto y hasta entonces sería necesario pensar en el siguiente paso y discutir las opciones con su esposa. Bail cruzó la habitación, contando con los tentáculos para impedir que su hija viera su reflejo en el cristal y entonces la levantó en sus brazos. Sus risas de sorpresa hicieron eco por la oficina, el contrapunto perfecto a la risa más profunda de él.

—Afuera —dijo ella, ahora que tenía su atención, no estaba dispuesta a renunciar a ella, aunque eso significara dejar atrás el acuario.

—Afuera —aceptó él y la llevó al balcón, donde por primera vez le había presentado a su madre y el planeta en el que crecería llamando hogar.



El principal problema era que después de un cierto punto, a pesar de su entrenamiento como inquisidor y habilidades de observación, todos los niños se veían iguales para el Sexto Hermano. Esta vez llegó a ese punto bastante temprano en su inquisición, debido al gran número de niños que esta familia parecía haber producido. Fue capaz de descartar a los mayores; que habrían llamado la atención del Templo Jedi antes de que cayera, pero había al menos una docena de jóvenes, y parecían viajar a todas partes en manada.

El informe tampoco había sido del todo confiable para empezar. Los holos de vigilancia de un astillero cargados de estática no eran tan útiles, y él mismo aún no había visto la reproducción antes de que algún subordinado inepto lograra arruinarlo. Todo lo que tenía eran las declaraciones de cuatro soldados y un teniente que habían visto la grabación antes de que fuera destruida, y ninguno de ellos había podido decir con certeza si había habido un niño en la grabación. Nadie más había visto un niño hacer nada, o al menos todavía no había encontrado a esa persona para interrogarla. La familia no parecía ser consciente de que podría ocultar a un traidor entre los suyos.

Por lo que estaba reducido a esto: quedarse en un planeta atrasado, observando una multitud de niños rebeldes hasta que alguno de ellos exhibiera la sensibilidad a la Fuerza que podría o no realmente poseer. Más de una vez, deseó poder simplemente arreglar un accidente para todos ellos, y solucionar de esa manera el problema. La familia Fardi era importante en Thabeska, pero prácticamente desconocida en el resto de la galaxia. No habría ninguna queja si toda una generación de ellos tenía un final prematuro. Por desgracia, eso iba en contra de sus directivas actuales. Él no mataba niños. Solo los adquiría para sus maestros.

La consola en la que estaba sentado señaló un mensaje entrante. Era una holograbación de una luna más atrasada que el planeta en el que estaba, por lo que casi la ignora completamente. Entonces se dio cuenta del código del mensaje. Era uno nuevo, creado especialmente para él, y sus hermanos y hermanas. Podría ser otra cacería del mynock salvaje, pero también podría ser algo que quería mucho ver.

—Atención, imperiales —comenzaba la grabación. Era un comandante de distrito de bajo nivel, aunque su rango era inusualmente alto para ser enviado a una luna tan apartada. Debía haber algo en la luna que el Emperador quería—. Hemos detectado la presencia de un ser sensible a la Fuerza. La identidad no pudo ser determinada, pero su capacidad para utilizar la Fuerza ha sido confirmada por varios testigos. La edad indica un cierto nivel de entrenamiento jedi. Se sospecha de un padawan, nada más alto. Se hace el informe según el procedimiento estándar mientras se esperan instrucciones adicionales. Por favor informen.

Esto era mucho mejor que buscar a un niño. Un niño debía ser capturado y llevado para la experimentación y la corrupción. A un jedi, incluso un humilde padawan, lo podía matar. Además, obtenía respaldo imperial ilimitado cuando se trataba de rastrear a un jedi, y había querido practicar sus tácticas de interrogatorio. Ahora todo lo que tenía que hacer era asegurarse de que él llegaba allí primero.

Grabó una respuesta rápida, utilizando el mismo código, para que el comandante de distrito no encontrara su llegada inesperada. Por lo que no se había dicho en el mensaje, suponía que el jedi ya había logrado escapar y el comandante necesitaba toda la ayuda que pudiera obtener antes de que toda la medida de su incompetencia fuera sacada a la luz. El inquisidor envió un mensaje más largo, aunque todavía bastante escueto, a sus propios cuarteles, detallando adónde se dirigía y por qué. Ninguno de los demás había respondido todavía, lo que significaba que su reclamo era sólido. Aunque él no estaba por encima de la caza furtiva, por lo que no podía esperar realmente que los demás no lo hicieran. Tenía que llegar a la pequeña luna inútil tan pronto como pudiera.

Sin vacilar, cerró el archivo que había estado monitoreando y lo marcó como no-crítico. Si uno de los niños tenía algún poder, no era suficiente para que él lo encontrara o rastreara y por lo tanto, nada de lo que preocuparse. El Imperio siempre podría enviar a otro inquisidor en el futuro si se consideraba necesario, pero él había terminado en este mundo polvoriento. Y un adulto era una presa mejor. Se levantó, bajó el casco sobre la piel gris de su rostro y caminó a trancos por el espaciopuerto a donde su pequeña y feroz nave estaba atracada. No tenía ninguna pertenencia, aparte del arma que llevaba a su espalda, y estaba en órbita y calculando el salto al hiperespacio antes de que hubiera pasado mucho tiempo.

En el polvo en la superficie del planeta, Hedala Fardi jugaba con sus primos en el espaciopuerto vacío donde las naves de su familia estaban atracadas. La sensación fea que la había estado molestando durante los últimos días, como un dolor de muelas o una mancha oscura por el rabillo del ojo que ella nunca podía enfocar, se levantó de pronto, como el sol saliendo por detrás de una nube. Tomó su turno en el juego de lanzamiento y captura y fue perfecta como de costumbre, haciendo su disparo sin ningún gran esfuerzo. Sus hermanos y primos mayores no cuestionaron su habilidad en el juego. Desde hacía mucho tiempo que había dejado de ser una maravilla para ellos.

CAPÍTULO

17

ERA MUCHO PEOR de lo que Ahsoka había esperado. Cada sistema por el que pasaba tenía una presencia imperial, y no solo bases discretas para controlar a los gobiernos locales. Eran opresivos, controlando a los recursos y las poblaciones por igual, sin tener en cuenta los derechos y las necesidades personales. Cualquier resistencia abierta era aplastada. Ahsoka casi lloró cuando leyó los boletines actualizados de lo que continuaba sucediendo en Kashyyyk mientras ella había estado fuera de contacto en Raada. Se preguntó qué había sucedido con Chewbacca el wookiee con quien había escapado de su cautiverio en la luna de los cazadores. Esperaba que hubiera sobrevivido y que no hubiera recuperado su libertad sólo para perderla otra vez, pero estaba empezando a perder esa esperanza.

Todos los planetas que no estaban bajo el control del Imperio habían sido invadidos por señores del crimen, ninguno de los cuales era amistoso. Ahsoka no pensaba que Jabba el hutt se sentiría compelido a mostrarle ninguna bondad, por no hablar de mantener su presencia en secreto. Brevemente consideró a Takodana, un mundo verde cubierto de agua y más plantas de con las que ella se sentía cómoda, pero decidió en contra sin siquiera aterrizar. Había demasiadas incógnitas.

Después del séptimo sistema del Borde Exterior que encontró demasiado imperial para aproximarse, Ahsoka tomó una decisión. Todavía no podía volver a Raada. Era más seguro para todos, más seguro para Kaeden, si ella permanecía lejos hasta que encontrara una manera de rescatar a todos al mismo tiempo. Los imperiales todavía la estarían buscando, y sería mejor para sus amigos que no supieran dónde estaba.

Ella tampoco podía ir a ninguna parte en el núcleo. Hasta el Borde Interior sería demasiado expuesto. Tanto como le gustaría encontrar un valle escondido en una montaña en algún planeta como Alderaan o Chandrila, no podía correr el riesgo. Su vida como jedi significaba que conocía a muchas personas allí.

Lo que podía hacer era volver a los Fardi. El Imperio ya estaba instalado allí, por lo que las cosas eran estables, pero el mundo no era terriblemente importante en la política galáctica. Ni siquiera estaba segura de quién era el senador, a pesar de haber vivido en el planeta durante casi un año. Los gremios y federaciones que tenían tanto poder bajo los separatistas habían sido en general borrados al mismo tiempo que los jedi. Eso era lo que había permitido que los Fardi llegaran al poder en primer lugar, sin aliarse con una familia más grande como los hutts. Podía esquivar a las patrullas, y sabía que podría seguir sin levantar sospechas, mientras que mantuviera un perfil bajo y se asegurara absolutamente de no utilizar la Fuerza para nada. Nunca.

En su corazón, estaba dispuesta a admitir una motivación secundaria. Necesitaba comprobar a Hedala Fardi. Ya le había fallado a la niña antes, y puesto que no podía ayudar a Kaeden, al menos podría intentar ayudar a alguien que la necesitaba. Si tenía otro rescate que organizar, necesitaba saberlo tan pronto como fuera posible. Se lo debía a la familia.

Estaba lo suficientemente cerca como para que el salto a través del hiperespacio fuera corto, un cálculo fácil y entonces estuvo en órbita. Miró abajo al familiar paisaje polvoriento que había considerado brevemente un hogar y suspiró. Iba a tener que hablar rápido para convencer a los Fardi de aceptarla de vuelta, aunque ellos prácticamente le habían dado su autorización para salir en primer lugar.

Simplemente podía ocultarse. Enterrar la cabeza en la tierra, comer solo lo que podía cazar y desaparecer totalmente de la vida civilizada. No sería fácil, pero estaría segura. También estaría totalmente aislada. Ocultarse no protegería a nadie excepto a sí misma, y no era como si ella tuviera nada que esperar. Solo se atrofiaría, sola. Sería mejor que intentara mantener un perfil bajo otra vez, hasta que pensara en su siguiente movimiento. Apretó el paquete de piezas de metal, pero eso no la hizo sentirse mejor. Era difícil no tener una misión.

La última vez que había aterrizado en el espaciopuerto Fardi, se había encontrado con las muchachas. Esta vez, era el jefe Fardi, el hombre que había comprado su nave de la República, y no se veía particularmente contento de verla.

—Veo que has regresado —le dijo cuando ella desembarcó—. ¿Vienes a devolver mi propiedad?

—Creo que me la quedaré por un tiempo más, si eso está bien —dijo Ahsoka—. Aunque si tienes algo que necesite arreglarse, estaría feliz de volver ayudar.

Le dio una mirada evaluadora. Ella sabía que él no conocía la verdad acerca de quién era, pero sí sabía que ella había tomado la oportunidad de irse cuando se le presentó, en lugar de quedarse y enfrentar el escrutinio imperial. Tal vez decidiría que ella no valía el riesgo.

—Siempre hay lugar para un buen mecánico —dijo después de un largo momento—. O incluso uno competente, como tú.

Ahsoka sonrió. Ser competente era tolerable.

—Incluso menos equipaje esta vez —comentó Fardi.

—Viajo ligera —dijo Ahsoka.

—Bueno, mejor que vengas a la casa conmigo —dijo—. Vamos a llamar la atención si nos quedamos por aquí mucho tiempo. Por lo general, somos ignorados, porque los imperiales no pueden distinguirnos, pero tú definitivamente no estás emparentada, así que lo mejor será salir del aire libre. Las muchachas te han extrañado, y habrá comida.

Ahsoka lo siguió por el camino polvoriento. Era diferente de como había sido cuando se fue: más tranquilo, con un aire de expectativa flotando en cada esquina, pero no expectativa de nada bueno. La gente mantenía sus cabezas bajas y Ahsoka debía hacer lo mismo, pero mantener la cabeza abajo no era lo mismo que ignorar lo que sucedía a su alrededor, y Ahsoka no tenía ninguna intención de hacerlo. Comprobaría cómo estaba

Hedala, repararía sus relaciones con los Fardi y luego vería lo que podía hacer por Kaeden en Raada.



Hedala Fardi sabía que Ahsoka venía. Era la única explicación para que la niña apareciera en la puerta de la casa de la familia, lejos de la manada de niños alrededor de los que generalmente corría. Incluso su tío notó la extrañeza de ello, aunque lo dejó pasar sin comentarios. Tal vez se habían acostumbrado a que Hedala fuera extraña.

La niña fue hasta Ahsoka y la abrazó por la cintura. Ahsoka se alegró de ver que ella estaba viva y segura. Se arrodilló para darle a la niña un abrazo apropiado.

—Me alegro de verte —susurró.

—Yo también —respondió Hedala. La niña había pasado un año de la edad en la que el Templo la habría encontrado, estando tan lejos del Núcleo. Su balbuceo de bebé había desaparecido, desvanecido en las semanas que Ahsoka había estado ausente—. Hubo una sombra mientras no estabas.

Ahsoka quería preguntar de qué estaba hablando, pero antes de que pudiera, los primos Fardi la rodearon. Estando ya en el suelo, Ahsoka no tuvo más elección que someterse a los abrazos y demostraciones por su ausencia.

—Pero nos alegramos de que estés bien, Ashla —dijo la muchacha mayor. Ahsoka todavía no podía recordar el nombre de la muchacha. Tendría que hacerlo mejor esta vez.

—Y yo me alegro de que todos ustedes estén bien —dijo Ahsoka—. La galaxia se está volviendo un lugar muy feo.

—Shhh, no dejes que mamá te oiga hablando así —dijo una de las niñas—. No le gusta la política, y quiere que hablemos de algo aburrido en su lugar. Esperaremos hasta que estemos solos.

Ahsoka asintió, feliz de estar involucrada en una conspiración tan inocente si la llevaba a buenos datos de inteligencia y luchó para ponerse de pie entre los abrazos de las niñas más pequeñas.

—Lo lamento mucho —dijo Ahsoka—, pero he olvidado qué nombre va con cada uno de ustedes.

Al instante, la asaltó un torrente de risas y nombres. Ahsoka levantó las manos en señal de protesta.

—¡De a uno a la vez! —dijo—. Probablemente por eso es que nunca pude diferenciarlos bien en primer lugar.

—Nadie nunca puede diferenciarlos bien —dijo una niña que era mayor que Hedala, aunque no por mucho—. Así es cómo evitamos la ley.

—Demasiados secretos, mis amores —dijo Fardi. Se acercaba por detrás de ellos y se reía—. Pero no hay problema en decirle sus nombres a Ashla. Solo dejen de molestarme mientras lo hacen. Ustedes parlotean más que mis propias hermanas.

Las muchachas reaccionaron ante lo que percibieron como un insulto a sus madres atacando y Fardi se apresuró a retirarse hacia su oficina. Mientras que lo perseguían, Hedala se quedó parada en silencio junto a Ahsoka. Aprovechó la oportunidad para advertir a la muchacha que tuviera cuidado.

—Necesito que me cuentes acerca de la sombra —dijo—. Pero, no debes contarle a nadie más, ¿entiendes?

Hedala asintió con la cabeza, pequeña y solemne.

—Vamos a hablar después —dijo Ahsoka. Tomó la mano de la niña—. Ven, vamos a salvar a tu tío.

Se necesitó de muy poco para desviar a las muchachas. Llevaron a Ahsoka hacia fuera al patio, donde todas se sentaron en coloridos almohadones. Las altas paredes hacían que Ahsoka se sintiera segura, aunque sabía que un caminante imperial podría derribarlas fácilmente. La mayor de las muchachas Fardi apareció con una bandeja de té que contenía una enorme tetera y poco más de una docena de tacitas.

—Yo soy Chenna —dijo, sirviendo una taza y entregándosela a Ahsoka. A pesar del calor del día, el té estaba muy caliente, y Ahsoka lo sopló antes de tomar un sorbo.

Chenna repartió todas las tazas, nombrando a cada niña cuando recibía la suya. Era bastante perezoso decir que todas se veían igual. Similares, sí, pero eso era la genética. Ahsoka fue catalogando cada nombre a medida que lo escuchaba, vinculándolo con un rasgo único de cada muchacha. Por último, Chenna llegó a Hedala.

—Y esta es Hedala —dijo—. Pero ya lo sabías, por que todo el mundo recuerda el nombre de Hedala.

—Tendrá problemas con la ley —canturreó Makala.

—Tú tendrás problemas con la ley —dijo Chenna—, si no prestas más atención en las lecciones de pilotaje.

Makala se enfurruñó mientras que el resto de las niñas reían. Empezaron a hablar sobre aprender a volar, un requisito familiar y todas las cosas que habían hecho desde que Ahsoka se había ido. Finalmente, mientras el sol bajaba en el cielo, empezaron a irse en busca de sus cenas, y sólo Chenna, Ahsoka y Hedala se quedaron sentadas en el patio. Hedala estaba sentada en el regazo de Chenna, y la muchacha mayor cepillaba con los dedos el pelo lacio y negro de Hedala. Para ese momento, Ahsoka se había dado cuenta de que Chenna era hermana de Hedala y le daba un cuidado especial por eso.

—¿Has visto cosas terribles allá afuera, Ashla? —preguntó Chenna—. Puedes contarme frente a Hedala. Nada la asusta.

—Sí —dijo Ahsoka. Era importante que Hedala lo supiera, pero Chenna también necesitaba escucharlo, si quería sobrevivir—. Las personas que conocí sufrían, y no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

—¿Así que los dejaste? —preguntó Chenna. Abrazó a Hedala más fuerte, y la niña se retorció.

—Fue mucho más complicado que eso —dijo Ahsoka—. Se escondieron, y yo no podía esconderme con ellos.

—¿Por qué no? —preguntó Chenna.

Ahsoka lo consideró por un momento y luego seleccionó una mentira que tenía suficiente verdad para ser razonable.

—No hay tantos togruta en la galaxia como para encajar en una multitud —dijo—. Sería diferente si fuera twi'lek, y sería muy diferente si fuera humana, pero no soy ninguna de esas cosas. No me avergüenzo de quién soy, pero tengo que ser muy cuidadosa debido a eso.

—Nosotros nos parecemos todos unos a otros, todos en mi familia —dijo Hedala. Tenía el aire de alguien recitando una lección, Ahsoka razonó que por eso sonaba repentinamente madura—. Nuestro cabello largo y piel morena. La gente no intenta diferenciarnos, y los engañamos. Nos ayudó a evitar a la sombra, y nos mantiene a salvo de la ley. Me gustaría que tú también te parecieras.

—Mi inteligente hermanita —dijo Chenna. Su tono estaba lleno de calidez, e hizo doler algo en el interior de Ahsoka. Hedala era demasiado joven para ser tan sabia, y nunca podría demostrarle su inteligencia al maestro Yoda como debería—. Probablemente es todo gracias a mi influencia.

Ahsoka rió y las muchachas Fardi rieron con ella. Estaba lo suficientemente segura por ahora.

CAPÍTULO

18

PASARON CINCO DÍAS antes de que Ahsoka pudiera estar a solas con Hedala. Pasó ese tiempo trabajando en uno de los transportes más grandes de los Fardi, afinando el motor e instalando un nuevo compresor. No preguntó cuál sería la carga. Los Fardi la acogían porque era útil, pero no iban a contarle los secretos de su operación. Y francamente, Ahsoka no estaba segura de que quería saberlos.

Al final, Hedala la buscó, yendo al pequeño cuarto de Ahsoka en el complejo de la familia después de que se suponía que debía estar en la cama. Ahsoka había querido rechazar la oferta de quedarse en la casa familiar pero no pudo pensar en una manera de hacerlo educadamente. Su vieja casa había sido ocupada por alguien más, y no podía dormir en la nave. No era como si tuviera un montón de opciones. La casa era agitada y ruidosa, pero al menos ella podría mantener un ojo sobre las cosas.

—Siéntate, pequeña. —Le dijo como le podría haber hablado a un joven iniciado jedi.

Hedala se sentó en la plataforma de la cama de Ahsoka. Cruzó sus pies descalzos y se puso las manos sobre las rodillas. Era la posición favorita de Ahsoka para la meditación, e imitó a la niña sin pensar en ello.

—Hedala, necesito que me cuentes acerca de la sombra —dijo Ahsoka—. Todo lo que puedas recordar sobre ella. ¿Puedes hacerlo?

—Sí —dijo Hedala—. Nunca la vi, pero sabía que estaba aquí, en la ciudad.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Ahsoka—. Quiero decir, ¿cómo lo sabías si no podías verla?

—Podía sentirla —dijo Hedala—. Como siento el sol cuando hace demasiado calor, solo que era oscura, no luminosa.

—¿Y luego simplemente un día se fue? —preguntó Ahsoka.

—Sí. —Dijo la niña rebotando los dedos en sus rodillas.

Ahsoka consideró cuál era la mejor forma de proceder. No quería aterrorizar completamente a la niña, pero quería que fuera cuidadosa. Desearía haber pasado más tiempo con los iniciados. El maestro Yoda siempre parecía bueno al hablar con ellos. Intentó imaginar lo que él diría y luego se encontró luchando contra unas risas inesperadas cuando recordó la peculiar manera de hablar del maestro Yoda. Tal vez por eso era que a los pequeños les gustaba tanto.

—Fuiste muy inteligente al apartarte del camino de la sombra —le dijo Ahsoka—. Siempre es más sabio esperar y averiguar cuando algo es desconocido y aterrador.

—No se lo conté a nadie —dijo Hedala—. ¿Crees que eso estuvo mal? Pensé que no me creerían.

—¿Pero sabías que yo sí? —preguntó Ahsoka.

—Chenna dice que la gente que viaja mucho siempre cree en más cosas —dijo Hedala con toda naturalidad—. Han visto más cosas, así que tienen la imaginación más grande.

—Chenna podría tener razón —dijo Ahsoka—. Creo que hiciste bien al mantener a la sombra para ti misma. Es más fácil ocultarse de algo así si nadie más lo está buscando.

—Yo soy muy buena en ocultarme —dijo Hedala.

—Me alegro de oírlo —le dijo Ahsoka—. Pero creo que deberías ir a la cama antes de que alguien venga a buscarte, solo para mantener tu reputación.

Hedala rió y se fue por su camino, dejando a Ahsoka con sus pensamientos.

Era casi seguro que la sombra era una de las criaturas del lado oscuro. Ahsoka no tenía idea de qué clase de cosa podía ser, pero fuera lo que fuera no podía ser tan poderosa, porque no había podido localizar a Hedala. Eso descartaba al mismo Palpatine, no que el Emperador pudiera simplemente aparecer en un planeta sin causar gran alarma. También descartaba a lo que fuera que Palpatine estaba usando para encontrar a los jedi supervivientes. Ahsoka había oído rumores de un señor oscuro que servía al Emperador, pero nada confirmable. Como de costumbre, se sentía algo desconectada sin los canales de inteligencia a los que antes tenía acceso. Por lo menos Hedala dijo que la sombra se había ido.

Ahsoka pensó por un momento preguntándose adónde había ido. Contó los días con los dedos, contando el tiempo en el hiperespacio, que siempre hacía que las cosas fuesen un poco borrosas, y se dio cuenta de que la sombra de Hedala se había ido poco después de que Ahsoka rescató a Kaeden en Raada. Probablemente era una coincidencia, pero al mismo tiempo, Ahsoka había vivido el tiempo suficiente para saber que las casualidades y la Fuerza rara vez iban juntas. Siempre había algún tipo de conexión.

Tamborileó los dedos sobre sus rodillas, igual que Hedala había hecho antes y se preguntó qué haría la sombra en Raada una vez que averiguara que Ahsoka se había ido. No le había hecho nada a los Fardi, pero ellos no habían sido desde antes objetivos de una investigación imperial. Tal vez debería intentar hacer volver a la sombra.

Excepto, por supuesto, que eso pondría a Hedala en peligro otra vez y también a Ahsoka. Ahsoka resistió las ganas de golpearse la cabeza contra la pared. Era difícil seguir sus propios consejos. Extrañaba poder pedir asesoramiento. Imaginarse lo que harían sus maestros tenía una utilidad limitada, y siempre se sentía tonta cuando hablaba consigo misma. Cuando meditó y pensó sobre el problema, la voz que vino a ella con una sugerencia fue, sorprendentemente, la de Padmé Amidala. Política como siempre, la senadora de Naboo apreciaba recopilar información y jugar sobre sus fortalezas.

En este momento, todas las fortalezas de Ahsoka estaban dentro del complejo Fardi. Estaba tan protegida como podía estarlo, tenía acceso a las noticias de la Holorred y si invertía un poco más de tiempo en ganarse la confianza de los miembros mayores de la familia, probablemente serían capaces de darle una muy buena idea de lo que estaba sucediendo, incluso si tenía que reconstruirlo a partir de acuerdos comerciales clandestinos. No era la forma en que Ahsoka solía pensar sobre la política, pero con un

poco de suerte, tampoco era la forma que sus desconocidos oponentes esperaban que ella actuara.

Ahsoka se acostó, poniendo la cabeza en la almohada y pensando, tal como siempre lo hacía, en cuanto más suave era que cualquier cosa en la que había dormido cuando era una padawan. Si en la mañana iba a aprender sobre el comercio intergaláctico, bien podría empezar bien descansada.



Fardi había estado sorprendido cuando, a solo una semana en su estancia, Ahsoka vino a él con la petición de un nuevo trabajo. Había insistido en ver sus habilidades de pilotaje de primera mano, lo cual tenía sentido debido a la importancia de la empresa familiar. Ahsoka sabía que lo había impresionado, tanto en la atmósfera alrededor de Thabeska y en un circuito más lejos en el sistema.

—No es como si no pudieras hacer ambos trabajos —dijo Fardi mientras Ahsoka aterrizaba el carguero, tras terminar su última prueba—. Te haremos saber cuando tengamos la necesidad de un piloto. Nada más cambiará.

Eso estaba bien para Ahsoka.

La iniciaron con trabajos pequeños. Voló a otras ciudades en Thabeska, controladas por otras ramas de la familia, e hizo entregas. A veces volaba en su propia nave, y a veces le asignaban una más grande. Nunca preguntó qué había en las cajas, así que si su carga no coincidía con el manifiesto, ella no lo sabía. Después de su décimo viaje, estaba empezando a pensar que los Fardi contrabandeaban solo para mantener la práctica, excepto que cada vez que descargaba algo, en algún callejón oscuro o detrás de un almacén aislado, la gente que lo recibía estaba demacrada, desesperada, y *agradecida*. Era un trabajo extrañamente gratificante.

Descubrió que la principal arma del Imperio, después del miedo, era el hambre. Había visto esta estrategia operando en Raada y también durante las Guerras Clon, pero verla aplicada a gran escala la ponía muy incómoda. El Imperio todavía era nuevo, estableciéndose aún en la parte más exterior de la galaxia, y sin embargo ya era increíblemente poderoso. Y se dio cuenta de que ella había ayudado a construirlo. Los mecanismos puestos en su lugar durante las Guerras Clon habían sido retorcidos para el uso del Imperio, y cada día el dominio del Emperador crecía más. Casi admiraba a Palpatine por su habilidad para lograr semejante plan a largo plazo... excepto que era malvado y todo eso.

Para cuando los Fardi confiaron en ella con las misiones de transporte fuera del mundo, Ahsoka estaba más convencida que nunca que el Imperio debía ser resistido. Por desgracia, todavía no tenía ni idea de cómo. Finalmente, entendió cómo se sintieron los granjeros en Raada cuando se vieron obligados a envenenar sus propios campos. Sintió su frustración y su rabia y vio cómo eso los había empujado a la imprudencia. Iba a deberle una disculpa a Neera cuando regresara, asumiendo que Neera aunque sea la escuchara.

Mientras tanto, su única opción era esta resistencia pasiva, y Ahsoka la agradecía mientras buscaba otras opciones, aunque no era mucha distracción.

Todo eso cambió muy rápidamente cuando Ahsoka captó una llamada de auxilio en medio de sus viajes de rutina fuera del planeta. Venía de una cápsula de escape, y Ahsoka vaciló sólo brevemente para considerar sus opciones. El transporte que ella volaba tenía una bahía de carga lo suficientemente grande para una cápsula y la cápsula no estaba muy lejos. Rápidamente, trazó el curso y antes de que pasara mucho tiempo tenía a tres sorprendidos, aunque aliviados, humanos parados frente a ella. Por sus expresiones y alarma general, no pensaba que hubieran perdido su nave debido a un error mecánico.

—Fueron piratas —dijo la mujer. Ella fue la primera en calmarse lo suficiente para hablar—. Atacaron la lanzadera en la que estábamos y tomaron varios prisioneros. Apenas pudimos llegar a la cápsula.

—¿Por qué los atacaron? —le preguntó Ahsoka, tan suavemente como pudo.

—Rescate, supongo —dijo la mujer. Se movió incómoda. Los secuestros eran algo que el sindicato del crimen Sol Negro hacía en este sector, y no eran conocidos por ser corteses con sus rehenes.

—No tienen que contarme sus asuntos —le dijo Ahsoka—. Solo dime por qué los escogieron.

—Una firma conocida mejoró nuestra oferta para un gran proyecto —dijo el más alto de los dos hombres, después de considerar sus palabras por un momento. Los únicos proyectos grandes eran imperiales—. Estábamos reelaborando los números para ver si podíamos igualar la oferta más baja cuando fuimos atacados.

—¿Creen que sus competidores quieren quebrarlos lo suficiente para que no puedan permitirse una oferta más baja? —preguntó Ahsoka.

La mujer asintió con la cabeza.

—Si yo los ayudo, y pueden ahorrar los créditos, ¿todavía van a participar? —preguntó. Estaba dispuesta a ayudar a las personas que lo necesitaban, pero estaba mucho menos cómoda haciendo que fuera más fácil para ellos servir al Imperio. El hecho de que se veía obligada a hacer ese tipo de distinciones la hacía sentir mal.

—No —dijo con énfasis la mujer—. Ninguna cantidad de créditos vale este tipo de problemas. Sólo queremos a nuestra gente de vuelta y estamos fuera.

Por la forma en que ella dijo *gente* Ahsoka pensó que no estaba hablando solo de empleados.

—Muy bien —dijo Ahsoka—. Denme las coordenadas.

Después de eso, pareció que ella seguía tropezando con gente que necesitaba ayuda. Las misiones, si podía llamarlas así, eran aleatorias y desorganizadas, y, a veces, terminaban mal. Más de una vez, fue traicionada y escapó solo gracias a que había sido entrenada para volar por el mejor piloto de la galaxia. Pero poco a poco, ella se forjó una reputación. O Ashla lo hizo. Después de la primera vez, hizo lo que pudo para evitar que aquellos a los que estaba ayudando vieran su rostro. Normalmente lo entendían. El anonimato era la mejor defensa que podía conseguir.

Si los Fardi sabían lo que ella hacía cuando llevaba sus naves y carga fuera del planeta, no se quejaron. Se aseguró que las naves que volaba fueran difíciles de rastrear, y borraba toda evidencia de marcas de carbono cada vez que volvía a tierra. Pronto, pensaba, estaría lista para volver a Raada. Pronto encontraría una nave lo suficientemente grande para sus amigos. Y también el resto de los granjeros. No era un pueblo tan grande. Pensaría en algo.

Si era honesta, volver a ser una heroína se sentía *bien*. Había sido entrenada para esto, para la justicia, y el hecho de que estaba trabajando contra los que la habían lastimado tanto solo lo hacía mejor. Era cuidadosa y se esforzaba para resistir su naturaleza temeraria. Y hacía que la vida fuera un poco más fácil para la gente del Borde Exterior.

Su buen trabajo no pasó desapercibido.

CAPÍTULO

19

EL SEXTO HERMANO no culpaba al comandante de distrito por su fracaso en aprehender al padawan jedi. Después de todo, si cualquiera pudiera atrapar a un jedi, no habría necesidad de inquisidores. Se aseguró de presentar un informe que detallaba las limitaciones del comandante y exponía sus propuestas de represalias, pero no le guardaba resentimiento. Era demasiado profesional para ese tipo de mezquindades.

Quedó significativamente menos impresionado por el lacayo no militar que se llamaba a sí mismo Jenneth Pilar.

—Usted no es exactamente lo que tenía en mente —dijo Pilar, concluyendo una larga serie de quejas sobre cómo sentía que la base imperial era insuficiente y por qué se debían seguir sus sugerencias para solucionarlo—. Estoy seguro que usted es bueno en lo que sea su trabajo, pero necesito hombres para patrullar, hacer cumplir las órdenes y asegurarse de que el trabajo de campo se realice a tiempo.

—Entonces tendrá que hacerlo usted mismo —dijo el inquisidor. Disfrutaba de la forma en que Pilar retrocedía por la dureza de su tono—. Ahora el Imperio tiene otras prioridades en Raada.

Pilar resopló durante un tiempo más pero finalmente huyó cuando la expresión del inquisidor se volvió más negra y más amenazante. Esa era la forma más fácil de lidiar con los burócratas de mentes débiles. No escuchaban de todas formas, por lo que era mejor intimidarlos hasta que se daban por vencidos.

El inquisidor abrió el informe del interrogatorio a la joven llamada Kaeden Larte. No había dado ninguna indicación de saber nada acerca de un jedi, pero por supuesto su interrogatorio había sido en su mayoría una chapuza. La habían empujado demasiado fuerte, tratando de asustarla, y luego ella no había sido físicamente capaz de hablar antes de su rescate. El mismo rescate seguramente fue obra del jedi. Nadie había visto nada, y la ventana era demasiado alta para que una muchacha que tenía un brazo roto la cruzara por sí sola.

Un mapa de los alrededores sustituyó el informe en la pantalla del inquisidor. No había ningún lugar en que ocultarse en la región agrícola del planeta. Estaba muy bien vigilada, no había cubierta, y tomaría demasiado tiempo en cruzarse. Los insurgentes no podían estar escondidos en la misma ciudad. Ya habrían sido descubiertos, incluso por la patrulla de soldados de asalto más inepta. Eso dejaba las colinas. Sin el uso de los caminantes, el comandante había sido lento para buscar en el área, ya que requeriría demasiada mano de obra. Tal vez ese desgraciado Pilar tenía razón en que el personal era insuficiente.

No importaba. La padawan jedi se había ido hacía mucho tiempo. Su nave había sido vista dejando el planeta después de la misión de rescate exitosa. Lo que el Sexto Hermano necesitaba decidir era el orden en que dar sus próximos pasos. Iba a encontrar a los insurgentes y a torturarlos, pero pensaba que sería más sabio localizar a la jedi primero, para estar seguro de que oyera del sufrimiento de la gente que había dejado atrás. Entonces volvería a salvarlos, y la tendría. Sabía, o al menos sospechaba, la dirección general en la que había ido. Había recibido informes de una serie de acciones heroicas aparentemente al azar que, cuando se consideraban en conjunto, sentía que un jedi podría ser el responsable. Simplemente necesitaba confirmación. No querría tomarse todo el trabajo de preparar la trampa sin asegurarse de que su presa sería capaz de encontrarla.

Con la decisión tomada, se preparó para volver a su nave. Que el Imperio drenara a Raada de sus recursos durante un tiempo más. No era como si la gente tuviera algún otro lugar adonde ir. Llamaría la atención de la jedi y luego los aplastaría a todos al mismo tiempo. Borró el informe sobre el jefe del distrito antes de irse. Odiaba tener que volver a establecer su autoridad, y si el incompetente era sustituido antes de que el inquisidor volviera, tendría que hacer justamente eso. Era mucho más fácil dejar a Raada como estaba por el momento, madura y lista para su regreso.



El observador casual podría pensar que era un encuentro regular entre un senador y su personal. Bail Organa se sentaba detrás de su escritorio y discutía la logística mientras que sus subordinados tomaban notas, y todo parecía absolutamente legítimo. Fuera de la ventana detrás de él, el tráfico de Coruscant se movía sin cesar en líneas ordenadas.

Lo que Bail realmente estaba haciendo era hacer una lista. Había habido varias coincidencias afortunadas en el Borde Exterior que últimamente habían llegado a su atención. Un contrato imperial se había caído. Un planeta con una desesperada necesidad de ayuda alimentaria la había recibido. Una nave pirata conocida por hacer operaciones para el Sol Negro con lanzaderas de pasajeros como objetivos, había sido burlada. No había ningún patrón en términos de tiempo o lugar, pero por razones que no podía explicar, Bail estaba seguro de que era el jedi que buscaba.

Hasta ahora, ninguno de sus métodos de seguimiento había resultado. No estaba completamente sorprendido. El jedi se escondería de los observadores imperiales y era mucho más probable que el Imperio empleara a tipos indeseables para hacer su trabajo sucio que Bail. Había solicitado el regreso de R2-D2 del capitán Antilles pero había dejado al droide con Breha en Alderaan cuando fue el momento de volver al Senado. Aunque el droide estaba deseoso de ayudar, Bail todavía no tenía una misión para él. Había dejado al pequeño astromecánico buscando felizmente en la base de datos histórica de Alderaan y esperaba pronto tener un trabajo más práctico para él.

—Es complicado, senador, pero creo que si realmente vamos allí y comenzamos a seguir estas líneas de suministros, podríamos lograr localizar la fuente. —Chardri Tage era un piloto que Bail había conocido desde antes de las Guerras Clon. Confiaba en el hombre, tanto para guardar secretos como para planificar la estrategia. El hecho de que Chardri pudiera seguir un código hablado solamente reafirmaba el instinto de Bail de pedirle al piloto que hiciera el trabajo, y el hecho de que había podido maniobrar al piloto para que pensara que había sido su propia idea ayudaba con la tapadera de Bail.

—Estoy de acuerdo. —La socia y copiloto de Chardri desde hacía mucho tiempo, Tamsin, era una mujer pequeña que no era reacia a utilizar su cara bonita para engatusar a los enemigos y hacer que la subestimaran, y luego utilizar su bonito bláster para dispararles.

—¿Necesitarán una nave, o pueden utilizar la suya? —preguntó Bail. No tenía muchos recursos con los que trabajar cuando estaba actuando como un rebelde en vez de un senador, pero estar casado con la reina gobernante de un planeta tenía algunos beneficios.

—Podemos usar la nuestra —dijo Chardri—. Me da la sensación que tendremos que hacer algunas maniobras complicadas y siempre es mejor hacerlas en algo familiar.

Bail no les dijo que estaban buscando un jedi. Confiaba en ellos, pero no era estúpido. Además, para ser completamente honesto, le preocupaba un poco decir las palabras en voz alta. Sabía que sus oficinas en Coruscant no podían ser completamente aseguradas. Pero aunque pudieran, Bail no pensaba que les hubiera dicho nada acerca del jedi. Había demasiado en riesgo. Por lo que Chardri y Tamsin sabían, estaban buscando a algún tipo de cabecilla, una persona parecida al mismo Bail pero a una escala mucho menor... y probablemente alguien a quien actualmente no se le hacía tarde para una votación en el Senado.

—¿Dónde quieres que nos encontremos la próxima vez? —preguntó delicadamente Tamsin mientras se ponía de pie.

Bail lo consideró. Alderaan estaba descartado, al igual que Coruscant. De hecho, cualquier planeta en absoluto era demasiado arriesgado. Iba a tener que pedirle otro favor al capitán Antilles, al parecer.

—Nos encontraremos en su nave —dijo Bail—. Contacten conmigo cuando hayan asegurado el objetivo, y voy a darles las coordenadas.

Chardri y Tamsin intercambiaron una mirada, pero no protestaron.

—Si me disculpan, llego tarde para votar —dijo Bail. Ambos pilotos tomaron eso como la despedida que era—. Buena caza —les dijo mientras lo precedían al salir de la oficina. *Y que la Fuerza nos acompañe*, pensó.



Ahsoka aterrizó la nave, levantó las manos de los controles, y estiró el cuello. Había sido un vuelo muy largo, y aunque nada había salido mal, sus nervios estaban de punta. No

podía quitarse la sensación de que algo se acercaba, algo que cambiaría todo lo que ella estaba intentando construir. Hizo su inspección después del vuelo tan pronto como pudo, con ganas de comer una comida de verdad, tomar una ducha decente, y luego dormir en su propia cama.

Ninguno de los Fardis salió a su encuentro, lo cual era lo bastante inusual para alterar sus nervios aún más. Se puso en camino hacia la casa grande, mirando con cuidado en busca de cualquier perturbación e incluso yendo tan lejos como para extenderse con la Fuerza. Cuando llegó a la puerta, estaba abierta, así que entró a la casa.

Todos los miembros de la familia actualmente en la residencia estaban reunidos en la sala de estar, y había cuatro soldados de asalto con blásteres parados en el umbral. Vieron a Ahsoka al instante, así que no tenía ningún sentido correr. Ella podría escapar, pero los Fardi no. Tenía sus vidas en las manos, y podía ver que los mayores lo sabían. Pensó rápido.

—Su nave está reparada —dijo. No tenía idea de lo que, los Fardi les habían dicho a los imperiales sobre ella, si les habían dicho algo. Lo mejor era empezar con una mentira fácil y esperar que le siguieran el juego—. La llevé a dar una vuelta por el sistema, y todos los defectos parecen haber quedado resueltos.

—Excelente —dijo Fardi. Había sudor en su frente, pero la habitación estaba caliente, con tanta gente en ella—. Esta es la mecánica de la que les hablé —les dijo a los soldados de asalto—. Cuando tienes tantas naves como mi familia, tiene sentido contratar a uno a tiempo completo. Ella vive aquí, de hecho, así siempre está lista para trabajar.

—No nos interesa su mecánico —dijo uno de los soldados—. Estamos llevando a cabo una búsqueda de rutina de la casa.

Ahsoka se aseguró de mantener una expresión neutral, pero las palabras del soldado la sorprendieron. No existía tal cosa como una búsqueda de rutina de propiedad privada. Estaban buscando algo, o no estarían allí.

—Claro, claro —dijo Fardi—. Hacemos todo lo que podemos para ayudar.

Ahsoka fue a sentarse al lado de Hedala, que estaba sentada en el regazo de Chenna. Ahsoka se inclinó hacia adelante con cuidado y susurró en el oído de la niña.

—¿Alguna sombra hoy? —preguntó.

—No —respondió Hedala, igual de silenciosamente—. Cielos despejados buenos para volar.

Ahsoka respiró un poco más aliviada. Ella tampoco había sentido nada, pero la niña sabía exactamente lo que estaba buscando, así que tenía sentido preguntar para estar segura.

Dos soldados más y un oficial entraron a la habitación. Los soldados de asalto que ya estaban presentes se pusieron firmes.

—Estábamos en una pequeña habitación en la parte trasera de la casa —dijo el oficial—. ¿De quién es esa habitación?

—Mía —dijo Ahsoka, volviendo a ponerse de pie. Trató de no medir lo lejos que estaba a la puerta ni calcular cómo podría saltar por la ventana.

—Por favor, explique esto —dijo el oficial, sosteniendo el paquete de piezas de metal que Ahsoka guardaba bajo la almohada. Le dio un escalofrío pensar que revisaron su habitación tan profundamente.

—Oh, éstos son sólo pedacitos de basura que he recogido al hacer varios trabajos —dijo Ahsoka, deliberadamente subestimando el valor de la tecnología que había recogido—. Puedo mostrarles si quieren.

—Ábralo —dijo el oficial.

Ahsoka tiró de las puntas del cordón. Los imperiales debieron haber pensado que tenía una trampa que podía estallar o algo así. El paquete sólo estaba cerrado con un nudo. La envoltura se abrió para revelar las pequeñas piezas que Ahsoka había recogido en Raada. Todavía no podría haber dicho por qué cualquiera de ellas era importante para ella, pero sabía que no quería entregárselas a ningún imperial.

—Aquí no hay nada, señor —dijo uno de los soldados de asalto—. Solo chatarra.

El oficial se alzó frente a Fardi.

—Sería prudente limitar su exposición a aquellas personas que son de fuera de su familia —dijo con desdén. Sus ojos miraron a Ahsoka y volvieron a Fardi—. Hemos notado un cierto elemento criminal en esta ciudad, y no nos gustaría que el rastro llegara hasta su casa.

—Lo tomaré bajo consideración —dijo Fardi.

—Bien —respondió el oficial. Hizo una seña a los soldados de asalto, y todos salieron marchando de la casa.

Fardi se desinfló tan pronto como se fueron.

—Todo el mundo fuera —dijo, sonando derrotado—. Excepto Ashla. Tenemos que hablar.

CAPÍTULO

20

—**ME IRÉ** —**DIJO AHSOKA**, poniéndose de pie una vez que la sala estuvo vacía—. No me tomará mucho recoger mis cosas.

—Ashla —dijo Fardi—. Lamento que te hayamos puesto en el fuego cruzado aquí. No queríamos que el Imperio te echara la culpa de nuestras actividades.

Eso la hizo pararse en seco.

—¿Sus actividades? —dijo—. Pero yo he sido la que...

Ella y Fardi se miraron en silencio por un momento, y luego, de entre todas las cosas, Fardi se echó a reír.

—Utilizaste nuestras naves para ejecutar tus propias misiones de caridad —dijo, y Ahsoka se dio cuenta de que él no lo había sabido con seguridad hasta entonces—. Pensaste que los imperiales estaban aquí por ti.

—Um, sí —dijo Ahsoka—. ¿No lo estaban?

—Bueno, podrían haber estado aquí por todos nosotros, según parece —dijo Fardi—. No sé lo que has estado haciendo, pero hemos tomado contratos y movido mercancías que van en contra de las regulaciones imperiales. Tú hiciste algunos de esos envíos por nosotros. Mi esposa estaba furiosa de que te estaba poniendo en peligro, pero al parecer podías manejarlo.

—Pensé que era contrabando ordinario —admitió Ahsoka—. Me molestaba un poco al principio, y luego vi cuán necesarios eran sus suministros en todo el sector. Cada vez que descargaba algo, sentía que estaba haciendo una diferencia... pero no era suficiente. La primera vez que escuché una llamada de auxilio, supe que yo podía hacer más.

—Me preguntaba por qué te desviabas del programa tan al azar —dijo Fardi—. Tal vez si hubiéramos hablado sobre esto, lo hubiéramos organizado de verdad, podíamos haberlo hecho por más tiempo. Pero como están las cosas, creo que vas a tener que irte, y nosotros vamos a tener que estar limpios por un tiempo para recuperar nuestra reputación.

—Vuelvo a estar en deuda con ustedes —dijo Ahsoka—. Esta es la segunda vez que me acogen cuando no tenía ninguna otra parte adonde ir y la segunda vez que me dejan ir en lugar de entregarme.

—Eres una buena mecánica —dijo Fardi con una sonrisa—. No hay tantos de esos como para descartar uno, solo por algunos enredos imperiales.

—Gracias —dijo Ahsoka. Comenzó a ir hacia la puerta y luego se detuvo. Era arriesgado decirlo en voz alta, pero tenía que hacer todo lo que pudiera antes de irse—. Fardi, tienes que tener mucho cuidado con Hedala.

El cambio en el hombre mayor fue instantáneo. Su ceño se frunció, y en sus ojos había un brillo determinado.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó.

—Ella es... —Ahsoka se interrumpió. No sabía muy bien cómo decirlo sin revelar demasiado—. Ella es especial. Es importante que nadie se dé cuenta de lo especial que es.

Fardi parpadeó, juntando las piezas. Ahsoka se preguntó qué había visto hacer a la niña, si alguna vez encontró que su comportamiento era extraño y luego lo desestimó porque estaba ocupado. Si lo había hecho, lo estaba recordando ahora.

—¿Crees que llegará a ser una mecánica? —dijo, y Ahsoka supo que había entendido todo lo que ella no había dicho.

—No queda nadie para enseñarle —dijo Ahsoka, escogiendo cuidadosamente sus palabras. Era más de lo que quería revelar sobre sí misma, pero hasta ahora los Fardi le habían dado todas las razones para confiar en ellos—. No dejará de ser especial, pero con el tiempo aprenderá a ser otras cosas.

—Voy a mantener un ojo en ella —dijo Fardi—. Lo prometo.

—Gracias —dijo Ahsoka—. Lamento no poder hacer más.

—Soy muy consciente de lo que has hecho, Ashla —dijo Fardi—. Y ahora que sé por qué volviste, creo que estamos a mano.

Fardi extendió la mano, y Ahsoka la estrechó. Luego recogió el paquete de piezas de tecnología y volvió a su habitación. Se paró en el centro de esta, mirando la cama y la pequeña plataforma donde guardaba sus pocas pertenencias. Luego se arrodilló y derramó el contenido de la bolsa sobre el colchón para examinarlo otra vez.

La bolsa estaba empezando a desgastarse, lo que no era realmente una sorpresa teniendo en cuenta todas las piezas de formas extrañas que contenía. Las extendió, encontrando los pares y las pocas piezas que no tenía ninguna igual. Le gustaban los colores del metal y el peso de las piezas en sus manos.

Lo que realmente quería hacer era cerrar los ojos, alcanzar con la Fuerza y ver si todas las piezas de alguna manera encajaban juntas. Pero la puerta estaba abierta detrás de ella, y podía oír los ruidos de la casa. Confiaba en Fardi y su familia, pero había una diferencia entre sospechar algo y saberlo, y esa diferencia era peligrosa. No había razón para que Ahsoka pusiera a ningún miembro de la familia en un riesgo mayor de lo que ya lo había hecho. Muy pronto, ella iba a estar sola de nuevo. Iba a poner a prueba su teoría entonces.

Con cuidado, metió las piezas de nuevo en la bolsa y volvió a atar el cordón desgastado. Luego la puso en la mochila que le había dado Neera en Raada y agregó las demás baratijas que había recogido, sobre todo de los niños, que al parecer pensaban que necesitaba más cosas brillantes para mirar.

Ahsoka se colgó la mochila a la espalda, ajustándola alrededor de sus lekku, y se dio la vuelta. Hedala estaba parada en la puerta, mirándola con una expresión seria.

—No quiero que te vayas —dijo la niña.

—Tengo que hacerlo, pequeña —dijo Ahsoka—. Es peligroso para todos si me quedo.

—La sombra no ha vuelto —dijo Hedala—. Pero creo que hay otras sombras.

Ahsoka no se sorprendió demasiado de que Hedala pudiera percibir algo que ella no. Sucedió con frecuencia en los niños. Eran buenos en algún aspecto de la Fuerza y no en otros hasta que fueran entrenados. Obi-Wan le contó que Anakin había sido encontrado por el maestro de Obi-Wan, Qui-Gon, debido a sus rápidos reflejos. Su habilidad de sentir los sentimientos e intenciones de otros la había marcado a ella. Hedala, al parecer, era buena al percibir el peligro de lejos. No era una mala habilidad para tener, sin entrenamiento, en un momento cuando tener alguna habilidad en absoluto era suficiente para hacer de ella un objetivo automático.

—Puedo manejarlas, gracias a tu advertencia —dijo Ahsoka. Estaba casi segura de que decía la verdad—. Tu trabajo es evitar completamente a las sombras, ¿entiendes?

Hedala asintió con la cabeza y luego arrojó sus brazos alrededor de la cintura de Ahsoka, tan alto como ella podía alcanzar. Sorprendida, Ahsoka apoyó los brazos sobre los hombros de la niña por un momento, y luego Hedala se separó.

—Adiós, Ashla —dijo Hedala—. Te extrañaré.

—Yo también te extrañaré —respondió Ahsoka.

Hedala le sostuvo la mano hasta que llegó a la puerta y luego agitó la suya hasta que Ahsoka desapareció alrededor de la esquina. A Ahsoka no le gustó dejar atrás a la niña otra vez, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Su posición era demasiado tenue para incluir el cuidado de una niña. Era mejor para Hedala quedarse con su familia. Por lo menos ahora Fardi sabía que debía vigilarla, y le diría a la familia lo que necesitaban saber.

Lo que la carcomía aún más era que sabía que Hedala no podía ser la única niña sensible a la Fuerza en la galaxia. Había habido miles de Jedi porque había habido miles de niños como Hedala y todavía los había, aunque no tuvieran adónde ir para su entrenamiento. Y el Imperio los estaba cazando. Era otra entrada en la lista de cosas en las que Ahsoka no podía hacer nada. Estaba empezando a realmente no gustarle esa lista. Era pesada, y no tenía más remedio que cargarla.

Subió por la rampa de su nave, tanto el casco como la computadora de navegación se habían limpiado desde su última misión, y guardó la bolsa. Cuando se sentó en el asiento del piloto, su visión era más clara. Esto, por lo menos, era algo que ella podía hacer. Corrió rápidamente las comprobaciones de prevuelo, a pesar de que no tenía ninguna prisa en especial y despegó cuando la autorizaron. Sin un destino real en mente, puso el rumbo a velocidad sublumínica y se dirigió a uno de los planetas vecinos del sistema. Estaba escasamente poblado y cubierto de montañas. No podía mantenerse en aislamiento durante mucho tiempo, pero tener un par de días para despejarse la cabeza y formular un nuevo plan probablemente era una buena idea. No había ninguna necesidad de precipitarse arrebataadamente.

Mientras que la nave navegaba a velocidad crucero, hizo una exploración del casco y la computadora, buscando cualquier tipo de dispositivo de rastreo. La repentina aparición de los imperiales en la casa de los Fardi era demasiado alarmante como para pasarla totalmente por alto. No había pasado mucho tiempo lejos de su nave, pero fue tiempo más que suficiente para que alguien pudiera instalar un dispositivo. No encontró nada,

pero no podía sacudirse la sensación de malestar que la advertencia de Hedala acerca de nuevas sombras había despertado en ella. Por lo menos su bláster imperial robado estaba a bordo, así que tenía algo para defenderse, si llegaba a eso. Lo sacó de su escondite para tenerlo a mano.

Su nave se deslizó a la atmósfera planetaria con solo un pequeño temblor, y comenzó a escudriñar en busca de un buen lugar para aterrizar y permanecer por unos días. Finalmente, encontró un lugar con una plataforma del ancho suficiente para alojar la nave. Estaba bastante alto, por lo que el aire era fresco. El planeta era más pequeño que en el que vivían los Fardi pero más grande que Raada, por eso estaba acostumbrada a la gravedad. Dicho todo esto, no era un mal lugar para instalarse un tiempo y comprobar la nave. Parecía estar funcionando bien, pero puesto que tenía algo de tiempo, podría darle una revisión a fondo.

Estaba afinando el colector de plasma cuando lo escuchó: el inconfundible zumbido de motores acercándose. El bláster todavía estaba junto al asiento del piloto, por lo que tuvo que correr por la rampa y volver a la nave para buscarlo. Se colgó el bláster a un costado y bajó cautelosamente por la rampa.

Ahora Ahsoka podía ver la nave que se acercaba. Volaba bajo, rozando las cimas de las montañas y desviándose para evitar los picos más altos. Definitivamente la estaba siguiendo. Si estuviera escudriñando al azar, hubiera ido más alto. Se preguntaba cómo la habían encontrado, y luego se dio cuenta de que ya que ella no había saltado al hiperespacio, quien volara esa cosa podría simplemente haberla seguido visualmente.

La nave no era nueva, pero estaba bien mantenida. Incluso a la distancia, Ahsoka podía darse cuenta. No tenía espacio para carga. Un único piloto, sospechaba. Tal vez una tripulación de uno o dos. Comenzó a descender hacia ella, lo que era interesante. Al menos quienquiera que la volaba no iba a disparar primero y hacer preguntas después.

Ahsoka esperó, tranquila y serena, hasta que la nave aterrizó. La rampa de la otra nave descendió, y luego emergió una única figura. Ahsoka no podía empezar a adivinar si el ser era hombre, mujer u otra cosa. Su armadura era oscura y la cubría de la cabeza a los pies. Llevaba por lo menos dos blásteres que Ahsoka pudo ver inmediatamente.

—Piloto Ashla. —La voz era muy modulada—. Felicitaciones. Ha llamado la atención del Sol Negro.

OBI-WAN SE EXTENDIÓ y no encontró nada.

Le tomó un tiempo llegar a este nivel de trance profundo, y ahora que estaba aquí, era reacio a salir, aunque había fallado una vez más. Debía haber otras cosas que podía ver, otros jedi que pudiera encontrar y posiblemente ayudar.

Las imágenes pasaron frente a sus ojos. Padmé, muriendo, con los bebés a su lado. Yoda, exigiendo una promesa y dándole una nueva meta. Anakin, quemándose en las laderas volcánicas de Mustafar, culpándolo por todo lo que había salido mal.

Y todo había salido tan mal.

Ahora estaba de vuelta en el lugar donde su vida cuidadosamente ordenada había comenzado a descarrilarse. No era la ubicación exacta, por supuesto. La familia Lars vivía en el medio de ninguna parte, y era una parte de Tatooine adonde Obi-Wan nunca había ido hasta que les había traído a Luke. Pero era el planeta donde toda su existencia había sido alterada para siempre.

Había ido a la tumba de Shmi Skywalker a pedir disculpas por haber perdido a su hijo. Nunca la había conocido, la conocía solo de las historias de Anakin, pero Qui-Gon le había hecho una promesa y Obi-Wan no había sido capaz de cumplirla. Mientras estaba allí, mirando la piedra, sintió una vergüenza aún más profunda. Qui-Gon la había dejado allí como esclava, y Obi-Wan había hecho todo lo posible para evitar el regreso de Anakin. Fue solo el amor de un buen hombre, aquí en Tatooine, lo que la había salvado, la clase de amor del que los jedi debían abstenerse. Sin embargo había hecho algo que los jedi no pudieron.

Pero eso era el pasado. Lo que hacía ahora, lo hacía por un futuro incierto y por esperanza. Había confiado en el lado luminoso de la Fuerza durante toda su vida. No había nada que lo detuviera ahora. Encontró el centro de su meditación, el lugar tranquilo donde no había ninguna emoción, ninguna resistencia, ningún vínculo mundano. Afianzó los pies en ese lugar y se extendió otra vez.

Todavía nada.

Obi-Wan salió del trance, más molesto que decepcionado por su fracaso y encontró que todavía estaba sentado en el piso de la casa de Ben Kenobi. Estaba escasamente amueblado, solamente las necesidades básicas. No había estado allí mucho tiempo, pero tenía la sensación de que incluso si se quedaba hasta que Luke Skywalker tuviera una larga barba gris, todavía no acumularía muchas posesiones. Tatooine no era ese tipo de lugar.

Se puso de pie, sus rodillas crujieron de una manera bastante alarmante. Seguramente todavía no era tan viejo. Debía ser el clima del desierto que lo afectaba extrañamente. Buscó un pequeño vaso, lo llenó de agua y volvió a su asiento en el piso. Algo llamó su atención, una de las pocas piezas de su vida anterior que había llevado con él a su soledad en el desierto.

El sable de luz de Anakin Skywalker.

Era todo lo que quedaba del hombre que había sido, a menudo simultáneamente, la mayor molestia, el hermano y el amigo más cercano de Obi-Wan. Si alguna parte de Anakin había sobrevivido, se había perdido ante el mal y la oscuridad. Obi-Wan no podía salvarlo más de lo que podía salvar a cualquier jedi que aún quedara suelto por la galaxia, tratando de encontrar un asidero en el nuevo orden. Todo lo que Obi-Wan podía hacer era asegurarse de que el niño Luke sobreviviera hasta la edad adulta, y entrenarlo si exhibía el talento de su padre.

Se preguntó brevemente cómo le iba a la hija bajo la tutela de Bail Organa.

Luego cerró los ojos y respiró profundamente.

Se hundió, a través de la memoria y el sueño. Allí estaba el comandante Cody, devolviéndole su sable de luz solo para dispararle y hacerlo caer de la pared de la caverna momentos después. Allí estaba Anakin, riendo mientras hacía algún aterrizaje improbablemente difícil, salvando las vidas de todos otra vez. Allí estaba Ahsoka, con las manos en las caderas, sus interminables preguntas desafiándolo a cada paso. Allí estaba Palpatine, como canciller, su disfraz era tan completo que Obi-Wan no pudo detectar su villanía aún cuando sabía dónde buscar.

Se hizo pasarlos todos de largo. Esta vez fue más fácil. Se volvía más fácil cada vez. Le lastimaba el corazón, pensar que era tan voluble que podía darles la espalda para lograr sus propios fines. Cuando lo pensaba, oía a Yoda, recordándole que su trabajo era importante, que debía centrarse en el futuro solo, ocultando el pasado e incluso ignorando el presente si debía hacerlo. Tenía que abrirse camino.

Llegó otra vez al fondo, el lugar tranquilo donde sus dudas, amores y temores desaparecían. Entonces se dio cuenta de que no era el fondo, no del todo. Había otro nivel más abajo.

Obi-Wan dejó ir la casa de Ben Kenobi, el último lugar en la galaxia donde descansaba un pedazo de Anakin Skywalker, y se abrió camino a través de la pared entre la vida y la muerte.

Estaría oscuro allí si quería llevarse algo con él o dejar algo atrás, pero no deseaba ninguna de esas cosas, así que permaneció en la luz. Sus sentidos eran agudos. Podía oír cada sonido a la vez, y ninguno de ellos. Le tomó un momento enfocarse en la voz que más quería oír.

Solo y conectado. Distante e irremediabilmente entrelazado. Obi-Wan solo tuvo un momento antes de ser arrancado al mundo físico, pero fue tiempo suficiente para renovar su esperanza.

—Obi-Wan —dijo Qui-Gon Jinn. Estaba seguro de que la voz era más fuerte esta vez—. Suéltalo.

CAPÍTULO

21

EL REGRESO DEL SEXTO HERMANO a Raada no había sido tan triunfal como había esperado. No había sido capaz de hacer una identificación positiva de la jedi, pero estaba bastante seguro de que cualquier noticia de sus próximas acciones sobre la luna agrícola llegaría a la atención de la padawan. Había seguido la pista a una serie de felices accidentes... felices, es decir, para las personas que habían sido salvadas de los pleitos con el Imperio. Los acontecimientos tenían bonachonería jedi escrito por todas partes: bajo conteo de muertes, civiles agradecidos y falta de registros oficiales. Todo lo que tenía que hacer era asegurarse de que quedara alguien en Raada para enviar una llamada de auxilio en la dirección correcta y la jedi vendría a él.

Su primera orden del día, después de haber aterrizado y estacionado la nave, fue leer las actualizaciones sobre la situación de los insurgentes. Como había sospechado, las tropas locales no habían hecho avances en capturarlos, lo que por él estaba bien. El comandante de distrito parecía estar evitándolo, lo que también convenía a sus propósitos, por lo que en su lugar llamó al interrogador jefe.

—Necesito información sobre la muchacha que escapó de su custodia —dijo, yendo directo al grano. Los interrogadores generalmente apreciaban el enfoque directo, lo que era algo que él admiraba de ellos—. Su apariencia, preferiblemente. No su carácter.

—Tenía la piel oscura —dijo el interrogador—. Y trenzas en su cabello cuando la vi, pero a menos que haya encontrado a alguien para rehacerlas, me imagino que va estar usando un pañuelo o alguna otra cosa más ahora.

—¿Por qué no podría arreglárselas ella misma? —preguntó el inquisidor.

—Tiene el brazo roto —fue la respuesta—. El derecho. Creo que también puede haber lesiones en el hombro, pero no podría estar seguro.

—¿Son sus métodos tan atroces? —siempre era buena idea intercambiar información profesional.

—No, lo del brazo fue un accidente —dijo el interrogador—. Nuestra tortura inicial la asustó tanto que cuando mencioné la posibilidad de revisitarla, se desequilibró y cayó aplastándose el brazo debajo de la silla.

—Ha sido de mucha ayuda —dijo el inquisidor—. Puede retirarse.

El interrogador fue lo suficientemente inteligente como para no tomarse a mal que alguien sin ningún rango aparente le diera órdenes. A ese tipo de persona era probable que le fuera bien en la jerarquía imperial, que requería de una cierta flexibilidad. El Sexto Hermano hizo una nota para escribir una recomendación. Su trabajo y el de sus hermanos y hermanas, sería más fácil si las filas superiores estaban pobladas por gente que los escuchaba.

Solo, el inquisidor abrió el mapa de la superficie de la luna, para refrescarse la memoria de su geografía. Le tomó solo unos pocos momentos identificar los mejores lugares para ocultar un gran grupo de personas, y luego cerró la terminal y fue hacia la puerta. Era hora de dejar de hacer preguntas e ir de caza.



Kaeden había jugado, en su estimación, aproximadamente diez billones de juegos de crokin desde que Ahsoka la había rescatado y dejado Raada. Había sido una sugerencia de Miara. Con un brazo roto y opciones médicas limitadas, Kaeden necesitaba aprender a usar su otra mano, y el crokin era la forma más fácil de hacerlo. Jugaba con frecuencia con su hermana, pero su oponente más común era Neera. Una vez que se le había pasado el efecto de los sedantes, Neera había caminado rápido y sin rumbo alrededor de la cueva como si le faltara una parte de ella, y Kaeden pensaba que eso no estaba lejos de la verdad. La única vez que Neera demostraba alguna chispa era cuando jugaban. Neera siempre la aplastaba, pero si eso la hacía sentir mejor, entonces Kaeden estaba feliz de perder.

Aparte del juego de tablero y la capacidad de ir al baño por sí misma, vivir ocultándose del Imperio no era muy diferente a estar encarcelada por él. La comida era terrible. La iluminación era mala. Estaba nerviosa y asustadiza, sobresaltándose a cada sonido. Pero no había máquinas de tortura, así que al menos había algo bueno. Y su hermana estaba con ella y segura, en su mayor parte, así que había otra cosa buena.

Con la mano buena, Kaeden se reajustó el pañuelo que utilizaba para contener su cabello. A sus trenzas habituales les había ido más o menos igual que a ella bajo la tortura, y no había podido arreglárselas con una sola mano. Miara había hecho su mejor intento, pero a pesar de su capacidad de crear pequeños circuitos que podían explotar al activarse correctamente, Miara no tenía ningún don para el trenzado. Kaeden terminó deshaciéndoselas completamente y luego tuvo que hacer su mejor esfuerzo para tratar con el gran y espeso volumen que colgaba flojamente. Probablemente debería cortarlo, pero sabía que su brazo mejoraría con el tiempo y le gustaban las trenzas largas. Podía ser paciente.

O podía ser paciente con su cabello, al menos. Ser paciente mientras se ocultaban del Imperio era una cuestión totalmente diferente. Nadie hablaba de ello, porque se sentía demasiado parecido a hablar mal de los muertos, pero Kaeden podía notar que incluso el más impulsivo de ellos deseaba que nunca hubieran escuchado a Hoban. A medida que sus suministros se agotaban, se empezaba hablar de que debían ir a la ciudad por más y discusiones sobre si debían o no tratar de irse completamente del planeta.

—¿Crees que es extraño que los imperiales todavía no nos hayan encontrado? —dijo Miara. Estaba sentada al lado de Kaeden, que estaba lanzando piezas de crokin al centro del tablero. Su puntería estaba mejorando, pero no por mucho.

—Nos deshicimos de los caminantes antes de que todo se saliera de control —dijo Kaeden—. Pero tienes razón. Tienen que saber que no hay tantos lugares en los que podríamos ocultarnos. Incluso los soldados de asalto más densos ya deberían haber comprobado aquí.

—¿Qué crees que están esperando? —preguntó Miara.

—Creo que están ocupados buscando otra cosa —dijo Kaeden—. No es como si nosotros fuéramos una amenaza para ellos.

—Pero Ahsoka se ha ido —dijo Miara.

—Dijo que volvería —le recordó Kaeden. Lo había dicho una y mil veces, y cada vez, un poco más de su certeza moría.

Miara le lanzó una mirada desaprobadora. Era una mirada vieja para un rostro tan joven, y a Kaeden no le gustó.

—¿Por qué volvería? —preguntó Miara—. Aquí no hay nada.

—Estamos nosotros —dijo Kaeden, ignorando la implicación de Miara de que Kaeden creía que Ahsoka volvería solo por ella—. Podría volver por nosotros.

—¿Ella y qué ejército? —preguntó Miara—. ¿O dejarías a todos los demás atrás para salvarte?

Kaeden no podía decirlo, no podía ver la mirada de asco, que sabía que le daría su hermana si lo hacía, pero la verdad era que si pudiera ella dejaría Raada en un santiamén. Si servía para evitar que ella, o Miara, sintiera otra vez esa máquina en su pecho, lo haría. La culpa era un largo dolor, pero se podía sobrevivir. No estaba segura de cuánto tiempo soportaría si era torturada otra vez.

—Deja de hacer eso —dijo Miara y Kaeden se dio cuenta de que se estaba frotando el pecho. La máquina ni siquiera había dejado una marca. Todo lo que Miara podía ver era que Kaeden estaba nerviosa y se asustaba constantemente. Al menos nadie la acusaba de mal de amores, incluso cuando algo de humor les podría haber sentado bien.

Neera se sentó enfrente de Kaeden, al otro lado del tablero de crokin y comenzó a dividir los discos por color. Nunca preguntaba si Kaeden quería jugar; ya no hablaba mucho, así que así era cómo generalmente comenzaban sus juegos. Kaeden se preparaba para perder espectacularmente otra vez cuando Kolvin, que estaba haciendo de guardia, llegó a gatas por el túnel de conexión, con una expresión alarmada en el rostro.

—Viene algo —dijo.

—¿Soldados de asalto? —preguntó Kaeden—. ¿En los tanques?

Con los caminantes fuera de servicio, los tanques eran la única opción de transporte de tierra que tenían los imperiales. Eran lentos y torpes, y no eran lo más apropiado para las colinas, pero los soldados de asalto no parecían excesivamente aficionados a caminar.

—No —dijo Kolvin—. Una sola persona. Pero moviéndose muy rápido. Llegará aquí muy pronto.

La entrada principal siempre estaba cerrada. Habían pasado tiempo aumentando el camuflaje en las entradas ocultas. Era una de las pocas actividades que podían hacer con seguridad sin atraer la atención. El punto débil en su defensa era la puerta del centinela. Tendrían que decidir si querían derrumbarla y perder permanentemente su punto de

observación o arriesgarse a dejarla abierta. Para Kaeden, no era una elección difícil en absoluto, pero ella no era la que daba las órdenes.

Todos miraron a Miara. Ella tampoco estaba al mando. Nadie lo estaba realmente, pero las cargas eran su diseño. Si iban a ser detonadas, ella era la que tendría que hacerlo.

—Me tomará unos momentos preparar todo —dijo Miara—. ¿Kolvin, tenemos ese tiempo?

—Lo tenemos si vamos ahora —dijo. Sus grandes ojos negros destellaban, incluso en la oscuridad de la cueva.

—Yo voy contigo —dijo Kaeden.

Miara hizo una pausa.

—Todavía no puedes andar a gatas —dijo—. Y no puedes ayudar con las cargas.

—No quiero que nos separemos —insistió Kaeden.

—Entonces déjame ir así puedo volver a toda prisa —dijo Miara.

—Tu hermana tiene razón —dijo Neera—. Pueden matar a una juntas tan fácilmente como separadas. Así que bien podrías quedarte aquí y jugar al crokin conmigo. Es tu turno de todos modos.

Kaeden la miró boquiabierto, sorprendida de que incluso en su duelo Neera pudiera decir algo tan terrible. Miara aprovechó la distracción de su hermana y se zambulló por el túnel con Kolvin en sus talones. El tiempo pareció estirarse para siempre, pero luego el suelo se sacudió ligeramente y Kaeden supo que se habían ocupado del puesto de centinela. Deseó haber podido ver a la figura que se acercaba. No le gustaba no saber lo que venía por ellos.

Neera la tocó en el hombro herido, y ella hizo una mueca. La muchacha mayor hizo un gesto hacia el tablero.

—Es tu turno, Kaeden —dijo, como si estuvieran sentadas en la cantina de Selda después del trabajo.

Kaeden recogió un disco y pensó en su próximo tiro.



Jenneth Pilar estaba empacando. No había ninguna rima ni razón en el Imperio una vez que se involucraban los usuarios de la Fuerza. Cada uno de sus laboriosos cálculos se ignoraba y todas sus fórmulas se desequilibraban por la sola presencia de dicha mitología, y él no tenía más paciencia para eso. El que se llamaba a sí mismo el Sexto Hermano había vuelto, y eso significaba que todas las bien planificadas metodologías de Jenneth estaban a punto de ser descartadas a favor de un complot que involucraba al supuesto jedi.

Todo el mundo sabía que los jedi estaban muertos. Tan lejos del Núcleo, había pocas personas que tuvieran alguna fe en la Orden Jedi. Jenneth no admiraba mucho sobre el Borde Exterior, pero respetaba eso. La Fuerza no tenía lugar en una galaxia ordenada. Simplemente no podía tenerse en cuenta en los cálculos.

Hizo una pausa, mirando a su alrededor de su habitación por si se había olvidado algo. Sus ojos cayeron sobre el cuaderno de datos que había utilizado para calcular exactamente cuánto de lo que el Imperio necesitaba podría ser extraído de la superficie de la luna antes de destruirla para las generaciones futuras. Tantos problemas por una planta. Solo una simple planta que podía ser procesada en un suplemento nutricional que le permitía a las personas que trabajaban en baja gravedad de procesar el oxígeno de manera más eficiente. No podía imaginarse que valiera todo el esfuerzo que el Imperio había hecho para procurársela.

Arrojó el cuaderno de datos en la maleta y cerró los pestillos. No era su problema. A él le habían pagado, y había supervisado el trabajo tanto como pudo antes de que se saliera de su control. No había razón para que los imperiales pensaran que los había menospreciado, y no había ninguna razón para que él permaneciera en la luna sumida en la ignorancia ni un momento más. Iba a volver a un planeta con árboles de verdad, comida de verdad, una cama de verdad, y sin un olor persistente a fertilizante.

En los campos, los granjeros trabajaban bajo coacción y las pequeñas plantas crecían más altas. En unos pocos días más podría comenzar la cosecha.

CAPÍTULO

22

A SU FAVOR, la figura en armadura todavía no había sacado un arma. Realmente quería hablar. El bláster de la propia Ahsoka colgaba a su lado, pero podía alcanzarlo si lo necesitaba. No importaba cuán rápidamente la figura podía desenfundar y disparar, Ahsoka sería más rápida. Sus reflejos entrenados por los jedi eran más que suficientes para eso. Al mismo tiempo, sabía que no tenía sentido un tiroteo a menos que fuera provocada. El agente del Sol Negro había venido a buscar a Ashla, por lo que Ashla podría encargarse de él.

—Estoy sorprendida de que el Sol Negro haya oído hablar de mí —dijo Ahsoka. Relajó los hombros, pero se mantuvo alerta, sus ojos escudriñaron la armadura del visitante en busca de debilidades y sus sentimientos en busca de la ola de agresión que podría precipitar una pelea.

—Mi organización mantiene la vigilancia en todo este sector —dijo el agente. El modulador de voz hacía que las palabras fueran difíciles de comprender. Debía ser una máquina vieja. O este agente era nuevo y no podía permitirse el lujo de buena tecnología, o era experimentado y había tenido su equipo durante algún tiempo—. Tendemos a notar cuando nuestros negocios salen mal.

Negocios no era el término que Ahsoka habría utilizado. Consideraba que todas las formas de tráfico de seres sintientes eran abominables. Ausentemente calculó el tiempo que le tomaría poner la nave en el aire desde su posición de partida en la parte inferior de la rampa. El carguero no estaba diseñado para los despegues rápidos, pero generalmente se podía forzar a una nave para hacer cualquier cosa una vez, y este podría ser el momento.

—Bueno —dijo ella—. Yo no sé mucho acerca de ese tipo de cosas. Solo soy un piloto contratado.

—Mi organización también es consciente de eso —dijo el agente—. Usted es mucho mejor que esa pequeña escoria Fardi. Lo que sea que le paguen, nosotros lo doblaremos.

—Me están ofreciendo un trabajo. —La voz de Ahsoka era plana.

—Lo hacemos —dijo el agente—. Contratos lucrativos y todos los beneficios que vienen de trabajar para una organización de tan alto nivel.

Ahsoka casi deseó que el agente hubiera llegado disparando.

—Tenía una cierta cantidad de libertad con los Fardi —dijo—. Dudo que sus empleadores me sigan permitiendo ser tan independiente.

—Hay algunas limitaciones que cabría esperar que acepte —admitió el agente. Se movió, y Ahsoka vio que la rodillera de su armadura estaba agrietada. Ese sería su primer objetivo, si se llegaba a eso—. Y también está la cuestión de los créditos que les debe.

—No le debo nada a nadie —dijo Ahsoka.

—Oh, pero lo hace —dijo el agente—. Usted le ha costado miles de créditos a Sol Negro, y los devolverá de una u otra forma.

—Esto suena cada vez menos como una oferta de trabajo —dijo Ahsoka.

—Su cadáver también es aceptable —dijo el agente.

—¿Puedo tomarme un tiempo para pensar en ello? —pidió Ahsoka.

—No mucho —dijo el agente—. Habrá otros buscándola. Tengo suerte de haberla encontrado primero.

Si el Sol Negro quería a un contrabandista que sentían que los había desairado lo suficiente como para enviar cazadores de recompensas, un sospechoso de jedi sería un objetivo aún mejor. No podía revelarse a este agente más de lo que podría haberse revelado a los imperiales en Thabeska. Eso significaría más gente persiguiéndola, y aunque ella sabía que podría manejarlos, tenía a otros que considerar. Dondequiera que se estableciera a continuación se convertiría en un objetivo, solo por su presencia. Tenía que ser cuidadosa.

—Me siento muy halagada —dijo—. Pero creo que no me interesa.

Para su crédito, el agente del Sol Negro no titubeó, pero todavía fue demasiado lento. Ahsoka estaba a la mitad de la rampa de su nave antes de que sonara la primera salva de disparos de bláster y cerrando la puerta antes de la segunda ronda. El agente podría haber cargado hacia la rampa pero en cambio decidió retirarse a su propia nave. Parecía que ahora tenía menos reparos en dispararle e iba a intentar derribarla en el aire.

Había buenas razones para ello. El carguero era voluminoso y no había sido diseñado para la velocidad. La nave del agente era estilizada y feroz, un depredador con ropas de nave. Ahsoka iba a tener un trabajo a su medida. Comenzó la secuencia de despegue incluso antes de haber cerrado la escotilla. En cuanto estuvo en el aire, dio la vuelta. Mirando hacia abajo, vio que el agente subía corriendo por la rampa de su propia nave. Las armas de la nave eran poderosas pero dispararían lentamente. Todo lo que tenía que hacer era evitar un golpe directo.

—Será fácil —dijo.

Activó los motores, poniendo tanta distancia entre ella y el agente del Sol Negro como pudo mientras todavía estaba ascendiendo. Tal vez sería un piloto terrible y esto sería fácil.

—O tal vez no —dijo, mientras la nave del agente cerraba la brecha hasta ella.

Le dio más combustible a los motores y bajó la nave hacia las cumbres de las montañas. Tendría que perder a su perseguidor de esa manera. Una avalancha de piedra estalló a su lado de babor cuando la artillería del agente destrozó la ladera de una montaña. Esquivó los escombros y voló más bajo, tratando de obligarlo a volar hacia abajo tras ella.

—Una cubierta de nubes estaría muy bien —le dijo a nadie en particular. Ni siquiera R2-D2 podía controlar el clima.

Vio un pico y giró a su alrededor, ladeándose tanto que el metal de la nave gimió por el esfuerzo. Aunque valió la pena, porque durante unos preciosos segundos, la nave del

Sol Negro cruzó por su línea de fuego. No desperdició la oportunidad. Sus armas disparaban mucho más rápidamente que las de él, en ráfagas más cortas y con menos energía concentrada pero todavía eficaces. Logró desactivar uno de sus cañones para cuando terminó su pasada, y todavía tenía que dar la vuelta para seguirla.

Utilizó el tiempo, aunque fuera breve, para iniciar el cálculo de hiperespacio de su computadora. No tenía sentido quedarse más tiempo. ¡No tendría esos días para despejarse la cabeza!

Aunque mientras continuaba evadiendo al agente, se dio cuenta de que su cabeza se sentía más despejada. Para bien o para mal, había tomado una decisión: había elegido proteger a los amigos que tenía y a los amigos que todavía podría hacer ocultando su identidad una vez más, a pesar de que eso le hacía más complicado escapar. Elegir, incluso bajo presión, la había hecho ver que era capaz de decidir sobre la marcha. Había hecho bien al revelarse en Raada, a pesar de que la había conducido a problemas, y había hecho bien al ocultarse en Thabeska. Ya no había ningún camino único para ella. Tendría que tomar decisiones como esa una y otra vez, pero siempre iba a ser *ella*. Ahsoka Tano. Estaba lista para dejar de lado a Ashla para siempre, aunque todavía no sabía exactamente quién iba a ser la nueva Ahsoka. Tendría que escribirle al Sol Negro una nota de agradecimiento.

—O tal vez no —dijo, cuando el agente atinó en su motor de estribor. Ahora iba a ser mucho más lenta, si el humo servía de indicación. Por lo menos su hiperimpulsor todavía estaba funcionando.

Hizo dar vuelta a la nave. Era hora de medidas drásticas. La otra nave corría hacia ella. El agente o no había notado su cambio de dirección o no le importaba que estaba a punto de embestirla. Ahsoka disparó con todo lo que tenía, acertando casi todos los tiros, pero él no se desvió de su curso.

Gritó, empujando el timón a un costado para que su nave se pusiera a rodar fuera de la trayectoria de la otra nave. Le tomó unos momentos recuperar el equilibrio, de la nave y de su estómago... y para entonces el agente venía a hacer otra pasada a la misma velocidad.

Ambos colectores del motor del agente echaban humo, una cosa negra y grasienta que se veía tan terrible como Ahsoka sabía que olería. El motor de estribor de la nave de ella casi se para. Sería solo cuestión de tiempo antes de que dejara de funcionar totalmente, y ella no podría correr.

—Vamos, vamos —le dijo a la computadora de navegación.

En ese momento, sucedieron varias cosas. La primera fue que su motor de estribor falló y ella comenzó a girar fuera de control. La segunda fue que el agente del Sol Negro se elevó, como si quisiera ver su caída desde la distancia. La tercera fue que apareció otra nave en el cielo, y era mucho más grande que la suya.

Ahsoka solo la vio en destellos mientras rotaba. Era una nave nueva, de casco brillante con cañones modernos. Tenía marcas, pero no pudo distinguirlas. Lo que pudo distinguir era que la nave no la estaba atacando a ella. Estaba atacando a la nave del Sol Negro.

Ante la embestida de una nave de ese tamaño, el esbelto navío no tenía posibilidades. El agente debió haberlo sabido, porque se dio la vuelta y huyó después de la primera salva. Ahsoka utilizó el respiro para detener el giro de su nave. Se estabilizó justo por encima de las copas de los árboles y comenzó a subir otra vez, tratando de alcanzar la órbita y alejarse para poder hacer el salto al hiperespacio. Se movía lentamente con un solo motor, y tuvo que utilizar toda su fuerza para mantener la nave en curso.

Entre eso y el bajón de su adrenalina, no pudo localizar a la nave más grande. Trató de verla en los escáneres, pero manejar el timón requería de demasiada concentración.

—Solo un poco más —dijo—. Solo un poco más.

Llegó al espacio y apagó el motor de babor antes de que se pudiera quemar también. Fuera de la gravedad y la atmósfera del planeta, ella pudo relajarse un poco y utilizar los propulsores para mantener la estabilidad mientras que la inercia la llevaba hacia un lugar donde sería capaz de dar el salto.

—Acerca de ese hiperimpulsor —dijo, volviendo a la computadora de navegación y preparando las partes manuales del cálculo.

Sus alarmas de proximidad se activaron. La nave más grande estaba justo encima de ella. Debió haber esperado a que volviera a órbita y entonces se abalanzó cuando se detuvo para recuperar el aliento.

—¡Vamos, vamos! —le dijo a la computadora, pero tenía la angustiada sensación de que era demasiado tarde.

Efectivamente, unos segundos más tarde, cuando la computadora pitó y ella intentó hacer el salto al hiperespacio, no pasó nada. Estaba atrapada en un rayo tractor.

CAPÍTULO

23

MIARA REVISÓ EL circuito tan cuidadosamente como la situación actual se lo permitía. Por lo general, no era buena idea apresurarse con los explosivos. Además, necesitaba que estos explotaran discretamente. No les serviría de nada volar la ladera de la colina, solo para que lo que fuera que estaba ahí afuera siguiera la explosión de vuelta a su fuente. Mantenía la cabeza despejada y calma y trabajaba con las manos firmes. A su lado, Kolvin no era tan paciente.

—Quieres dejar de hacer eso —dijo, cuando sus movimientos inquietos fueron demasiado para los nervios cada vez más desgastados de ella.

—Se está acercando, Miara —dijo Kolvin.

—Ya lo sé, idiota —dijo ella—. Pero si me apresuro ahora, podría volarte a ti en su lugar.

—Cierto —dijo Kolvin—. Lo siento.

—Solo espera en algún otro sitio, ¿quieres? —pidió ella—. Me estás tapando la luz.

Él le dio algo de espacio, y ella volvió a trabajar. Solo un par de interruptores y estaría lista. Afortunadamente, cuando había preparado esto en primer lugar, había anticipado que sería necesaria una explosión invisible. Ya estaba todo en su lugar. Solo tenía que establecer la secuencia de ignición final.

—Muy bien, Kolvin, de vuelta al túnel —dijo ella, cerrando el circuito final.

—¿Realmente vas a hacerme explotar? —preguntó, pero ya estaba en movimiento.

—No —dijo ella—. Aunque es tentador. Va a haber mucho polvo aquí, eso es todo. La mayor parte de esta explosión está dirigida hacia abajo.

Kolvin se metió a gatas por el túnel y ella lo siguió. Cuando ambos estuvieron totalmente cubiertos por el techo más bajo, ella accionó el detonador. Hubo un estruendo sordo por debajo de ellos y un retumbar más fuerte por detrás cuando las rocas cayeron hacia adentro. Ambos empezaron a toser.

—Muévete —dijo ella, farfullando. Iba a tomarle semanas sacarse de la boca el sabor de los desechos humeantes.

Kolvin se movió, y ella lo siguió. Unos segundos más tarde, emergieron a la caverna principal. Kaeden todavía estaba jugando al crokin con la pobre Neera, pero se levantó y se acercó tan pronto como vio a Miara y comenzó a sacudir el polvo de la espalda y hombros de su hermana tan bien como podía con un solo brazo.

—Hey, hey, ya basta —dijo Miara, aunque para ser honesta, se sentía agradable saber que Kaeden se preocupaba por ella.

—Lo siento —dijo Kaeden—. Realmente odio toda esta espera, incluso cuando no estamos separadas.

—Lo sé —dijo Miara.

Nunca habían hablado sobre ello, pero la noche y el día que Miara había pasado esperando a que Kaeden volviera después de la incursión fue el peor momento de la vida de Miara. A pesar de que había sabido, lógicamente, que Kaeden no podría regresar hasta que oscureciera, cada minuto del día parecía burlarse de ella. Cuando oyó que la nave de Ahsoka despegaba, casi se había dado por vencida y salido corriendo por las colinas, gritando como Neera. Kolvin prácticamente se había sentado sobre su pecho hasta que se calmó. Cuando Kaeden finalmente había llegado, con el cabello hecho un desastre y su pobre brazo arrastrándose inútil a su lado, pasaron horas antes de que Miara estuvo dispuesta a dejarla.

—Espero que Ahsoka regrese —dijo Miara—. Quiero decir, obviamente que me gustaría que nos rescatara otra vez, pero más importante, quiero decirle que lo siento.

—Tienes prioridades extrañas, hermanita —dijo Kaeden—. Pero supongo que yo ya pude pedir disculpas.

—Sí —dijo Miara—. No la culpo realmente de nada de lo que sucedió. Sé que ella nos ayudó tanto como pudo.

No hablaban de los demás, Vartan y Selda o cualquiera del resto de los granjeros que no habían participado en la incursión. No saber era malo, pero especular solo empeoraría las cosas.

Esperaron.

Neera perdió el interés en el tablero de crokin y comenzó a caminar en círculos en una esquina, murmurando por lo bajo. Kolvin fue a revisar el evaporador, que había estado haciendo ruidos extraños durante unos días. El resto de los insurgentes revisaba sus armas, aunque nada había cambiado desde la última vez que las usaron. Cualquier cosa para mantenerse distraídos mientras esperaban a ver si la misteriosa criatura los encontraba.

Entonces, desde fuera de la cueva, vino una voz muy alta.

—¡Kaeden Larte! Sé que estás ahí.

Kaeden se sobresaltó, sacudiendo el brazo con dolor. Los ojos de Miara se abrieron como platos, y todo el mundo en la cueva, incluso Neera, se congeló.

—Sal, Kaeden Larte —continuaron los gritos—. Ríndete o derrumbaré su pequeño escondite, y tu hermana y tus amigos van a morir boqueando en busca de aire.

Kaeden estaba de pie antes de que Miara pudiera detenerla.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Miara—. No puedes simplemente salir allí.

—¡Tampoco puedo quedarme aquí! —dijo Kaeden—. Sabíamos que nos encontrarían de alguna manera, y sabíamos que no sería una lucha justa cuando lo hicieran. Yo solo soy el nombre que conocen, eso es todo.

—Puede hacernos volar a todos de todas formas. —Neera se materializó junto a ellas, su rostro completamente inmóvil y sus ojos azules enfocados de una manera que no habían visto desde que murió su hermano.

—Ahsoka escogió las puertas de escape porque tienen líneas de visión unas con otras —Kaeden le recordó a su hermana—. Voy a salir por la más pequeña, y ustedes pueden vigilar por las demás. Tal vez tengan un tiro despejado.

—Si no trajo a sus amigos —dijo Kolvin.

—Kaeden Larte —volvió a decir la voz—. Empiezo a cansarme de esperar.

—Mira, solo ponte en posición —dijo Kaeden—. Iré.

—Yo también voy —dijo Miara—. Tú lo has dicho. No deberíamos separarnos.

Kaeden miró a los ojos de Neera, esperando que la muchacha mayor lo entendiera. Kaeden no podría soportar ver a su hermana torturada de la manera que había sido ella. Entonces definitivamente le diría al interrogador todo lo que quisiera saber. Neera asintió con la cabeza y levantó su bláster. Era un modelo nuevo, robado a un soldado de asalto durante la incursión, y podía ponerse en aturdir. Miara nunca supo lo que la golpeó.

—Dile que lo lamento —dijo Kaeden, y entonces se había ido.

Era difícil andar a gatas a través del túnel de conexión, a pesar de que escogió el más corto. No podía apoyar ningún peso sobre su brazo derecho, por lo que era más como arrastrarse por el polvo. *Fantástico*, pensó. *No solo estoy a punto de ser capturada por los imperiales otra vez, además voy a estar absolutamente sucia cuando me atrapen. Si me conceden un último deseo, voy a tener que pedir un baño.* Al menos su lentitud le dio a los demás tiempo para ponerse en posición.

Estudió a la criatura antes de salir a su encuentro. Era alta, ancha de hombros, y de una especie que ella nunca había visto antes. Su rostro era gris, y no parecía que el color fuera natural. Había otras marcas, demasiado uniformes para ser cicatrices, en sus mejillas, nariz y mentón. Le daban a su rostro un aspecto malvado, aunque Kaeden imaginaba que sin ellas y sin esos penetrantes ojos azul-hielo, no sería tan intimidante. Pero así, era bastante intimidante. También llevaba un uniforme gris, pero no el de un típico oficial. No había ninguna insignia de rango. Era como si hubiera sido diseñado para ser tan poco llamativo como fuera posible, excepto por una cosa: tenía un enorme sable doble rojo.

De alguna manera, Kaeden encontró el valor para seguir caminando.

Salió a los tropezos de la cueva, entrecerrando los ojos contra la luz brillante, y se paró delante de él, esperando que le dijera qué hacer a continuación.

—Soy Kaeden —dijo—. Ahora deja tranquilos a mis amigos.

La figura gris se echó a reír. No era un sonido agradable.

—Pero si han salido a vernos —dijo y estiró una mano.

Kaeden había visto a Ahsoka usar la Fuerza dos veces. La primera vez fue cuando había desviado los blásteres imperiales y la segunda cuando había rescatado a Kaeden levantándola a través de la ventana de la celda de la prisión. Esto no fue nada parecido. Kaeden casi pudo sentir la antinaturalidad, lo equivocado que era, y entonces Kolvin fue arrastrado fuera de la cueva a su izquierda, agarrándose la garganta mientras sus rodillas se arrastraban por el suelo.

—¡Basta! —dijo Kaeden—. ¡Me rindo, me rindo, solo *basta!*

Pero la criatura gris no la escuchaba. El forcejeo de Kolvin se volvió más y más débil a medida que su vida era ahogada, y luego todo empeoró. La ladera alrededor de Kaeden estalló en fuego bláster cuando sus amigos restantes intentaron disparar a la criatura.

Hicieron su mejor esfuerzo, y eran tiradores decentes, pero ni siquiera estuvieron cerca. La criatura gris era más que rival para ellos, y no tenía piedad. Su sable de luz giraba tan rápido que parecía un anillo de luz roja en vez de una hoja, desviando todos los tiros de vuelta a quien los había disparado. Kaeden oyó los gritos, cuando sus amigos fueron heridos, y luego oyó el silencio cuando murieron. Cuando todo quedó en silencio de nuevo, se dio cuenta de que ella todavía estaba en pie y Kolvin todavía estaba fijo en el lugar a su lado. Había dejado de luchar, casi toda la luz se había ido de sus enormes ojos. No podía dejar de mirarlo. Ahsoka la había hecho apartar la mirada de la muerte antes, pero ahora no podía escapar de ella.

—Esto es lo que le sucede a aquellos que se resisten al Imperio —dijo la criatura gris.

Lanzó el sable de luz que todavía giraba hacia Kolvin y lo cortó a la mitad. Kaeden gritó, esperando una fuente de sangre, pero ambas mitades del cuerpo cayeron limpiamente con un golpe seco al suelo y ni siquiera se sacudieron. La frialdad de la muerte de Kolvin fue casi peor. El sable de luz voló de regreso a la mano de la criatura gris. Lo apagó y lo guardó en algún lugar a su espalda. Kaeden ni siquiera pensó en tratar de robarlo. No podría dar ni tres pasos.

—¿Qué eres tú? —preguntó Kaeden, sorprendida de tener alguna voz en absoluto.

—Yo soy el futuro —dijo la criatura gris—. Y la única razón por la que estás viva es porque te necesito para que mi futuro suceda.

La agarró por el brazo bueno y la obligó a caminar delante de él. Ella pensó en resistirse, en obligarlo a matarla allí y entonces, con los demás, así no podría usarla para sus fines. Tenía que estar tras Ahsoka. Era la única razón que podía pensar por la que alguien la querría específicamente a ella. Ahsoka ya la había rescatado una vez. Deben querer que lo intente de nuevo. Si moría ahora, Ahsoka no tendría ninguna razón para volver, y Kaeden podría yacer en el polvo con el resto de sus...

Miara. Que no había querido dejarla. Que yacía inconsciente en la cueva, gracias al pensamiento rápido de Neera. Neera que estaba muerta pero que había salvado a Miara sin siquiera saberlo. Kaeden tenía que vivir un poco más para poder alejar a esta terrible criatura de su hermana.

—Bien, bien —dijo, zafándose el brazo. Le dolía, todo su cuerpo le dolía, pero podía hacer esto—. Puedo caminar por mi cuenta.

—Excelente —dijo la criatura gris—. Queremos que estés en tu mejor forma para cuando tu amiguita jedi venga a salvarte.

Se rió otra vez, cruelmente, y le dio un empujón a Kaeden entre los omóplatos. Tropezó, pero logró evitar la caída. Caminaba tan rápido como podía hacia la ciudad, sin saber cuánto tiempo el aturdidor imperial mantendría inconsciente a Miara. Lamentaba que Miara despertaría para descubrir los cuerpos de sus amigos, particularmente el de Neera, pero al menos ella despertaría. También era inteligente, sabía Kaeden. Iría con Vartan o Selda o a otro lugar antes de intentar algo estúpido como un rescate.

En cuanto a Ahsoka, ella era una jedi. Había luchado en las Guerras Clon, y de alguna manera había logrado sobrevivir a la purga jedi cuando comenzó el Imperio. Eso significaba que tenía recursos y podía pensar rápido. Sabría que era una trampa. Abandonaría a Kaeden, o vendría preparada para pelear.

Kaeden se aferró a esa esperanza como si tuviera los dos brazos sanos, apretó los dientes contra el dolor y siguió caminando.

CAPÍTULO

24

EL RAYO TRACTOR pareció tomarse su tiempo en tirar de ella hasta la bodega. Era casi como si quienquiera que había capturado Ahsoka quería que tuviera tiempo para armarse a sí misma y prepararse para luchar. Y eso fue lo que hizo exactamente. Dejó el bláster donde estaba pero rebuscó en la caja de armas que llevaban todas las naves Fardi. Nunca había revisado la de ella antes, porque nunca lo había necesitado, pero había una primera vez para todo. Descartó varios blásteres más pequeños, un rifle aturdidor y tres explosivos cuyas potencias explosivas no estaban indicadas. En el fondo de la caja había un par de bastones. No eran perfectos, pero eran tan cerca de sus viejos sables de luz como podría llegar. Luego fue a la escotilla principal y esperó.

Después de lo que se sintió como una eternidad, la escotilla se abrió. Parados allí había dos humanos, ambos con cascos que cubrían sus rostros y las armas alzadas. No sabía si eran las únicas dos personas a bordo, y no esperó para averiguarlo. Saltó, dando una vuelta por la rampa para asestar una patada al humano más alto en la base de su casco, mientras que golpeaba la más baja con el bastón en su mano derecha. No estaban preparados para la rapidez de su ataque. El hombre cayó de inmediato, pero la más baja, una mujer, logró esquivar todo el impacto del primer golpe.

—¡Espera! —dijo—. Estamos aquí en nombre de...

Eso fue tan lejos como Ahsoka la dejó llegar antes de derribar a la mujer con otro golpe al casco. Ambos despertarían, pero para entonces Ahsoka se habría ido. Aunque primero, tendría que desactivar el rayo tractor, y el lugar más fácil para hacerlo era el puente.

Con los bastones listos, recorrió la nave. Había una línea bastante recta desde la bodega al puente, pero quería estar segura de que nadie la sorprendiera, así que tomó un rápido desvío a la sala de máquinas y a los camarotes por el camino. No había nadie a bordo, lo cual era extraño, porque la nave podría haber llevado a muchos más tripulantes sin forzar los recicladores de oxígeno. Tal vez a sus potenciales captores simplemente les gustaba su privacidad.

Ahsoka se encogió de hombros y abrió la puerta que llevaba al puente. Lo primero que notó fue que aquí tampoco había gente. Lo segundo que notó fue el pitido de un droide astromecánico, que sonaba exactamente como...

—¡Erredós! —No quiso gritarle al pequeño droide, pero estaba tan sobresaltada y sorprendida que no pudo evitarlo. Había tenido un día muy estresante.

El pequeño droide azul y plata se desconectó de la consola en la que estaba trabajando y fue hacia ella tan rápidamente que por un segundo pensó que podría haber

volado. Estaba pitando tan rápido que apenas podía entenderlo, pero podía notar por su tono que R2-D2 estaba tan contento de verla como ella de verlo a él.

—Estoy tan contenta de que estés bien —dijo, poniéndose de rodillas para darle un abrazo al droide. No le importaba si era algo tonto, y R2-D2 pareció apreciar el gesto—. ¿Ni siquiera te borraron la memoria?

El droide le pitó felizmente.

—¿Ahora trabajas para un senador? ¿Pero se supone que no debes decirme quién? —dijo ella. El droide siempre había sido bueno guardando secretos—. ¿Qué tal tus amigos en la bodega? ¿Me puedes contar algo sobre ellos?

R2-D2 retrocedió por el piso e hizo aparecer dos holos. Tenían etiquetas, y leyó los nombres del piloto y copiloto, los dos que había dejado inconscientes en la bodega de su nave.

—Espero que no me guarden rencor —dijo—. Pero en serio, ¿qué esperaban? Capturar gente con rayos tractores.

El droide astromecánico chirrió reconfortantemente y volvió a su lado. Iba a tener que irse pronto, pero realmente no quería volver a separarse del pequeño droide.

—¿Cuál era su misión, de todos modos? —preguntó Ahsoka.

R2-D2 le dijo lo que podía, específicamente que al piloto, Chardri Tage y su socia, Tamsin, les habían encargado llevarla a reunirse con alguien.

—¿El mismo senador cuya identidad no me puedes contar? —preguntó Ahsoka—. Erredós, necesito saberlo.

El droide pareció considerarlo por un momento, rodando atrás y adelante sobre sus tres patas. Luego dijo un nombre.

—¿Bail Organa? —dijo Ahsoka—. No puedo creer que lo dejaron vivir. Es un simpatizante jedi reconocido. Debe estar en mucho peligro.

R2-D2 pitó que ella no sabía ni la mitad.

—Y no me lo dirás —dijo Ahsoka—. Lo entiendo.

El droide le recordó que Padmé Amidala también había confiado en Bail, no sólo los jedi. Ahsoka suspiró.

—Mira, ¿puedes liberar mi nave del rayo tractor? —le pidió—. Y entonces yo me escapo, y le puedes decir a todo el mundo que nunca me viste, ¿de acuerdo? Solo asegúrate de que pueda rastrear a esta nave. Si me gusta lo que veo, volveré. Lo prometo.

R2-D2 rodó atrás y adelante por unos momentos. El pequeño droide estaba acostumbrado al espionaje y las altas apuestas. Iba a entender por qué Ahsoka quería hacer esto bajo sus propios términos, tanto como pudiera. Después de un momento, pitó su aceptación y le dio un código que ella podría utilizar para rastrear la nave.

—Gracias, Erredós —dijo. Se volvió para irse, pero él se volvió a acercarse a ella. Hizo una serie de sonidos tristes.

—Lo sé, pequeño. —Su corazón se apretó alrededor del lugar vacío donde solía estar Anakin Skywalker—. Yo también lo extraño.

R2-D2 volvió a los controles, y Ahsoka vio que estaba borrando todos los datos de vigilancia de su conversación. Luego le pitó una despedida y activó un circuito eléctrico

que haría que pareciera que ella le había dado un cortocircuito. No engañaría a Bail, por lo que sabría que debía esperarla si estaba prestando atención, pero probablemente haría el truco con los dos pilotos.

Ahsoka no perdió más tiempo. Volvió a la bodega, arrastró a los pilotos a la zona presurizada, y luego abordó su nave y encendió los motores, tanto como lo permitía su condición de avería. Salió de la bahía de carga y escaneó alrededor en busca de un buen lugar para esconderse y hacer las reparaciones mientras esperaba a que los pilotos despertaran.

Al final, tuvo que conformarse con una de las pequeñas lunas que orbitaba el planeta donde había luchado contra el agente del Sol Negro. Esperaba que él no se hubiera escondido allí también, pero sinceramente, no creía que ni siquiera *su* suerte de hoy pudiera ser tan mala. Estaba a punto de terminar con sus reparaciones cuando la señal de Erredós comenzó a pitarle, indicando hacia dónde se habían ido él y los pilotos. La miró hasta que se cortó, lo que significaba que habían entrado al hiperespacio, y luego se acomodó para dormir una siesta. Quería que tuvieran una ventaja, y de todos modos, necesitaba estar descansada cuando hablara con Bail.

Flotando por encima de alguna luna sin nombre, Ahsoka cerró los ojos y se quedó dormida.



Bail tuvo que esforzarse para no reír mientras que Chardri Tage le relataba su informe. Ni siquiera habían visto a la jedi el tiempo suficiente para darle una descripción. Ella los había dejado inconscientes de inmediato, hecho un cortocircuito en la unidad R2, y desactivado el rayo tractor sin ningún esfuerzo en absoluto. Bail en realidad se sentía un poco culpable. No le había contado a Tage contra qué los mandaba a él y a Tamsin, y al parecer la jedi estaba tan bien entrenada en el combate como cualquier veterano de las Guerras Clon. Incluso había borrado la mayoría de las grabaciones de seguridad, pero hubo un clip que se había pasado por alto.

Era una toma de la sala de máquinas. A primera vista, todo parecía en orden, pero si lo pausaba en el momento justo, se podía ver claramente un par de montras por encima de una de las bobinas mientras la jedi comprobaba para asegurarse de que la habitación estaba vacía. Bail se tragó un grito de puro triunfo. Él conocía esas marcas. No se trataba de cualquier jedi; era Ahsoka Tano, y él tenía que encontrarla de inmediato.

Hizo una pausa. Ahsoka habría reconocido a R2-D2. Más importante, el astromecánico la habría reconocido a *ella*.

—Pequeño demonio de metal —dijo Bail, maldiciendo a la unidad ausente.

Realmente no podía culpar a Ahsoka por su precaución. Él no se había asociado con ella de forma tan estrecha como con Skywalker y Kenobi, y ella se había alejado de todos cuando se fue de Coruscant. Además, él había enviado a dos personas a secuestrarla,

esencialmente. Aunque ella debía tener un plan, y la unidad R2 sin duda lo conocía: el droide prácticamente le había dicho que la esperara, aunque sin darle ningún detalle.

Grabó un nuevo mensaje para enviar a Tage, dándole coordenadas para encontrarse, a pesar de que no habían capturado con éxito a la jedi tras la que iban. Tage no respondió con un holo, simplemente envió un código de confirmación, pero Bail sabía que sus órdenes serían seguidas al pie de la letra.

Ahsoka Tano lo encontraría, y él estaría listo para ella. No sabía lo que le diría, cuánto ya sabía ella, y cuánto debía saber. Tal vez sería lo mejor si no le contaba nada en absoluto. Pensó en su hija, a salvo en Alderaan, y en el niño, a salvo en el desierto. Les debía su silencio, pero iba a hacer su mejor esfuerzo para tantear a Ahsoka. Si ella ya lo sabía, iba a ser una valiosa aliada. No podía contarle que Obi-Wan vivía, pero podía ganarse su confianza de otras formas, y comenzaría por darle su invitación en persona.

Salió de su camarote en la *Tantive IV* del capitán Antilles y se dirigió al puente. El capitán estaba en su puesto, por lo que no demoró mucho en cumplir con su pedido. Antilles era extremadamente leal y sabía que no convenía hacer preguntas en frente de la tripulación. Estaban trabajando, poco a poco, en reemplazar a cada miembro de la tripulación por un rebelde o reclutar a los tripulantes existentes para la causa, pero era un trabajo de paciencia y prudencia. Por el momento, todo el mundo era lo suficientemente leal a Alderaan, y a Breha específicamente, para guardar el secreto. El resto vendría con el tiempo. Era un lugar tan seguro como cualquier otro para encontrarse con un jedi.

El viaje a través del hiperespacio fue corto, y la nave de Tage los esperaba cuando llegaron. No había ninguna señal de Ahsoka. El sistema en el que estaban estaba prácticamente vacío, pero había algunos pocos planetas despoblados cerca. A Antilles le gustaba organizar reuniones donde hubiera escondites disponibles si se necesitaban. Esperaron algunas horas, sin ninguna señal de otra nave. Finalmente, Bail ordenó a Tage que devolviera la unidad R2 a la burladora de bloqueos y se fuera. Tal vez se había equivocado acerca de las lealtades de Ahsoka. Tal vez ella ya había sentado cabeza en una nueva vida y no quería meterse en otra guerra. No podía decir que la culpaba.

Bail se encargó que la unidad R2 volviera junto a su voluble compañero de protocolo dorado, que de inmediato comenzó a reprender al pequeño astromecánico, y luego volvió a su camarote. Estaba en el centro de la nave, accesible por el pasillo principal. Nunca había pensado mucho en el conducto de mantenimiento que corría detrás de la fila de los camarotes de huéspedes. Proporcionaba acceso a los paneles que controlaban los sistemas ambientales en cada suite y también conectaba el puente a la sala de máquinas como una ruta alternativa por si sucedía algo que comprometiera el pasillo principal. Allí había varias cápsulas de escape y una esclusa de aire.

Bail entró a su oficina temporal, encendió las luces, y casi tuvo un ataque al corazón. Sentada a su escritorio, vestida con un traje de presión al que le faltaba el casco, que descansaba sobre la mesa entre ellos, estaba Ahsoka Tano.

—Hola, senador —dijo ella amablemente—. He oído que querías hablar.

CAPÍTULO

25

—**¿CÓMO ENTRASTE AQUÍ?** —Bail dijo lo primero que le vino a la cabeza.

—Erredós me abrió la escotilla tan pronto como llegó a bordo —dijo Ahsoka.

—Debería hacerlo desactivar —dijo Bail, sin nada de verdadera furia en la voz—. Es demasiado independiente para un droide.

—Tuvo muchos malos ejemplos —dijo secamente Ahsoka.

—Eso es cierto —dijo Bail—. Aunque Skywalker también fue tu maestro.

—En realidad, estaba hablando acerca de la senadora Amidala —dijo Ahsoka—. Erredós perteneció a ella en primer lugar.

—¿Dónde está tu nave? —preguntó Bail, cambiando de tema para evitar la repentina opresión en su garganta.

—Escondida en una de las rocas sin vida de este sistema. Sabía que yo sería demasiado pequeña para ser detectada por los escáneres, a menos que alguien tuviera mucha suerte al mirar por la ventana. —Ahsoka miró al casco—. Me sorprende haber encontrado uno que me quedara.

—¿Por qué no simplemente viniste con Chardri Tage? —dijo Bail—. ¿Y ahorrarte la molestia?

—En mi posición es difícil confiar en alguien que emplea un rayo tractor antes de saludar —dijo Ahsoka—. ¿Supongo que no les dijiste tras quién iban?

—No —dijo Bail—. Quería preservar tu anonimato. No sabía que eras tú hasta que vi las grabaciones de vigilancia.

—Se suponía que Erredós iba a borrar todo eso —se quejó Ahsoka—. Creo que podrías estar en lo cierto acerca de su veta independiente.

—He descubierto que es difícil buscar a la gente sin comprometer su seguridad —dijo Bail—. El nuevo orden es riguroso e implacable, así que pensé que si no deseabas ser encontrada, te daría la opción.

—¿Cómo sabías siquiera dónde buscar? —preguntó Ahsoka.

—Me mantengo pendiente acerca de los actos de bondad en nuestra nueva galaxia —dijo Bail—. Cuando hay una concentración de ellos, trato de averiguar quién está detrás de ellos, y luego tenemos una charla.

—¿Y de qué charlan? —preguntó Ahsoka.

Bail le dio una mirada evaluadora y decidió seguir adelante.

—La Rebelión, padawan Tano —dijo—. Busco a gente dispuesta a luchar contra el Emperador, el Imperio, y todo lo que representa.

—Ya no merezco ese título, senador —dijo Ahsoka en voz baja—. Y no merezco su confianza.

Bail la dejó esperando por unos momentos tras esa declaración. La política le había enseñado a hacer que la gente hable.

—Hay un planeta —dijo ella, finalmente—. Una luna, en realidad. Traté de ayudarlos cuando llegó el Imperio, pero no pude. Alguna gente murió. Tuve que huir y dejarlos atrás.

—Raada —dijo él—. He oído hablar de eso, y lo que hiciste allí.

—Tratamos de luchar, y todo empeoró —dijo Ahsoka—. No es como en las Guerras Clon. Nunca estuve sola entonces. Tenía un ejército, tenía maestros, tenía...

Había tenido a Anakin Skywalker.

—No puedes luchar sola contra el Imperio, Ahsoka —dijo suavemente Bail—. Pero tampoco tienes que hacerlo. Puedes luchar contra él conmigo.

—Ya no puedo estar al mando de gente —dijo ella con una sacudida de la cabeza—. No puedo darles órdenes que los lleven a sus muertes. He hecho eso demasiadas veces.

—Entonces encontraremos otra cosa que puedas hacer —dijo él—. Tengo muchos puestos de trabajo, como te puedes imaginar.

Podía ver que ella estaba muy tentada. Sería más seguro que seguir corrigiendo los males por su cuenta. Lo que fuera que la estaba persiguiendo, iba a costarle más encontrarla.

—Hay unos niños —dijo ella después de un largo momento. A él le dio un escalofrío—. Por toda la galaxia. Yo conocí a uno, pero sé que va a haber otros. Habrían sido jedi. Ahora solo están en peligro. Hay algo que los está cazando. No sé lo que es. Nunca lo he visto. Pero si me ayudas a encontrarlo, voy a unirme a tu rebelión.

El modo casual en que ella había hablado acerca de Anakin y Padmé le hizo pensar que podría haber conocido la verdadera naturaleza de su relación, aunque no el resultado. Estaba seguro de que no sabía acerca de Leia, acerca del niño. No podía conocer sus motivaciones, pero él daría vuelta cada piedra de la galaxia para ayudarla, si estaba en su poder hacerlo. Tener a alguien para liderar la búsqueda también sería bueno para él. Cada capa de engaño entre él y cualquier cosa conectada a la Fuerza era otra capa en la red de seguridad que estaba construyendo para su hija.

—Eso me parece un buen trato —dijo él, cuando recuperó la voz—. Y resulta que tengo una misión para ti. ¿Estás dispuesta?



Ahsoka estaba exhausta, aunque hizo su mejor esfuerzo para evitar que se le notara en el rostro. La lucha con el agente del Sol Negro, su escape de los mercenarios de Bail, y luego su viaje por gravedad cero, la habían agotado. Permanecer erguida detrás de la mesa le estaba tomando todo lo que tenía, mientras ella y el senador intercambiaban golpes, luego palabras, y finalmente empezaron las negociaciones. Cuando le dijo que tenía una misión para ella, ella casi se desvanece, pero había estado despierta todo ese tiempo. Podía aguantar un poco más.

—Podría necesitar una comida antes de volver a salir —dijo ella—, pero me gustaría saber acerca de lo que sea que piensas en que yo estaría interesada.

—Es en Raada —dijo Bail. Ahsoka se sintió inmediatamente despierta—. Mis contactos en ese sector han estado obteniendo información irregular por un largo tiempo, lo que es parte de la razón por la que me tomó tanto tiempo encontrarte, pero por otro lado esto es tan claro como la luz de una estrella.

Ahsoka extendió las manos y Bail le entregó un cuaderno de datos. Examinó su contenido mientras Bail continuaba hablando. La mayoría eran mapas y diagramas del complejo imperial, cosas que ella ya conocía.

—Parece que hay un nuevo tipo de agente imperial allí —continuó Bail—. No militar, pero poderoso. Tiene el control completo de la guarnición, si lo quiere, y le da órdenes a los oficiales como si fueran soldados de asalto. Todo esto se complica más por los informes de que lleva un sable de luz rojo de doble hoja.

Ahsoka casi deja caer el cuaderno de datos. Se estaba volviendo demasiado fácil sorprenderla. Necesitaba reenfocarse, pero no podía encontrar nada en lo que enfocarse.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó.

—La abrumadora mayoría de las descripciones dicen que es *gris* —dijo Bail—. Creo que eso no es terriblemente útil. Ni siquiera las grabaciones de seguridad revelan mucho.

Ahsoka le dio vueltas rápidamente en su mente. *Gris* no era una palabra que nadie usaría para describir cualquiera de los adversarios que ella solía enfrentar. Esto tenía que ser alguien más. Alguien nuevo. Alguien como...

—¿Una sombra? —preguntó—. ¿Gris como una sombra?

—Supongo —dijo Bail—. Se rumorea que es muy rápido, y debe ser un usuario de la Fuerza para llevar un sable de luz, ¿no crees?

—No necesariamente —dijo Ahsoka—. Pero es probable que sea cierto en este caso. El Imperio no envía a cualquiera a cazar jedi.

—¿Cómo sabes que está cazando jedi? —dijo Bail.

—¿No crees que es un poco extraño que tus datos de inteligencia sobre Raada eran tan irregulares hasta ahora? —dijo Ahsoka—. ¿Hasta que yo empecé a llamar la atención con mis «actos de bondad» como tú los llamas? ¿Hasta que, sea lo que sea esta criatura, se apartó de los rumores que estaba cazando para seguir a una presa mayor?

—No sabía acerca de la última parte —dijo Bail—. Pero sí, pensé que era extraño. También, hay algo más que necesitas ver. Pensaba que se trataba de una trampa para cualquiera, pero ahora que he escuchado tu lado de la historia, creo que puede ser una trampa específicamente para ti.

Bail recogió el cuaderno de datos que Ahsoka había dejado y avanzó hasta la entrada final. Era una foto, tomada por una cámara de seguridad y transmitida a través de las estrellas, para ser descifrada por los agentes de Bail. Pero era sorprendentemente clara para tratarse de una transmisión accidental. Saber que era una trampa hacía que la claridad tuviera mucho más sentido.

Ahsoka tomó de nuevo el cuaderno de datos y miró la imagen. Sus latidos se aceleraron, y sintió como si todo el oxígeno hubiera sido succionado a través de la

esclusa de aire que había utilizado para entrar a la oficina de Bail. Allí estaba la criatura gris, su rostro oculto por un casco, pero su sable de luz claramente visible. Y allí estaba Kaeden Larte, obviamente su prisionera, con su brazo roto atado fuertemente a su pecho y su pelo muy rizado volando en todas direcciones.

—Oh, no —jadeó Ahsoka—. Tengo que...

—Alto —dijo firmemente Bail. Ella se congeló automáticamente y luego lo miró. Su expresión se suavizó y dio la vuelta alrededor de la mesa para estar cerca de ella—. Ahsoka, necesitas descansar. Necesitas trazar un plan. No van a lastimarla más. Necesitan que te muestres primero. Lo mejor que puedes hacer es asegurarte de que estás tan preparada como sea posible cuando lo hagas.

Ella se desplomó en la silla, las manos en su regazo en signo de derrota. Él se acercó a ponerle la mano sobre el hombro, y ambos saltaron cuando hubo un clamor al otro lado de la puerta principal de su suite. Se abrió con un siseo y el capitán Antilles irrumpió a la habitación seguido por varios oficiales de seguridad.

—¡Senador! —dijo Antilles, y luego se detuvo. Evaluó la sala de un vistazo e indicó a la fuerza de seguridad que se fuera.

—Todo está bajo control, capitán —dijo Bail—. Esta es una amiga mía. Va a quedarse con nosotros por algún tiempo. Tendremos que recoger su nave antes de irnos, y necesitará un camarote.

Antilles asintió con la cabeza rápidamente y luego se fue tan rápido como había llegado.

—No le dijiste quién soy —dijo Ahsoka—. ¿Eres realmente tan vulnerable?

—Sí —dijo Bail—. Pero cada día estamos más seguros. De todas formas, no me gusta revelar los secretos de los demás. Si deseas decirle quién eres, depende de ti.

—Gracias —le dijo. Luego—: ¿Mencionaste un camarote?

Bail la llevó a la suite junto a la suya y luego bajó a la bodega de carga para asegurarse de que su nave llegaba bien. Ahsoka se limpió, sacándose el traje de presión. Había tenido que dejar su mochila en la nave, pero el pequeño paquete de piezas de tecnología entraba junto a su piel en el interior del traje. Ahora lo abrió y se aseguró de que todo siguiera intacto.

—Como si pudieras romperte más de lo que ya estás —dijo. Entonces volvió su atención de nuevo a vestirse.

Se debatió por un momento entre la comida y el sueño, pero éste último requería menos esfuerzo, por lo que se acostó en la cama. Se quedó dormida casi al instante.



Ahsoka soñó con el hielo, y una urgencia que no había sentido en años. Tenía que regresar a la boca de la cueva mientras el sol hiciera retroceder al hielo o quedaría atrapada en ese planeta helado por mucho más tiempo del que quería quedar atrapada en cualquier lugar tan frío. Pero ¿dónde estaba su cristal? El maestro Yoda no había sido

más explícito de lo que normalmente lo era, diciéndole únicamente que ella lo sabría cuando lo viera. Pero ¿dónde estaba? ¿Y cómo iba a saberlo?

Dejó de correr, cerró los ojos, y pensó acerca de lo que *sí* sabía. El maestro Yoda era extraño, y la mayoría de las veces, ella no lo entendía, pero casi siempre tenía razón. Solo tenía que confiar en que no se equivocaba ahora, que ella iba a encontrar su cristal y que lo sabría cuando lo hiciera.

Abrió los ojos. Allí, brillando en la oscuridad de la cueva, había una luz que no había estado allí antes. La llamaba, y fue a ella. Cuando se acercó, vio que era un cristal, y como había dicho el maestro Yoda, sabía que era suyo. Cayó en sus manos, y ella se volvió para correr de nuevo a la boca de la cueva.



Estaba tibio en su camarote cuando despertó, así fue como Ahsoka supo que el sueño había terminado.

—Gracias, maestro —susurró, aunque sabía que el maestro Yoda no podía oírla, o ayudarla, aunque lo hiciera.

Levantándose, se dirigió a la mesa baja donde había dejado sus pertenencias y cogió la pequeña bolsa que normalmente descansaba en su bolsillo. Derramó la colección de repuestos usados y otras piezas abandonadas que había estado llevando con ella desde su llegada a Raada. Ahora podía ver que varias eran inútiles, y se deshizo de ellas. Las piezas que quedaban, sin embargo, podrían servir para algo.

La construcción de un sable de luz era un arte jedi del más alto orden. Ahsoka nunca lo había hecho sin supervisión, como ella sabía que debía hacer ahora. También sabía que le faltaban algunos componentes importantes, pero ya que su visión la guiaba hacia Ilum y los cristales que crecían allí, tendría que confiar en el camino que estaba tomando. El material que tenía debería ser suficiente para iniciar la construcción de las cámaras. Las empuñaduras serían poco elegantes, pero funcionales.

Las terminó después de un par de inicios en falso y examinó su trabajo. Casi podía oír a Huyang criticándola por sobre su hombro, pero de todos modos se sintió complacida con ella misma. Se puso de pie, estiró los hombros, y fue en busca del senador. Lo encontró en el comedor, conversando con el capitán.

—No, capitán, quédese, por favor —dijo ella, cuando Antilles se disponía a dejarlos solos—. Creo que también voy a necesitar de su ayuda.

—¿En qué estás pensando, Ahsoka? —preguntó Bail.

Y Ahsoka le contó el plan.

LOS CRISTALES CRECÍAN.

Claros como el hielo y fríos, hasta que encontraban las manos que esperaban por ellos, añadían estructura de forma ordenada, de a un prisma a la vez. Y mientras crecían, esperaban.

De vez en cuando, alguien iba a llegar y llamarlos, como la armonía de una canción perfecta. Cada cristal tenía un portador elegido, y solo ese portador podía oír la música y ver el brillo. Todos los demás pasarían de largo, sin ver nada más que más hielo.

Había cristales más grandes, visibles para todos, pero inertes, a menos que fueran debidamente calibrados, y los había diminutos, del tamaño de una uña o más pequeños. Incluso el más pequeño podría canalizar la energía y encontrar un portador. Todo lo que tenía que hacer era ser paciente y crecer.

No había ningún patrón en particular de dónde se podían encontrar los cristales. Había algunos planetas que los albergaban en números incontables, y esos lugares a menudo eran considerados sagrados o especiales. Se hacían peregrinaciones y se aprendían lecciones y se fabricaban sables de luz. Y así los cristales de luz iban por la galaxia para ser puestos en uso.

También se hacían cristales oscuros, pero no en ese lugar sagrado. Eran saqueados de sus legítimos portadores y corrompidos por las manos del que los robaba. Incluso la roca podía ser cambiada por el poder de la Fuerza, infiltrando alteraciones hasta que su color era del más profundo rojo. Había un fino equilibrio entre las dos, luz y oscuridad, y hacía falta muy poco para romperlo.

Cuando las primeras naves aparecieron en el cielo sobre un planeta donde los cristales crecían en gran número, nada pareció fuera de lugar. Las naves visitaban el planeta todo el tiempo, y los cristales eran llevados, pero esta vez fue diferente. No había jóvenes portadores para escuchar las canciones, ni estudiantes atentos para aprender las lecciones. Solo había codicia y una terrible, terrible avidez.

El planeta fue devastado, sus cristales rotos por manos indiferentes que pensaban en retorcerlos para sus propios fines. El planeta ya no podía ser considerado un lugar sagrado, y ya no se harían peregrinaciones. En cambio, aquellos que alguna vez habían ido allí lo evitarían y llorarían la pérdida de los cristales que una vez cantaron para ellos.

Pero en la inmensidad de la galaxia, había muchos planetas y muchos lugares donde los cristales podían aparecer. Serían más difíciles de encontrar, su concentración menor, pero no sería imposible para el que buscara, para quien escuchara... para alguien que hubiera aprendido las primeras lecciones y tuviese la paciencia para aprender más.

Los cristales crecían, añadiendo estructura de forma ordenada, de a un prisma a la vez.

Y mientras crecían, esperaban.

CAPÍTULO

26

BAIL LE OFRECIÓ UNA NAVE, pero Ahsoka la rechazó. Todas en su manifiesto era nuevas: elegantes, rápidas y muy obviamente construidas en un Mundo del Núcleo. Ahsoka eligió quedarse con su propia nave. Conocía sus debilidades, por un lado, y también sabía que iba a sobresalir menos en un mundo del Borde Exterior, que cualquiera de las naves de lujo de la colección de Bail. Aunque permitió que la gente de Antillas arreglara los daños en los motores. Bueno, dejó que R2-D2 lo hiciera mientras ella supervisaba.

Mientras que el droide trabajaba, Ahsoka aprovechó la oportunidad para examinar la operación de Bail. Él había dicho que no todo el mundo a bordo era plenamente consciente de lo que estaba tratando de organizar, pero parecía que todo el mundo al menos sabía que lo que estaban haciendo no era totalmente asunto del Imperio. Podía notar por las conversaciones que escuchó que la tripulación era leal a Alderaan, y a los mismos Breha y Bail, lo que era un buen comienzo. El trabajo de Bail era lento, como lo había dicho, pero sus cimientos eran fuertes. Por supuesto, ayudaba que él tenía más recursos de los que ella había tenido en Raada y que la gente con la que estaba trabajando ya estaba entrenada para luchar y seguir órdenes.

Sentada en la bahía hangar, con R2-D2 a su lado, Ahsoka empezó a darse cuenta de que lo que había logrado en Raada era un logro mayor de lo que había pensado. No era como Onderon, donde había tenido tiempo y, lo más importante, a Rex para ayudarla. Ella no había fallado en Raada, a pesar de que su gente había sufrido bajas. También había aprendido una nueva forma de luchar, y necesitaba tener tanta paciencia consigo misma como con la gente junto a la que luchaba.

R2-D2 le pitó una pregunta, y Ahsoka examinó su trabajo, a pesar de que tenía la sensación de que ambos sabían que él no necesitaba una segunda opinión.

—Se ve genial, Erredós —dijo—. He extrañado tenerte para este tipo de cosas.

El droide chirrió feliz e hizo unos últimos ajustes al motor. Cobró vida con un zumbido, y Ahsoka se puso de pie.

—Gracias, pequeñin —dijo—. No sé si alguna vez sonó tan bien.

R2-D2 hizo un sonido petulante, guardó sus herramientas de nuevo en sus cunas y se fue rodando sin hacer ningún otro comentario. Pasó junto a Bail, que estaba caminando en la dirección de Ahsoka. El senador también se iba ese día, en una misión no menos peligrosa que la de ella. Iba de regreso a Coruscant a jugar el papel de títere en el Senado, y estaba vestido para la ocasión.

—¿Estás segura de que no quieres un respaldo? —dijo—. Estoy seguro de que Chardri y Tamsin no te guardan rencor, y son buenos en los espacios reducidos. Bueno, lo son cuando saben a lo que se están enfrentando.

Ahsoka sonrió cuando el ciclo de prueba de su motor terminó. Ella podría irse pronto.

—No, gracias —dijo—. Va a ser más fácil por mi propia cuenta.

—¿Es algún tipo de cosa misteriosa jedi? —preguntó Bail. No había insistido el día anterior, cuando ella había dejado fuera algunos detalles clave, pero ahora que estaban seguros de que no había nadie escuchando, suponía que él tenía derecho a saber el riesgo que estaba corriendo.

—No —dijo ella—. Es difícil de explicar. Podría no tener mucho tiempo y podría tener que tomar decisiones rápidamente que no tienen sentido para los forasteros. No es nada personal, te lo aseguro.

—Está bien —dijo Bail—. He trabajado con los suficientes jedi a través de los años para saber cuándo dejarlos ir por su propio camino.

—No soy realmente un jedi, sabes —dijo ella. No habían hablado de eso antes, pero de nuevo, ahora que estaban solos, era justo hacerle saber que su inversión podría no obtener el retorno con el que estaba contando—. Me fui del Templo, me aparté de la senda jedi.

—Si no eres un jedi, entonces, ¿qué eres, Ahsoka Tano? —preguntó Bail—. Porque para serte honesto, a mí me parece que todavía sueñas y actúas como un jedi.

—Te lo haré saber cuando lo sepa —dijo ella. Le dio una palmada a la vaina del motor—. Gracias por prestarme a Erredós para la reparación. El motor está perfecto.

—Cuando quieras —dijo Bail, y sonrió—. Tengo que irme. Pero vamos a estar ahí cuando nos des la señal.

—Te veré entonces —dijo Ahsoka, y lo vio ir a su propia lanzadera.

Una vez que el senador se fue, Ahsoka hizo un par de últimas modificaciones a su nave y comenzó sus comprobaciones de prevuelo. Había tenido que tomar decisiones rápidas el día anterior, y quería estar segura de que no había forzado ninguna otra cosa, además de los motores. Tenía el tiempo y la seguridad para hacerlo ahora, y aunque la espera la irritaba, sabía que valdría la pena.

Había pensado que no sería capaz de dormir en absoluto la noche anterior, con la imagen de Kaeden con el sable de luz en la garganta grabada a fuego en su memoria, pero había estado tan agotada que se había desplomado casi tan pronto como había dejado de moverse. Cuando se despertó varias horas más tarde, se había sentido mucho mejor y al instante peor: Kaeden probablemente no había dormido muy bien, cualquiera que fuera la hora en Raada.

Se obligó a despejar la mente de preocupaciones. No era fácil, pero sabía que no iba a servir de nada a sus amigos si dejaba que la emoción nublara su juicio. Podría no ser un jedi, pero necesitaba actuar como uno por un poco más de tiempo. De todos modos, ella sabía cómo funcionaba: despejar la mente y ver el objetivo. Estaba decidida a hacerlo por el bien de sus amigos.

La comprobación de prevuelo terminó, indicando que nada nuevo había sido detectado. Guardó su equipo: los bastones, su mochila, un par de cosas útiles que Bail le había dado, pero mantuvo la bolsa con las empuñaduras con ella. Ahora era más voluminosa, pero se resistía a guardarla en otro lugar.

Pidió autorización para despegar y la recibió, junto con el deseo de buena suerte del oficial de cubierta. Sacó la nave del hangar y, a continuación, corrió sus cálculos para el hiperimpulsor.

Cuando eso estuvo listo, Ahsoka colocó ambas manos en los controles, miró a través del ventanal frontal, e hizo el salto a la velocidad de la luz.



Ilum era un mundo de hielo. Inhóspito, frío y hermoso con tal de que no tuvieras que pasar mucho tiempo afuera. Había sido un lugar sagrado para los Jedi. Ahsoka había estado allí tres veces, una vez para cada uno de sus cristales y una vez con un grupo de jóvenes iniciados. Las dos primeras veces no habían sido especiales, excepto por su emoción por tener las herramientas con las que construir sus sables de luz. La tercera vez había sido más una aventura, completa con piratas y todo. Ahsoka esperaba mucho que esta visita fuera a ser una tranquila.

Había calculado el salto para salir del hiperespacio a cierta distancia del planeta mismo. Si ella recordaba lo que estaba enterrado en la corteza de Ilum, era completamente posible que otros más lo hicieran. No estaba segura de donde sacaban sus cristales aquellos que seguían el lado oscuro, pero sabía que tenían que sacarlos de alguna parte, y no iba a correr ningún riesgo solo para ahorrar un poco de tiempo de su itinerario de viaje. Cuando emergió de nuevo al espacio normal y vio lo que la estaba esperando, se alegró mucho de haber sido prudente.

Había al menos dos Destruidores Estelares y una gigantesca nave minera en órbita alrededor del planeta. El Imperio definitivamente sabía que había algo que quería debajo de la superficie helada del mundo.

El planeta en sí estaba mucho peor de lo que se había temido. Antes, se había visto como una gigantesca bola blanca desde la órbita, con un color uniforme, excepto por los puntos más brillantes donde reflejaba la luz de su sol. Había sido tan impresionante desde lo alto, como desde el suelo, aunque los grandes acantilados y profundas grietas que marcaban la superficie del planeta no eran visibles desde lejos. Ahora casi le dolía mirarlo.

Grandes trozos del planeta habían sido cortados en excavaciones, exponiendo la roca y lava hirviente que venía del núcleo del planeta. Sin ninguna esperanza real, Ahsoka escaneó el sitio habitual de aterrizaje. La entrada en la ladera del acantilado que los jedi habían usado durante generaciones había desaparecido, la cascada había sido demolida para entrar a la cueva más allá.

Ahsoka sintió una ola de furia, que tuvo que esforzarse mucho por controlar. Se atrevieron a invadir Ilum, a arruinar un lugar hermoso, y ¿para qué? ¿Para sacar roca y tierra con la esperanza de encontrar un par de fragmentos de cristal que ninguno de ellos sería capaz de ver? Era un desperdicio y un espectáculo terrible, y también más que un poco intimidante. Arruinar el suelo de una luna lejana era una cosa. La destrucción de un planeta, aunque fuera parte por parte, era otra. El Imperio no tenía ningún sentido de limitación y ningún respeto por el orden de la vida en la galaxia.

Ya estaba a mitad de camino de trazar un plan de ataque contra la nave minera, analizando las debilidades que podría explotar si era capaz de pasar los Destruidores Estelares, cuando se acordó de por qué no podía. Raada. Tenía que volver a Raada. No podía morir, o ser capturada en alguna escaramuza sin sentido. Y *sería* sin sentido, se recordó a sí misma, aunque le doliera pensar que Ilum era prescindible. Nadie vivía allí, y no era como si los jedi siguieran necesitando el planeta. No desperdiciaría su vida allí, no cuando había otros lugares donde valdría más, y cuando había gente que la necesitaba.

Aunque todavía iba a necesitar cristales. Y tenía que salir del alcance de los Destruidores Estelares antes de que alguno de ellos la detectara. Voló al planeta más alejado del sistema, una roca negra sin nombre, sin aire y poca gravedad, y se posó en la superficie. Apagó los motores para que la nave fuera más difícil de detectar y luego se sentó de piernas cruzadas en el suelo de la cabina, con la bolsa en su regazo y extendiendo la mente en busca de soluciones.

Que hubiera tenido que cambiar su plan en la primera parada no era un buen augurio, pero no podía concentrarse en eso ahora. Tenía que concentrarse en lo que venía a continuación y cómo podría lograrlo sin el uso de Ilum como recurso.

Ahora que su mente estaba más tranquila, podía sentir el gélido planeta, a pesar de que estaba a medio sistema de distancia. Los cristales de allí no le cantaban como lo habían hecho la primera vez que había estado allí. Entonces, cuando ella era más joven, los había sentido tan pronto como la nave salió del hiperespacio, aunque no sabía lo que estaba sintiendo en ese momento. Ahora no había nada... bueno, nada que estuviera destinado a Ahsoka. Todavía podía sentir los cristales presentes debajo de la superficie del planeta. Simplemente sabía que ninguno de ellos era para ella.

Entonces, ¿dónde están los míos?, pensó. ¿Voy a conseguir otro juego? Podría volver a la falsa tumba de Rex y ver si mi sables de luz siguen allí, pero lo dudo. Valen demasiado, y los dejé para que fueran encontrados.

Hizo aparecer un mapa estelar, proyectándolo alrededor de sí misma y colocando a Ilum cerca de donde estaba sentada. Entonces cerró los ojos y se extendió a los cristales en el planeta. Siguió su estructura, ordenada y regular, buscó otras fuentes en la galaxia. Sabía que debía haber más cristales en algún lugar. El maestro Yoda nunca lo había dicho, pero ciertamente lo había insinuado. Después de todo, era una galaxia muy grande.

Allí, a años-luz de distancia, la oyó: la canción familiar que era solo para ella. Deslizó su conciencia por el mapa estelar, con la esperanza de que cuando abriera los ojos, iba a ver un mapa con sus cristales esperándola al final del mismo.

Abrió los ojos y vio el planeta que era su destino.

No, no era un planeta. Una luna.
Raada.

CAPÍTULO

27

AHSOKA SE DESLIZÓ A la atmósfera por encima de Raada y aterrizó tan rápido como pudo en la oscuridad. Deliberadamente, estaba del lado opuesto de la luna a la ciudad principal y los campos. Tendría que dejar la nave aquí. La estaban esperando, después de todo, y probablemente iban a estar escaneando, en busca de su llegada. Había tenido demasiada prisa cuando se fue de Raada para ser sigilosa, pero ahora necesitaba pasar desapercibida por el tiempo suficiente para completar la primera parte de su misión.

Cargó todo lo que necesitaría en la mochila y se aseguró de que su dispositivo de comunicación estuviera asegurado en su muñeca. Vaciló cuando llegó al bláster. Si todo iba de acuerdo al plan, no lo necesitaría, y de todos modos, no estaba segura de si serviría de algo contra la criatura gris. Pero alguien más podría utilizarlo. Se lo colgó al costado. No era tan pesado, y no sería difícil llevarlo un poco más. Entonces se puso en marcha en la dirección del asentamiento.

Había estado corriendo durante un poco más de dos horas cuando vio los primeros signos de vida. Un pequeño fuego ardía. Quienquiera que lo había encendido había tratado de ocultar la luz, pero claramente no sabía lo suficiente sobre el sigilo para hacerlo completamente. El hoyo no era lo suficientemente profundo. Ahsoka no podía estar segura, por supuesto, pero pensó que eso probablemente significaba que quien había encendido el fuego no era imperial.

Se deslizó más cerca. Pronto pudo distinguir una figura, pequeña y encorvada sobre las llamas para el calor. La figura se movió, y Ahsoka vio una espesa mata de cabello oscuro delineada por el fuego. Era Miara.

Ahsoka se acercó tanto como pudo antes de susurrar el nombre de la muchacha. No quería asustarla demasiado, pero en la oscuridad no tenía muchas opciones.

—Miara —dijo, tratando de sonar tan poco amenazante como pudo. Miara todavía se sobresaltó, alcanzando el viejo bláster que había llevado la noche que ella y Ahsoka habían saboteado los caminantes.

—Está bien, está bien —dijo Ahsoka—. Miara, soy yo, Ahsoka.

—¿Ahsoka? —Miara no parecía creer en sus propios ojos.

A pesar del color oscuro de su piel, tenía un brillo pálido y enfermizo. Claramente había estado llorando; unas líneas de lágrimas barrosas le surcaban cada mejilla. Su cabello era un desastre, y tenía ojeras. Parecía absolutamente aterrorizada.

—¡Ahsoka! —volvió a decir, y se arrojó a los brazos de Ahsoka, derramando más lágrimas—. ¡Has vuelto! K-Kaeden dijo que lo harías. Dijo que lo harías.

—Shhhh, Miara —dijo Ahsoka tranquilizadamente. Ayudó a la muchacha a sentarse junto al escaso calor del fuego—. Cuéntame lo que pasó. ¿Qué estás haciendo aquí sola?

Miara se atragantó con las lágrimas, pero logró detenerlas. Cuando encontró su voz de nuevo, empezó a hablar.

—Nos estaba yendo bien —dijo—. Quiero decir, era horrible, pero nos estábamos escondiendo, como nos dijiste. Solo que entonces vino esta cosa terrible, y sabía el nombre de Kaeden. Dijo que si ella no salía, haría explotar toda la ladera hasta matarnos.

El corazón de Ahsoka dio un vuelco.

»Así que ella salió —dijo Miara—. Su brazo todavía estaba tan mal que tenía problemas para caminar, pero ella salió. Iban a preparar una emboscada intentando atraparlo en el fuego cruzado mientras ella lo distraía, pero no funcionó.

—¿Qué pasó, Miara? —volvió a preguntar Ahsoka.

—Yo también quería ir —dijo ella—. Sabía que era estúpido, pero no quería que nos volviéramos a separar. Kaeden no quería que lo hiciera, y de alguna manera se las ingenió para decirle a Neera, y Neera me disparó con un aturdidor. Estuve inconsciente durante lo que ocurrió después, y cuando desperté...

Se interrumpió, con los ojos llenos de horror.

—Estaban todos muertos, Ahsoka —dijo Miara—. Todos ellos. Neera, los demás. Kolvin... Kolvin estaba cortado a la *mitad*. Fue lo peor que he visto, y ni siquiera había un montón de sangre.

Ahsoka puso el brazo alrededor del hombro de Miara y la abrazó. Era exactamente lo que había temido. La criatura gris debió haber utilizado los blásteres de sus amigos en su contra, redirigiendo sus disparos. Ella misma lo había hecho, aunque prefería desviar las saetas en lugar de volver a utilizarlas. Y Kolvin debió haber muerto por el sable de luz de la criatura.

Se permitió a sí misma un momento de duelo. Ella podría haber evitado esto, de haberse quedado, o su presencia podría haber hecho que todo fuera incluso peor. No había manera de saberlo, así que no había razón para detenerse a pensar en ello. A Ahsoka no le gustaba ese lado frío y sin compasión de su entrenamiento, pero lo necesitaba ahora si iba a hacer el trabajo.

A su lado, Miara estaba meciéndose hacia adelante y hacia atrás. La muchacha estaba tan asustada y preocupada, que Ahsoka no sabía si podría pedirle alguna ayuda. Tal vez debería dejarla y volver, si podía, una vez que hubiera terminado. Desestimó la idea casi antes de haber terminado de pensarla. No podía dejar atrás a Miara. Le debía a Kaeden hacer todo lo que pudiera, y también se lo debía a Miara. Iba a ver si podía llevar furtivamente a Miara de regreso a la cantina de Selda. El viejo togruta al menos sería capaz de alimentarla, y podrían esperar juntos.

—Miara —dijo Ahsoka—. Necesito tu ayuda para rescatar a tu hermana.

Miara alzó la mirada, sorprendida.

—¿Realmente lo harás? —dijo.

—Por eso volví —dijo Ahsoka—. ¿Crees que puedes ayudarme?

—Sí —dijo Miara—. Por Kaeden, puedo ayudarte.

—Necesito que apagues el fuego y luego que te quedes despierta mientras yo medito —dijo Ahsoka—. Yo voy a estar indefensa, así que voy a necesitar que tú me avises si algo viene hacia nosotras. ¿Puedes hacer eso?

Miara asintió con la cabeza y comenzó a echar tierra al fuego. Iba a calentar a medida que se acercara la luz del día, y la muchacha no pasaría frío por mucho tiempo. Ahsoka no tenía una capa para prestarle. Se dio cuenta de que no tenía idea de donde había terminado la capa que le dio Selda. Tal vez le pediría a su nuevo amigo, el senador, una mejor.

—Concéntrate, Ahsoka —murmuró.

—¿Qué? —dijo Miara.

—No importa —dijo Ahsoka—. Solo espera aquí. ¿Estás lista?

Miara asintió con la cabeza y se sentó erguida.

Ahsoka cerró los ojos.

La primera vez, en Ilum, ella no había podido encontrar su cristal hasta que había tomado la decisión de confiar en las instrucciones del maestro Yoda. Después de lo que había sucedido en su planeta de origen cuando era pequeña, con el esclavista que se hizo pasar por jedi, la confianza no venía fácilmente a Ahsoka, aun cuando sus sentidos le decían que estaba en buena compañía. El recuerdo del desprecio de los habitantes cuando se había negado a demostrarle sus poderes al falso jedi, la vergüenza ardiente ante su incapacidad para explicarle el peligro a sus mayores, se había quedado con ella.

Pero lo había dejado ir en esa cueva. Había decidido confiar en Yoda, y eso la había conducido a su cristal. A partir de entonces, la confianza había sido más fácil para ella, porque había aprendido a confiar de nuevo en sus propios instintos. Incluso había regresado a Ilum más tarde por un segundo cristal.

Ahora, sus instintos estaban diciéndole que los nuevos cristales iban a querer algo más antes de dejarla encontrarlos. Y ella pensaba que podría tener alguna idea de lo que era.

Las diferencias entre la rebelión organizada de Bail y su operación en Raada eran brutales. Él no era más exitoso porque era mejor que ella, sino porque tenía más con lo que trabajar. Con el acceso de él, ella sería una valiosa aliada basada solo en su experiencia, sin siquiera tomar en cuenta sus poderes. Tenía que estar dispuesta a trabajar en un sistema nuevo, aceptar el orden de un propósito común y la camaradería que venía con ello.

Su corazón se apretó. No podía hacerlo. No podía volver a forjar conexiones con gente que podría traicionarla por temor o porque no tenía elección. No podía hacer frente a las muertes de sus amigos de nuevo.

Pero claro que ya lo había hecho. Mientras estuvo en Raada, había aprendido que no podía escapar de ello. Incluso si ya no era una jedi, había tenido demasiado entrenamiento para darle la espalda a la gente necesitada. Los ayudaría a luchar, y volvería a verlos morir, y cada vez su corazón se endurecería un poco más.

No. Debía haber otra manera. Un camino medio. De alguna manera, no dejaría que la maldad en la galaxia, la maldad del Imperio, se la tragara y cambiara su naturaleza. Pensó en lo que había salido mal en Raada y en lo que había salido mal con Bail, y en ambos casos, creyó ver una similitud.

Se movió, sin pensarlo, su mano cubrió el dispositivo de comunicación en su muñeca. Eso era. Eso era lo que ella podía hacer para ayudar a la galaxia y tratar de mantener a sus amigos a salvo.

Suavemente, pero luego más fuerte a medida que el sol comenzaba a asomar por las colinas, Ahsoka escuchó la canción. No coincidía con la primera, aunque había algunas similitudes. Sin embargo, ella no lo dudó ni por un segundo. La canción era suya, si estaba dispuesta a luchar por ella.

El sol superó completamente el horizonte, y Ahsoka Tano estuvo completa de nuevo.
—Vamos, Miara —dijo—. Vamos a buscar a tu hermana.

CAPÍTULO

28

LOS CAMPOS DE RAADA estaban arruinados. Incluso el inexperto ojo de Ahsoka podía verlo. El suelo que una vez había sido marrón oscuro ahora estaba blanqueado a un gris malsano, y la vida que ella había solido sentir en él casi completamente agotada. Lo único en los campos que parecía saludable, eran las hectáreas de pequeñas plantas verdes, el origen de tanta miseria.

—Si tenemos la oportunidad —Ahsoka le susurró a Miara, que estaba agachada a su lado—, recuérdame volver aquí y quemar todo esto.

—Yo te ayudo —prometió Miara—. Me he vuelto muy buena encendiendo fuegos.

—Vamos —dijo Ahsoka—. Tenemos que atravesarlos antes de que comience el primer turno.

Miara le había dicho que los imperiales habían vuelto a extender los turnos. Ahora los granjeros trabajaban durante casi todo el tiempo en que había luz diurna para trabajar, y había rumores de que una vez que comenzara la cosecha, los imperiales iban a traer reflectores de modo que los granjeros también pudieran trabajar en la oscuridad. No había mucho tiempo, y no había mucho que cubrir, por lo que Miara guió a Ahsoka a lo largo del borde del terreno de labranza, y tan pronto como llegaron a los edificios periféricos de la ciudad, se escondieron en un callejón.

—Estamos en el lado opuesto del pueblo del complejo imperial —susurró Miara—. Vamos a tener que cruzar todo el asentamiento para llegar a Kaeden.

—No las dos —dijo Ahsoka—. Solo yo. Necesito que busques a Selda y le des esto.

Le pasó el holo que había grabado en el hiperespacio.

»Si no puedes encontrar a Selda, busca a Vartan o alguno de los otros jefes de equipo. ¡Pero asegúrate de que sea alguien en el que confías!

—¡Quiero ir contigo! —dijo Miara.

Ahsoka se detuvo y puso una mano en cada hombro de la muchacha.

—Lo sé —dijo ella—. Sé que ahora mismo harías cualquier cosa por tu hermana, pero necesito que escuches. Yo puedo rescatar a tu hermana, pero mi nave está demasiado lejos para escapar de Raada. Y aun si las tres podemos irnos, ¿qué pasaría con todos los demás?

Miara comenzó a protestar, pero luego se detuvo. Ahsoka pudo notar que había visto la razón.

—Necesito que busques a Selda —volvió a decir—. Kaeden necesita que busques a Selda. ¿De acuerdo?

—Está bien —dijo Miara—. Lo haré.

Ahsoka apretó la mano de Miara alrededor del holo y luego miró a la muchacha alejarse por la calle. Había aprendido a caminar silenciosamente desde que Ahsoka la había visto por última vez, y cómo aprovechar incluso la poca cobertura que la calle ofrecía. Ahsoka realmente odiaba la guerra.

Dejó que Miara tuviera una buena ventaja y, a continuación, partió en dirección al complejo imperial. No utilizó ninguna cobertura ni tuvo ninguna pretensión de intentar ocultar su acercamiento. La criatura gris sabía que ella venía y sabía cuál era su objetivo. El sigilo era imposible, y solo tenía una oportunidad. Su única esperanza era que el Imperio no tuviera una ficha secreta oculta en la parte posterior del tablero como la tenía ella.

Caminaba por el medio de la calle, con los sentidos alerta y preparada para cualquier cosa. Cada parte de ella era como un resorte, apretado y listo para la acción.

No tuvo que esperar mucho.

—¡Jedi! —Sonó una voz áspera. Parecía provenir de todas direcciones a la vez. Ahsoka extendió sus sentidos, buscando la fuente.

—Tienes algo que yo quiero —dijo ella. Sería más fácil si pudiera hacer que la criatura gris siguiera hablando.

—Pobrecita Kaeden Larte —dijo la criatura. Ahsoka empezó a darse cuenta de su ubicación—. Tan llena de esperanza de que su amiga jedi vendría por ella. Tuve que decirle que los jedi no tienen amigos. Los jedi no tienen apegos de ningún tipo. Son insensibles y fríos, y ni siquiera entienden lo que es el amor.

—No sé quién te enseñó acerca de los jedi —dijo Ahsoka—. Pero parece que ha omitido un par de cosas. Deberías pedir mejores lecciones.

—Le dije a Kaeden que no eras un verdadero jedi —dijo la criatura. ¡Allí! Ahsoka lo tenía. Ahora solo tenía que esperar el momento adecuado—. Le dije que probablemente estabas tan asustada de mí, que te habías ido a doce sistemas de distancia y nunca volverías. En realidad me alegra haberme equivocado.

Lo sintió saltar desde el tejado del edificio detrás de ella y se volvió. No podía identificar su especie en persona más de lo que había podido con su imagen. Era más alto que ella, incluso con la altura que había ganado en los últimos años, y de una textura muy ancha. Era claramente muy fuerte, y con la armadura que llevaba, era un oponente formidable. Todavía llevaba su casco, y su escudo facial estaba levantado, como si necesitara verla claramente mientras luchaban. Esa era otra diferencia en su entrenamiento, pensó Ahsoka. Ella podía luchar completamente ciega, si era necesario, aunque ciega y sin sus sables de luz podría ser temerario.

Enfocó su atención en el pecho de él, donde comenzaba el movimiento. Sintió la Fuerza que fluía a través de ella cuando el sable de luz de él cobró vida. Podía oír su zumbido, un oscuro contrapunto a la canción de sus propios cristales, que ahora estaban muy cerca. Ahsoka despejó su mente de todas las distracciones.

La criatura golpeó, y Ahsoka desvió sus golpes antes de que cayeran. Leyó sus sentimientos a través de la Fuerza que los unía, y siguió el movimiento de sus hombros,

codos y muñecas, siempre apartándolos para que no acertaran a sus objetivos. Furioso, él redobló sus esfuerzos, atacando hacia la cabeza y el pecho de ella.

Lo que la criatura gris carecía en delicadeza, lo compensaba con fuerza bruta. Hizo retroceder a Ahsoka, hacia la línea de casas, y ella se lo permitió, todavía midiéndolo como luchador. Cuando llegó al umbral de la casa detrás de ella, saltó desde ahí, usando la Fuerza para impulsarse a sí misma en una elegante vuelta por encima de la cabeza de él. Esquivó fácilmente el frenético mandoble de su sable de luz mientras volaba por encima de él, luego aterrizó en cuclillas al otro lado, lista para continuar.

—Impresionante —dijo él.

—Te impresionas fácilmente —dijo ella—. Solo estoy empezando.

Percibió a más gente detrás de ella y se dio cuenta de que alguien en el complejo imperial se había enterado de lo que estaba sucediendo. Las paredes estaban bordeadas por soldados de asalto, todos ellos apuntándola con blásteres. Al menos parecía que no habían recibido ningún refuerzo desde que ella se fue. Se metió por una calle lateral, saliendo de su línea de fuego, y la criatura gris la siguió.

Sostuvo su sable de luz en alto, y este comenzó a girar. El efecto era muy interesante: un mortífero círculo de luz en lugar de una hoja... pero no intimidaba a Ahsoka. Toda la estrategia de la criatura se basaba en abrumar a su oponente. Ella tenía otras opciones.

—¿Qué eres? —preguntó—. ¿Quién te hizo así?

—Yo sirvo al Imperio —dijo la criatura.

—Sin duda te gusta ser dramático —dijo Ahsoka.

Ahsoka se extendió hacia él otra vez, esta vez hacia las manos y dedos, y el equilibrio del peso soportado por sus caderas y rodillas. Sintió que algo despertaba en ella, cada lección de combate que Anakin le había enseñado alguna vez. Recordó cómo pararse y cómo sujetar las espadas. Separó demasiado los dedos de su oponente y lo hizo perder el equilibrio. Ella recordaba, y podía hacer que él olvidara. Se tambaleó hacia atrás, sorprendido por el poder que ella tenía sobre él incluso a distancia, pero aún no estaba vencido.

—Puedo percibir el poder —le dijo—. Y no tienes lo suficiente como para resistirme por mucho más tiempo, así desarmada como estás.

Allí era donde se equivocaba. Ella no estaba desarmada. Ningún jedi jamás lo estaba.

La criatura dio un paso hacia ella, lo suficientemente cerca como para que pudiera tocarlo. Su sable de luz giratorio bloqueaba los ataques por los costados, pero era vulnerable por el frente. Igual que como se había extendido para alcanzar su primer cristal todos esos años atrás, Ahsoka extendió la mano.

Percibiendo su intención en el último momento, el inquisidor intentó desconectar su arma y luchar con dos espadas en lugar de una, pero estaba girando demasiado rápido para hacer eso. La mano de Ahsoka aterrizó casi suavemente en el metal cilíndrico, y la Fuerza estaba con ella. La empuñadura se agrietó ante su toque.

Un gemido agudo llegó a los oídos de Ahsoka, la luz y la oscuridad de la canción de los cristales luchando por mantener el equilibrio. Ella se dio cuenta de que necesitaba dar un salto más lejos hacia atrás. Debió haber dañado la conexión de energía que

canalizaban los cristales dentro de la empuñadura, y ahora se estaba sobrecargando. Si él no lo desactivaba pronto, iba a explotar.

Antes de que ella pudiera siquiera considerar la posibilidad de gritar una advertencia, el sable láser rojo estalló en un caos de ruido y luz. Unos puntos brillantes le pincharon los ojos, y entonces todo quedó en silencio. La criatura ya no iba a volver a molestarla.

Yacía en la calle, su rostro era un desastre quemado, la carcasa de su sable de luz todavía apretada en sus manos. Si hubiera sido capaz de luchar contra ella con el escudo facial bajo, podría haber sobrevivido a la explosión.

Se preguntó quién lo había entrenado, y si había otros. Alguien había retorcido el potencial para el bien de esta criatura y lo había vuelto hacia el lado oscuro. Alguien lo había hecho así. Alguien, sabía Ahsoka, que todavía estaba allí afuera y al que debía impedirle que encontrara a otros niños, si podía hacerse. Se agachó y cerró su casco, cubriendo la ruina de su rostro. Era la única compasión que ella podía mostrarle. Tendría que ser suficiente.

Arrodillada al lado de su enemigo caído, Ahsoka rebuscó entre los restos de la empuñadura de su sable de luz. Los cristales que habían energizado su sable de luz ya no estaban contenidos por el metal, pero su canción no se había atenuado. Los sostuvo en una mano, casi temblando mientras la familiaridad de ellos corría a través de ella, mientras con la otra mano recuperaba las empuñaduras a medio terminar que llevaba consigo.

Estos sables de luz no tendrían los mangos decorativos que a ella le gustaban, y su agarre se vería afectado hasta que ella tuviera tiempo para realmente acabarlos. Le faltaban algunos componentes clave, piezas que tenían que fabricarse específicamente, pero la empuñadura arruinada de la criatura estaba ante ella. Rápidamente, revisó los restos de nuevo, esta vez prestando más atención a las piezas internas del arma, y sonrió cuando encontró lo que necesitaba. Servirían por ahora.

Ahsoka podía oír a los imperiales aproximándose. El duelo los había hecho dudar, pero ahora estaban en alerta máxima. Empujó a un costado su sentido de urgencia, a pesar de que estaba en un apuro. La meditación llegó con facilidad, como si estuviera sentada en la seguridad del mismo Templo Jedi, en lugar de una polvorienta calle con sus enemigos acercándose. El ojo de su mente ordenó los componentes pre-ensamblados y aquellos que acababa de recoger, fijando a cada uno en su lugar con los demás. Cuando Ahsoka abrió las manos, no se sorprendió al encontrar que dos sables de luz, toscos y sin terminar, estaban esperando.

Necesitarían más trabajo, pero eran de *ella*.

Cuando los encendió, brillaron del blanco más brillante.



Ahsoka encontró otra calle lateral que iba en la dirección que quería y la siguió hacia el complejo. Ahora ella era el único objetivo de los imperiales. Iba a necesitar toda la

cobertura que pudiera conseguir. En sus manos, su sables de luz eran un peso reconfortante. La lucha le había devuelto el enfoque que había perdido. Ni siquiera estaba respirando agitada. Esto era algo que ella podía hacer.

No se molestó con burlas o provocaciones. No tenía nada que decirle a estas personas. Pasó la pared con un único salto volador y aterrizó en el centro del complejo, sorprendiendo mucho a los soldados de asalto que estaban en servicio allí. Empezaron a disparar, y ella comenzó a abrirse camino hacia la puerta principal, desviando fácilmente sus saetas bláster.

Solo le tomó un par de segundos llegar allí, su acercamiento fue anunciado por explosiones y fuego bláster, y luego unos segundos más abrir la puerta de un corte. Una vez que estuvo en el pasillo, empujó la Fuerza detrás de ella, haciendo que todos los que la perseguían perdieran el equilibrio. Al frente, vio a los oficiales uniformados preparándose para defender el interior del complejo. Al parecer, todos los soldados de asalto estaban afuera. Ella esperaba que estuvieran demasiado ocupados para pensar en llamar a un Destructor Estelar.

Ahsoka se abrió paso luchando a través de los pasillos, utilizando sus sables de luz para desviar las saetas bláster y la Fuerza para apartar de un empujón a sus agresores. Las celdas estaban en la parte de atrás del edificio, sabía, y no quería perder tiempo en llegar a ellas.

Finalmente, llegó al pasillo de la prisión. Había un interruptor maestro de las puertas, que activó, y todas las puertas de las celdas se abrieron. Verificó para asegurarse de que no hubiera ningún escudo de rayos y luego fue por el pasillo.

—¿Kaeden? —gritó—. ¿Estás aquí?



En su celda, la cabeza de Kaeden se levantó y se arrastró hasta ponerse de pie. Todavía era difícil mantener el equilibrio con su brazo, pero el sonido de la voz de Ahsoka la animaba. Caminó hacia adelante.

Un par de prisioneros desorientados habían salido de sus celdas, bloqueando la vista de Kaeden hacia el pasillo. Kaeden escuchó que Ahsoka les gritaba órdenes de que salieran, que fueran a la cantina de Selda tan pronto como pudieran, y siguió a la multitud hacia su amiga.

Por fin, Kaeden se encontró cara a cara con Ahsoka. Sabía que su cabello era un desastre, estaba cubierta de suciedad, la herida de su cabeza tenía un aspecto terrible, y su brazo aún estaba atado inútilmente a su pecho... pero estaba de pie. Ahsoka parecía diferente: poderosa y enfocada, totalmente más allá de la comprensión de Kaeden. Ahsoka blandía un par de brillantes sables de luz blancos, y aunque era la primera vez que Kaeden los veía, no podía imaginarse a Ahsoka sin ellos en las manos. A pesar de las circunstancias, sonrió.

—¡Kaeden! —gritó Ahsoka, y corrió a ayudarla a moverse más rápido.

—¡Ahsoka! —Kaeden corrió hacia ella, pero se paró antes de arrojar el brazo alrededor del hombro de Ahsoka. Sabía que no se debía tomar a la ligera a los sables de luz. De todos modos casi podía sentir el poder radiando de Ahsoka. Era increíble—. Podría besarte.

Ahsoka se detuvo en seco. La mirada que le lanzó a Kaeden era ligeramente confundida.

—No ahora, quiero decir —dijo Kaeden. Quería reír por primera vez en semanas, pero pensaba que podría ser la histeria—. Mi elección del momento es terrible y tú tienes todos esos impedimentos jedi. Solo quería que lo supieras en caso de que muramos.

—Oh —dijo Ahsoka—. Bueno, gracias. —Hizo una pausa—. Y no vamos a morir.

—Si tú lo dices —convino Kaeden.

Ahsoka desactivó el sable de luz en su mano izquierda y se lo colgó del cinturón. Siguió sosteniendo el derecho. Con un brazo libre, ayudó a Kaeden, y juntas se alejaron de las celdas.

CAPÍTULO

29

—**¿Y AHORA QUÉ? —PREGUNTÓ KAEDEN.** Habían salido del complejo imperial, pero había soldados de asalto por todas partes—. ¡Espero que tengas un plan!

—Claro que tengo un plan —respondió Ahsoka—. A la cantina de Selda. Rápido.

Activó el dispositivo de comunicación de su cinturón y esperó que Bail no estuviera haciendo nada que no pudiera interrumpir de inmediato. Iba a necesitarlo enseguida.

Para cuando llegaron a la cantina de Selda, Kaeden estaba completamente sin aliento, pero todavía seguía caminando adelante. Pasaron a través de la puerta, y antes de que los ojos de Ahsoka se hubieran ajustado a la penumbra, vio a la pequeña forma de Miara saltando hacia ellas.

—¡Kaeden! —dijo—. Estás a salvo. ¡Estás a salvo!

—Sí, más o menos —dijo Kaeden. Soltó a Ahsoka para poder envolver su brazo sano alrededor de su hermana—. ¿Estás bien?

—Fue un mal momento después de que te llevaron —dijo Miara—. No podía quedarme en las cuevas. No con...

Se interrumpió, y Ahsoka sabía que estaba pensando en Neera, Kolvin y los demás. Abrazó a su hermana tan fuerte como pudo y volvió a mirar a Ahsoka.

Ahsoka podía oír el sonido de los tanques imperiales moviéndose por las calles. Solo era cuestión de tiempo antes de que los encontraran, o que los imperiales decidieran destruirlos a todos desde la órbita.

—¿Dijiste que tenías un plan, Ahsoka? —dijo Kaeden—. Espero que ya esté en marcha.

—Lo está. —Selda llegó junto a ellas. Suavemente, levantó a Kaeden y la dejó en la barra. Entonces empezó a examinar sus heridas—. Ahsoka nos envió un mensaje con tu hermana. Vartan está ahí afuera ahora, organizando a la gente para la evacuación.

—¿Evacuación? —dijo Kaeden—. ¿Dónde? ¿Y con quién?

—Unos viejos amigos míos —dijo Ahsoka—. Solía tener muchos amigos. La mayoría están muertos ahora, pero hay algunos que sobrevivieron. Y estoy haciendo otros nuevos.

—No creí lo que esa... cosa dijo acerca de ti, sabes —respondió Kaeden—. Tú mentiste para mantenernos a salvo. Él mintió porque le gusta el sufrimiento. Yo puedo no ser una jedi que ha visto toda la galaxia, pero puedo darme cuenta de la diferencia.

—Gracias —dijo Ahsoka—. Y no he visto toda la galaxia. Aunque he visto mucho más que la mayoría de la gente.

—Podrás contárselo todo más tarde —dijo Selda—. Ahora tenemos que asegurarnos de que tus amigos nos encuentren antes de que los imperiales.

—No sé si voy a ser capaz de caminar mucho más —dijo Kaeden—. Ya me estoy sintiendo muy mareada.

—Estaba guardando esto para un día de lluvia —dijo Selda. Buscó debajo de la barra y encontró una jeringa. Kaeden se estremeció, pero luego se dominó a sí misma.

—No llueve mucho en Raada —señaló ella.

—Me di cuenta de eso casi de inmediato —dijo Selda—. Así que creo que ahora es un momento tan bueno como cualquier otro. Mira para otro lado, Kaeden.

Kaeden hizo lo que le decía, y Selda la inyectó. La diferencia fue inmediata.

—¿El efecto se me va a pasar, o realmente estoy mejor? —preguntó mientras Miara la ayudaba a bajar de la barra.

—Un poquito de cada cosa —dijo Selda—. Así que trata de no esforzarte en exceso.

—Lo tendré en cuenta mientras estemos corriendo de los soldados de asalto imperiales —dijo Kaeden.

Ahsoka ladeó la cabeza, escuchando, y sonrió.

—Creo que no vamos a tener que correr muy lejos —dijo—. Vamos, en marcha.

Salieron a la calle para encontrar grupos ordenados de personas en camino hacia el borde de la ciudad. Bueno, mayormente ordenados. Cada explosión los hacía saltar, y no faltaban los gritos. Pero los granjeros lograron mantenerse juntos, siguiendo las instrucciones de sus jefes de equipo, que a su vez estaban siendo dirigidos por Vartan. Él saludó cuando los vio, con un alivio visible claramente en su rostro. Ahsoka se alegró de ver que estaba bien.

El complejo imperial estaba en llamas. Mirando hacia el cielo, Ahsoka podía ver seis u ocho Alas-A, la avanzada de cazas que Bail les había enviado, volando en picada y disparando contra los imperiales. Algunos de los cazas imperiales habían conseguido despegar, y mientras Ahsoka miraba, cuatro alas-A se desviaron para ocuparse de ellos. Los demás se dirigieron hacia los campos, donde esparcieron fila tras fila de fuego. Los campos estallaron en llamas.

—¡Yo quiero aprender a hacer eso! —dijo Miara, con el rostro iluminado.

—Estoy segura de que alguno de ellos estará encantado de enseñarte —le dijo Ahsoka, recordando sus impresiones sobre el éxito de Bail en conseguir reclutas. Entonces se acordó de que estaba hablando con alguien de catorce años—. Dentro de un par de años, tal vez.

Uno de los Ala-A recibió demasiado daño del caza imperial que estaba persiguiendo y cayó en espiral del cielo. Sus motores eran un desastre de fuego y humo, pero Ahsoka estaba segura de haber visto el anaranjado brillante del uniforme del piloto eyectándose, y unos segundos más tarde, vio a un paracaídas confirmándolo. Un segundo Ala-A, no tuvo tanta suerte. Se estrelló en el complejo imperial antes de que su piloto pudiera expulsarse, y la explosión sacudió el suelo mientras corrían.

El fervor de Miara se atenuó un poco cuando comprendió el peligro, pero todavía parecía determinada. Ahsoka imaginaba que Bail no tendría ningún problema para reclutarla, una vez que tuviera la edad suficiente. Solo porque Ahsoka había luchado su primera guerra a la edad de Miara no significaba que era un buen ejemplo.

Más naves aparecieron en la órbita baja, y por un segundo el corazón de Ahsoka estuvo en su garganta. Luego vio que no podían ser imperiales. Era Bail, o los rebeldes que él había enviado, con suficientes transportes y naves de carga para evacuar a todos en la luna. Se posaron en la hierba entre el borde del asentamiento y las colinas donde los amigos de Ahsoka habían pasado el tiempo escondidos.

—¡Que se sigan moviendo! —Ahsoka le gritó a Vartan. Él asintió con la cabeza y le pasó las órdenes a los demás.

Ahsoka guió a Kaeden, Selda, y Miara hacia la burladora de bloqueos que reconoció como la *Tantive IV* del capitán Antilles. Él estaba de pie en la parte inferior de la rampa, esperándola.

—No podemos quedarnos en tierra por mucho tiempo —dijo, gritando sobre el sonido de tantos motores—. Vamos a tener a los imperiales en nuestras colas demasiado pronto.

—¡Está bien! —gritó en respuesta Ahsoka—. La evacuación ya ha comenzado, y sus Alas-A se encargaron de los cazas imperiales.

Eso le recordó algo. Señaló en la dirección en la que había visto el paracaídas.

—Un piloto cayó por allí —dijo—. Estoy segura de que se eyectó a tiempo. ¿Puede recogerlo?

Antilles asintió con la cabeza para ahorrarse tener que gritar de nuevo y escribió un comando en el pequeño cuaderno de datos en su muñeca.

—Subamos a tus amigos a bordo —dijo.

—Yo voy a esperar hasta el final —le dijo Ahsoka—. Si soy la única cobertura en tierra que tienen, entonces van a necesitarme.

Kaeden no pudo haber escuchado el intercambio, pero de alguna forma debió darse cuenta de lo que Ahsoka iba a hacer.

—¡No! —dijo, agarrando a Ahsoka del brazo con su mano buena—. ¡Ven con nosotros!

—Tengo que quedarme un poco más —dijo Ahsoka—. Así es como a veces son las cosas, Kaeden. Voy a estar bien. Ve con tu hermana.

Se zafó de Kaeden y volvió a bajar la rampa. Se permitió una mirada hacia atrás para asegurarse de que Selda había llevado a las muchachas a bordo y luego volvió su atención de nuevo a la evacuación.

Considerándolo todo, estaba yendo bastante bien. Había mucho fuego, y más de unos pocos de los granjeros eran presa del pánico, pero Vartan había podido asegurarse de que no llevaran demasiadas pertenencias, y los demás jefes de equipo se movían de arriba a abajo por las filas, manteniendo a todo el mundo tan tranquilos como podían. Mientras Ahsoka miraba hacia atrás, nave tras nave llena, despegaba, y desaparecía en la atmósfera superior.

Solo quedaban tres naves, y menos de un centenar de personas esperando a abordarlas, cuando los imperiales hicieron su acto final. Tres tanques, todos en muy buenas condiciones, considerando por lo que habían pasado, giraron la esquina y abrieron fuego, dispersando las ordenadas filas de refugiados.

Ahsoka no tenía cargas, pero tenía un par de sables de luz, así que enfrentó a los tanques sin pensárselo dos veces. Corrió hacia ellos, lo que siempre parecía sorprender a los imperiales. Era como si pensarán que eran invulnerables y cuando cargaban contra ellos, comenzaban a tener dudas. Saltó, volando sobre el primer tanque en un grácil arco que le permitió extender un sable de luz y cortar limpiamente el cañón del tanque. Eso volvía inútil al tanque. Luego abrió la escotilla, sacó al conductor, y lo arrojó a un lado. Entonces usó su sable de luz para cortar a través de los paneles de control, teniendo cuidado de dejar el gatillo del cañón principal en funcionamiento. Quería que el tanque quedara tan insalvable como fuera posible. Cuando estuvo segura de haber destruido tanto de él como podía en un apuro, apretó el gatillo desde la seguridad de la escotilla. Incapaz de descargar adecuadamente, el cañón se sobrecargó mientras Ahsoka se apartaba de un salto.

Como ella esperaba, la explosión fue suficiente para desestabilizar también a otro tanque cercano, haciendo que el mecanismo de flotación fallara. Escoró de costado, y Ahsoka saltó encima de él, también cercenando su cañón. Se estrelló contra una de las casas del borde de la ciudad y dejó de moverse.

Eso la dejaba con un solo objetivo. Vartan, había logrado que los granjeros volvieran a moverse, y una de las últimas naves había despegado. Quienquiera que manejara el tercer tanque era más inteligente que los demás y apuntó directamente a Vartan.

—¡No! —gritó Ahsoka mientras el suelo donde Vartan estaba estalló en una lluvia de tierra.

Ella juntó las manos, y el metal chilló mientras la última torreta que quedaba se deformaba, destruyendo el cañón y parando el tanque. Se apartó de un salto y corrió hacia el lugar donde había estado Vartan.

—¡Sigán adelante! —gritó cuando pasó junto a la gente—. ¡Suban a bordo!

Atravesó el polvo y la tierra. Vartan estaba vivo, pero gravemente herido. Ahsoka puso los dos sables de luz de vuelta en su cinturón y lo levantó sobre su hombro. Se tambaleó por un momento bajo su peso, entonces utilizó la Fuerza para estabilizarse. Se unió a la última fila de granjeros, en su camino hacia la nave del capitán Antilles y luego los siguió por la rampa.

Antilles la estaba esperando en el hangar. Kaeden y Miara gritaron cuando vieron a Vartan, y Selda tuvo que contenerlas.

—¡Traigan una camilla! —gritó Antilles—. Y sáquenlos de aquí.

El murmullo de la gente a su alrededor era abrumador mientras Ahsoka bajaba a Vartan en la camilla y veía cómo se lo llevaban. Sintió que la nave despegaba, luchando incluso con la baja gravedad de la luna, hasta que los motores se encendieron a plena potencia y la nave se apartó. Vio el fuego y las ruinas de Raada debajo de ella, y sintió la oleada de emociones de los granjeros, ahora refugiados, que se agolpaban a su alrededor.

Y sintió a Kaeden. Su gratitud y alivio por ser rescatada. Su alegría por ver a su hermana y su tristeza por perder su hogar. Ahsoka puso el brazo alrededor del hombro de Kaeden, teniendo cuidado con sus heridas, y no pudo evitar la sonrisa que se esbozó en su

rostro. Lo había logrado. No había sido fácil, y casi nada había salido según el plan, pero eran libres del Imperio, al menos por un tiempo, y estaban a salvo.

—Sabes —dijo Kaeden después de un momento—, cuando recién llegaste a Raada, pensé que encajarías perfectamente. Y esperaba que te quedaras.

—Nunca he podido quedarme en ningún lugar por mucho tiempo —dijo Ahsoka—. Ni siquiera... antes, me movía mucho.

—Era una esperanza tonta —admitió Kaeden—. También me di cuenta de eso casi de inmediato. Simplemente no me escuché a mí misma.

—Escuchaste tus sentimientos —dijo Ahsoka. Sonrió ante el recuerdo de un lugar lejano y de un tiempo que se había perdido para siempre—. Eso es algo que también le enseñan a los jedi, sabes.

—Bueno, al menos tenemos eso en común —dijo Kaeden. Puso la cabeza sobre el hombro de Ahsoka durante un latido del corazón y luego se enderezó, zafándose del brazo de Ahsoka—. Y no me molesta descubrir que la galaxia es un lugar muy grande. Creo que puedo manejarlo ahora.

—Sé que puedes —dijo Ahsoka.

Se mantuvieron en silencio por un momento mientras los refugiados y la tripulación de la nave deambulaban a su alrededor.

—¿Volveremos a verte alguna vez? —preguntó Kaeden.

—Creo que va a pasar un tiempo. —Ahsoka ya estaba pensando acerca de lo que vendría a continuación, su mente se movía rápidamente mientras crecía el zumbido del motor—. Pero como dijiste, la galaxia es un lugar muy grande.

—Gracias —dijo Kaeden mientras hacían el salto a la velocidad de la luz.

—Cuando sea —dijo Ahsoka... y era lo que sentía.

CAPÍTULO

30

ESTA VEZ, Ahsoka no irrumpió en la oficina de Bail hasta que supo que él ya estaba allí. Siguió a su nave consular desde Coruscant. Él se detuvo en una luna cercana y descargó un par de cajas que no eran sospechosas. Todo parecía completamente rutinario, pero Ahsoka, que había aterrizado a cierta distancia y se había infiltrado al espaciopuerto mientras se descargaba la carga, sabía que no. Aprovechó que la *Tantive III* estaba en tierra para colarse a bordo.

Adentrarse tanto en el Núcleo era un gran riesgo, pero quería mostrarle a Bail que hablaba en serio y también que estaba agradecida por todo lo que él había hecho por Kaeden y los demás. Al fin, sintió que la nave despegaba y el pequeño cambio que significaba que estaban en el hiperespacio, y partió a buscarlo.

Rebanó la seguridad de su puerta con bastante facilidad y se deslizó al interior. Al igual que en la nave del capitán Antilles, el camarote de Bail en la *Tantive III* constaba de más de dos habitaciones. Ella estaba en la antecámara, que era lo suficientemente grande para dos sillas y no mucho más. Podía oír la voz del senador que venía desde la segunda habitación, la cual debía ser donde trabajaba. Se acercó más a la puerta y escuchó el final de la conversación, una serie de palabras repetidas en un balbuceo infantil que no pudo comprender. No tenía idea de cómo lo hacía Bail —tal vez escuchar todos los gritos en el Senado Imperial servía para algo después de todo— pero se las arregló para contestar.

—Ya lo sé, amor, pero es más seguro si hablamos sin ninguna visual que rastrear. —Hubo una pausa. Ahsoka no pudo oír la respuesta. Luego Bail volvió a hablar—. Dile a tu madre que las veré a las dos muy pronto.

Hubo otra pausa, mientras Bail desconectaba la llamada. Luego tosió.

—¿Tengo que informar de otra irrupción jedi? —gritó.

Ahsoka se echó a reír. Era bueno saber que no podía engañarlo de la misma manera dos veces. Tenía la sensación de que él sabía exactamente cuánto era lo que ella había oído y que alguna parte había sido para su beneficio.

—¿Mostrando tus vulnerabilidades para que me sienta cómoda, senador? —dijo Ahsoka, entrando a la oficina principal. Él le indicó una silla, y ella se sentó.

—Toda la galaxia sabe que soy un hombre de familia, Ahsoka Tano —dijo—. El Imperio cuenta con ello. Piensan que eso significa que voy a ser más susceptible a ciertas sugerencias.

—¿No te preocupas por ella? —preguntó Ahsoka.

Bail se encogió de hombros, pero había un poco de tensión alrededor de sus ojos. Administrar una rebelión no podía ser fácil.

—Ya se parece mucho a su madre —dijo él.

De alguna manera eso parecía ser una prueba. Ahsoka no conocía la respuesta, así que la dejó pasar. Iban a tener secretos, e iban a confiar el uno en el otro, de todos modos.

—Quería hablar contigo sobre lo que estás haciendo para luchar contra el Imperio —dijo Ahsoka.

—Pensé que lo harías —dijo Bail—. El capitán Antilles me envió un informe brillante. Solo quince bajas durante la evacuación de Raada: uno de sus pilotos de Ala-A y catorce de los evacuados.

Casi habían sido quince evacuados, pero el personal médico de Antilles había sido capaz de salvar a Vartan. Él y Selda eran iguales ahora, había bromeado el togruta, con cuatro miembros y cuatro prótesis entre los dos, pero al menos ambos seguían vivos. Los había dejado en la nave del capitán Antilles con Kaeden y Miara. Todos estaban impresionados por las capacidades de la verdadera tecnología médica. El brazo de Kaeden había quedado casi como nuevo, lo que liberó a Miara para vagar por la nave, buscando pilotos de Ala-A que molestar. Cuando descubrieron lo buena que era con explosivos, se interesaron en ella.

—Me alegro de que no fuera peor —dijo Ahsoka—. Me ocupé de la criatura gris antes de que llegara mi respaldo. Tengo la impresión de que no era el único de su clase.

—¿Tenía talento? —preguntó Bail—. ¿O solo llevaba el sable de luz para aparentar?

—Ha tenido algún tipo de entrenamiento —dijo Ahsoka—. Confiaba principalmente en la fuerza bruta. Si él iba a enfrentarse a jedi, o alguien con mi nivel de entrenamiento, yo diría que no sería una gran amenaza. Yo lo derroté sin mis sables de luz. Pero los otros como él no van a enfrentarse a jedi.

Bail asintió con la cabeza.

—Haremos lo que podamos —dijo—. ¿Qué pasa con Raada?

—Bueno, los granjeros no pueden volver —dijo Ahsoka. Se dejó caer un poco en su silla. Habían ganado, pero el costo había sido alto—. Si lo intentan, el Imperio los barrerá de la superficie de la luna, sin siquiera aterrizar primero.

—Puedo reasentarlos en Alderaan, tal vez, —dijo Bail—. No son muchos, y ahora hay suficientes refugiados en la galaxia que si Alderaan toma unos pocos cientos nadie alzaría las cejas.

—Ellos no quieren reasentarse —dijo Ahsoka. Enderezó los hombros—. Quieren unirse.

Podía ver que Bail lo estaba considerando. Sabía que tendría utilidad para un mayor número de personas, pero había algunos inconvenientes obvios. El Imperio no tenía ningún problema en utilizar gente poco entrenada como carne de cañón, pero Bail se negaría a hacer lo mismo.

—Son granjeros, Ahsoka —señaló—. Solo tienen el entrenamiento que tú les diste.

—Son ingeniosos —dijo ella—. Y de todos modos, tus rebeldes tienen que comer, ¿no?

Bail se echó a reír.

—Haré que alguien hable con ellos, y veremos qué podemos hacer —dijo—. Hay algunos planetas que nos servirían como base agrícola, y podemos empezar a entrenar a cualquiera que esté interesado en el pilotaje o el uso de las armas.

Se quedaron sentados en silencio por un momento, y luego Bail se inclinó hacia adelante.

—Me dijeron que tus nuevos sables de luz son blancos —dijo él, y ella oyó el sobrecogimiento en su voz—. ¿Puedo verlos?

Era lo suficientemente seguro en la oficina de Bail, rodeados por el vacío del espacio. Ahsoka se puso de pie y se desenganchó los sables de luz del costado. Los activó, y la oficina de Bail se llenó de una suave luz blanca, destellando en las ventanas y reflejando las estrellas. La oficina era mucho más pequeña que una sala de entrenamiento, estando a bordo, pero ella le mostró algunas de las formas básicas de todos modos. Nunca iba a cansarse de la forma en que brillaban. Nunca había pensado que iba reemplazar a sus originales verdes, y todavía tenía que terminar las asas, pero estos estaban muy bien.

—Son hermosos, Ahsoka —dijo él.

Ella los apagó, hizo una ligera reverencia, y se volvió a sentar.

—Nunca había visto unos blancos antes —reflexionó Bail.

—Solían ser rojos —dijo Ahsoka—. Cuando la criatura los tenía, eran rojos. Pero los oí antes de verlo a él en Raada, y supe que estaban destinados a ser míos.

—¿Cambiaste su naturaleza? —preguntó él.

—Los restauré —respondió Ahsoka—. Los liberé. Los cristales rojos fueron corrompidos por el lado oscuro cuando aquellos que los blandían los doblegaron a su voluntad. Lo llaman hacer sangrar al cristal. Es por eso que la hoja es roja.

—Me había preguntado acerca de eso —dijo Bail—. Pasé mucho tiempo con los jedi, pero nunca me hice preguntas acerca de dónde venían sus sables de luz. De todos modos, no creo que me lo hubieran contado si lo hacía.

—Estos se sienten familiares —dijo Ahsoka—. Si tuviera que adivinar, diría que fueron saqueados del mismo Templo Jedi.

—Eso plantea algunas posibilidades muy incómodas —dijo Bail—. Para no mencionar una serie de riesgos potenciales para una padawan jedi.

—Ya no soy una padawan, senador, y no es seguro que sea Ahsoka Tano —dijo ella—. Barriss Offee estaba equivocada sobre muchas cosas. Dejó que su ira nublara su juicio y trató de justificar sus acciones sin tener en cuenta los efectos más amplios. Tenía miedo de la guerra y no confió en la gente a la que debería haber escuchado. Pero tenía razón sobre la República y los jedi. Había algo mal en ellos, y estábamos demasiado encerrados en nuestras tradiciones para ver lo que era. Barriss debería haber hecho otra cosa. No debería haber matado a nadie, y definitivamente no debería haberme culpado a mí, pero si la hubiéramos escuchado, realmente escuchado, podríamos haber sido capaces de detener a Palpatine antes de que tomara el poder.

—El canciller jugó muy bien sus cartas —dijo Bail. Pronunció la palabra *canciller* con algo de malicia, y Ahsoka sabía que le daba satisfacción no llamarlo *emperador*

cuando estaban en privado—. Nos mantuvo tan ocupados saltando a cada sombra que ninguno de nosotros se dio cuenta de cual de las sombras era real.

—Pensaba que la guerra había terminado para mí, pero tal vez no sé cómo hacer otra cosa —dijo Ahsoka—. Traté de apartarme, pero siempre volvía a ser atraída.

Bail pensó en Obi-Wan, sentado solo en un planeta del Borde Exterior. Su sacrificio fue apartarse fuera del camino, enfocarse solo en el futuro y no darle ningún pensamiento al presente. Sería una forma solitaria de vivir, aunque era pacífica, y Bail no la envidiaba en nada.

—Creo —dijo—, que tú y yo estamos destinados a enfocarnos en el presente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ahsoka.

—En esta lucha, habrá quienes como Barriss se centran en el pasado —dijo—. Y habrá otras personas que se enfocarán mucho en el futuro. Ninguno de los dos está mal, exactamente, pero incluso si nosotros no siempre vamos por el mismo camino, el nuestro debe ser el camino medio.

Ahsoka sonrió.

—Eso fue lo que pensé cuando estaba tratando de encontrar los cristales de energía para mi sables de luz —le dijo—. No quería estar sola, pero ya no quiero ser una general ni siquiera una padawan. Quiero algo en el medio de eso, todavía útil, pero diferente de lo de antes.

La nave salió del hiperespacio. Todavía estaban a cierta distancia del planeta, pero a Bail le gustaba mirar el sistema cuando regresaba a casa.

—Estuve pensando en lo que hice en Raada —dijo Ahsoka—. Al principio fue difícil, porque nadie me escuchaba. Más tarde me contaste que eras consciente de que algo estaba pasando, pero que no pudiste intervenir. Y yo no podía pensar en cómo comunicarme con ellos. Tenían diferentes prioridades, y porque yo no pude explicarme, mucha gente murió.

—Eso no fue culpa tuya —le dijo Bail.

—Lo sé —dijo ella—. Pero se siente un poco como si lo fuera.

Él asintió. Ella sospechaba que él también era bueno en culparse por las cosas.

—Luego volvió a suceder cuando enviaste a Chardri Tage y Tamsin por mí —dijo Ahsoka—. No tenían suficiente información, y yo no conocía las prioridades. Todo lo que vi fue un rayo tractor y dos extraños con blásteres.

—Chardri nunca me lo va a perdonar —admitió Bail—. Metí la pata.

—Lo que quiero decir es que ambas cosas se podrían haber evitado si hubiera mejores canales de comunicación —dijo ella.

Bail suspiró.

—Lo sé —dijo él—. Todo lo que estoy tratando de construir es demasiado nuevo y frágil. No estamos tan seguros como me gustaría, y en consecuencia las cosas se cuelan a través de las grietas.

—Yo puedo ayudarte con eso, creo —dijo Ahsoka.

—¿Cómo? —preguntó Bail.

—Durante las Guerras Clon, he trabajado con un montón de gente —dijo Ahsoka—. He luchado junto a clones, que obedecían mis órdenes a pesar de que carecía de experiencia. Observé la política en una docena de mundos diferentes. Ayudé a entrenar a gente que nunca había sostenido un bláster en sus vidas. Cuando hice todo eso, tenía a los jedi para respaldarme, pero creo que podría hacer un trabajo casi igual de bueno contigo.

—¿Quieres reclutar gente? —preguntó Bail.

—No exactamente —dijo ella—. Aunque si encuentro buena gente, claro que trataré de sumarlos. Quiero tomar a tus reclutas y encontrar misiones para ellos. Quiero ser la que escucha lo que la gente necesita, la que descubre lo que la gente puede hacer y luego los ayuda a hacerlo.

—Quieres hacerte cargo de administrar mis redes de inteligencia —dijo él.

—¿Quién las administra ahora? —preguntó ella.

—Nadie, en realidad —le dijo él—. Ahí está la mayor parte del problema.

—Entonces ahí es por donde voy a empezar —dijo ella—. ¿Me puedes dar una nave? He perdido la mía.

—Podemos modificarte algo bastante fácilmente —dijo él, con una sonrisa en el rostro—. Conozco al droide indicado para el trabajo.

—Gracias —dijo ella—. Es bueno tener una misión de nuevo.

—Creo que yo voy a terminar mucho más endeudado contigo que tú conmigo, pero de nada —dijo él.

—Digamos que estamos a mano y dejemos de llevar la cuenta —dijo ella—. Ya voy a estar bastante ocupada con todo.

—¿Cómo voy a llamarte, si no puedo llamarte Ahsoka? —preguntó él—. Necesitarás un nombre código al menos, para poder tratar con los otros agentes.

Miraron por la ventana a medida que Alderaan se volvía más y más grande. Realmente era un planeta hermoso, a pesar de que Ahsoka siempre extrañaría el susurro de la hierba en Raada. Alderaan era azul y verde, y un buen punto de preparación para un levantamiento galáctico. El centro, donde los hilos de todas sus esperanzas se conectaban.

—Fulcrum —dijo ella—. Puedes llamarme Fulcrum.

—Entonces bienvenida a la Rebelión.

EL GRAN INQUISIDOR estaba en medio de los humeantes campos que alguna vez habían sido el orgullo de la luna agrícola de Raada y fijó su mirada en el suelo. Todo se había perdido, quemado de la superficie como si nunca hubiera sido construido en primer lugar. Para cuando habían llegado los Destruidores Estelares Imperiales para apoyar a la seguridad, todo ya estaba en llamas y los últimos de los traidores habían huido.

El Gran Inquisidor dio una patada a un montón de tierra suelta. Al menos la escoria nunca regresaría. El Imperio no mostraría misericordia si lo intentaban.

Los traidores habían desaparecido, los edificios habían desaparecido, los recursos habían desaparecido, y el idiota que había enviado al Imperio tan lejos en primer lugar también había desaparecido. El Gran Inquisidor desearía que le hubieran asignado la tarea de encontrar al hombre para cobrar la venganza imperial, pero su talento se necesitaba en otra parte.

La jedi había hecho más de lo que nadie esperaba. No solo había entrenado a los traidores para luchar y ayudó a una de ellos a escapar de la prisión, dos veces, había tenido la capacidad de llamar a un gran número de naves para ayudarla. Al Gran Inquisidor le habría gustado mucho que le hubieran asignado la tarea de encontrarla, pero eso también había recaído en otra persona.

No había venido a Raada a seguir el rastro de nadie. Había venido a ver el trabajo de alguien. A averiguar de lo que era capaz cuando se la presionaba. A ver lo lejos que podía llegar, que llegaría, por sus objetivos. A pesar de sí mismo, estaba impresionado. Él nunca había arrasado toda una luna, aunque se tratara de una pequeña e inútil. Había algo que decir de ese nivel de destrucción.

Por otra parte, uno de su propia clase, había muerto allí. Había encontrado el cuerpo, quemado casi hasta volverse irreconocible, pero el Gran Inquisidor sabía qué buscar. El otro había sido audaz, demasiado audaz al parecer. Había ido contra un jedi en forma temeraria y pagó el precio. El Gran Inquisidor no sería tan imprudente. Canalizaría su odio de una forma más útil, sería más medido. Él también, anhelaba matar a sus enemigos, pero no era estúpido. Conocía el valor de un buen plan.

Se dio la vuelta y caminó de regreso a su nave. Nadie más había desembarcado, y mientras él pasaba por el pasillo, sus agentes se dispersaban para salir de su camino. Todos le tenían miedo, lo que le gustaba mucho. No sabían exactamente lo que era, sólo que era implacable y cruel. Su clase era nueva en la galaxia, una nueva arma para que blandiera el lado oscuro. Sus agentes debían seguir cada una de sus órdenes, como si las hubiera dado el mismo Emperador. Ese tipo de poder lo hacía sentir muy fuerte.

—Pongan curso de regreso a la base —dijo. Tomó el sable de luz del anclaje en su espalda, y sostuvo la empuñadura redondeada casi amorosamente. No era el primero que había llevado, pero era el primero que portaba al servicio de su nuevo maestro, y le gustaba la crueldad del diseño.

—E informen a Lord Vader que hemos encontrado evidencia de otro sobreviviente.

AGRADECIMIENTOS

Le dije a Josh Adams, agente extraordinario, que quería escribir un libro de *Star Wars* por primera vez el 3 de diciembre de 2014, aproximadamente a las 9:03 AM (que es cuando le mandé un e-mail con una propuesta muy vaga). No tardó ni diez minutos en llamarme para responder, muy emocionado y se ha mantenido como mi más acérrimo apoyo desde entonces.

Emily Meehan y Michael Siglain igualaron ese entusiasmo inicial y nunca me dejaron colgada mientras esperábamos por actualizaciones (lo que es muy útil para mantener la cordura de una autora, debo decir).

MaryAnn Zissimos me envió ese GIF de Mark Hamill con un gato cuando más lo necesitaba.

Jennifer Heddle es una editora con la que esperaba llegar a trabajar, Y LO LOGRÉ. Es increíble. (Mi ortografía de *Star Wars* es terrible, chicos. Ahora tuve que comprobar cómo se escribía «Hamill». Pero Jen pudo sacarme adelante a través de todo eso y aún más, porque: véase arriba: increíble).

No puedo creer que llego a darles las gracias a Pablo Hidalgo, Dave Filoni y el resto del Grupo de Historia de Lucasfilm, pero aquí estamos. Saben tanto, y se toman todo tan en serio, que es genial. ¡También, los hice reír! ¡Dos veces! (Perdón por eso del [editado por spoilers].)

Finalmente, quiero agradecer a toda la gente a la que NO PODÍA hablarle de este libro: Emma, Colleen, Faith y Laura, que usualmente leen todo lo que escribo; A mis amigas Rachel y Cécile, a quienes ignoré completamente durante la mayor parte de marzo porque no podía aguantarlo más (¡ya hablaremos sobre *Rebels* cuando me haya calmado, lo prometo!); a toda mi familia (aunque creo que le podría haber contado a mi papá y DE TODOS MODOS hubiera pensado que estaba hablando de *Star Trek*); pero lo más importante, a mi hermano EJ, que me metió en este lío en primer lugar.

E. K. JOHNSTON es la aclamada autora de *Las mil noches*; *Exit, Pursued by a Bear*; *The Story of Owen*; y *Prairie Fire*. Tuvo varios trabajos y una vocación antes de convertirse en escritora publicada. Si ha aprendido algo, es que a veces las cosas resultan extrañas y no hay mucho que se pueda hacer al respecto. Cuando no está en Tumblr, sueña con viajar y Tolkien. O escribe libros. En realidad depende del clima.